

*Selecta*

MI DIOSA

*petrojo*



MARIAN ȚARPA

Mi diosa pelirroja

*Marian Arpa*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A mi padre.  
In memoriam.*

## Prólogo

Felipe Santacana estaba convencido de que nunca encontraría el amor. Su pasión por su carrera, su falta de horarios, y el secreto que no había compartido ni con su familia y amigos, le impedía encontrar a una mujer que entendiera su forma de vida.

Era médico por vocación, le gustaba ayudar a las personas y nada lo apartaba de sus pacientes hasta que él mismo lo creía conveniente. Trabajaba en el Centro Hospitalario San Pablo, una entidad pública a la que asistían desde personas con recursos, por el gran nivel de experiencia de sus facultativos, hasta los más desfavorecidos de la sociedad.

Solo en una ocasión, había conocido a una mujer que en el primer momento logró hacer tambalear sus arraigadas creencias, a esperar, a imaginar, a soñar, a creer que «sí» había en el mundo alguien con quien valiera la pena compartir la vida. Pero en cuestión de minutos todo cambió cuando supo que su mejor amigo Raúl la conocía con anterioridad y la química entre ambos hizo que él se retirara a un segundo plano de inmediato. Tenía muy claro que las mujeres de sus amigos eran intocables.

Eso no impidió que se enamorara un poco de Sofia Toronto, la que acabó casada con su amigo, y a la que ahora consideraba como parte de su familia.

Aquello marcó un antes y un después; siempre se culpó de que las relaciones que había tenido hasta entonces no funcionaran porque dedicaba demasiado tiempo a su trabajo, sin embargo, comprendió que con la mujer adecuada todo era posible, lo malo era que nunca la encontraría, no existía en el mundo nadie más como Sofia.

Al poco tiempo conoció a Elena, una rubia despampanante que lo sedujo con un cuerpo de escándalo, moldeado para el placer. Estuvo unos meses sin ver a la persona que había detrás de esas voluptuosas curvas, sin percatarse del ser egocéntrico, intrigante, egoísta y manipulador que se escondía tras aquellos ojos azules y rostro angelical. Al hacerlo, la mandó al carajo y puso tierra de por medio instalándose en Reus a trabajar en lo que le gustaba.

A partir de ese momento, tuvo relaciones esporádicas, era un hombre con un buen apetito sexual, pero no se hacía ilusiones con ninguna de las mujeres que

compartieron su cama y su vida durante cortos espacios de tiempo. Cuando veía que la fogosidad y el entendimiento se marchitaban, o que su compañera se hacía ilusiones que él no compartía, cortaba de raíz, no quería que nadie pudiera acusarlo de haber sufrido por su causa. De ese modo había encontrado un equilibrio tranquilo en su vida.

Las personas mayores eran la debilidad de Mar Callizo. Había crecido al lado de unos abuelos amorosos, donde la dejó su madre cuando se divorció, ella apenas contaba con tres años de edad. No se trataba de que su progenitora no la quisiera, sino que no podía compaginar el trabajo con la crianza de su hija, y la única solución que encontró fue dejarla en su pueblo natal con sus padres.

La niña había crecido rodeada de los amorosos ancianos del lugar, y cuando se iba haciendo mayor, se dio cuenta de la felicidad que sentía cuando podía ayudar a algún vecino que no podía valerse por sí mismo. Cuando terminó el colegio y tuvo que decidir a qué se dedicaría de mayor, a nadie le extrañó que sus estudios fueran de auxiliar de geriatría. Se la veía feliz pudiendo ayudar a sus amigos y vecinos.

Al terminar el grado superior y volver al pueblo con sus abuelos, se encontró que había cambiado, el lugar había crecido a pasos agigantados, habían construido viviendas nuevas y la mayoría de los vecinos no se preocupaba de nadie que no fueran ellos mismos. Muchos ancianos habían tenido que abandonar sus casas para irse a residencias, y los pocos que quedaban eran atendidos por unas cuidadoras que les habían asignado los servicios sociales.

Por aquel entonces, su madre se había trasladado al pueblo para cuidar de sus padres, y todos ellos se confabularon para animarla a que se fuera a la ciudad, donde tendría más oportunidades.

Mar no tardó nada en encontrar trabajo, como era muy activa, no se conformó solo con uno. Por las mañanas lo hacía en un gimnasio, de monitora de personas mayores y por las tardes en una residencia de ancianos. Allí no tardó en ser la preferida de todas las auxiliares, siempre tenía una sonrisa para todos, era dulce en el trato, con los residentes y con sus compañeras; allí encontró muy buenas amigas que se convirtieron en su familia.

En poco tiempo se dio cuenta de que a los hombres que conocía no les complacía

tener que esperarla cuando salía tarde del trabajo —cosa que ocurría muy a menudo —, pues era incapaz de negarles nada a sus «adorados niños», que era como ella llamaba a los ancianos. Y sus relaciones con el sexo opuesto casi siempre terminaban antes de empezar, por lo que tenía muy asumido que se haría viejita sola y terminaría en una residencia como en la que estaba trabajando.

# Capítulo 1

Estaba tan concentrado en las brazadas, en su respiración y en la relajación de su cuerpo que Felipe Santacana no se enteró del barullo que se desarrollaba alrededor de la piscina. Acudía a diario a nadar, era su válvula de escape; allí se relajaba después del estrés de tantas horas trabajando en el hospital. Sus compañeros lo hacían en el bar de la esquina, con unas copas delante. Pero él prefería nadar, llevar su cuerpo al máximo, hasta que se olvidaba por unos instantes de lo que veía a diario en el centro hospitalario San Pablo. Era médico por vocación, le gustaba su trabajo, pero no podía evitar que algunos casos le afectaran al verse impotente por curar a todo el mundo.

De repente fue consciente de que algo sucedía y sacó la cabeza del agua justo para escuchar a una mujer que gritaba: «Que alguien llame a una ambulancia». Allí en el lateral de la piscina había un hombre tendido al que le estaban realizando los ejercicios de reanimación; Felipe salió del agua con rapidez y corrió hacia el grupo que estaba rodeando a una chica que le hacía el boca a boca a un individuo que tendría unos setenta años.

—Déjenme paso, soy médico.

Los mirones se abrieron para dejarlo pasar. La chica cruzó una mirada con él y siguió con el masaje cardíaco. Él se arrodilló al otro lado y le tomó el pulso al hombre. Ayudó a la muchacha y en unos segundos el hombre estaba escupiendo agua por nariz y boca.

Justo entonces llegaron los sanitarios del centro.

—Quieto, Ramón —dijo ella cuando el hombre trató de levantarse—. Ahora viene una ambulancia.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Felipe.

—Iba andando y de repente ha caído al agua inconsciente —comentó una mujer que temblaba de la cabeza a los pies, se la veía alterada.

—Tranquilícese, señora, ¿es su marido? —mientras se lo decía la hizo retroceder hasta sentarla en el banco de madera que rodeaba la piscina, donde todos dejaban las



toallas.

—No —contestó la muchacha que había reanimado a aquel hombre y que seguía arrodillada a su lado—. Son compañeros de gimnasia.

Él le estaba tomando el pulso a la mujer, tenía las pulsaciones disparadas.

En ese momento entraron en el pabellón los chicos de la ambulancia, Felipe les dijo que era médico y que también se llevaran a aquella mujer, la oyó protestar.

—María, te has llevado un buen susto —Felipe advirtió que parecía que estuviera hablando con una niña pequeña—. Mejor te vas con estos señores y te darán algo para que se te pase el sobresalto. —También vio cómo daba instrucciones a uno de los monitores del pabellón para que los acompañara al hospital.

Felipe se quedó mirando a aquella chica.

—Soy Mar Callizo —se presentó tendiéndole la mano en cuanto se llevaron al hombre y a la mujer.

—Felipe Santacana.

El firme apretón de manos que recibió decía mucho del carácter de aquella mujer. Se la veía segura de sí misma, decidida y... muy atractiva. Sus miradas chocaron y quiso perderse en aquellos ojos marrones y brillantes que lo miraban con una expresión de preocupación y alegría a la vez.

—Encantada de conocerte, ¿vienes mucho por aquí? Nunca te había visto —mintió. Él observaba sus labios moverse seductoramente, los tenía plenos y del color de las ciruelas maduras.

—Siempre que puedo.

Ella mostró cara de extrañeza.

—Entonces será que no me he fijado. —Se le escapó una sonrisa pícaro y contagiosa. Él también sonrió deseando adivinar a qué venía aquella expresión.

Mar ya lo había visto por allí en más de una ocasión, ¿cómo no reparar en él? Era muy alto. Su cuerpo parecía esculpido a cincel, se notaba que aquel hombre se cuidaba, no tenía un gramo de grasa sobrante en su cuerpo, los músculos se le marcaban a la perfección; y su rostro... siempre llevaba una barba de dos días, su pelo castaño oscuro cortado muy corto, unos ojos que ahora que los veía bien se daba cuenta de que eran de una extraña tonalidad grisácea. Hasta ese momento no lo había visto sonreír, ¡por todos los Santos! Tenía una sonrisa que le hacía desear que nunca se pusiera serio. Sus apetecibles labios la hicieron sentir cosquillas en el estómago.

—¿Y tú?

En su descarado escrutinio, no entendió la pregunta. Felipe lo pudo ver por su expresión.

—Que si vienes mucho por aquí.

Mar soltó una risita tonta.

—Trabajo aquí. —Él la miró alzando una ceja interrogativa, no tenía el cuerpo desarrollado que solían tener los monitores del gimnasio—. Doy clases de gimnasia a gente mayor por las mañanas.

Felipe se sintió atraído por aquella chica desde que la vio inclinada sobre aquel hombre, tenía un cuerpo escultural, lleno de curvas, y la expresión de su bella cara hacía que rezumara alegría por todos los poros de su piel. Deseó conocerla mejor.

Mientras hablaban se daba cuenta de que ella no perdía de vista a un grupo de gente mayor que se habían metido en la piscina.

—¿Aún estás trabajando? —Él señaló con la cabeza a aquellas personas.

—Sí y no, en teoría la clase ha terminado, pero los acompaño aquí y así me aseguro de que no surjan problemas como el de antes. Has dicho que eres médico, ¿qué crees que le habrá podido pasar a Ramón?

—No lo sé, supongo que en el hospital le harán una analítica, una bajada de azúcar o de tensión... si venía de hacer gimnasia.

—Son unos ejercicios especiales para personas mayores. —Pareció ofendida.

—Ya me imagino, tal vez esta mañana no ha desayunado suficiente.

—Esperaré a que vuelva mi compañero, a ver qué ha sido.

Mientras hablaban Mar se iba sacando el pantalón y la camiseta que llevaba para la gimnasia, que estaban empapados; él la miraba embelesado.

—¿Te vas a bañar con nosotros? —preguntó una de las mujeres del grupo a Mar.

—Sí, Carmen, de todas maneras, ya estoy mojada... ahora voy. —Terminó de sacarse la ropa y se quedó en bañador. Felipe no se perdía ninguno de sus movimientos—. ¿Te apetece jugar un poco con los niños? —le susurró ella sonriendo con picardía.

Esa sonrisa lo tenía cautivo, y que llamara «niños» a aquellas personas mayores lo hizo sonreír también.

—Me quedaré un rato, ya dormiré más tarde. —Aquel comentario la dejó perpleja, y él añadió—. He salido hace una hora de guardia.

Mar cogió unos balones blandos que había a un lado de la piscina y los tiró al agua. Ella se tiró y le hizo un gesto a Felipe acompañado de su sonrisa permanente.

Estuvieron tirándose las grandes pelotas durante un rato; mientras, Felipe no paraba de observar a Mar. Cada minuto que pasaba lo cautivaba más; su manera de tratar a «sus niños» lo tenía fascinado. Coqueteaba descaradamente con los hombres y les guiñaba el ojo a las mujeres con complicidad, las risas inundaban el pabellón.

Media hora más tarde, todos salían del agua felices como colegiales.

—Hasta mañana —se iban despidiendo a medida que cogían sus toallas y se iban a los vestuarios.

—Yo también me voy, «tus niños» no acaban la energía —bromeó Felipe. Mar soltó una carcajada mientras recogía los balones.

—No lo sabes tú bien.

Ella lo siguió con la mirada, mientras él abandonaba el recinto con la toalla alrededor del cuello. Se había fijado en él en numerosas ocasiones, cómo no hacerlo, con aquel cuerpo de infarto que tenía. No era como todos los demás que acudían al gim y que se pasaban horas ejercitando sus músculos. Este solo acudía a la piscina, lo había visto exigirse a tope en el agua y luego marcharse después de darse una ducha.

Sí, lo había estado observando, pero era algo que nunca reconocería ante él, ese hombre debía tener a todas las mujeres que quisiera, y ella no tenía ninguna posibilidad ante un tipo tan atractivo y viril.

## Capítulo 2

**D**urante toda aquella semana, Felipe estuvo observando a aquella mujer que le había quitado el sueño, no, aquello no era cierto, la verdad era que se pasaba las horas que debería estar durmiendo, soñando con ella. En todas las cosas que deseaba hacer con aquel cuerpo escultural, con aquella boca seductora; se la imaginaba entre sus brazos, encima, debajo, alrededor de él. La mayoría de los días despertaba bañado en sudor y con una erección dolorosa.

Mar lo saludaba siempre con aquella increíble sonrisa, en más de una ocasión lo había sorprendido mirándola mientras jugaba o vigilaba a «sus niños mayores», y le guiñaba un ojo con picardía.

Una tarde cuando bajó de la planta del hospital donde trabajaba a la cafetería a tomarse un café, oyó que en la sala donde iban los donantes de sangre, había un gran alboroto, se acercó y desde el umbral vio que varios enfermeros estaban rodeando una de las camillas. Se estaban riendo y parecían pasarlo muy bien, varias enfermeras también reían mientras vigilaban que todo estuviera en orden. Las personas que estaban allí tenían una sonrisa en la boca. Se maravilló del buen ambiente que reinaba en aquella sala, y escuchó un chiste subido de tono que contaba uno de los donantes que estaba junto al grupo de enfermeros. Sonrió y se iba a marchar cuando uno de ellos se movió y vio unos cabellos rojos que reconoció al instante, era Mar, con su eterna sonrisa y sus interminables piernas, a punto de tomar el relevo y contar otro chiste. Con voluntad propia, sus piernas se acercaron donde estaba ella, fue algo que no pudo ni quiso evitar; sus miradas se cruzaron y la de ella mostró sorpresa.

—¿Trabajas aquí?

—Sí.

—Pues yo vengo de vez en cuando a visitar a estos vampiros. —Soltó una risita al ver a los enfermeros alejarse con disimulo al verlo—. Soy donante.

—Ya veo... ¿Te falta mucho? Iba a tomarme un café.

La insinuación implícita la sorprendió.

—¿Doctor, me está invitando a merendar?

Él soltó una carcajada.

—Depende, no tengo mucho tiempo.

Al escuchar el intercambio de palabras, una de las enfermeras se les acercó.

—Mar, ya te hemos chupado demasiada sangre por hoy —anunció, y las dos rieron por la referencia a los vampiros.

Felipe la llevó a la cafetería de los doctores, y le preguntó qué quería tomar.

—Un zumo de melocotón y un bocata de jamón.

La miró, pensando que bromeaba. Ella le sonrió con picardía.

—Tengo que recuperar fuerzas —se justificó con un guiño.

Se sentaron en una mesa y ella empezó inmediatamente a dar cuenta de su bocadillo. Mientras él se bebía su café la observaba maravillado; todas las mujeres con las que había estado se mostraban cohibidas a la hora de comer, como si quisieran impresionarlo por lo poco, o bien, con la finura que comían. Sin embargo, esta lo hacía con gusto, y sin pretensión de mostrar nada que no fuera.

—Parece que estés muerta de hambre. —Soltó una risita—. ¿Desde cuándo que no comías?

—Desde el mediodía por supuesto... Es que no tengo mucho tiempo.

Él levantó una ceja interrogante.

—Mis niños me estarán esperando.

—¿Trabajas en el gimnasio todo el día?

—No, por las tardes lo hago en una residencia de ancianos.

La sorpresa marcó el rostro de Felipe.

—¿Te gustan los mayores?

—Me lo estás poniendo muy fácil...

Él no la comprendió, y Mar lo vio en su mirada; sus ojos brillaron y él supo que se avecinaba una chanza.

—Sí, tengo un novio de ochenta años, un amante de noventa y dos, y varios que no paran de tocarme el culo cada vez que paso a su lado.

La carcajada del doctor hizo que varios de sus compañeros se giraran hacia ellos para ver lo que pasaba.

Ellos eran ajenos a las miradas de los demás médicos y personal del centro que no

paraba de mirarlos, pues Mar había empezado a contarle anécdotas del centro donde trabajaba y reían juntos de los relatos.

Al rato se despidieron con una sonrisa divertida.

Felipe quería conocer a aquella mujer, es más, lo necesitaba, la deseaba como nunca antes había deseado a ninguna otra. Había tenido relaciones más o menos duraderas con varias mujeres, pero ninguna de ellas podía compararse con Mar. Todas habían dado por sentado que al ser médico y vivir en un chalet, en uno de los mejores barrios de la ciudad, ellas debían aparentar, incluso querían que él se comportara como lo que no era. Nunca había pretendido ser más que nadie, adoraba su trabajo, le gustaba ayudar a la gente, sin importar el caudal de sus cuentas corrientes. Trataba a todo el mundo por igual, y aborrecía a sus compañeros que se negaban a hacer horas extras en el hospital público donde trabajaban, para acudir a sus consultas privadas. Esa había sido la causa de que sus anteriores relaciones no funcionaran, nunca tenía un horario definido, incluso alguna de sus parejas lo había acusado de no tener ambiciones. Quizás tuvieran razón, el único anhelo que lo consumía era poder compartir con su familia y amigos lo que les había ocultado deliberadamente antes de hacer las maletas y trasladarse desde su Galicia natal a la otra punta del país.

Mar parecía distinta a todas las mujeres, coqueteaba con él, igual que lo hacía con «sus niños», como llamaba con cariño a aquellas personas mayores; pero no intentaba otros avances, y eso era lo que más lo atraía de ella. No era como las demás, que trataban de llamar su atención con cualquier excusa.

Una mañana esperó a que ella se quedara sola recogiendo los balones y se le acercó.

—¿Cómo está aquel señor que sacaste de la piscina el otro día?

—Muy bien, como tú dijiste fue una bajada de tensión nada más. ¿No lo has visto? Ya está de nuevo entre nosotros. —No se había fijado, la verdad era que cuando estaba allí, solo tenía ojos para ella.

—Me parece estupendo.

Los ojos de Mar recorrían aquel musculoso cuerpo, siguiendo el movimiento de las grandes manos de Felipe mientras se secaba con la toalla. Y a él esa mirada le estaba

quemando, sentía que su masculinidad estaba despertando.

—¿Qué te parece si nos tomamos una copa esta noche?

—Imposible, tengo clase de baile.

La sorpresa se reflejó en los ojos grises del hombre.

—¿También enseñas baile?

A ella se le escapó una carcajada.

—No, aprendo a bailar.

—Tienes una agenda muy llena, ¿no crees? —comentó contrariado.

—Pues sí. ¿Sabes lo largas que se les hacen las horas a los ancianos que no tienen nada que hacer, salvo ver la televisión y jugar a juegos de mesa? Tienen que hacer algo de ejercicio suave, y me pareció que el baile era ideal.

—¿He entendido bien? ¿Estás aprendiendo a bailar para enseñar a...?

Mar asentía con la cabeza antes de que terminara de formular la pregunta.

Cada nuevo detalle de la vida de aquella mujer lo fascinaba más, lo intrigaba, y le hacía desear conocerla mejor, sin embargo, ella no se lo ponía nada fácil.

—Supongo que en algún momento tendrás que cenar.

—Oh sí... —Felipe pensó que al fin tendría una cita con ella y sonrió—. No me salto ninguna comida, con el ritmo que llevo caería enferma, cuando llego a la academia de baile aún está ensayando otro de los grupos y yo aprovecho para comerme un bocadillo. Llego a casa muy tarde y muy cansada para ponerme a cocinar.

¿Se estaba haciendo la tonta?! Pensó, un poco molesto. Nunca le había costado tanto concertar una cita con una mujer.

—¿Te das cuenta de que te estaba invitando a cenar?

La sonrisa que ella le dedicó lo deslumbró.

—Sí.

—Entonces la respuesta es...

—Tal vez, algún día.

Definitivamente se estaba burlando de él, le seguiría el juego.

—Pues es posible que el día que tú te decidas yo esté ocupado. —Se puso la toalla alrededor del cuello, esperando la réplica.

—Es posible. —Mar recogió el último balón.

El poco interés que despertaba en ella lo tenía descolocado, un momento antes había pensado que estaba bromeando, pero era evidente que no. Su orgullo masculino se

sintió herido y lo obligó a replicar.

—Cuando estés disponible házmelo saber, si no tengo nada que hacer, «tal vez» te haga un hueco en mi agenda —recalcó las palabras esperando que la mordacidad con que las decía la hiriera, tal como él se había sentido por el rechazo.

Para su sorpresa ella soltó una carcajada.

—Así lo haré —afirmó con su brillante mirada clavada en él.

Felipe salió del recinto de mal humor, sabía que lo que sentía sería pasajero, solo necesitaba estar con ella unos días para saciar su hambre, para descubrir sus secretos, y su curiosidad estaría más que satisfecha. Quizás unas semanas de placer por placer, y cada uno por su lado. No esperaba más de las mujeres, todas terminaban cansándose de su ritmo de vida, entonces por qué exponerse a los reproches. Él era feliz con su trabajo y su soltería, cuando quería una mujer en su lecho la tenía; hasta ese momento, pensó ceñudo.

A Mar le recorrió el cuerpo un placentero hormigueo, que ese hombre tan guapo quisiera salir con ella la maravilló. Era consciente de todos sus defectos, era demasiado delgada, tenía los pechos demasiado grandes, sus ojos eran de un marrón muy común, tenía la boca demasiado ancha y la nariz llena de pecas. Además, llevaba el cabello muy corto y sus mechones pelirrojos no solían gustarles a los hombres. No era ninguna mojígata, le gustaba el sexo, y por las miradas que había recibido de él, eso era lo que tendría, sin embargo, lo había rechazado porque se había sorprendido a sí misma demasiadas veces buscándolo con la vista por la piscina. Sabía que un hombre como ese podía causar estragos en su bien planteada vida. Podía llegar a encapricharse con él, y eso ya sabía dónde la llevaría.

Sospechaba que Felipe buscaba un rollo de una noche y mañana «si te he visto no me acuerdo», y sería algo violento verlo cada día en el gimnasio después de lo que intuía que él buscaba. Era tan atractivo, tan encantador; también tenía buen humor, le gustaban las bromas y reía con asiduidad, lo había comprobado la otra tarde en la que la invitó a merendar en el hospital donde trabajaba. Le gustaba ese hombre y no quería estropearlo por una noche de sexo, aunque sospechaba que con él podía ser mágico. No, definitivamente no debía salir con él, había tomado la decisión correcta. Seguiría viéndolo por el gimnasio, pero cada uno por su lado: nada de cenas, nada de copas, nada de sexo. Ella era una mujer independiente que no le hacía falta tener a ningún macho al lado, tenía a sus amigos, quienes sabían muy bien lo que ella pensaba



sobre relaciones.

Cada día se encontraban en la piscina, las miradas que Felipe le lanzaba hacían que un placentero calorcillo recorriera el cuerpo de Mar, y por esa misma razón ella se resistía a tener más contacto con él, que los saludos en el gimnasio y cuatro palabras sin importancia.

Sin embargo, estaba empezando a preguntarse qué había de malo en salir a tomarse una copa y quizás algo más. Una noche de buen sexo no le haría daño a nadie, ¿oh sí? Eso era algo en lo que pensaba bastante a menudo en los últimos días, y por esa misma razón, creía que no era buena idea. Ese hombre acaparaba todos sus pensamientos y esto le daba pavor. Nunca le había pasado con nadie.

Una mañana, Felipe se unió a los juegos con ella y «sus niños» sin ser invitado. Mar lo miró con intención y él le guiñó un ojo, los mayores se dieron cuenta y rieron como colegiales.

Felipe había decidido terminar con los desvelos, no podía seguir con aquellas permanentes ansias de verla, de estar con ella. Desde que la conoció no había pensado en ninguna de sus eventuales amiguitas; Mar le encendía la sangre con una mirada, cosa que no le había ocurrido en la vida. Sabía que la mejor manera de sacársela de la cabeza, era salir con ella, conocerse un poco y practicar sexo, mucho sexo; la novedad pasaría y seguiría con su vida como hasta el momento. Para conseguirlo, lo mejor era acercándose a ella a través de su debilidad.

Cuando todos los mayores estuvieron fuera de la piscina, la ayudó a recoger los balones.

—¿No vas a acostarte hoy? —Las palabras salieron de la boca de Mar para distraerla del cuerpo que tenía delante, que él secaba con aquellas grandes manos.

—Estoy desvelado.

—Solo se trata de acostarte y cerrar los ojos, apuesto lo que quieras a que si lo intentas, te quedarás dormido en dos segundos. —La ironía no le pasó desapercibida.

A Felipe se le escapó una sonrisa devastadora.

—¿Te ha molestado que me quedara a jugar con vosotros?

—No, no, de ninguna manera.

Mar se debatía entre las ganas de salir con él o alejarse para no encapricharse.

Felipe era tremendamente atractivo y ella se sentía muy atraída, pero sabía que un hombre como él, podía hacerle añicos el corazón que ella mantenía encerrado bajo llave, después de sus dos últimas relaciones. Era consciente que debido a su trabajo tendría que renunciar a esa parte de la vida en la que había un «fueron felices para siempre». Ningún hombre de los que había conocido entendía su devoción por los ancianos, a los que llegaba a querer. Sus compañeras le aconsejaban que debiera vivir su vida también fuera del trabajo, pero cada vez que lo había intentado, había terminado desengañada, triste y furiosa a partes iguales. Sus anteriores parejas nunca entendieron que ella se quedara un rato después del trabajo para atender a algún anciano enfermo, o que se entretuviera jugando una partida de cartas antes de que se acostaran. En cambio, ella tenía que cargarse de paciencia quedándose en casa cuando ellos se reunían con sus amigos para ver el fútbol, algo que le molestaba sobremanera, porque ella se lo pasaba bien en esas reuniones, le gustaba el deporte. Sin embargo, cuando ellos veían que algunos de sus compinches la incluían en las celebraciones de goles, se sentían molestos, como si aquello fuera territorio masculino y ella les estuviera quitando protagonismo. Por eso, por esos celos y niñerías, se había convencido a sí misma que nunca podría formar una familia; no existía el hombre suficientemente seguro de su hombría para aceptar a una mujer con carácter como ella, que tenía aficiones, ambiciones, y fuera feliz con su trabajo.

Pensó en lo ridícula que debía parecer bajo la mirada de Felipe, como en un principio no le había dicho que tenía pareja ni nada, debía parecer tonta, lo pensó dos segundos y se lanzó antes de echarse atrás. Se convenció de que podría mantenerlo a raya y no dejar que las cosas llegaran más lejos.

—¿Sigues en pie lo de la copa? Hoy no tengo clases —lo dijo pensando que él trabajaría, y que le tocaría negarse.

Felipe sonrió.

—Estás de suerte, hoy es mi día festivo, espera que piense qué es lo que tengo programado para hoy.

Ella pensó que se haría de rogar por la negativa anterior y eso la molestó, pero no lo dejó ver. Con una sonrisa en los labios le dio la espalda.

—Cuando hayas comprobado tu agenda me dices algo.

Él no dejó que se le escapara, la cogió por un brazo, reteniéndola.

—Era broma —sus miradas se encontraron—, ¿a qué hora te recojo?

Los ojos grises de él se perdieron en las profundidades de avellana que junto con aquella mano en el brazo estaban haciendo que ella sintiera como si le faltara el aliento.

Felipe lo notó y su cuerpo despertó.

—Ven a la residencia Los Ángeles, salgo sobre las nueve y media o las diez.

—Allí estaré.

Felipe salió del recinto antes de que la erección que estaba sintiendo se hiciera evidente. Ella lo vio partir y pensó si no se estaría poniendo en un lío; ese hombre le hacía palpar el corazón erráticamente desde la primera palabra que habían cruzado. En su mente ágil y práctica tuvo la respuesta que buscaba: se protegería el corazón, no debía involucrarse; y le advertiría que entre ellos no podía haber nada serio. No quería reproches ni malos entendidos. Podían ser amigos y lo que surgiera, pero nada de compromisos, ni promesas, ni planes de futuro.

Con este convencimiento, se fue a la ducha.

Aquella tarde Mar estaba exultante, tenía unas ganas tremendas de que llegara la noche para salir con aquel adonis. Sus compañeras de trabajo lo notaron y al preguntarle por qué estaba tan entusiasmada, ella les decía que tenía una cita; las demás querían saber y ella se limitaba a guiñarles un ojo con picardía. A primera hora, se dedicaba a dar masajes a los músculos cansados de los ancianos. Todos notaron su euforia; aunque ella era la más alegre de las auxiliares que trabajaban allí, ese día tenía un brillo especial en los ojos.

—¿A qué se debe esa felicidad, niña? —preguntó Manolo, el experto en ajedrez, cuando le sirvió la merienda—. ¿Has encontrado novio? No te olvides que te quiero para mi hijo.

Mar rio, ese hombre siempre le decía lo mismo: que quería que fuera su nuera. Por todos los Santos, si podía ser su nieta.

—Ay, Manolo. ¡Qué cosas tienes! Tu hijo ya es mayorcito para buscarse una mujer, es más, ¿quién te dice que no tiene ya una? Con lo guapo que es.

El anciano se rio a carcajadas.

—Tiene demasiadas, eso es lo que pasa, pero ¿sabes una cosa? No hay ninguna que le importe mucho, solo son aventurillas.

Mar sabía que el hijo de Manolo era homosexual, pero el anciano no lo aceptaba, estaba convencido de que aquello era como una enfermedad y que se curaría cualquier día. Mientras, no paraba de hablar y chulear, de unas hazañas imaginarias de su vástago con las mujeres.

## Capítulo 3

A las nueve y media en punto, Felipe estaba aparcando su coche en la puerta de la residencia, hacía una noche muy agradable, soplaban una ligera brisa; no lo pensó dos veces y salió del coche, se apoyó contra el capó y se dedicó a mirar a la gente que transitaba por allí. La residencia estaba en el lateral de un parque arbolado con jardines, con zonas para niños pequeños, mesas de ping pong, una cancha de básquet donde en aquel momento jugaban unos muchachos que tendrían unos quince años; había senderos de tierra que se difuminaban por todo el terreno, vio parejas paseando, quizás buscando un poco de intimidad. Le pareció un sitio perfecto para que los ancianos que estaban en aquella residencia salieran a tomar el sol.

Mientras observaba a los chavales correr jugando a la pilla pilla, le vino a la memoria un parque en el que solía corretear cuando era niño, allí en su Galicia querida. La verdad era que estaba muy a gusto trabajando en Reus, pero siempre que podía, que tenía algunos días libres, se escapaba a su tierra a visitar a sus padres, abuelos y a sus amigos de toda la vida.

Cuando llegó el relevo que hacía el turno de noche, Mar se dio una ducha, no solía hacerlo en la residencia, lo hacía en su casa y así después ya se ponía el pijama y las pantuflas. Pero ese día la esperaba un hombretón y quería causarle buena impresión, él solo la había visto en bañador y con las mallas de hacer deporte.

Sus compañeras estaban intrigadas, ya sabían que iba a salir con alguien, pero les sorprendía que se arreglara allí. Celia, Marga y Rocío, parecía que ese día no tenían prisa para marcharse, se sentaron en un banquillo del cuartito donde se cambiaban observando cómo Mar se arreglaba.

—¿Nos dirás ahora quién es el afortunado? —Celia hizo la pregunta que todas tenían en la boca.

Mar las miró a través del espejo y les sacó la lengua.

—Mira que si no lo haces, saldremos contigo de aquí. —La amenaza junto con la

carcajada que se le escapó a Rocío las hizo reír a todas.

—Oh, sí, ¿y le haréis también un tercer grado? —se burló ella.

—Puedes apostar por ello.

—Sois muy capaces, ya lo creo.

—Venga ya, no nos tengas en ascuas. —A Marga la estaba esperando su pareja, pero no pensaba irse hasta saber con quién salía Mar esa noche. Conocía a su amiga y sabía que no era una santa, tenía sus ligues como todas ellas, pero nunca le había visto aquel brillo en los ojos.

Todas ellas se hicieron amigas en la residencia, habían empezado a trabajar allí con poco tiempo de diferencia, y desde el principio se formó entre ellas un vínculo que las unió más y mejor que si fueran familia. Si una de ellas tenía algún problema, todas se volcaban a ayudarla; y con las alegrías era lo mismo, lo compartían todo. De vez en cuando, hacían salidas de mujeres solas, y cuando se desmadraban, la cosa quedaba entre ellas. Mar además había incluido en el grupo a su amiga del alma, a la que era como una hermana para ella; había crecido junto a Carla, en el mismo pueblo, los abuelos de una parecían ser lo de la otra y viceversa.

—Está bien, se trata de un hombre del gimnasio, ¿contentas?

—¡Qué te crees tú eso! —rechistó Rocío.

—¿Ahora queréis hacerme el tercer grado a mí? —Se rio con ganas—. Dejadme adivinarlo... «¿Cómo es él? ¿En qué lugar se enamoró de ti? ¿A qué dedica el tiempo libre?» —se burló coreando la canción.

—Pues sí, mira, eso es lo que queremos saber. —Celia se partía de risa mientras hablaba.

—Es médico, trabaja en el San Pablo... y está como un queso. ¿Tenéis bastante con eso?

—No, de ninguna manera. Los tipos que van al gimnasio, lo hacen porque están fofos o para ponerse cachas, ¿cómo tiene la chocolatina? —La pregunta de Rocío las hizo reír a todas—. ¿Es de los primeros o de los segundos?

Mar se estaba perfilando el ojo, se le fue el lápiz, y rio con sus amigas.

—Mira que eres burra, solo te diré que no está fofo.

—No has oído que está como un queso —le recordó Celia.

—Bueno, bueno, pero hay quesos curados y quesos... —Todas ellas se carcajearon de la ocurrencia de Rocío.

—¿No te dice nada esa lencería que lleva? —Marga era la única de ellas con pareja estable—. Cuando yo me pongo algo como eso es porque quiero guerra. Mi Luis ya ha aprendido la lección, le enseñé un poco de encaje y empieza a rugir como un león.

—Eso es porque lo tienes comiendo de la palma de tu mano. ¿Y cuando él quiere mambo, qué?

—Es de lo más encantador, siempre me sorprende, el otro día llegue a casa y estaba en la cocina haciendo la cena con un delantal puesto.

Las chicas se miraron sin comprender.

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Pues que no llevaba nada debajo.

Las carcajadas pudieron oírse hasta el segundo piso.

—Nada sutil, por cierto. —A Mar empezaba a dolerle la tripa de tanto reírse—. Y ¿cenasteis?

—Sí... después.

Las bromas se estaban alargando y ella pensó que Felipe estaría esperándola desde hacía rato, se vistió en un santiamén y se despidió de sus amigas.

Eran cerca de las diez cuando Felipe por el rabillo del ojo vio que alguien se le acercaba, era Mar, su mirada apreciativa no se perdió ni un detalle del aspecto de aquella mujer que ocupaba cada uno de sus pensamientos. Llevaba un pantalón pitillo negro, que acentuaba sus largas piernas, rematando con unos tacones de vértigo. La blusa era una creación para enloquecer a los hombres, era tan ajustada que se ceñía a todas sus voluptuosas curvas, con botones en la parte delantera y el primero justo abrochado en el pecho, lo que dejaba al descubierto buena porción de piel, era de un rojo intenso, al igual que el carmín de sus labios. Se había peinado su rojo cabello de punta, y estaba preciosa.

Al llegar a su lado, lucía su eterna sonrisa.

—¿Hace mucho que esperas?

—No —y añadió con un guiño—. Te has vestido para matar, ¿eh?

La carcajada de Mar fue contagiosa.

Felipe le abrió la puerta del copiloto de su Audi A5, y ella se acomodó admirando el nuevo y reluciente coche plateado.

Cuando se incorporó al tráfico, ella no pudo contener las palabras que salían de su boca.

—No soy yo sola que se ha puesto de punta en blanco. —Él vestía unos vaqueros negros y una camisa gris oscura, que resaltaba el color de sus ojos. Le sentaba de maravilla; y la mirada femenina se había recreado en la piel que los dos botones desabrochados del cuello dejaban al descubierto, deseando acariciar el vello que asomaba por allí.

—¿Dónde te apetece ir?

—Sorpréndeme —exclamó ella coqueta.

¿Por qué le era tan difícil borrar su sonrisa de la cara cuando estaba con aquella mujer?

Felipe condujo por una autovía y luego se desvió hacia el barrio portuario de Tarragona, conocía locales que, aunque no fueran de lujo, se comía de maravilla; la quería impresionar. No sabía por qué, era un hombre que nunca le había faltado compañía femenina, pero jamás sintió las ganas que tenía en ese momento de complacer a una mujer.

Aparcó en el espigón del puerto, y caminaron uno al lado del otro. Los acompañaba el sonido de las olas al estrellarse contra las rocas a la tenue luz de la luna reflejada en el agua, por unos segundos ninguno de los dos habló.

—¡Que brisa más agradable! —susurró Mar, parecía que no quería alterar la paz que los envolvía.

—No tanto como la compañía —musitó él arrimándose al oído femenino.

A Mar la recorrió un estremecimiento al sentir el aliento caliente sobre su piel, él lo notó y se sintió masculinamente satisfecho al darse cuenta de que la cercanía la estaba afectando tanto como a él.

El barrio marítimo del Serrallo era un laberinto de estrechas callejuelas, poco iluminadas. Las casas de una o dos plantas, no más, eran antiguas, pero conservaban un encanto natural de la actividad que allí se desarrollaba. Pasaron por al lado de la lonja del pescado y el olor inundó sus sentidos.

—¿Has visto alguna vez la llegada de las barcas y la venta? —preguntó él, que iba siempre que podía, porque le recordaba a su tierra.

—Nunca.

—Es muy entretenido, la venta es espectacular, la mercancía pasa de unas manos a



otras sin que te enteres de nada, la subasta es tan rápida que te deja alucinado. Lo que me hizo reír un rato la última vez que estuve por aquí, fueron unos pulpos que se les escapaban de las cajas, es digno de ver como corren, se levantan del suelo sobre sus patas y...

—Me estás tomando el pelo.

—No, el día que coincidamos sin trabajo, vendremos y lo podrás ver tú misma.

A Mar la sorprendió que él le estuviera hablando de planes futuros, aquello significaba que... ¿Qué representaba? No se iba a romper la cabeza en ese momento analizándolo. Era una mujer que siempre había vivido el presente, día a día, y seguiría siendo de la misma forma.

A medida que se iban acercando al centro del barrio, los aromas que salían de las tabernas iban inundando sus fosas nasales.

—Mmm... —ronroneó ella, poniendo cara de placer. Lo que hizo que él soltara una carcajada.

—¿Tienes hambre?

—Estoy famélica.

—Vaya, yo que pensé que serías de esas mujeres que para cenar se toman un yogurt y una pieza de fruta. —Se detuvo tratando de disimular la carcajada que le subía por el pecho y que se dibujaba en su rostro.

—De eso nada, ya quemo bastantes calorías con «mis niños». Lo que estoy deseando es hincarle el diente a algo consistente.

Cuando Mar hablaba, lo hacía con todo su cuerpo, se expresaba con gestos y con miradas elocuentes, y en ese momento él no lo aguantó más y soltó la risa que estaba conteniendo.

—Uff, vamos, vamos... no quiero que te me desmayes de debilidad.

Felipe la guió hacia el interior de una pequeña taberna. El hombre que estaba detrás de la barra lo saludó por su nombre y ella supo que debía ir allí con frecuencia.

—¿La mesa de siempre?

Aquellas palabras hicieron que ella se preguntara si a todas sus amiguitas las llevaba allí.

—Sí, Roberto.

Y como si el hombre le hubiese leído el pensamiento, añadió...:

—Es una sorpresa que hoy vengas acompañado. —La mirada apreciativa que el tal

Roberto le lanzó mientras apartaba una silla para que ella se sentara, la llevó a guiñarle un ojo con la mejor de sus sonrisas.

Él contuvo el aliento ante la belleza de aquella mujer.

—Gracias. —Mar se lo pasaba en grande al ver que las mejillas de aquel curtido tabernero se teñían de rojo.

Felipe también se estaba divirtiendo viendo a su amigo cayendo bajo el hechizo de aquella mujer. Sonrió al mirarla y ver que ella se mostraba coqueta y pícara.

—Ahora mismo os traigo la carta. —Por poco no tropieza con sus propios pies al alejarse sin quitarle la vista de encima a Mar.

—No, no... —lo interrumpió Felipe—. Ya sabes lo que quiero.

Al tabernero parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas.

—¿Estás seguro?

—Desde luego.

—Hijo, hoy no es como los otros días.

—¿Y eso?

—Tal vez ella... —Hizo un aspaviento señalándola.

Mar se compadecía de ese hombre, y se proponía decirle a Felipe unas cuantas cosas con respecto al trato con las personas mayores cuando se quedaran a solas.

—Le gustará. —Asintió con una sonrisa misteriosa.

Roberto se alejó de ellos mascullando por lo bajini algo sobre la juventud y que los hombres no sabían tratar con las mujeres. «Con razón aún está soltero», fue lo último que atinó a escuchar Felipe. La risa se le escapaba cuando chocó con la mirada reprobadora de ella.

—¿Ocurre algo?

—No deberías haberle hablado así, se ha sentido ofendido.

La carcajada que hacía rato estaba conteniendo se le escapó, y ella no le veía la gracia en ninguna parte.

—Si lo conocieras, verías que él es así. —Ella lo miró sin creerlo—. Es padre de uno de mis mejores amigos, y tiene una veta de celestina increíble. Lo que lo haría más feliz que una perdiz sería vernos a todos casados y que le llenáramos la taberna de críos.

Ella pasó de la incredulidad a la sorpresa y luego a la comprensión.

—Es el sueño de todas las personas mayores.

Entonces empezó a contarle con entusiasmo cómo los ancianos a los que cuidaba le hablaban de sus hijos, nietos y algunos de sus biznietos, cómo se les alegraba la mirada cuando veían que alguno de ellos iba a visitarlos. Él percibió en su manera de hablar de aquellas personas que ella estaba muy encariñada con ellas, no se sorprendió, pues la había visto con su grupo de las mañanas en la piscina. Mar no paraba de gesticular y sonreír mientras hablaba. A él le encantaba ese detalle y le llamó la atención la finura de sus dedos, el movimiento constante; se quedó mirando sus manos.

Apareció el tabernero con una botella de vino blanco y les sirvió unas copas. Ella le sonrió en agradecimiento, y el hombre volvió a ruborizarse.

—Deja de sonreírle, sino no parará hasta que nos vea casados.

—No le hables así a la muchacha —lo reprendió.

—Buen hombre, no se preocupe —interrumpió ella antes de que Felipe abriera la boca—. Solo está bromeando.

Roberto no dijo nada más y se alejó a buscar los platos que le estaban preparando en la cocina.

Felipe nunca se había reído tanto con una mujer. Aún se reía cuando llegó un camarero con dos fuentes, en una había chipirones en su tinta y en la otra, mejillones a la marinera.

El aroma que envolvió a Mar hizo que se le hiciera la boca agua. Se sirvió unos chipirones y cogió una rebanada de pan para mojar en la salsa, él la observaba mientras degustaba con deleite.

—Mmm...

—¿A que están buenos?

—Divinos.

Para Felipe la cena fue muy placentera, se notaba que a ella le gustaba comer, y que disfrutaba haciéndolo. Roberto estaba pendiente y cuando terminaban un plato ya les estaba sirviendo otro; cuando les trajo una fuente con pulpos en salsa, ella sonrió.

—Supongo que estos no se pudieron escapar. —Los dos rieron.

Mientras tanto, la conversación no decayó en ningún momento. Los dos querían saber cosas del otro: costumbres, ambiciones, aficiones...

—Ya no puedo más —aseguró Mar palmeándose el estómago—. Estoy que reboso.

Felipe le hizo un gesto a Roberto para que se acercara.

—¿Quieres postre?

El tabernero al oírle se apresuró a tentarla.

—Tengo unas tartas heladas que serían el broche perfecto para esta cena.

—Si no le importa prefiero un sorbete de limón, ¿es posible?

—Desde luego, chiquilla —dijo mientras recogía los platos.

—He de felicitarle, señor, nunca había comido unos platos tan sabrosos. —El hombre volvió a ruborizarse.

Felipe soltó una carcajada.

—Ya lo tienes rendido a tus pies, ahora sí que la hemos hecho buena. —Él no paraba de reír y Mar no sabía por qué—. Tendré que casarme contigo si quiero seguir viniendo aquí.

—Eso es lo que deberías hacer —dijo el hombre.

Roberto llevaba muchos años en aquel negocio, y podía presumir de calar a las personas a primera vista, aquella mujer lo había despistado, parecía una pequeña aventurera, pero las pocas palabras que le había dirigido le demostraban que era respetuosa. Además, durante toda la cena, vio que se lo pasaban bien, que hablaban y reían. Para él, Felipe era como un hijo, y deseaba que encontrara una buena mujer para compartir su vida. Sabía que su trabajo le daba satisfacciones, pero también muchos momentos de frustración. Al trabajar en la sala de urgencias del hospital, se las veía de todos los colores, y no siempre los resultados eran los deseados.

—Ya lo sé, papi —bromeó Felipe.

Mientras se tomaban el sorbete, le preguntó a Mar cómo había llegado a trabajar con personas mayores.

—Me gusta, ¿sabes la satisfacción que sientes cuando le sacas una sonrisa a uno de ellos? Algunos de los ancianos suelen estar muy tristes, ven que han trabajado toda su vida para sacar a su familia adelante y cuando ellos necesitan un poco de amor de sus hijos, estos los ponen en una residencia, y suerte tienen si los vienen a visitar una vez a al mes. Algunos de ellos se pasan semanas sin recibir ninguna visita.

Felipe vio el cambio en el brillo de sus ojos.

—Y ahí estás tú, tratando de que no se sientan tan solos.

—Exacto, podría decirse que soy como una madre que malcría a sus hijos, trato de darles todo el amor que se merecen, juego con ellos, los ayudo cuando lo necesitan... y les consiento todo, más de uno me toma el pelo con todo el morro, y yo lo paso por

alto. Una sonrisa de estas personas es el mejor regalo que puedes recibir.

Él la miraba maravillado y en un movimiento casi involuntario le cogió la mano que ella tenía sobre la mesa.

—Eres maravillosa, ¿lo sabías?

Aquel gesto sorprendió a Mar, a la vez que le gustó el tacto de aquella enorme mano que se tragaba la suya con la ternura que la sostenía. Su mirada pasó de las manos unidas a los ojos que la taladraban.

Aquellos ojos grises mostraban una admiración que la abrumaba, y también le encantaba.

—¿Y tú? ¿Por qué te hiciste médico?

—Me gusta ayudar a los demás.

Una sonrisa pícaro asomó a los ojos de Mar.

—Vale, somos almas gemelas —exclamó, soltando una pequeña risita.

Roberto, desde su puesto detrás de la barra, observaba a la pareja, veía las miradas que se lanzaban, las sonrisas, era como si estuvieran envueltos en una burbuja, solo se veían el uno al otro. Su rostro mostraba un aire satisfecho cuando su esposa, que era la cocinera, salió para saludar al amigo de su hijo; su marido le había dicho que estaba allí con una mujer y no pensaba dejar que se le escapara sin conocer a la moza, puesto que era la primera vez que los visitaba en compañía.

—¿Qué estás mirando con tanta atención?

—Míralo tú misma. —Hizo un gesto con la cabeza hacia ellos.

Manuela se giró, vio a Felipe riendo como no lo había visto nunca. Le llamó poderosamente la atención la expresión en el rostro de aquel hombre que consideraba como un hijo. No titubeó al acercarse a la pareja.

—¿Estaba todo a vuestro gusto? —preguntó pasando un brazo por los hombros de Felipe.

—Te has superado, Manuela. —Le guiñó un ojo—. Todo estaba exquisito.

—¿No me vas a presentar a tu amiga?

—Por supuesto —la sonrisa que no podía ocultar brilló—, te presentó a Mar Callizo, nos conocimos en el gimnasio donde voy, trabaja con gente mayor... y cómo puedes ver, es preciosa.

Mar abrió la boca sorprendida ante lo que él acababa de decirle a la mujer.

—Ella es Manuela, la madre de mi amigo Eloy, y la que ha cocinado nuestra cena.

—Es un placer conocerla, señora. —Se levantó y le dio un beso en cada mejilla—. Es usted una excelente cocinera, nunca había comido algo tan succulento.

El elogio pilló a Manuela por sorpresa, además aquella mujer con aquel hablar tan dulce le gustó al instante.

—Gracias, chiquilla, me alegro de que hayáis disfrutado de los platos.

—Oh sí, estoy llena como un lechón. —Se frotó el estómago repleto.

La mujer se giró hacia Felipe y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Ahora os traerán unos chupitos para la digestión. —Y con una sonrisa los dejó solos.

—Le has gustado —aseguró él mirándola.

—Tendrías que haberme avisado si tenía que pasar por su aprobación.

—A mí me encantas —aseguró él—. Y no tienes que pasar ningún examen. Desde que Roberto se quedó sin trabajo y se vinieron aquí, son como mi familia, y solo sienten curiosidad. ¿Acaso no pasaría lo mismo si me presentaras a alguien importante para ti?

Mar soltó una carcajada.

—Mis amigas se hubieran lanzado en plancha sobre ti, te abrían acribillado a preguntas, y mi familia estaría pendiente de cada palabra que dijeras, buscando algún pretexto para alejarte de mí.

—Vaya, veo que lo tendré difícil.

—No creo, todos son buena gente, sabrán ver debajo de la fachada de macizorro... Y en cuanto a mis amigas —sus ojos entrecerrados dejaban ver que se estaba divirtiendo a su costa—, ellas solo verán este cuerpazo que tienes.

—¿Te estás burlando de mí?

—Noooo... —Pero su mirada decía todo lo contrario.

Más tarde, Felipe la acompañó a su casa. Mar vivía en un pequeño y antiguo pisc del centro, y tuvo que dejar el coche en la avenida que corría paralela a su callejuela. Le apoyó una mano en el hueco de la espalda y caminaron hasta la gran puerta de madera donde residía.

—Ha sido una velada muy agradable, espero que repitamos pronto —dijo Felipe.

Ella lo miraba a los ojos, mientras él le devoraba los labios con mirada ardiente. Mar sintió que su temperatura corporal subía varios grados, era evidente que deseaba besarla, y se preguntó cómo se sentirían esos apetecibles labios sobre los suyos. Sin

ser consciente de ello, se pasó la lengua por la comisura de la boca, entonces Felipe subió su mirada y supo que ella deseaba ser besada tanto como él. Pasó su mano por detrás de su nuca para atraerla y acarició aquellos labios con suavidad, jugando con ella.

El contacto resultó eléctrico, la suavidad con que él la acariciaba era pasmosa y excitante; con la punta de la lengua le hacía cosquillas, y sintió que todo su cuerpo se estremecía de placer al tiempo que pegaba su cuerpo al duro tórax masculino.

A Felipe, nunca una mujer le había sabido tan bien; tenía los labios más dulces y tentadores que había besado jamás. La sintió removerse contra él, y la estrechó con su brazo por la cintura, juntando los cuerpos hasta que no cupo entre ellos ni un suspiro. Y en el momento en que ella abrió la boca para saborear aquellos besos, él se encontró temblando, perdido en la perfección de aquel abrazo, en el sabor de aquella boca y en la calidez de aquel cuerpo.

Mar se colgó del musculoso cuello, acariciando el cabello castaño, sintiendo su suavidad y frescura, sus manos fueron bajando hasta que las yemas de sus dedos se encontraron con la barba, hasta aquel tacto la excitaba. Apenas sentía las rodillas, parecían que se le iban a doblar de un momento a otro, solo era consciente de la placentera sensación que recorría su cuerpo. De pronto notó una mano que apretaba su trasero contra los muslos fuertes como troncos y algo que le apretaba contra su bajo vientre. Los dos fueron conscientes del suave gemido que se le escapó.

Felipe liberó su boca después de morderle levemente el labio inferior, y ella se derrumbó contra él con la respiración entrecortada.

Al bajar de la nube placentera en la que flotaba, por la mente de Mar pasaron las imágenes de ese hombre que la sostenía, también recordó la maravillosa velada que habían pasado, y fue cuando se dio cuenta de que no quería un revolcón con él, era peligroso, sería demasiado fácil enamorarse. Y sabía muy bien lo que ocurriría si eso pasaba; él se cansaría de sus inexistentes horarios y acabarían odiándose.

Nunca creyó en el amor a primera vista, cuando oía a sus amigas decir que se habían enamorado así, de repente, pensaba que eso nunca le pasaría a ella. Pero con Felipe era diferente, deseaba conocerlo a fondo, saber qué buscaba en una mujer, y sobre todo anhelaba ser ella esa mujer. Darse cuenta de lo fácil que le sería enamorarse de ese hombre la hizo reaccionar; recordó lo que siempre le decía su madre: «Hija, un hombre promete hasta que la mete». ¡¿De dónde había salido ese pensamiento?! Ella

era una mujer libre que hacía lo que le venía en gana; por lo visto su mente era un caos con los brazos de Felipe rodeándola, con el sabor de sus besos todavía en los labios. Debía coger distancia y tratar de aclararse las ideas.

Un arco iris de emociones estaba pasando por su rostro, Felipe se preguntaba qué estaría pensando.

—Cariño, ¿ocurre algo malo? —susurró mientras le recorría con la yema del dedo la frente y la mejilla, sin apartarla de su cuerpo.

No iba a decirle lo que le pasaba por la cabeza, pensaría que era una estúpida, una estrecha y una imbécil.

—No, no, nada... solo estaba recordando que mañana tengo que madrugar y...

Felipe le puso un dedo sobre los labios para interrumpirla, se la veía apurada con lo que decía, sonrió y la besó en la frente.

—Yo también, es hora de que me vaya.

Lo miró confundida, podía notar la erección, ¿lo habría estropeado todo al tratar de no precipitarse? Seguro que él pensaba que se había citado con una idiota.

Felipe le besó suavemente los labios, dándose cuenta de su confusión.

—Mañana te llamo, podemos salir el viernes. —Ella asintió con una sonrisa—. A dormir, preciosa, no quisiera que mañana «tus niños» se quedaran sin su clase de gimnasia.

—¿No vendrás a nadar?

—Desde luego que sí, pero ¿no querrás que todos nos vean en esta posición? Es la única aceptable cuando te tengo cerca.

Aquellas palabras le sacaron la sonrisa que él tanto adoraba.

—Buenas noches, cielo. —La soltó y esperó a que entrara en el portal.

Mientras volvía donde había dejado el coche, pensaba en la maravillosa mujer que había encontrado, se sentía incómodo, su erección le apretaba en los pantalones, pero a la vez se convenció de que Mar no era como las demás, que solo buscaban de él un polvo de vez en cuando, no, las emociones que había visto en su mirada le decían otra cosa muy distinta.

Mar se acostó confusa, nunca le había pasado lo que le ocurría con Felipe. Después de dar muchas vueltas en la cama, se quedó dormida de puro agotamiento, habiéndose convencido que mantendría su corazón bajo siete llaves; podían ser amigos con derecho a roce y cuando todo terminara, nada de lamentos. Cada uno a seguir con su



vida, como si nada hubiese pasado.

## Capítulo 4

Por la mañana cuando se vieron en el pabellón, las mejillas de Mar se tiñeron de rojo, al instante, Felipe supo lo que ella recordaba, le sonrió endemoniadamente y le lanzó un beso con los labios. Al irse del gimnasio le dejó un mensaje a la recepcionista para que se lo diera a ella.

Cuando Mar salía hacia su casa, Victoria, la secretaria de las instalaciones, le dio un sobre y le dijo que un cliente lo había dejado allí para ella; lo tomó y lo abrió mientras se dirigía a su coche, y se paró de repente en medio de la calle al ver lo que decía.

*“Esos colores en tus mejillas me vuelven loco.  
F”.*

Al darse cuenta de que estaba en medio de la calle, miró y vio que se le acercaba uno de sus alumnos preguntándole si le sucedía algo, ella le respondió que no y guardó la misiva en la mochila donde llevaba la ropa. Cuando estuvo dentro de su Alfa Romeo 33, volvió a sacar la nota y la releyó, sonrió al recordar el beso que él le había mandado. Era un descarado y eso le encantaba.

Felipe estaba en el hospital trabajando, pero no se podía sacar a Mar de la cabeza. Cuando hizo una pausa para cenar, la llamó.

Recordó cómo había conseguido el número de teléfono y sonrió, ella se llevaría una sorpresa. Esa mañana una de «sus niñas» se lo había pedido porque la hija de la mujer quería hablar con ella sobre la gimnasia que hacía la anciana, y él al escucharlo lo había memorizado.

—Hola, ¿cómo estás?

Mar reconoció la voz al instante.

—*¿De dónde has sacado mi número de teléfono?* —preguntó intrigada.

—¿Te molesta que lo sepa?

No le había contestado, y por el tonillo que había empleado al hablar, se lo imaginaba con una sonrisa en los labios de aquellas que le derretían las rodillas. A ese juego podían jugar dos.

—*No lo sé* —dijo con intención—, *no sé nada de ti, igual eres un acosador, un bribón o las dos cosas a la vez.*

A través de la línea pudo escuchar la carcajada de Felipe.

—Contigo, me dan ganas de ser todas esas cosas y mucho más. Lástima que sabes dónde trabajo y conoces a mis amigos. Sería muy embarazoso que viniera la policía al hospital a arrestarme por «encaprichamiento brutal de una diosa pelirroja».

Al escuchar sus palabras una risa se le escapó a Mar, al mismo tiempo que un calorillo se expandía por sus entrañas al oír cómo la había definido.

—*Estás loco, ¿lo sabes?*

—Me gusta la locura... ¡Qué le voy a hacer!

Poco le importaba a Mar cómo hubiese obtenido él su teléfono, le alegraba que estuviera pensando en ella, no ser ella sola la que no se lo sacaba de la cabeza.

—*Eres un payaso* —la risa se le escapaba al hablar.

—Eso también... dime, ¿qué estás haciendo?

—*Preparándome mi yogurt y una pieza de fruta.* —Él pudo oír la burla en su voz y sonrió.

—No me lo creo, venga dame un poco de envidia, dime qué tienes hoy para cenar.

—*Me estoy tomando una copa de vino mientras me preparo unos huevos fritos con patatas y chorizo. ¿Y tú?*

—Me conformaré con un bocadillo de tortilla a la francesa, sin vino, con una cola y chis pum. —Ella rio por el tono conformista que él había empleado y por esa coletilla.

—*No me lo puedo creer, ¿es que no puedes llevarte algo de tu casa? Algo consistente como unos filetes empanados con verdura, o pescado con salsa, que lo pones un minuto en el microondas y comes bien y caliente.*

A Felipe empezó a hacérsele la boca agua.

—No sigas o no voy a conformarme con este bocata.

—*Si quieres te paso el teléfono de tele pizza, te la traerán en un momento y calentita.*

En su voz podía notarse que se lo estaba pasando bien tentándolo.

—Eres mala, mala, mala... ahora me están rugiendo las tripas por lo sabores que están deseando.

Felipe oyó la carcajada que ella soltaba.

—*¿No te llega hasta ahí el olorcillo del chorizo?*

Felipe sonreía cuando notó la vibración del busca, clara señal de que la cena tenía que esperar, habría entrado alguna urgencia.

—Tengo que dejarte preciosa, me están llamando; pero no creas que esto va a quedar así, me tomaré la revancha. Hasta luego.

—*Buenas noches.*

Después de colgar el teléfono, Mar se dio cuenta de que seguía sonriendo, ese hombre le sacaba su vena traviesa y eso le encantaba.

Aquella noche Mar soñó con Felipe, fue un sueño tan vívido que al despertar alargó el brazo hacia el otro lado de la cama esperando encontrarlo. Miró el despertador y se dio cuenta de que aún era pronto para levantarse, se dio la vuelta, pero le fue imposible volver a conciliar el sueño.

¿Qué le ocurría con ese hombre? Nunca le había sucedido nada parecido, ni con sus antiguos novios. A este no se lo sacaba de la cabeza, se había instalado allí y en los momentos menos oportunos se encontraba pensando en él. Sus compañeras de trabajo también se dieron cuenta de que andaba distraída, y se burlaban cuando la sorprendían con la mente en otra parte —en Felipe para ser más precisa—.

Cuando las primeras luces del alba asomaron en su habitación, se levantó y se preparó para el nuevo día, pensando en que le quedaban pocas horas para volver a verlo en el gimnasio, al darse cuenta de dónde se habían encaminado sus pensamientos frunció el ceño, no podía vivir con esa permanente impaciencia.

Mar estaba tomándose el café de media tarde cuando se le acercó Celia con mala cara, parecía como si se hubiese tragado un mosquito o algo peor.

—¿Qué pasa?

—Alberto nos deja.

—¿Al fin su hija se ha dado cuenta de que los echa de menos? —Mar había oído en

muchas ocasiones al anciano melancólico, que se lamentaba de no poder estar con sus hijos y nietos. Tenía las fotos de todos ellos en la mesita de noche de su habitación y lo había sorprendido en incontables ocasiones mirándolos con anhelo.

—No, lo van a poner en un geriátrico público.

—¿Qué?

—Me ha dicho que el mes que viene lo llevaran allí, que nosotros le resultamos demasiado caros.

—¡Será hija de perra! —exclamó Mar sin poder retenerse—. Alberto amasó una fortuna mientras trabajó, su negocio fue siempre muy prospero.

—Eso es lo que él nos cuenta, pero yo ya no estoy tan segura. ¿No te has dado cuenta de que ya no viste como antes?

A ellas se unió Marga, y se lo contaron.

—El negocio que levantó Alberto fue bien mientras no llegó la nueva tecnología, cuando esto ocurrió fue de capa caída; según sé, su hija ha tratado de modernizar la empresa, pero se ha dejado en ello toda la fortuna y ahora hay demasiada competencia. Ya nadie compra los muebles a medida, ni se pone molduras artesanales, vamos a una gran superficie, compramos lo que necesitamos y nosotros mismos lo montamos. Son mucho más baratos. Lo que Alberto hacía era arte, por desgracia hay muy poca gente que se pueda permitir los muebles artesanales que él hacía.

Marga sabía de las penurias que estaba pasando la hija del anciano porque cuando se fue a vivir con Luis, fue al establecimiento de esa mujer a comprar un mueble para el salón y ella misma le contó lo que estaba sufriendo para continuar con el negocio que le dejó su padre. Claro que de todo aquello, a él no le dijeron nada, no querían que se alarmase por sus penurias económicas.

—¿Y no podemos hacer nada? —Mar temía que si cambiaban al anciano de centro este se consumiera como la llama de una vela. No dudaba de la profesionalidad del otro centro, no, lo único que temía era que la melancolía de Alberto pudiera con él. No era bueno que se sintieran abandonados por sus seres queridos; quizás lo mejor fuera que le contaran lo que ocurría. Sin embargo, entendía que ella no era nadie para inmiscuirse en la vida de los demás. Esa decisión le correspondía a su hija. Hablaría con ella.

—Me temo que no —contestó Celia, sin darse cuenta que Mar estaba tramando algo.

—Luego nos vemos, voy a seguir con las meriendas.

Marga y Celia se quedaron mirando su espalda cómo se alejaba, sabiendo que Mar tenía algo en mente.

A la mañana siguiente, al llegar al gimnasio, Mar llamó a la responsable de Bienestar Social, con la cual tenía amistad por casos de los ancianos. Le dijo que tenía un problema, y quedaron para tomarse un café a media mañana. Cuando se reunió con ella en una cafetería al lado del ayuntamiento, esta le preguntó a qué venía tanta urgencia.

—¿No habrá algún tipo de ayuda para personas mayores sin recursos?

—No que yo sepa, tú trabajas en un centro privado. Cuéntame lo que pasa.

—Tenemos un anciano que lo van a trasladar a un geriátrico público porque no pueden pagar... y me temo que eso será el fin para él.

—Desgraciadamente eso pasa todos los días.

Las dos mujeres se miraron como midiéndose.

—Voy a remover cielo y tierra para que se quede con nosotros.

—Mar, no podemos ayudarlos a todos.

Cristina Rodríguez, que era la directora de Bienestar Social, sabía muy bien cómo se sentía Mar, cada día escuchaba muchos casos de personas que necesitaban ayuda para poder llegar a final de mes.

—Piensa que al menos no se va a quedar en la calle.

—No me basta. Es un anciano melancólico que si ahora que hemos conseguido animarlo lo cambian de centro, se consumirá.

—¿Y sus familiares?

Mar le contó el problema de la hija del anciano con el negocio que había heredado de su padre, y que él pensaba que todo iba viento en popa. Que no le habían contado nada de sus quebraderos de cabeza.

—Eso no deberían haberlo hecho, —puso mala cara—, si ese señor supiera que el legado que le dejó a su hija ha supuesto un infierno, ahora no tendría ese problema. Las cosas hay que hablarlas, les ocultamos cosas a nuestros mayores tratando de protegerlos como si fueran niños, y no lo son. Hay que explicarles...

—No es tan fácil —la interrumpió Mar—. Antes con un par de perras, iban a la tienda y compraban para toda la semana. Los ancianos se han quedado parados en

aquellos tiempos, y piensan que el dinero no se acaba nunca. En estos temas son como niños.

—Sé lo que me quieres decir, me he encontrado con más de un caso así, y me ha costado lo mío hacerles entender que todo ha cambiado.

—Me estás dando la razón.

—¿Has hablado con tus jefes?

—Pienso hacerlo esta tarde, pero no creo que consiga nada. Por eso he preferido hablar antes contigo.

—Bueno, mientras tú buscas la solución por ese lado, yo miraré si a esa familia se la puede ayudar de algún modo. Pásame su nombre y dirección por email, veré qué puedo hacer.

Se despidieron con dos besos y Mar se quedó en la cafetería hojeando el periódico, mientras se pedía otro café. Una noticia le llamó la atención: aquel fin de semana en uno de los barrios de la ciudad hacían actos para recaudar fondos para los niños más desfavorecidos. Se quedó mirando el anuncio con interés, mientras en su cabeza se iba formando una idea.

Más tarde, mientras se tomaba unas habas a la catalana que se había cocinado, seguía dándole vueltas a la idea que había tenido. Poco después, recordó a la asistente social que los visitaba en la residencia de vez en cuando, pensó que Celia debía tener su teléfono y se propuso llamarla esa misma tarde.

Mar lo intentó por activa y por pasiva, pero sus jefes tenían claro que no podían ayudar a Alberto, que si lo hacían con él darían pie a que otros ancianos sin recursos pidieran que los ayudaran, era una empresa privada que no se podía hacer cargo de los gastos que aquello conllevaba. Que ya tenían bastantes preocupaciones para pagar a las empleadas, y todo lo que el negocio necesitaba. Que, si recibieran alguna ayuda del ayuntamiento, quizás podrían estudiar el tema.

Con la moral por los suelos, Mar se plantó una sonrisa en la boca y se puso a trabajar; pero estaban muy equivocados si pensaban que se iba a rendir tan fácilmente, era una luchadora nata e iba a encontrar una solución que le satisficiera.

Al parar para tomarse el café de la tarde, le pidió a Celia que le buscara el número de la asistente social, unos minutos más tarde estaba hablando con Adriana Santos, la asistente social de aquella barriada. Le contó que había leído el artículo del periódico sobre los actos que iban a realizar aquel fin de semana para ayudar a los niños sin

recursos y le preguntó si no podrían hacer algo similar para ayudar a los mayores. Esta le contestó que sí, que evidentemente podían contar con ella para lo que necesitara, pero que sería algo complejo, pues no era lo mismo, los pequeños solían despertar más compasión, en cambio los ancianos... Era injusto, pues en la mayoría de las familias tenían ancianos que no tenían recursos para una subsistencia digna.

—Pues ya les voy a enseñar yo para qué sirven los ancianos —exclamó enojada.

—Lo sé, lo sé. Pero no todo el mundo piensa igual.

Estuvieron largo rato al teléfono para planear una estrategia que moviera los pilares de esa sociedad egoísta que apartaba a la gente mayor como si fueran juguetes rotos.



## Capítulo 5

El jueves uno de sus compañeros del hospital le pidió a Felipe para cambiar el turno, pues el viernes era el aniversario de su boda y quería celebrarlo con su mujer. Él no tuvo ningún problema, incluso se entusiasmó, pues podía salir con Mar esa misma noche. Juguetón, pensó en darle una sorpresa. A la hora que se tomaba un descanso para tomarse un café, fue a la floristería del hospital y escogió un ramo de rosas rojas, escribió una tarjeta y les pidió que lo llevaran al centro Los Ángeles.

Celia, la recepcionista, se exaltó al ver las flores y oír que eran para Mar; en lugar de esperar a verla, le dijo a una de sus compañeras que fuera a buscarla.

Cuando llegó a recepción, vio a varias de sus amigas que estaban alrededor de un precioso ramo de rosas, ¿qué estaría pasando?

—¿Para quién son estás flores? ¿Alguna de vosotras se ha echado novio y no nos ha dicho nada? —Como siempre soltó varias preguntas sin dejar que contestaran ninguna.

—Todo eso te lo tenemos que preguntar a ti.

—¿A mí?

Su amiga Celia sostenía un sobrecito en la mano.

—¿Lo abres tú o lo hago yo? —Las risitas de sus amigas le encantaban, le gustaba que la gente a su alrededor estuviera contenta.

Cogió el sobre y lo abrió, pensando que sería de Manolo, el anciano que quería que se casara con su hijo; de vez en cuando le hacía algún regalo, sin darse cuenta de que sus ilusiones nunca se harían realidad.

Leyó la tarjeta bajo la atenta mirada de sus amigas.

*“Te recojo cuando salgas.*

*No puedo esperar hasta mañana.*

*¿Sigues recordando?*

*F”.*

Que él hiciera alusión a aquel beso tan excitante, hizo que sintiera un calorcillo en

las entrañas. ¡Qué facilidad tenía ese hombre para hacerla sentir viva como nunca se había sentido!

—Bueno, ¿nos vas a decir de quién son? —Marga interrumpió sus pensamientos—. ¿Te has echado un novio y no nos has dicho nada? —le devolvió la pregunta.

—No es ningún novio, son del tipo que salí el otro día.

—¿El que está como un queso? —preguntó Celia.

Mar asintió.

—Yo con una cita tengo bastante —exclamó Rocío, de todas era sabido que su compañera pensaba como los hombres, nunca repetía con ninguno de sus ligues.

Mar olió las flores con deleite. No estaba segura de lo que les quería contar a sus amigas, si les decía lo que pasaba, le dirían que se pusiera el mundo por montera, que disfrutara de aquella atracción y que el futuro nadie lo había visto.

Al verla pensativa Celia la miró inclinando la cabeza.

—¿Será posible que te nos estés enamorando?

Aquella pregunta hizo que las demás callaran esperando la respuesta.

Mar soltó un suspiro.

—La verdad es que me da pánico, me siento muy atraída por ese hombre, demasiado.

—¿Y dónde está el problema? —Rocío la miraba sin comprender.

Marga era la única que tenía pareja estable, y por esa misma razón intuía lo que le pasaba a su amiga. Ella misma tenía sus rif y rafes con Luis por su dedicación a los ancianos, y por si eso fuera poco, Mar también tenía un empleo por las mañanas.

—No quiero que vuelva a pasarme lo que me ocurrió con Miguel y Jorge.

Sus amigas conocían la historia, los muy capullos se habían puesto celosos de su dedicación a los ancianos.

—Tendrías que renunciar a algunas cosas.

—¿Y no puede ser él quien lo haga? —Rocío era la más liberal de las chicas, y defendía con uñas y dientes sus decisiones.

—Tú no lo entenderías, Rocío, siempre has dicho que las relaciones no son para ti, que un buen polvo de vez en cuando te va de fábula, pero no repites con ninguno para que no te hagan reproches, para que nadie se sienta en el derecho de echarte nada en cara.

—Sí, y así me va cojonudo. Sabes que no creo en eso que llamáis amor, todas las

parejas acaban enterradas en una rutina y a la larga, o se separan o se son infieles. La mayoría de las mujeres son unas santas por aguantar tantos años a un mismo hombre, que lo único que hace es desahogarse de vez en cuando sin importarle el placer de su esposa, a cambio de que ellas les hagan de chachas toda la vida.

—Eres muy cínica —soltó Celia al escuchar aquello.

—Soy realista.

—No. —Marga ya estaba harta de las excentricidades de Rocío—. No todas las parejas son como tus padres. Los míos siguen tan enamorados como el primer día.

—Siempre hay la excepción que confirma la regla.

—Dejadlo, es algo que tengo que resolver sola —atajó Mar.

—No tienes por qué, cariño —dijo Celia que era algo mayor que las demás y vivía con su madre—. Las amigas estamos para eso; si quieres saber mi opinión... más vale que te arrepientas por que no haya funcionado, a que lo hagas preguntándote lo que pudo haber sido.

—Ese es un buen consejo. —Terció Marga—. No te calientes la cabeza, deja que la cosa fluya y lo que tenga que ser será.

Mar empezaba a sentirse como una niña con su primer novio, esperando que sus amigas le dijeran lo que tenía que hacer; no, ella era una mujer adulta que debía decidir por sí misma.

—Ya veremos. —Se puso la tarjeta en el bolsillo y se fue a seguir con lo que estaba haciendo antes de que la llamaran.

Eran las diez de la noche y Mar seguía sin aparecer, Felipe pensó de repente que no sabía si tenía algún día libre, ¿y si esa tarde no había trabajado? No lo pensó dos veces y entró en el centro.

—¿Está la señorita Mar Callizo?

Celia le sonrió, por un segundo su mirada se posó en las rosas, y él supo que ella sabía quién era.

—Sí, ¿quién lo pregunta?

La pregunta lo sorprendió.

—Soy Felipe Santacana, ¿lleva algún tipo de registro? —respondió al ver la sonrisa con que esa mujer lo miraba—. Si es así, soy médico, mido metro noventa, y peso

ochenta y cinco kilos, ¿quiere saber algo más? —informó recordando el comentario que le hiciera Mar durante aquella cena sobre el tercer grado.

Al ver el humor de aquel hombre, Celia estalló en carcajadas.

—Has pasado el examen. Mar está en la sala común jugando una partida de ajedrez con uno de los ancianos.

—¿Puedo pasar?

Felipe sentía curiosidad por aquel centro y sus residentes, ella hablaba con tanto cariño de ellos que lo tenía intrigado.

—Sí, está en la segunda puerta a la izquierda.

—Gracias... ¿Señorita...? —Le sonrió tendiéndole la mano.

—Oh, llámame Celia, ¿nos veremos a menudo?

—¿No crees que haces demasiadas preguntas? —Al ver la sonrisa que la mujer le dedicó—. Eso espero... pero guárdame el secreto —añadió guiñándole un ojo.

Ella soltó una risita y le indicó con las manos que fuera a buscar a Mar.

En cuanto él desapareció de su vista, llamó a sus compañeras y les dijo que el «queso» de Mar estaba allí, una tras otra fueron desfilando por la recepción y asomándose a la sala donde estaba.

Felipe fue hacia donde le había indicado y se paró en la puerta de aquella inmensa sala, a esa hora estaba casi desierta, solo quedaban varios ancianos que estaban pendientes de la partida que se desarrollaba en una mesa al fondo, al lado de varios sofás que se imaginó que utilizarían los ancianos para leer o para conversar entre ellos. La concentración era tal que ninguno de ellos reparó en su presencia. Se acercó en silencio y se paró detrás de Mar, no quería que lo viera todavía. Uno de los ancianos se dio cuenta de su presencia y le dio con el codo al que tenía al lado, poco a poco, a base de codazos, todos se percataron del desconocido que estaba allí.

—Ya te tengo Manolo, jaque mate —exclamó ella—. Venga que es hora de que os acostéis.

—Quiero la revancha.

—Mañana.

Al levantar la vista hacia los mirones vio que observaban detrás de ella, se giró y lo vio.

Su eterna sonrisa casi lo deja ciego.

—¿Hace mucho que estás aquí?

—Lo suficiente para ver que los dos sois muy buenos con esto.

A ella le encantó que no la alabara solo a ella, sino que incluyera a Manolo.

—¿No nos vas a presentar a tu amigo? —Los ancianos soltaban risitas tontas al escuchar la pregunta de Luis, un viejete con una desdentada sonrisa.

—Sois unos cotillas —replicó Mar.

Poco a poco todos abandonaron la sala, no sin antes mirar a Felipe de arriba abajo, acompañando el escrutinio de risitas.

Salieron del centro y ella se encaminó hacia su coche con la mochila colgada en un hombro. Felipe la miraba con disimulo, iba vestida con vaqueros desgastados y una camisa tejana que cubría un top negro que dejaba ver buena parte de sus voluptuosas formas, calzaba zapatillas deportivas, y tenía la zancada larga y elástica.

Cuando ella se paró al lado de su Alfa Romeo rojo de más de veinticinco años, él se la quedó mirando con sorpresa en la mirada.

—¿Este es tu coche?

—Sí.

—Este cacharro...

—Oye, oye, cuando quieras te echo una carrera, es viejo, pero a mí me encanta; además tengo un amigo que le ha hecho algunos arreglillos. —Felipe se partía de risa al ver que ella defendía su coche como lo haría cualquier hombre, la vio meter la llave en la cerradura y lanzar la mochila al asiento del copiloto—. ¿Dónde vamos?

—Sorpréndeme.

Mar lo miró con una sonrisa en los ojos al ver que le devolvía lo que ella le dijo en la otra ocasión que habían salido. Pensó durante unos segundos, la había desafiado y pretendía estar a la altura del reto.

Él esperaba que ella lo invitara a su casa, después de todo, no habían tenido tiempo de planear nada. Para su consternación ella le dijo:

—Espérame en la puerta principal del Instituto Pedro Mata.

—¿Te he dicho alguna vez que no soy de esta ciudad?

—No, pero se te nota en cada palabra que pronuncias —se burló.

Ella recordaba vagamente que le estaba explicando que era de un pueblecito cerca de Ferrol, pero cuando él lo hacía fueron interrumpidos por la madre de su amigo, Manuela.

—Empezaste a contármelo, sí, luego me explicas. ¿Sabes dónde está la estación de ferrocarril?

—Sí.

—Espérame allí.

—¿Pero...?

Felipe estaba contrariado, ¿qué se traería entre manos esa mujer?

—¿No querías que te sorprendiera? En diez minutos estoy ahí.

Mar lo vio subir a su coche y mientras se alejaba ella cogió su móvil y llamó al restaurante que había al lado de su casa, algunos días al salir del trabajo sin ganas de cocinar, se había subido la cena de allí, se comía muy bien y al final terminó haciéndose amiga de los dueños.

*—Pili, soy Mar, tengo un problema, quiero sorprender a un amigo con una cena tipo picnic, me ha surgido ahora y no tengo nada preparado.*

La dueña del restaurante le dijo que no había problema, que enseguida le preparaba algo para que impresionara a su invitado.

Le había colgado el teléfono y Mar se quedó mirando el aparato, ¿es que Pilar tendría encargos tan apresurados con frecuencia? Decidió que se lo preguntaría al día siguiente. Puso su coche en marcha, fue a por su comanda y en quince minutos paraba al lado del Audi de Felipe. Bajó la ventanilla y dijo:

—Sígueme.

En diez minutos estaban aparcando sus coches en un paseo. La oscuridad rota por un farol que iluminaba un par de mesas de madera.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Felipe al ver que lo había llevado a las afueras de la localidad.

—Esto es La Boca de la Mina, hace muchos años de aquí salía el agua que abastecía a la ciudad. —Mientras lo decía, caminaba hacia una especie de zanja en la base de unas escaleras de piedra donde brotaba agua, una reja protegía la entrada—. Hace cuatro siglos que la duquesa de Cardona hizo esta donación a la ciudad. —Se giró y señaló con las manos—. Esto es el paseo de la Boca de la Mina.

Felipe miró con interés una rambla de enormes plataneros centenarios.

—Está muy bien que se conserve la memoria histórica de las ciudades.

—Desde luego, sino qué les cuentas a los chavales, ellos son más del ver y tocar. La historia en los libros les es aburrida, prefieren mil veces poder comprobar por sí mismos las cosas.

Felipe volvía a sentir admiración por esa mujer, era muy inteligente.

—¿Y esos edificios que hemos pasado?

—Es un sanatorio para enfermos mentales. Es lo que te decía antes, el Institutc Pedro Mata.

—¿Esos edificios tan...? —La miró sorprendido.

—Sí, son modernistas de hace más de un siglo, fue un proyecto de varios ciudadanos ilustres.

—Esta ciudad tiene una historia rica, me encantaría conocerla.

—Cuando quieras te hago una visita guiada. —Ahí estaba aquella sonrisa guasona que a él le encantaba—. Tenemos una historia muy rica que nos dejó numerosos edificios modernistas, además de algunos ejemplos de gótico y de barroco.

El canto del agua al correr era como música para la pareja que de repente se había quedado en silencio. Felipe observando aquel entorno tranquilo y ella sin poder apartar la mirada de aquel magnifico perfil.

Cuando sus ojos se encontraron fue como un choque, ahí estaba aquella atracción que ninguno de los dos podía disimular.

Mar soltó un carraspeo.

—¿Tienes hambre?

—Sí, como el otro día me pusiste los dientes largos...

Al recordar la conversación, Mar soltó una carcajada.

—Pues si lo que esperabas es que yo te cocinara, tendrías que haberme avisado con tiempo. No tengo idea de lo que me han preparado —anunció abriendo el maletero del Alfa donde el marido de Pili le había puesto una caja—. He tenido que improvisar.

Felipe cargó con la caja hasta una de las mesas.

—No sé lo que habrá dentro, pero pesa una tonelada.

Mar la abrió y se maravilló al ver el contenido. Su amiga le había puesto platos, cubiertos y copas de verdad, junto a un mantel de un blanco inmaculado. Lo extendió sobre la mesa, puso cada cosa en su lugar, mientras Felipe sacaba una cubitera con una botella de vino tinto. Ella rebuscó y sacó una bandeja con ensalada, tapada con

papel film, en la cual no faltaba nada, desde tomate, cebolleta, canónigos, lechuga, remolacha, queso, nueces, pepinillos, maíz...

—Vaya, esta vez se ha lucido —exclamó encantada con lo que veía.

—Tiene muy buena pinta —elogió Felipe mientras servía el vino.

En otra bandeja había lomo relleno de jamón york y queso, empanado con salsa a la pimienta verde. Pili se había lucido, no había olvidado ningún detalle. De postre, les puso fresas y un bote de nata.

Cenaron hablando de la riqueza cultural de Reus y en un momento dado ella le preguntó de dónde era y Felipe le contó de Galicia, su tierra natal.

—Pues no tienes acento gallego... no sabría decirte.

—Mi padre trabajaba en petroquímicas y cuando yo tenía diez años lo destinaron a Zaragoza, luego a Alicante... vamos que me he pasado la vida de una ciudad a otra. Pero en vacaciones siempre volvíamos a Mugaros, un pueblo cercano a Ferrol, con mis abuelos. Y cuando empecé la carrera me quedé en Madrid. Imagínate que se me hubiesen pegado todos los acentos.

Los dos rieron al imaginarlo.

—Sería una mezcla de... —Mar se puso a hablar con distintos acentos mezclados que hizo que los dos rieran a carcajadas.

Esa manera de expresarse que tenía ella lo tenía cautivado, cuando hablaba lo hacía con movimientos seductores de sus manos y del cuerpo entero.

¡Qué fácil era hablar y reír con esa mujer! Se maravillaba Felipe.

Sentados uno al lado del otro podían sentir que cuando accidentalmente se tocaban era como si les diera un calambre, algo muy agradable para los dos. Al llegar a los postres Mar se sentó a horcajadas sobre el banco y él hizo lo mismo, así estaban frente a frente. Felipe alargó la mano hacia la fuente de fresas y cogiendo una por el tallo la acercó a la boca de Mar; como si fuera la cosa más natural del mundo ella la mordió y sus labios rozaron los dedos largos de él, su mirada se encendió hasta el punto que el calor corporal de ambos subió varios grados.

—Mmm... —ronroneó ella cogiendo otra fresa, la acercó a los labios de Felipe y cuando él con los ojos brillantes abrió la boca, ella con una sonrisa perversa se llevó la fruta a los propios y se la comió relamiéndose.

Con una sonrisa diabólica, Felipe la cogió por la cintura, la acercó a su cuerpo, y sin perder un segundo su boca cubrió la de ella y la besó con ardor.



Mar enroscó sus brazos en torno al cuello masculino y la danza de sus lenguas se volvió apasionada. Cuando se separaron estaban sin aliento.

—Sabes a fresas y me vuelves loco —susurró Felipe junto a los labios húmedos, antes de volverse a fundir en otro tórrido beso.

En la posición en la que se encontraban, podían sentir los latidos acelerados de sus corazones y como si se hubiesen puesto de acuerdo, los dos empezaron a acariciarse seductoramente.

Mar se centró en la cara, la barba de dos días le hacía cosquillas en la yema de sus dedos y la sensación era tan placentera que se la imaginó por el resto de su cuerpo. Se removió excitada.

Felipe se dejó llevar por el deseo que aquella mujer le inspiraba, y la apretó contra su cuerpo acalorado, deseó no estar allí, al aire libre; quería tenerla en su cama, disfrutar de aquel cuerpo flexible y darle todo el placer que estaba seguro encontrarían el uno en brazos del otro. La sentía vibrante contra él y su mano se coló por su camiseta hasta acariciar la piel desnuda de su espalda, entonces oyó el motor de un coche que se detenía cerca de donde estaban; soltó una maldición mental y se separó de ella para ver quién los interrumpía. Una pareja se apeó del coche que habían aparcado junto al Alfa de Mar y charlaban animadamente mientras se dirigían hacia la mina.

El embrujo del deseo se rompió, Mar había escondido el rostro apretado a su pecho y la sentía temblar, se sacudía como si estuviera llorando, se apartó un poco de ella y le levantó la cara con ternura. Ella se aguantaba la risa y al ver la expresión de sus ojos, no lo aguantó más y soltó una sonora carcajada.

—Estos no tienen el don de la oportunidad.

—Desde luego.

Felipe apoyó la cabeza sobre los cabellos suaves y pelirrojos, aspirando la suave fragancia del cuerpo femenino, al tiempo que sentía los latidos del corazón de Mar en su pecho, ¿o sería el suyo? Nunca una mujer le había provocado palpitaciones y reconocía que era muy placentero.

Mar se separó de él para recoger y meterlo todo otra vez dentro de la caja. Notó cómo él hacía inspiraciones lentas para calmar su desbocado cuerpo, y se sintió un poco culpable, a pesar de que ella estaba en las mismas condiciones. Luego Felipe se apresuró a ayudarla y en unos minutos lo tuvieron resuelto y guardado en el maletero.

—Preciosa, tendremos que terminar lo que hemos empezado otro día —susurró junto a los labios de Mar antes de darle un beso tierno como la suave brisa que los envolvía.

—Eso sí que ha sido mala suerte, un *coitus interruptus* en toda regla —murmuró ella.

Él hizo una mueca ante aquellas palabras.

—¿Cómo te las arreglas para hacerme reír en estas circunstancias?

—Soy así.

—Me encanta.

Se despidieron con otro beso y con la promesa implícita de que cuando volvieran a verse llegarían hasta el final.

Felipe la siguió hasta que vio el Alfa desaparecer en la puerta del aparcamiento donde Mar dejaba su coche, entonces se fue a su casa maldiciendo a los chicos por su inoportuna aparición.

## Capítulo 6

Mar se mantuvo toda la semana en contacto con Adriana, para organizar una fiesta en el parque en la que habría cabida para mayores y pequeños, quería concienciar a las personas que eran dos sectores de la sociedad que no eran ninguna carga para nadie, como mucha gente creía. Que podían complementarse los unos con los otros.

Esa semana comió casi cada día con Adriana, de la que se había hecho muy amiga. Entre las dos llamaron a animadores infantiles, pidieron permiso en el ayuntamiento para ocupar el parque el domingo siguiente, se pusieron en contacto con un cocinero que les haría una paella para mil personas.

Esos días Mar convenció a sus compañeras para que participaran en el evento, pretendía que los más ancianos se relacionaran con los más pequeños. Varias abuelas se ofrecieron para contar cuentos, los ancianos no querían ser desplazados y algunos querían enseñar a los niños a jugar a cartas, a lo que Mar se opuso, no creía que los padres lo vieran con buenos ojos.

—Manolo, no harás nada por el estilo.

—¿Por qué no?

Ella veía las ganas de participar de todos.

—Si quieres llévate las cartas, pero sería más apropiado el ajedrez. ¿No te gustaría enseñarle a algún niño a jugar? Tú eres el mejor, tendría un buen maestro.

El hombre se infló de satisfacción al oír cómo lo alababa.

—También habrá juegos de petanca, para los que quieran jugar, el domino también sería apropiado; habrá marionetas y muchas cosas en las que podréis participar.

El entusiasmo era general, lo que pretendían Adriana y Mar era reunir firmas para que el ayuntamiento no se olvidara de los ancianos que habían contribuido en hacer de la ciudad lo que era en ese momento.

Esa semana, Felipe trabajó todas las noches, y no paraba de pensar en Mar. En el asunto inacabado que tenían pendiente. La veía en el gimnasio y varias veces trató de

ignorarla, pues su entrepierna despertaba, aunque ella estuviera en el otro extremo del pabellón; pero le era imposible, intentaba mantenerse en la piscina todo el tiempo que ella pasaba allí; si salía se la llevaría a cualquier rincón y la besaría hasta que ella desfalleciera entre sus brazos.

Ella era consciente de ese deseo y le agradecía día a día que mantuviera las distancias, no estaba segura de guardar las apariencias si él se le acercaba, aquel cuerpo musculoso le robaba el sueño cada noche. Más de una noche pensó que debía hacer como su amiga Rocío, acostarse con él y terminar con aquellas ganas que le estaban robando la razón.

Felipe la llamaba cada noche y se contaban naderías y tonterías que los hacían reír a los dos; cuando cortaban la comunicación los dos eran conscientes del anhelo que los consumía.

La noche del viernes, mientras estaba en la ducha oyó el teléfono, cuando salió y vio que era Felipe quien la había llamado, marcó su número, pero le salió la voz de lata que le decía que estaba apagado o fuera de cobertura. Él le había comentado que en el hospital debía tenerlo apagado y no se extrañó.

Ya estaba acostada cuando le sonó la entrada de un mensaje.

*“Tengo una noche muy movida, mañana te llamo. F”.*

Se durmió con la imagen de ese hombre que la hacía vibrar con una mirada.

El sábado fue un día de locos, por la mañana Mar se reunió con Adriana y esta le dijo que todo estaba preparado, los carteles anunciando el evento estaban colgados por toda la ciudad, invitando a personas de otros barrios a que se unieran a la fiesta. El alcalde había confirmado su asistencia y voluntarios de los centros sociales se habían ofrecido para acompañar a los ancianos que no pudieran valerse por sí mismos y para vigilar que los más pequeños no se perdieran. Todo estaba preparado.

Mar estaba satisfecha consigo misma, y con Adriana, se fueron a comer juntas afianzando la gran amistad que había surgido entre ellas. Las dos eran felices ayudando a otras personas, luchando por los más débiles, y no dudaban a la hora de agitar y sacudir a esa sociedad que giraba la cara ante las injusticias.

Al despedirse para ir al trabajo, Mar estaba convencida de que había encontrado a una muy buena amiga.

Aquella tarde, en el centro, los ancianos estaban bastante alborotados por la fiesta del día siguiente, se respira un ambiente de jovialidad que sacaba sonrisas a todo el mundo.

Era tarde, cuando Mar se arrellanó en el sofá para ver algo en la tele, sonó su móvil, era Felipe que se había tomado un descanso para comer un bocado, la noche se había presentado algo complicada, era algo normal debido al día de la semana. Ella le contó la gran excitación de los abuelos, aquella tarde, y él se rio de las ocurrencias que Mar le contaba que tenían. Sonrió al recordar el entusiasmo con que ella le había contado sus intenciones, y la admiró más si cabía por no rendirse y tratar de ayudar a las personas necesitadas.

Felipe se la estaba imaginando con el móvil en la oreja y gesticulando como solía hacerlo, ¿qué tenía esa mujer que no se la sacaba de la cabeza? Algunas de las enfermeras que trabajaban con él, se le insinuaban sin ningún pudor, pero a él no se le aceleraba el pulso ni pensaba en ellas de otra forma que no fuera la profesional. Se despidió de ella cuando notó que su cuerpo reaccionaba, la verdad era que necesitaba sexo, mucho sexo... pero con ella. Quizás entonces no se pasaría todas las horas del día y de la noche pensando en esa mujer con cuerpo escultural, pelirroja y de ojos brillantes.

La mañana del domingo, Mar llegó al parque y se encontró con todos los voluntarios, y Adriana que les estaba dando instrucciones. Entre todos terminaron de montar las zonas de juegos para los más pequeños, el teatro de marionetas y unas mesas que se utilizarían para que los niños pintaran con las manos. La asistente la sorprendió cuando le dijo que también había conseguido que les prestaran un karaoke; Mar alucinaba, y al decirle que habría premios para los niños, bombones para las ancianas y juegos de mesa para los abuelos, sus ojos hacían chiribitas.

—¿Cómo lo has hecho?

—Hace días que lo tengo preparado, quería darte una sorpresa. Has trabajado mucho, cuando la mayoría de las personas hubieran seguido trabajando en lo suyo sin prestar la más mínima atención a lo que les pasa a los que tenemos a nuestro

alrededor.

Espontáneamente Mar le dio un abrazo a su reciente amiga y un beso en la mejilla.

Hacia las diez fueron llegando familias con niños y el parque empezó a cobrar vida, los voluntarios fueron a buscar a los ancianos y todos se mezclaron como si se conocieran de toda la vida.

Había corrillos con abuelas contando cuentos, los más pequeños estaban embobados con las marionetas, las mesas con pinturas estaban repletas, y varias voluntarias hacían cantar a los niños en el karaoke. Las madres se relajaron cuando vieron que sus hijos estaban permanentemente vigilados, y se dedicaron a pasear por entre los grupos de actividades.

Los encargados de hacer la paella para la comida empezaron a preparar lo que necesitaban y entre mamás, abuelas y padres de los niños la tarea se volvió muy divertida.

Cuando Felipe llegó y vio la algarabía, se alegró por Mar, la gente lo pasaba bien, y las risas inundaban el ambiente. La buscó con la mirada y la encontró junto a unas jóvenes con papeles en las manos, iba vestida como en el gimnasio y repasó visualmente aquellas interminables piernas.

Mientras todo el mundo se divertía, varias muchachas iban recogiendo firmas para que el consistorio ayudara a los más necesitados. Cuando el alcalde hizo acto de presencia, Mar se unió a las chicas y le pidió la firma, este la instó que le contaran para qué querían su firma mirándola con una sonrisa tensa en los labios, escuchó sus razones. Los dos se estaban midiendo con los ojos, ella sabía que no podía negarse con tanta gente alrededor sin quedar en evidencia; él maldecía la encerrona en la que había caído.

Felipe se daba cuenta desde lejos de la tensión, se preguntó qué estaría ocurriendo, ¿quién sería ese tipo? Oyó que alguien lo señalaba como el alcalde, y sonrió al ver la mirada que se dirigían el uno al otro; seguro que ella lo había puesto en un aprieto ante sus votantes.

Cuando Mar obtuvo la firma del alcalde, le dedicó la más radiante de las sonrisas y agradeciéndoselo se alejó de allí.

Uno de los voluntarios organizó una carrera de sacos, pero los niños no se acababan de decidir, eran juegos a los que no estaban acostumbrados; en plena era tecnológica esos entretenimientos eran para los chavales algo de la prehistoria. Mar y su amiga

Rocío decidieron participar, para poner en marcha la competición. A la primera carrera, solo fueron ellas dos y dos muchachitos, las risas las hizo quedarse atrás enseguida, poco a poco varios fueron acercándose y tuvieron que hacer grupos por edades.

Felipe la miraba desde la distancia, pues cada vez que intentaba acercarse, ella era reclamada en otro lugar. Al fin decidió tomarse una cerveza hasta que ella no estuviese tan ocupada, pero no la perdía de vista. Le encantaba la energía que parecía transmitir a todo el mundo: estaba pendiente de los ancianos, de los niños y de los padres... ¡Esa mujer era como súper *woman*! La siguió con los ojos y la vio a punto de participar en una carrera donde se ataría un tobillo con el de un niño y a correr, una sonrisa se dibujó en su rostro. Ella y su jovenzuelo compañero ganaron aquella ronda y al cruzar la raya que había dibujada en el suelo, ella levantó la mirada y lo vio, fue suficiente para que perdiera pie y se fuera al suelo con el chaval. Entre risas se desataron y celebraron la victoria, ella se había raspado la rodilla y las palmas de las manos, pero cuando se le acercaron para preguntarle, le quitó importancia y se acercó a Felipe. ¡Qué guapo se lo veía! Para la ocasión se había puesto unos vaqueros que marcaban bien sus muslos y una camiseta negra que destacaba todos sus abdominales. Mar se moría por acariciar todos aquellos músculos.

—Hola, ¿hace mucho que estás por aquí?

Su eterna sonrisa coronaba sus labios.

—El tiempo suficiente para darme cuenta que te gustan los juegos más que a los chavales, que has puesto en un aprieto al alcalde y que los ancianos se lo están pasando bomba contemplando tus piernas.

Mar soltó una carcajada.

—Pues no te he visto participar en ninguna actividad.

—Solo me verás en una. —Ella lo miró interesada, esperando la ocurrencia que vendría detrás—. En la de comerme un plato de paella, huele que alimenta.

—Ah... no. Primero tienes que ganártelo.

Felipe pareció pensarlo un momento, había dado una vuelta por el parque buscándola y sabía todo lo que se practicaba.

—Está bien, participaré.

Mar miró su enigmática sonrisa y supo que algo tramaba.

—¿En qué actividad?

—Ya lo verás, acompáñame.

La cogió de la mano y tiró de ella. La llevó hasta las mesas donde los pequeños pintaban con las manos, la miró sonriendo y le dijo que cerrara los ojos, que quería sorprenderla. Ella así lo hizo, y Felipe se mojó el dedo en un bote de color amarillo y le dibujó un sol en la frente.

Mar sentía el frescor de la pintura sobre su piel, cayó en la cuenta de que seguro los estaban observando y rio.

—No abras los ojos —le advirtió él.

Entonces se untó el índice de rojo y le pintó una pequeña estrella en la mejilla derecha.

—Ya puedes mirar.

Al levantar los párpados y chocar sus miradas, el brillo que él veía en los iris color avellana lo cautivó. Estaban tan ensimismados el uno con el otro que la gente alrededor los miraba con una risita en los labios.

—¡Bonito lienzo! —oyeron que decía una voz masculina.

La sonrisa de Mar hacía que los rayos del sol languidecieran.

—¿Alguien tiene un espejo?

Lo preguntó sin apartar los ojos de los de él, y como nadie contestó, se le acercó sugerentemente y alargó el brazo hasta su bolsillo trasero de los vaqueros, que era donde sabía que llevaba el móvil. Usó la pantalla como espejo y miró lo que le había pintado en la cara.

—Buen pulso.

A Felipe no le importó el público que los observaba, se le acercó y le dio un suave beso en los labios.

—¿Ahora ya me he ganado un plato de paella?

—Y hasta el postre —asintió ella guiñándole un ojo.

Una niña que no tendría más de siete años, se lanzó contra las piernas de Mar y con ojos llorosos le dijo que los niños se reían de ella porque había perdido en el juego de las manzanas. Ella levantó la vista hacia donde habían instalado una cuerda con la fruta colgada y los pequeños tenían que darle un mordisco con las manos atrás, vio a varios chicos mayores que hacían trampas, se ayudaban con el hombro para ganar. Cogió a la niña en brazos y fue hacia ellos. El monitor que reponía las manzanas, ya había amonestado a los chavales por no jugar limpio.



Felipe la seguía para ver lo que ella haría, y soltó una carcajada cuando retó a los muchachos; ellos la miraron con desconfianza, pero cuando el chulito del grupo dio un paso adelante aceptando el desafío, el resto de sus amigos no tardaron en unirse a él. Mar le dijo algo al oído a la pequeña, y esta estalló en carcajadas, todos se preguntaban qué le habría dicho.

Cuando el monitor dio paso a la competición, Mar atacó la manzana por un lado y la pequeña por el otro al mismo tiempo, en un segundo la fruta lucía dos mordiscos y ellas se reían a mandíbula batiente. Los chicos exclamaron que eso no se valía, mientras los padres que miraban, aplaudían a las chicas.

Felipe sonreía cuando Mar se reunió con él, después de dejar a niña feliz en compañía de la abuela que contaba cuentos.

—Cada día me sorprendes más.

—¿Y eso?

—Sabes manejar igual a los ancianos que a los niños, todos están encantados contigo.

La picardía que relucía en los ojos de Mar, hizo que él esperara la réplica.

—Con los que están entremedias, tampoco se me da nada mal.

Felipe soltó una carcajada, ¿cómo se las apañaba esa mujer para hacerlo reír cada vez que abría la boca?

—Vamos a tomarnos una cerveza, estoy sedienta.

Él pensó que era buena idea, al fin podría acaparar un poco su atención; sin embargo, descubrió que eso sería imposible ese día, pues en cuanto se acercaron donde servían refrescos, se les unieron dos mujeres. Mar le presentó a Cristina Rodríguez, la directora de Bienestar Social, y Adriana, la asistente de aquella zona. Les presentó a Felipe, y después de estrecharse las manos, ellas empezaron a alabar la gran idea de Mar, hablaron del éxito que estaba teniendo la jornada, y luego se rieron del apuro del alcalde.

—No me extrañaría que en pocos días tuvieras respuesta a la petición de ayuda para aquel señor, había demasiados testigos para que se exponga a que lo acusen de tomarse las cosas a la torera. Ya sabemos que el año próximo son las elecciones.

Los cuatro rieron, y con sus bebidas en las manos fueron a ver cómo iba la paella gigante. La verdad era que había mucha expectación, muchos de los ancianos de la residencia estaban viendo cómo el cocinero trabajaba con una sonrisa en los labios.

Alguien llamó la atención de Mar y se disculpó con sus acompañantes. Era la hija de Alberto, que quería agradecerle lo que estaba haciendo, ella le quitó importancia, confesándole que estaba feliz de estar allí, y ver que habían acudido muchos familiares de los abuelos.

Más tarde cuando se sirvió la paella, los voluntarios sirvieron a los ancianos que estaban sentados en largas mesas a la sombra, y la comida fue como si estuvieran celebrando una fiesta, todo el mundo reía y se relacionaba con todos, mayores y pequeños. Mar aprovechó el momento para presentarle a sus compañeras y amigas a Felipe, que estuvo encantador con todas. A Celia ya la conocía, ya había hablado con ella el día que fue a buscarla. A ninguna de ellas le pasó desapercibido lo guapo que era, le dieron un buen repaso con la vista, algo que él encontró de lo más gracioso, y una sonrisa devastadora se dibujó en sus labios al recordar un comentario de Mar. Iba a preguntarles, pero entonces llegó Marga con su pareja —que se había excusado de acudir por la mañana, porque era el único día que le dedicaba por entero a Luis—, y él empezó a quejarse de que le había costado mucho encontrar aparcamiento por la gran cantidad de gente que allí se reunían. Rocío y Celia se metieron con él, les encantaban sus batallas verbales.

—Tú irías en coche hasta al váter, ¿por qué no veníais a pie? Desde tu casa es un paseo.

Luis, que así se llamaba, entró al trapo.

—¿Y vosotras qué sabéis de dónde venimos? ¿Y si os digo que he llevado a Marga a la playa a ver salir el sol? ¿Y si...?

Una exclamación salió de sus labios al recibir un codazo de Marga para que se callara. Las chicas la miraron y vieron que un bonito rubor se extendía por su cara.

—No me lo puedo creer... —Rocío soltó una carcajada—. ¿Al fin habéis estrenado el coche? ¿O ha sido en la playa? Un buen polvo mañanero es lo mejor que hay para alegrar el día a cualquiera.

—Mira que eres bruta. —Celia miraba a Felipe y veía que hacía verdaderos esfuerzos para no reírse.

—A ti te voy a contar lo que hago con mi mujer.

Luis le guiñó un ojo a Marga, le pasó un brazo sobre los hombros y fueron a sentarse.

—Pues sí, tenías razón —susurró Celia a Rocío. Lo que hizo que todos estallaran en

carcajadas.

Durante la comida, Felipe fue acibillado a preguntas por las amigas de Mar, querían saberlo todo sobre él.

—¿Este es el tercer grado del que me hablaste, no?

Sonrió mirando a Mar.

—No podrás decir que no te avise.

—Esto no se vale, si avisas a tus novios de que nos vamos a lanzar sobre él, no tiene gracia —se quejó Rocío.

—¿Novios? —Rio Mar.

—Por eso mismo, es el primer tipo que nos presentas, no pretenderás que nos conformemos sin saber nada de él.

Entre risas, Felipe contestó algunas preguntas y otras las esquivó con maestría; lo que no pasó desapercibido a las mujeres, cada vez que le hacían alguna que no quería responder, cambiaba de tema o les contaba alguna patraña que no se creían y se reían de su poca sutileza.

De pronto una mano se posó en el hombro de Felipe que estaba junto a Mar.

—Muchacho, ¿has visto que nuera más guapa voy a tener? —dijo el anciano que él había visto jugando al ajedrez con ella, señalando a Mar.

Felipe la miró alzando una ceja y ella le guiñó un ojo.

—Es usted un hombre afortunado.

—¿A que sí?

Manolo parecía un niño al que le prometían un juguete nuevo.

—Desde luego, es una gran mujer.

El anciano era mayor, pero no tonto, y se había dado cuenta de cómo la miraba ese hombre.

—Te lo digo para que no te hagas ilusiones, esta pillada.

—Manolo, se te está enfriando el arroz.

Mar deseaba que ese hombre dejara el tema, a veces se sentía agobiada cuando él trataba de controlarla como si fuera su padre. Lo vio marchar hacia su silla y sentarse rodeado de sus amigos de la residencia, presumiendo como un pavo.

Ellos estaban rodeados de las compañeras de Mar, que se rieron por lo bajini cuando el anciano trató de marcar territorio.

Estaban degustando unas galletas que la pastelería de enfrente de la residencia había

hecho expresamente para la ocasión, cuando Mar reparó en unos muchachos que llevaban una caja de cartón, varios niños de los que habían participado en la fiesta se les acercaron y pudo ver que uno sacaba de la caja un perrito. Frunció el ceño, no podía soportar que ningún ser vivo fuera maltratado, y pensó que aquellos chavales no tenían buenas intenciones con el cachorro. Sin decir nada, se levantó de la mesa y fue hacia el corrillo que se había formado en torno a la caja, miró sobre las cabezas de los niños y vio que dentro había dos perritos más.

—¿Qué hacéis con estos cachorros? —El tono de voz que empleó hizo que todos los chicos se giraran a mirarla. Uno que no tendría más de once años se estiró como si quisiera aparentar más edad.

Felipe, que la había seguido con la mirada, se unió a ella.

—Verá, señora, mi perra parió cuatro cachorrillos, y mi madre dice que no podemos mantenerlos a todos, que solo me puedo quedar con uno. Al ver que aquí había tantos niños pensé que tal vez...

La congoja por separarse de sus perritos hacía que al chaval le brillaran los ojos. El corazón de Mar se llenó de simpatía por él.

—Quieres encontrarles un hogar donde se les quiera, ¿verdad?

El niño asintió con la cabeza, por lo que ella veía no estaba preparado para separarse de sus pequeñas mascotas.

—¿Quieres que te ayude a encontrar a alguien que los cuide tan bien como tú?

—Sí —dijo el niño con un hilo de voz.

Felipe no salía de su asombro, ¿es que el espíritu altruista de esa mujer no tenía límites?

A él le gustaban los perros, pero nunca había pensado en tener uno; además le atraían los grandes y estos eran de raza pequeña. Cogió uno entre sus grandes manos, el animal le lamió los dedos, era una monada.

—Es un carlino, ¿verdad?

—Sí, señor.

Los niños que habían visto los cachorritos habían corrido hacia sus padres para pedirles uno, y varios adultos se habían reunido en torno a ellos.

Mar no había pensado que Felipe estuviera interesado en tener un perro, claro que no sabía dónde vivía, ni si ya tenía alguno. Nunca habían hablado de eso. Lo miró con una ceja alzada.

—¿Tienes tiempo para dedicar a un perro?

—Yo no, pero sé de alguien que estará encantada con una mascota como esta.

¡Qué misterioso! Pensó Mar.

—Los perros no se regalan —dijo ella—. Puede que...

Felipe supo dónde quería llegar.

—No te preocupes, este no será abandonado en ninguna gasolinera. Tendrá amor a raudales.

El niño pareció conformarse, aunque su cara de pena llegó al corazón de los adultos. Tardaron muy poco tiempo en encontrar a quién se quedara con los perritos, y el niño tenía cara de pena. Mar lo abrazó y trató de consolarlo, diciéndole que él tenía a la mamá y a otro de los cachorros. El pequeño se fue a su casa acompañado de sus amigos.

Poco a poco, se fueron haciendo corrillos, unos hablaban de deportes, otros sobre los niños, y otros sobre que se tendrían que organizar jornadas como aquella más a menudo. Muchos eran los que se acercaban a Mar para agradecer que fuera la artífice de aquel acontecimiento, y ella les respondía que en realidad había hecho muy poco, que las responsables de Bienestar Social eran las que debían llevarse el mérito.

Felipe a su lado, con el perrito en los brazos que se había quedado dormido, la veía quitar importancia a todo lo que hacía por la gente mayor; la humildad de esa mujer lo dejaba pasmado.

A media tarde, en el parque, solo quedaban los últimos rezagados que hablaban mientras sus hijos jugaban en las instalaciones; los ancianos estaban otra vez en la residencia y los voluntarios terminaban de recoger todo lo que habían traído del centro social para los juegos de los niños. Mar se acercó a ellos a agradecerles lo que habían trabajado ese día. Ellos estaban contentos de poder añadir su grano de arena a ayudar en las causas justas. Felipe la esperaba y cuando ella se le acercó la cogió de la mano y le guiaba hacia donde tenía el coche aparcado.

—¿Dónde vamos? Tengo el coche aparcado en la otra calle.

—A dar una vuelta.

—Y ¿el perrito?

—Con nosotros, ¿te gusta? —Mar pensó que trataba de engatusarla para que se quedara con el perro.

—Me gusta, pero no puedo tenerlo. Tú sabes que estaría solo todo el día.

Él se dio cuenta del malentendido.

—No es para ti.

Mar se preguntaba para quién sería ese animalillo. La tenía intrigada. Él no tenía tiempo suficiente para adoptar un perro, más si era un cachorro y se le tenía que enseñar.

—¿Vamos? —repitió él.

—Pero... ¿Has visto cómo voy vestida?

Mar señaló su atuendo deportivo.

—Tú estás guapa te pongas lo que te pongas.

—Adulador.

—¿Funciona?

La sonrisa que recibió le dijo que sí.

—Pero...

—Vamos, luego te acerco a recoger el coche.

Estuvieron dando un paseo por la playa cogidos de la mano, él le contaba que le habían gustado sus amigas, y ella le dijo que él también a ellas. Si no ya lo habría notado, eran sinceras, y no tenían pizca de hipocresía, cuando algo o alguien no les gustaba se les notaba a la legua.

Vieron cómo se ocultaba el sol por el horizonte, con el sonido de las olas estrellándose en la arena, él le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia su cuerpo. Mar se apoyó en él y aspiró el fresco aroma de su colonia. En pocos minutos, los rayos del sol desaparecieron en el cielo dorado. Eran ajenos a voces y risas que llegaban hasta ellos desde el paseo marítimo de Cambrils, y bajó la cúpula donde empezaban a brillar las primeras estrellas, Felipe la envolvió en sus brazos y la besó. Empezó jugando con sus labios, recorriéndolos con la punta de su lengua, y mordisqueando la plenitud de aquella piel sensible. Ella no permitió que se apartara, le rodeó el cuello con los brazos y se le ofreció con gusto y ganas. El dulzor de la boca de Mar era adictivo, y él se recreó degustando el placer de sus besos. Notó que ella era recorrida por un estremecimiento, y se separó para mirarla a los ojos. Al ver la cruda pasión que se estaba despertando en aquellos ojos avellana, supo que debía detenerse, le fue difícil, apoyó la frente en la de ella y susurró.

—Me vuelves loco.

Ella trató de recuperar el ritmo de su respiración.

—Podría decirte lo mismo.

Esa noche Mar soñó con él, haciendo el amor en la playa, despertó agitada, vibrante y sudorosa. ¿Qué tenía ese hombre que le estaba robando la razón? Nunca le había ocurrido nada parecido, siempre había estado convencida de que sus romances tenían fecha de caducidad, y no había permitido que nadie la trastornara de esa forma.

Ya en su casa y acostado en su cama, Felipe recordó lo bien que se lo había pasado ese día. Solo una cosa lo había empañado, pero reconocía que todo lo hacía por el bien de la pequeña.

Una rabia sorda lo envolvió cuando unos recuerdos llevaron a otros y se encontró pensando en los últimos meses en Mugaros. Ni siquiera compartió su zozobra con sus padres y amigos para protegerla de su maldita madre.

No dudaba que Mar era la antítesis de aquella mujer, pero antes de dar un paso que les podría cambiar la vida a ambos tenía que estar muy seguro. No quería que su angelito viviera un ir y venir de mujeres a quienes no les importaría lastimar sus sentimientos. Hasta ese momento había mantenido a todos sus ligues lejos de su casa para impedir que de algún modo le hicieran daño a su hija.

Le vino a la mente la cara de la niña cuando él le había puesto el perrito entre sus bracitos, el animal le había lamido la nariz y ella había reaccionado soltándolo por el susto; cuando su padre se echó a reír, la niña también y poco a poco fue cogiendo confianza con aquel juguete con vida que le había traído su padre. En unos minutos su hija estaba hablando con el cachorro, sentada en el suelo de la cocina, mientras él le ponía agua en un cuenco y pensó que había comprado en la gasolinera, en otro. En un rincón puso una manta vieja y le dijo a la pequeña que al día siguiente irían a comprar juguetes y una cama para el perrito. Su corazón se llenó de orgullo cuando la niña corrió a buscar sus propios juguetes para compartir con el animalillo.

Felipe sabía que Mar era distinta a todas las mujeres con las que se había relacionado, pero no correría riesgos. Él soportaría lo que le deparara el futuro, era adulto y ya se había enfrentado a una bruja, por eso mismo protegería a Andrea de los sinsabores de la vida mientras pudiera. Claro que con sus dos añitos le era posible, pensó en cuando creciera y frunció el ceño al reconocer que no siempre sería tan fácil

como en esos momentos.

Se quedó dormido, y soñó con Mar mordiendo la manzana con Andrea en brazos.



## Capítulo 7

Mar reconocía que sería muy fácil enamorarse de ese hombre. Le gustaba demasiado y le trastocaba toda su planificada existencia. Se encontraba pensando en él en los momentos menos oportunos, y no ayudaba que cada día se vieran en el gimnasio. Él se las arreglaba para acercarse a ella y darle los buenos días, lanzarle algún piropo con un guiño cómplice, o mirarla con una extraña mezcla de alegría y deseo.

Durante la semana, la llamaba para desearle buenas noches, y los dos se reían un rato mientras hablaban por teléfono; o bien porque ella le contara alguna anécdota de los ancianos, o él le contaba ocurrencias graciosas. Siempre se despedía con un «dulces sueños, preciosa», que a ella le encantaba y la ponía nerviosa al mismo tiempo.

Una noche después de cortar la llamada, se quedó sentada en el sofá donde estaba, pensando. Tal vez, si se acostaba con él y tenían una buena maratón de sexo, se pasaría la novedad, y podrían ser amigos «con derecho a roce». Reconoció que eso era como un arma de doble filo, o bien se le pasaría la obsesión que empezaba a sentir o se enamoraría de él. Lo que sería catastrófico, pues con los horarios que ella tenía y a los que no estaba dispuesta a renunciar, nunca podrían estar juntos todo lo que quisieran y terminarían odiándose.

La perspectiva no le gustaba, y no quería analizar por qué.

Al día siguiente, cuando Felipe salió de la piscina, se sentó en el lateral hablando con el socorrista, esperando que ella terminara.

Mar despidió a «sus niños» y sacó todas las pelotas del agua. Cuando pasó a su lado para ir a cambiarse, él se despidió del empleado y se fue tras ella.

—He pensado que podemos salir a tomar algo.

—¿No vas a acostarte?

—Ha sido una noche tranquila, he podido dormir algo en el hospital.

Ella se sentía dividida entre dejarse llevar o cortar de raíz lo que estaba sucediendo entre ambos.

La mirada de él no se apartaba de los expresivos ojos de ella, que mostraban inquietud y preocupación. Se preguntó por qué.

—Espérame a la salida, voy a darme una ducha rápida.

En cuanto se reunieron, ella le dijo que tenía poco tiempo, que tenía que comer y empezaba a trabajar en la residencia a las tres de la tarde. Él hizo una mueca.

—Parece que nunca tenemos el tiempo necesario.

—¿Para qué?

La mirada que recibió fue suficiente respuesta. Se acaloró al ver el ardor en los ojos grises.

—Por eso no tengo pareja —se le escapó sin pensar.

—¿Qué?

—Nada, nada, solo pensaba en voz alta. Podemos ir a la cafetería de enfrente.

—Perfecto.

Las dos horas siguientes fueron reveladoras.

—¿Cómo te las arreglas con tus parejas? —dijo ella sin pensar.

Felipe que había dado un trago a su cerveza, casi la escupe. ¿Qué clase de pregunta era esa?

Ella se rio al verlo atragantarse.

—¿Qué quieres saber? —cuestionó cuando se recuperó de la tos.

—Imagino que solo estarás con mujeres que trabajen de noche, porque, al contrario, no debe ser fácil.

Felipe se la quedó mirando durante unos segundos, por lo que implicaba aquel comentario.

—He aprendido a no planificar, lo que surge... Hay que aprovechar el momento, todos los minutos del día.

Mar asintió con la cabeza sin dejar de mirarlo. Le estaba diciendo que pensaba como ella, disfrutar lo que pudiera del presente, que el mañana nadie lo había visto.

—¿Me estás diciendo que pensamos lo mismo? No puedo creerlo.

Felipe la miró interrogativamente.

—¿De qué me hablas? —preguntó confuso.

—Con el trabajo que tengo, estoy segura de no poder tener una relación duradera con ningún hombre, ya sé que trabajo demasiado, pero es que me apasiona lo que hago. Y no pienso renunciar a ello por nadie.

Ya está, ya le había dicho que no tenían un futuro en común.

—No entiendo...

Ella lo interrumpió.

—He salido con algunos hombres, como puedes imaginar, y hemos terminado... —  
Mar no quería contarle su vida—. Digamos que las cosas no fueron bien a causa de mi  
trabajo.

—¿Qué tiene de malo?

—Bajo mi punto de vista, nada.

—¿Y ellos?

Mar hizo una mueca, pero a él no le hizo gracia. ¿Con qué clase de tipos habría  
estado ella?

—Se sentían abandonados. —Al decir aquello, por sus ojos pasó como un velo de  
rabia, fue efímero, pero él era muy observador.

—¿Y?

—Pues que se acabó.

—Has sufrido por amor, ¿verdad?

Sin que ella lo afirmara, él ya sabía la respuesta. Le habían hecho daño, y ahora iba  
con pies de plomo. Parecía como si se hubiera cerrado a vivir una vida plena, era  
como si se hubiese resignado a acabar sus días en un centro como en el que trabajaba.  
La perspectiva no le gustó y frunció el ceño.

—No me mires de ese modo, cada uno vive su vida como quiere.

—A ver si he entendido lo que no quieres compartir conmigo: algún desaprensivo te  
ha hecho daño y ha culpado tu trabajo.

Ella bajó los ojos haciendo rodar entre sus dedos el vaso del refresco que se estaba  
tomando, pero Felipe puso dos dedos bajo su barbilla para leer en su mirada.

—Miguel me dijo que si se había ido con otra era porque yo no estaba nunca.

Lo dijo con voz tan baja que él tuvo que esforzarse por oírla.

Felipe soltó una maldición.

—Y... ¿Se puede saber cuándo tenías que estar con él? Por lo que yo he observado  
en la gente, las parejas se encuentran después del trabajo y...

Mar lo interrumpió.

—En aquel entonces no tenía trabajo y se pasaba todo el día en casa.

—¿Vivíais juntos?

La vio apretar los dientes y se arrepintió de haber hecho la pregunta.

—Al quedarse sin empleo se vino a vivir a mi casa para ahorrarse el alquiler.

A Felipe se le estaban revolviendo las tripas con cada palabra que ella decía.

—¿Estaba viviendo en tu casa y te fue infiel?

—Sí. —La voz de ella fue casi inaudible.

—Ese tío era un cabrón. —Parecía enfadado y ella se sorprendió—. Y encima culpó a tu trabajo. Supongo que le darías una buena patada en el culo.

Por la cara de Mar supo que ella se había creído todo lo que el gilipollas le había dicho, y se sintió furioso por ello.

—No todo el mundo es igual. —El tono suave de voz que había empleado Felipe estaba destinado a hacerle ver que ella se merecía a alguien mejor del tipo que la había engañado.

Ella se calló y miró hacia otro lado, lo que le dio a entender que no había sido el único que le había hecho daño.

—Ha habido más, ¿verdad?

—Jorge me dejó porque estaba celoso de los ancianos, decía que los quería a ellos más que a él.

—Vaya, no me lo puedo creer. ¿Y era cierto?

Mar lo miró y vio la seriedad en sus ojos grises.

—No, por favor, dejemos de hablar de mí.

Felipe pudo ver que el tema la incomodaba, la veía seria y añoraba su sonrisa. Se propuso demostrarle que ella podía tener la vida que quisiera, compaginarla con esos trabajos que la apasionaban; y si quería compartirla con alguien... Al pasársele este pensamiento por la mente, se dio cuenta que no le gustaba imaginarla con otro hombre. Se preguntaba por qué, sin embargo, no quiso profundizar mucho en el tema.

Mar miró su reloj de pulsera, era hora de marcharse a casa a comer.

—¿Te apetece que comamos algo aquí, y luego ya te vas directa a la residencia? He visto que hacen unos platos combinados muy apetitosos —dijo él al verla mirar la hora.

Llamaron al camarero y comieron allí, Felipe se abstuvo de preguntarle nada más sobre su vida privada. La distrajo con aventuras que había vivido con sus amigos. Le contó las peripecias de un verano en el que fueron a sacar restos arqueológicos de una bahía de la costa Brava, con varios de sus amigos, uno de los cuales le arrebató de

entre los dedos a una mujer de la cual se había enamorado al primer vistazo.

—No me lo puedo creer.

—Sí, jugaba con ventaja.

Mar era reacia a creer que un amigo se interpusiera entre este y una mujer. Eso simplemente no lo veía nada bien.

—No sería tan buen amigo.

Felipe soltó una carcajada por la réplica y el ceño que ella exhibía.

—Resultó que ellos se conocían del año anterior, ella le salvó la vida después que él sufriera un accidente. Y aquel verano cuando terminó el taller de submarinismo que habíamos organizado con chavales, se casaron. A parte de eso, no creo que hubiese tenido ninguna oportunidad con Sofía.

—Vaya, ahora me dirás que las mujeres no caen rendidas a tus pies en cuanto muestras tus encantos.

—Claro que sí —afirmó con una ancha sonrisa—. Lo que pasa es que me porté como un cretino desde el momento en que la vi, le hice pasar un mal rato, y se lo tomó bastante mal.

Mar no se lo imaginaba tratando mal a una mujer, ni a nadie. Él vio la confusión en su mirada y sonrió al recordar el incidente.

—Verás, necesitábamos a un socorrista para el taller de buceo, y Sofía se presentó para el trabajo. Era... y es, una mujer menuda. Yo pensé que los chavales que se habían apuntado serían dos veces más grandes que ella, y que si teníamos algún problema la tendríamos que rescatar a ella. Tal cual lo pensé, se lo dije, y se ofendió. Me tachó de corto de miras y de machista. —Una risita se le escapó—. Para demostrarle que tenía razón, me lancé al agua, allí en el puerto, y empecé a pedir socorro.

Mar se temía que ahí venía lo mejor, la cara de Felipe mostraba diversión.

—Y ¿qué pasó?

—Se quedó mirándome, y yo le dije que mientras ella se lo pensaba, yo me estaba ahogando. Se tiró al agua y empecé a tirar de ella hacia el fondo. —Mar frunció el ceño al oír aquello—. Con lo que me gane un puñetazo en la barbilla, me dejó aturdido y me sacó del agua.

Mar reía a mandíbula batiente.

—Te lo merecías.

—Ya lo creo. Después de eso, la contratamos.

—Y ¿dices que terminó casada con tu amigo?

—Sí, no tardé en darme cuenta de que estaban hechos el uno para el otro. Ahora son como parte de mi familia.

Felipe miró su reloj y supo que ella no tardaría en irse. Le cogió una de sus suaves manos, y sin pensarlo le besó los nudillos.

—Me gustaría pasar más tiempo contigo.

Las alarmas se dispararon en la cabeza de Mar, al tiempo que pensaba que quizás era eso lo mejor, ir al grano, pasarlo bien, y aquella obsesión terminaría. Por otro lado, tal vez había malinterpretado sus palabras y se refería a ese momento. Decidió ir con cautela.

—No puedo faltar al trabajo si es lo que estás insinuando.

Felipe vio una chispa en su mirada brillante, lo que le decía que se estaba haciendo la tonta.

—No me refería a hoy, nunca te pediría que faltaras al curro. El próximo fin de semana libre, ¿te apetecería que hiciéramos planes?

Se miraron a los ojos durante unos segundos.

—Yo ya los tengo hechos para el sábado, me encantará incluirte en ellos.

Él se sorprendió.

—¿Se puede saber de qué se trata?

—¿No te apetece más que te sorprenda?

La sonrisa que le regaló con el comentario hizo que deseara seguirla al fin del mundo.

—Desde luego.

Salieron de allí y antes de que Mar se alejara hacia su coche, él la cogió por los hombros y la besó suavemente. Lo que la dejó con ganas de más. No lo pensó, se cogió a su fuerte cuello y unió sus labios a aquella boca que le robaba el sueño. Él se sorprendió durante un segundo y luego se abandonó a la sensación de sentir todo el cuerpo de ella pegado al suyo. «Muy pronto», se prometió, necesitaba calmar esas ansias que se apoderaban de él cada vez que la veía.

Los días transcurrían rápidamente, cada día cuando se veían en el gimnasio tenían que

hacer un esfuerzo hercúleo para seguir con sus cosas y no lanzarse uno a brazos del otro. En más de una ocasión se sorprendían mirándose con deseo y desviaban la mirada para que nadie fuera consciente de la lucha interna que mantenían para guardar las distancias. Los dos estaban convencidos de que una maratón de sexo les sería suficiente para seguir con sus vidas independientes como antes de conocerse. Los dos se equivocaban.

## Capítulo 8

El sábado por la mañana, Mar pasó a recogerlo por su casa. Felipe la esperaba en la entrada de un lujoso chalet de las afueras.

—Puedes dejar tu coche en mi aparcamiento y vamos donde quieras con el mío.

—Ni hablar. —Soltó ella con una carcajada—. El tuyo no me sirve.

—¿Qué?

—Ya verás.

Mar salió de la ciudad, dirección Valencia, y él se preguntó dónde lo llevaba. Sin embargo, no preguntó, ella pretendía sorprenderlo, que así fuera, aunque no imaginaba qué estaría tramando.

Pasaron de largo por varios pueblos costeros, y al fin Mar tomó un desvío que los llevó a un circuito de carreras. Aparcó muy cerca de boxes, y salió del coche con su eterna sonrisa, su zancada larga y elástica. Todo el mundo la saludaba con efusión, algunos la levantaban del suelo cuando la besaban en las mejillas, otros le recriminaban que hacía mucho tiempo que no se dejaba ver por allí. Ella les iba presentando a Felipe a sus amigos y él no paraba de preguntarse qué estaban haciendo allí; ciertamente no había carreras.

Cuando Mar se dio cuenta de que las mujeres miraban a Felipe como si quisieran comérselo, lo cogió de la mano y lo arrastró hacia la pista, donde había un hombre con la cabeza metida en el motor de un Renault cinco tuneado.

—¿Qué hay, Santi? ¿Dispuesto a darme mi oportunidad?

El susodicho levantó la cabeza y le sonrió.

—Eso nunca ocurrirá, muñeca. Sabes que soy el rey del circuito.

—Hasta que alguien te destrone.

El hombre soltó una carcajada.

—Y esa pretendes ser tú, como si lo viera.

—Claro que sí, a todos los tienes acojonados, pero ya sabes que conmigo no vas a poder. Tarde o temprano lo único que verás será la parte trasera de mi cacharro.

Felipe no podía creer lo que estaba escuchando, ¿es que Mar corría con su coche?



Santi rio al escucharla decir que le tenían miedo, y ella lo que quería era provocarlo para que la desafiara.

—No insistas, no voy a perder el tiempo dejándote en ridículo.

—Lo que pasa es que tienes miedo de que te gane una mujer.

Todos sus amigos estaban pendientes de lo que se decían y rieron el comentario, Santi la miró frunciendo el ceño. Mar había llegado esa mañana muy chulita.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Que tu nuevo amigo te vea perder?

—Él es Felipe, y no me verá derrotada por ti.

Antes de estrecharle la mano, se secó el aceite que la ennegrecía con un trapo.

Mar jugaba con ventaja, Ernesto le había hecho una revisión a su coche y le dijo que podía ganarle a Santi, que solo tenía que esperar a que este se confiara en la última vuelta y tomar la delantera.

—Tío, no sé qué le has hecho, pero nunca la había visto tan dispuesta a ponerse en ridículo.

Ante el comentario, Felipe pensó que ella pretendía impresionarlo, que estaba dispuesta a arriesgarse por él.

—No tienes que hacer eso —le susurró al oído para que nadie más lo oyera.

—¿De qué me estás hablando?

Sus ojos mostraban confusión.

—No tienes que demostrarme nada, lo sabes, ¿no?

La mirada de Mar le decía más que las palabras, la había ofendido al pensar que ella necesitaba demostrarle algo. Un segundo fue suficiente para darse cuenta de que ella era una mujer muy segura de sí misma que no buscaba la aprobación de nadie. Lo había visto desde el primer momento que la conoció, no era de esas mujeres que constantemente buscaban elogios y halagos.

Ella negó con la cabeza, haciéndole saber que no entendía nada.

—¿Te apetece dar unas vueltas conmigo?

Felipe no sabía si darle el gusto o negarse, la había molestado al dudar de su capacidad.

—Claro que sí.

Volvieron hacia el Alfa y ella sacó dos cascos del maletero.

—Póntelo.

Ella se puso el suyo y se subió al volante de su coche.

—Tío, tienes suerte, nunca la he visto correr con copiloto.

Oyó Felipe que decía alguien detrás de él.

Mar entró en el circuito, y en el momento que las ruedas tocaron el asfalto aceleró, él se sintió impulsado hacia atrás, pegado al asiento. Después de dar un par de vueltas en las que no dijo nada por temor a desconcentrarla, ella habló.

—¿Qué te parece?

—Nunca te hubiera imaginado como piloto de coches de carreras, estoy sorprendido.

—¿Quieres probar? Sentirás el vértigo de la velocidad y la gasolina que corre por tus venas. La descarga de adrenalina es lo más.

Mar no le dio tiempo a responderle, llegó a la recta de boxes y paró, dejándole el sitio a él.

Felipe no resultó ser tan hábil como ella, y esto provocó algunas risillas entre los espectadores. El resto de la mañana lo pasaron quemando neumáticos por el circuito, junto con los amigos de Mar. Eran un grupo variopinto de hombres y mujeres que se lo pasaban bien, disfrutando de la velocidad en un lugar seguro. A él lo acogieron como si fuera uno de los suyos y bromearon como si se conocieran de siempre.

Al anoecer, Mar lo llevó a cenar al restaurante de debajo de su casa. Allí comentaron el fantástico día que habían pasado, y él le confesó que lo había sorprendido, y le pidió perdón por haber dudado de su talento al volante. Ella le quitó importancia al asunto, él no podía saber sus gustos a la hora de divertirse.

Entre una copa de vino y otra, entre una mirada acalorada y otra, se dieron cuenta de que la noche se les echaba encima, y que esa sería la definitiva, los dos lo deseaban y no trataban de ocultarlo. Felipe no dudaba en cogerle la mano, en hacerle cosquillas, o acariciarle la tierna carne de la muñeca con la yema de sus dedos. La temperatura entre ambos fue en aumento, sin embargo, ella no le decía que subieran a su casa, quería que él estuviera tan ansioso como ella.

Felipe descubrió su juego y con una sonrisa hechicera, le dijo si le apetecía dar un paseo. Ella asintió, salieron del local y se encaminaron a la plaza del ayuntamiento, donde se reunían muchos jóvenes antes de irse de juerga a Salou. Él había pasado un brazo sobre los hombros de Mar tan pronto pisaron la calle y sin pensar le acariciaba el hombro; ella lo miró de reojo y se dio cuenta de que era ajeno al movimiento de sus dedos. Mar sonrió, mientras él le señalaba unos chicos que hacían malabares.

—Todos los fines de semana están por aquí, reúnen dinero para el viaje de fin de curso, acerquémonos, voy a contribuir; yo también hice de todo para sacarme cuatro perras para el viaje.

—Eres una mujer excepcional —murmuró él mientras se inclinaba a besarle la cabeza.

Mar levantó el rostro para mirarlo y cuando sus ojos se encontraron, ninguno de los dos quiso romper el hechizo que los envolvía.

Ella se puso de puntillas para darle un breve beso, pero Felipe la apretó contra su pecho y no la dejó escapar, capturó sus labios y los degustó con ansias. La hacía sentir tan bien, que no se dio cuenta de que la tenía aupada contra su pecho.

Al separarse con la respiración entrecortada, supieron que había llegado el momento, no iban a demorar más lo que ambos deseaban. Volvieron sobre sus pasos hacia el piso de Mar.

Una vez en el interior, Felipe la capturó entre sus brazos y la abrazó con ternura.

—Te siento tan bien contra mí.

Ella podía sentir el calor del cuerpo masculino, coló sus manos bajo la camiseta y acarició los duros músculos de su pecho.

—Yo también —dijo ella con picardía.

A él se le dibujó una sonrisa en la cara, ella lograba que sonriera en los momentos más inesperados. Le cogió la cara entre sus manos y el beso que siguió demostraba lo ansioso que estaba, su lengua se abrió pasó dentro de aquella dulce gruta, y la tentó para que ella le siguiera el ritmo. La respuesta no se hizo esperar, Mar enroscó sus brazos en el cuello musculoso y le devolvió caricia por caricia, dando tanto como recibía. Las manos de Felipe parecían estar en todas partes a la vez, mientras su boca no se separaba de la de ella. La notaba entregada y febril, y eso lo excitaba al máximo.

Mar sentía aquellas manos que la recorrían desde la cabeza hasta las nalgas, acariciando, tentando, haciéndola vibrar al ritmo de las caricias de aquella lengua juguetona. Se separó de él, porque notaba que le faltaba el aire, se miraron a los ojos y vieron en las pupilas del otro, el deseo descarnado, una pasión que prometía el paraíso. Sin esfuerzo, Felipe la cargó en brazos y le preguntó hacia donde debía ir, su voz ronca pareció acariciarle los lugares más íntimos de su cuerpo.

Mar le señaló una puerta abierta y le rodeó el cuello, empezó a darle pequeños

mordiscos amorosos en la barbilla, pasando la lengua por los apetecibles labios de él. No se enteró de que estaba en su habitación hasta que Felipe se inclinó con ella en brazos y la tendió en la cama, al mismo tiempo que la cubría con su cuerpo. Al abrir los ojos lo vio mirándola con ardor, alargó el cuello para capturar la boca masculina, pero él se apartó, quería disfrutar de la visión de ella: excitada, pasional, ansiosa y entregada. Sin apartar la mirada, Felipe se arrodilló entre las largas piernas y fue subiendo su camiseta hasta sacársela por la cabeza, la ropa interior de Mar era una exquisitez que él acarició con las yemas de los dedos, notando cómo el pezón estaba erecto como un capullo de rosa. No quiso evitar abrir la mano y cubrir aquel pecho con exquisita delicadeza.

Cuando Mar sintió el calor que se filtraba a través de aquella caricia hacia todas sus terminaciones nerviosas, hizo un ruidito entre sorpresa y gemido. Sintió que su respiración se hacía pesada y alargó las manos para despojarlo a él de su camisa, intentó incorporarse para hacerlo, pero Felipe se lo impidió, se la agarró por la parte de atrás del cuello y tiró, en un segundo se desprendió de la molesta prenda. Las suaves manos femeninas se extendieron por el pecho ancho y velludo, acariciando y explorando con avidez, notando cómo los músculos se contraían bajo sus dedos.

—No sabes las veces que he deseado hacer esto cuando te he visto en la piscina.

Su voz aterciopelada por el deseo fue para él como el afrodisiaco más potente, a la vez que sonreía se inclinó y cuando estaba a pocos centímetros de su boca susurró:

—Tus niños se habrían escandalizado.

A Mar se le escapó una risilla.

—No creo, ¿no notas cómo te miran? Los hombres discuten a ver quién tenía el cuerpo más semejante al tuyo, y las mujeres... bueno, ellas desearían tener cuarenta años menos para lanzarse a tus brazos, si hasta discuten quién sería la que tú elegirías.

Felipe pensó que le estaba tomando el pelo. Salvó la poca distancia que lo separaba de su boca y la cubrió en un ardiente y fogoso beso que la hizo encoger hasta los dedos de los pies. Las manos de Mar se aferraban al musculoso cuello por la potencia de las sensaciones que estaba sintiendo. No fue consciente de que él estaba manipulando la cremallera de sus vaqueros hasta que notó cómo una mano caliente y grande se colaba dentro.

La suavidad de la piel que estaba acariciando estaba llevando a Felipe a la locura, la necesitaba desnuda bajo él, en torno a él, y encima de él.

Sin previo aviso, rodó en la cama, hasta que ella reposó sobre su pecho, y entonces introdujo las manos hasta estar acariciando aquellas nalgas duras y tentadoras. Las amasó goloso, apretándola contra su firme erección, hasta que notó la mano de Mar que lo tocaba a través de la tela. No pudo contener un gemido de placer.

—Tanta ropa me estorba —murmuró Mar peleando con el ojal y el botón.

Él se incorporó como un resorte, cogiéndola por la cintura y levantándola a peso, la dejó a su lado, de rodillas en la cama. Se levantó y se deshizo de ofensivas prendas que aún llevaba puestas. Quedó desnudo como un recién nacido y vio la apreciativa mirada de ella recorriéndole el cuerpo.

Mar arrodillada sobre la cama, se le hacía la boca agua solo con recrearse la vista con la desnudez del cuerpo masculino. A Felipe le hizo gracia, y se quedó unos segundos con la mirada clavada en ella. Cuando sus ojos se encontraron, le tendió una mano que ella no tardó en coger. Tiró de ella y la levantó, como ya tenía los vaqueros abiertos, los fue bajando al tiempo que acariciaba las piernas sedosas con las yemas de sus dedos. Ella se apoyó en sus hombros para que le sacara las perneras por los pies, entonces él sacó la lengua y la paso juguetonamente por el interior de las rodillas femeninas; al oír la exclamación de Mar supo que le gustaba y siguió haciéndole cosquillas subiendo por los muslos hasta llegar a la tanga que le cubría justo el lugar donde él deseaba enterrar la boca. Con los dientes tiró de las tiras que atravesaban las caderas y sus fosas nasales fueron impregnadas del aroma sexi y ácido de la excitación de Mar. Quería ir despacio, disfrutar del momento, pero le fue imposible, su necesidad de sentirla contra él superó todos sus planes de ralentizar el placer. Le sacó la ropa interior y ella se lanzó contra él, enroscando sus piernas en la estrecha cintura de Felipe.

Mar se sentía arder, desde luego ese hombre sabía cómo excitar a una mujer, cómo alargar los juegos preliminares. Tenía la piel que le hormigueaba y cualquier proximidad le parecía demasiada, lo atrajo hacia ella y lo besó mientras acomodaba la gruesa masculinidad entre sus piernas. La sensación de sentirlo justo donde más lo deseaba la estaba llevando a la locura, se movió para que entrara en ella, sin embargo, él la apartó y ante la mirada interrogante de ella murmuró:

—Un segundo cielo.

Mar lo vio buscar en el bolsillo trasero de sus vaqueros y sacar un preservativo. Cuando volvió junto a ella, la asaltó con un tórrido beso que hizo que las rodillas le

fallaran, la tumbó con delicadeza y empezó a entrar en aquel cuerpo que lo tenía hechizado desde el primer día que la vio.

—Mírame, cariño, quiero ver tu placer.

Ella abrió los ojos con dificultad, la sensación de sentirlo deslizarse en su interior con aquella lentitud pasmosa, le estaba robando el aire de los pulmones, y tuvo que aspirar con fuerza cuando vio los ojos grises de él clavados en los suyos con una mezcla de adoración y ternura que no esperaba ver en aquel momento. Cuando él llegó al fondo, ella soltó un jadeo alucinado, se sentía como si le hubiese atravesado el cuerpo entero.

Felipe capturó aquellos labios abiertos y jadeantes, acariciándolos con su lengua mientras empezaba a moverse en aquella humedad quemante que lo envolvía. Mar no tardó en rodearlo con sus piernas y seguir el ritmo que él marcaba, sus manos se movían por voluntad propia hacia la espalda ancha arañándolo sin ser consciente de ello. Él curvó su cuerpo para capturar un pezón entre sus labios, Mar los tenía tan sensibilizados que soltó un gritito, y se arqueó debajo de él para que no se detuviera. Felipe la llevó al borde del orgasmo y se separó un poco para verla abandonarse a la pasión, con un movimiento circular de su pelvis, ella se vio arrojada a las estrellas, gritó su nombre, casi sin voz mientras miles de lucecitas se acumulaban detrás de sus párpados. Las contracciones de su orgasmo hicieron que él se dejara ir y se uniera a ella en la cima del placer.

Unos minutos más tarde y todavía con el corazón bombeando erráticamente, Felipe se giró arrastrándola para que reposara contra él.

Mientras ella recuperaba el ritmo de su respiración, Felipe se preguntó cómo era posible que volviera a desearla, que se hubiese recuperado tan rápido, que ya estuviera listo para volver a empezar. Nunca le había pasado nada igual.

Mar estaba medio dormida cuando lo sintió moverse y acariciarla. En su cara se dibujó una sonrisa al notar los dedos de él en su cuero cabelludo, masajeando y causándole escalofríos por todo el cuerpo que la estremecían, inundándola de placer.

Durante la noche, Felipe la buscó en repetidas ocasiones y ella respondía a sus caricias como si no existiera un mañana.

Felipe abrió los ojos con una extraña sensación, comparable con la masculina

satisfacción que sentía después de una noche de... En un segundo se dio cuenta de que no estaba en su cama y recordó todo lo acontecido durante la noche. Se le despejaron las ideas y se volteó hacia el lado donde dormía Mar, permitiéndose el lujo de mirarla mientras ella era ajena al mundo. Le encantaba su corto pelo rojo y alborotado por sus propios dedos, sus labios hinchados de tantos besos compartidos durante la noche, las pecas que adornaban el puente de su nariz y que deseó besar una a una. Era preciosa despierta, dormida y tomándole el pelo, cosa que hacía muy a menudo. Su mirada bajó hacia su cuerpo firme que ahora estaba acurrucado y relajado enredado entre las sábanas. Notó cómo su masculinidad despertaba, la volvía a desear, a pesar de que habían pasado buena parte de la noche en una bruma de placer embriagador. Dudó un segundo en despertarla a besos y volver a empezar, pero descartó la idea al instante, al caer en la cuenta de lo poco que habían dormido; él estaba acostumbrado, pero ella no.

Se levantó de la cama, se puso los pantalones y salió de la habitación. La noche anterior no había visto nada que no fuera la mujer que tenía en brazos. Le sorprendió encontrarse en un saloncito abierto a la cocina y al comedor, con mucha luz proveniente de los tres balcones que se abrían a la calle, donde ella tenía varias plantas que aún conservaban varias flores a pesar de que el verano ya había pasado. La cocina estaba separada del resto por una isla con dos taburetes altos, los armarios de la cocina con las puertas acristaladas dejaban ver todo lo que había en su interior, mirara por donde mirara se veía la impronta de Mar por todas partes. Todo estaba perfectamente organizado, como la vida que ella llevaba. En un rincón de la encimara vio la cafetera con tazas y el bote del café al lado. De pronto le apeteció tomarse uno y se lo preparó. Mientras sorbía de la taza se acercó a una estantería que separaba el espacio del comedor del sofá y revisó los títulos de los libros que allí descansaban; el gusto literario de Mar lo sorprendió, había desde libros de misterio hasta novelas románticas, pasando por ejemplares de viajes y rutas por el país.

Le llamó la atención varias pinturas que colgaban de la pared del salón, en ellas se veían imágenes de un pueblo con las montañas al fondo, le pareció que se trataba de un mismo lugar visto desde diferentes ángulos y en estaciones diferentes.

El sol ya estaba en toda su plenitud cuando Mar despertó de un sueño muy placentero.

Le extrañó no hallar a Felipe a su lado cuando alargó la mano, pero al mismo instante sus fosas nasales fueron asaltadas por el aroma a café recién hecho. Se apresuró a ponerse una camiseta que le llegaba a medio muslo y salió de la habitación. Lo encontró en el balcón con una taza en las manos y la vista perdida en la gente que paseaba por la calle.

Él no la oyó acercarse y ella aprovechó para admirar la ancha espalda desnuda, aquel trasero duro que había acariciado y apretado durante la noche, que él se había tapado con los pantalones, sin embargo, llevaba los pies descalzos, y fue algo que le gustó mucho, le pareció muy sexi solo vestido con los pantalones.

—Buenos días.

Felipe se giró al oír su voz.

—¿Has dormido bien, preciosa?

—Debiste despertarme.

—¿Por qué? ¿Te espera alguien?

Ella negó con la cabeza, sin dejar de mirarlo a los ojos, luego su mirada fue bajando por aquel cuerpo que la había hecho vibrar y Felipe sintió su contemplación como una caricia. Alargó la mano y tomó la de ella, tiró con suavidad hasta que la tuvo pegada a su cuerpo. Bajó la cabeza y le capturó los labios.

Lo que pretendía que fuera un breve beso, se convirtió en un intercambio de alientos, suspiros y gemidos en cuanto su fuerte mano se coló bajo la camiseta que ella llevaba puesta y descubrió la suave piel que se erizaba bajo el contacto de sus dedos. Mar se apretó contra él, y supo que estaba perdido, la deseaba otra vez. La aupó contra su cintura y ella enroscó las piernas entorno a él. Con la mano en las nalgas prietas de Mar, entró en el piso y la apoyó en la encimera de la cocina y la besó a conciencia, acariciándola y despertando todas sus terminaciones nerviosas, haciéndola estremecer de pasión de la cabeza a los pies, mientras tiraba de la camiseta hasta que esta salió volando hacia el suelo.

Mar se estaba dando un festín con tanta piel aterciopelada, sus manos lo recorrían golosas.

La intención de Felipe era ir despacio, ralentizar el placer, pero esa mujer lo volvía loco, le hacía perder el control; se sentía como un joven inexperto, luchó para controlarse, pero perdió la batalla en cuanto ella coló sus manos en el trasero de su pantalón y le apretó las nalgas contra ella, haciéndole notar el calor que emanaba de



su intimidad. Se dejó llevar y en un santiamén se quitó la única prenda que llevaba y se enterraba en ella. Un quejido se le escapó de la garganta cuando sintió cómo el cuerpo de ella lo engullía hasta el fondo, envolviéndolo en un calor abrasador que le hizo temblar las piernas.

Mar inspiró con fuerza al sentirse colmada y se tendió sobre la encimera curvando la espalda para estar más cerca de él.

Felipe le acarició el cuello y bajó su mano por entre los senos hasta llegar al ombligo, donde se entretuvo, notando como los músculos de Mar se contraían bajo su contacto. La visión de ella abandonada a la pasión era un bello espectáculo. La cogió por las caderas y empezó a moverse en el interior de aquella cálida gruta. Los gritos que ella emitía cada vez que él se apartaba lo llevaban a la locura. Incrementó el ritmo al instante justo para lanzarla a las estrellas y se unió a ella en un éxtasis que los dejó a ambos saciados, felices y satisfechos.

Ese día fue como un sueño para los dos, se quedaron en casa de Mar. De la ducha a la cocina a reponer fuerzas, a la cama, al sofá, vuelta a la bañera... Estuvieron hablando de todo y de nada, conociéndose y reconociéndose de todas las formas posibles.

Al llegar la noche, Felipe tenía que irse al trabajo y le costó mucho apartarse de aquella mujer que le robaba la razón.

## Capítulo 9

El lunes siguiente, Mar se extrañó de que Felipe no acudiera al gimnasio, se habían despedido la tarde anterior con un largo beso. La verdad era que había sido un fin de semana de ensueño, había disfrutado de su maratón sexual, pero no tenía suficiente, quería más. Se dijo a sí misma que Felipe era un amante exquisito, estaba pendiente de ella continuamente, hasta que ella no llegaba a la cima del placer no se permitía llegar, e incluso en alguna ocasión le había hecho sentir dos orgasmos antes de llegar a su propia culminación.

Se convenció de que tardaría un poco en tener suficiente de él, sin embargo, se proponía disfrutar de los momentos que pudieran pasar juntos hasta que alguno de ellos se cansara del otro.

Cuando Felipe había llegado a su casa el día anterior, se encontró un inquietante mensaje en el contestador: su madre había sufrido un amago de infarto y estaba en el hospital. Rápidamente se preparó una maleta y salió hacia el aeropuerto.

Al llegar a Ferrol, fue directo al hospital, allí se encontró con su padre que estaba muy preocupado por su mujer, le dijo que su hermana Lucia estaba de camino, y él tuvo un mal presentimiento, si no fuera grave, no se lo hubiesen dicho a ella, que vivía en Nueva York. Salió de la habitación y buscó al médico que atendía a su madre; como había hecho las prácticas en ese mismo hospital, no le costó mucho encontrar a su colega, Alejandro Costas, quien se había especializado en cardiología.

—Hola, Felipe, cuánto tiempo sin verte.

Los dos amigos se estrecharon la mano, y Alex, como todos lo llamaban, vio que su colega lucía unas profundas ojeras.

—Hubiese preferido coincidir en otras circunstancias.

—Lo imagino.

—¿Cómo está mi madre?

—Ha tenido suerte, de esta va a salir, es una mujer tan testaruda como su hijo. —

Trató de poner un poco de humor a la situación—. Tendrá que cuidarse. Tomarse las cosas con calma y poco más.

Alex vio la cara de incredulidad de su amigo.

—¿Crees que te mentiría con algo así? Deberías conocerme un poco mejor, sabes que no puedo dulcificar la verdad, aunque quiera.

—Entonces... ¿Por qué han llamado a mi hermana?

—No lo sé, cuando llegaron, tu padre estaba muy alterado, asustado sería la palabra exacta; en cuanto le hice pruebas a tu madre, hablé con él, le dije que su vida no corría peligro. Imagino que mientras estuvo esperando se consumiría de preocupación y os llamó a los dos.

Felipe se daba cuenta de que posiblemente había llamado a su hermana al no poder hablar con él; quizás si lo hubiera hecho habría podido tranquilizarlo. Pero había estado con Mar el fin de semana y desconectó el teléfono para poder disfrutar sin interrupciones. Ahora se daba cuenta de su gran error, lo habían necesitado y no lo habían localizado.

—No le des más vueltas, son mayores y se agobian.

—Gracias, Alex, nos vemos, vuelvo con ellos antes de que llamen al presidente del Gobierno.

Los dos amigos rieron.

Alex lo vio alejarse y tomó nota mental de preguntarle a Felipe a qué se debía la cara demacrada que lucía. Claro que si él mismo viviera al otro extremo del país y lo hubiesen llamado con esa misma alarmante noticia seguro que luciría como su amigo, pensó.

Felipe trató de sosegar a su padre, y este al fin se quedó más tranquilo. Su madre se recuperaba favorablemente, y se lamentaba de haberles dado tal susto.

—Míralo de otra manera, mamá, este año estaremos reunidos todos juntos antes de que lleguen las navidades.

—¿Crees que estamos para bromas? —refunfuñó su padre.

—Papá, ya te he asegurado que a mamá no le va a pasar nada, todo está bien; solo ha sido una advertencia, tenéis que tomaros las cosas con más calma, ya no sois unos jovencitos... —Lo miró significativamente—. Y si te vas a quedar más tranquilo siempre podéis venir a vivir conmigo.

—¿Volverás a tu piso de Ferrol?

Felipe pudo ver esperanza en los ojos de su madre.

—No, pero os aseguro que Reus os encantaría. Además, podríais visitar a los padres de Eloy que viven en Tarragona, y les va muy bien.

Sus padres se miraron el uno al otro, haciéndose una pregunta silenciosa. Él vio cómo dudaban y les dio un empujón.

—No hace falta que sea para siempre, una temporada, mientras mamá se recupera. Luego si queréis, quedaros o volver.

Dejó la sugerencia en el aire para que se lo pensarán. Siendo consciente de que si ellos accedían a irse con él a su casa, descubrirían su secreto. No dudaba de que acogerían a su hija con alegría, pero tendría que dar un montón de explicaciones que no le apetecían en absoluto. No obstante, tenía que llegar el día y parecía que sería más pronto que tarde. Se recordó que él no había hecho nada malo, nada por lo que sus padres tuvieran que avergonzarse, al contrario.

Cuando fue a recoger a su hermana al aeropuerto, esta estaba de los nervios. La tranquilizó y la llevó al hospital a ver a sus padres.

Al ir a acostarse esa noche, pensó en Mar, en el memorable fin de semana que habían pasado... Se quedó dormido con una sonrisa en los labios.

Mar estaba contrariada, nunca hubiese pensado que Felipe dejaría de ir al gimnasio para no verla, claro que también podía deberse a alguna otra cosa; quizás algo se había complicado en el trabajo, sabía de su devoción por lo que hacía. Pero, por la noche tampoco la había llamado, como era su costumbre. Era evidente que ya había sacado de ella lo que quería. Pero se negaba a pensar que con una sola sesión de sexo —aunque hubiese sido fantástica— ya tuviera suficiente. Había esperado que la amistad duraría más, no tenía a Felipe por un cobarde e impresentable que después de saciar su apetito sexual, desapareciera como si no hubiese pasado nada. Estuvo todo el día tentada de llamarlo, pero no quería parecer desesperada por sus besos. Si él no quería saber nada más de ella, que así fuera. No iría detrás de ningún hombre, ya sabía lo que pasaba después; se creían en el derecho de inmiscuirse en su vida, de exigirle que les dedicara más tiempo; ya había probado aquella forma de vida y no estaba dispuesta a repetir. Si alguna vez alguien la amaba, tendría que ser por lo que era, no por lo que otros querían que fuera. Y como estaba convencida de que un

hombre así no existía, no se hacía ilusiones.

Felipe no la llamó hasta la noche del día siguiente, cuando aquella mañana había puesto en marcha su teléfono se extrañó de no encontrar alguna llamada de Mar. Miró su reloj de pulsera y vio que ella debía estar en el gimnasio, la llamaría más tarde, pero no podía dejar de pensar que después de lo ocurrido el fin de semana, ella no se preocupara al no verlo como cada mañana. Seguro que habría alguna explicación lógica para ello, pero él no la encontraba y maldita la gracia que le hacía. ¿Es que solo había representado un pasatiempo para ella? Se negaba a creerlo, pero le era difícil. Se fue al hospital a ver a su madre, con una extraña sensación en el estómago.

Al mediodía, cuando la llamó le pareció distante, le preguntó si le pasaba algo y ella le contestó que no, que estaba igual que siempre. Sin embargo, no le creyó. Ella que tenía la virtud de hacerlo reír en los momentos más inoportunos... y no le sacó ni siquiera una sonrisa. Le contó que estaba en Ferrol y lo que había sucedido a su madre, a partir de ese momento ella pareció preocupada y se interesó por la recuperación de la enferma. Pero Felipe notó como si entre ellos se hubiese levantado un muro.

Mar no sabía si creerse lo que él le estaba diciendo, la podía haber llamado el día anterior, no esperar dos días para decirle que había tenido que salir corriendo hacia su tierra natal por la enfermedad de su madre. Le sonaba a excusa. La verdad era que lo había echado de menos, y no sabía cómo sobrellevar ese sentimiento. Estaba de mal humor hacia sí misma. Se despidió con frialdad, dejando a Felipe confuso y de mal talante.

Los días que siguieron, Felipe la llamaba y le contaba la evolución de su madre, ella se mostraba contenta por las buenas noticias, pero cuando él trataba de cambiar de tema, ella le decía que tenía que colgar con varias excusas.

Ramona, la madre de Felipe, se recuperó en un tiempo record. Había que tener en cuenta que tener a su hijo allí, contribuía a que todos la mimaran. Las enfermeras no paraban de controlarla, aunque la mayoría lo hacía para ver a su hijo, unas lo conocían de cuando había hecho las prácticas, otras no, pero no se retenían a la hora de coquetear con él. Su amigo Alex le dijo que podría darle el alta si ella prometía cuidarse y todos se fueron a la casa familiar de Mugardos.

Lucia ya tenía reserva en el vuelo del día siguiente, y Felipe le dijo que estuviera tranquila que se llevaría a sus padres una temporada a vivir con él. Al fin habían aceptado, como si fuesen unas vacaciones.

Felipe pensó en sus amigos, a los que hacía meses que no veía, no podía volver a Reus antes de tomarse unas copas con ellos, y ponerse al día de sus vidas. Llamó a su amigo Eloy, y al decirle que estaba allí, este no tardó nada en organizar una cena. A la noche siguiente se encontrarían todos en un conocido restaurante del centro.

Las veladas con sus amigos fue algo que Felipe había echado mucho de menos; Raúl acudió sin Sofía, cosa que le extrañó, y al preguntar, este le dio la feliz noticia de que estaba esperando otro hijo, y no se encontraba demasiado bien. Rubén no paraba de decirles que el trabajo en el bufete de abogados lo tenía absorbido. Eloy era el más locuaz del grupo, tenía una empresa de reparación y mantenimiento de embarcaciones de recreo, y durante esa época del año se podía relajar un poco.

—¡Adoro los otoños! —exclamó con una carcajada.

La cena transcurrió entre risas, todos querían saber cómo le iba a Felipe por Reus; este les contó que estaba muy a gusto trabajando allí. El momento delicado de la noche llegó cuando Eloy quiso saber por qué se había marchado.

—Necesitaba un cambio de aires.

Ninguno de ellos se lo creyó ni por un momento. Sabían cuánto adoraba Felipe aquellas tierras, cómo había vuelto a casa una vez que terminó su carrera. Las miradas que le lanzaron decían más que las palabras.

—Sabes con quién estás hablando, ¿no? —lo increpó Raúl.

—Tenía que alejarme de aquí, tenía motivos de peso que algún día os contaré y entenderéis; a pesar de eso, estoy muy a gusto allí. —Por la manera de hablar, tal vez por el brillo de sus ojos o porque sus amigos lo conocían bien, sospecharon que había alguien especial en su vida.

—Háblanos de ella. —Eloy estaba en contacto con sus padres muy a menudo, y jugaba con ventaja al saber que había ido a la taberna con una mujer.

—¿De quién? —Se hizo el tonto, sospechando que su amigo habría oído hablar de Mar—. Sabes muy bien que no me gusta hablar de mis asuntos.

—Ese es el problema, que nunca hablas de tus quebraderos de cabeza; un día nos reúnes, nos dices que te largas a la otra punta del país y adiós muy buenas.

Felipe no quería hablarles de los problemas que había tenido con Elena, su anterior pareja. Era algo que debería haber visto venir, pero como no fue así, se culpaba por haber sido un imbécil, por confiar en una mujer que lo único que quería de él era un ritmo de vida que él no estaba dispuesto a darle. Nunca había sido de esas personas presuntuosas que se dan aires; para él su trabajo era eso, una manera de ganarse la vida con lo que más le gustaba: ayudando a los demás. No se consideraba ni mejor ni peor que un dependiente o de un operario de obras públicas. Para él todos eran iguales.

En cambio, Elena, había sido criada en la opulencia, su padre poseía una empresa farmacéutica, y ella se creía el ombligo del mundo. Se le lanzó encima tan pronto supo que había terminado la carrera de médico, luego se presentaba en el trabajo día sí y día también para conocer a sus compañeros y así, alegando que era su pareja, les iba vendiendo los productos de la empresa de su padre. Cuando con eso no tuvo suficiente, le fue infiel en varias ocasiones, solo para chantajear al desgraciado de turno con contarle a él sus devaneos si no compraban sus productos, y culparlo, haciéndose la pobrecita ultrajada. Felipe descubrió su juego muy pronto, cuando uno de sus colegas le confesó lo que le había pasado con Elena en una noche de juerga y alcohol mientras él estaba de guardia.

Desde ese momento, Elena lo negó todo, pero Felipe llegó al fondo de la cuestión cuando preguntó en administración de la clínica privada donde trabajaba por los proveedores de medicamentos, supo que la gran mayoría eran comprados a la empresa del padre de Elena. Al indagar quién era el agente que los visitaba, supo que los mismos médicos recomendaban los productos. Preguntó a varios de ellos y todos le dijeron que ella se los había vendido. No quiso saber cuántos de ellos habían sucumbido a la publicidad de Elena y los que pasaron por su cama.

Ella se cerró en banda, como no, le dijo que eso era una treta de sus compañeros porque estaban envidiosos de él, sin embargo, Felipe no se dejó engañar ni por un segundo. Le aseguró que lo suyo había terminado, pero ella no se dio por vencida y se la encontraba en todos los sitios a los que iba, intentando que él volviera a caer en sus redes.

Fue entonces cuando él pensó en un posible traslado, se le hacía pesado no poder salir ni una noche con sus amigos teniéndola a ella metiéndose entre medio, tratando de llamar su atención y la de sus colegas, coqueteando y paseando su bello cuerpo

ante las narices de todo el que quisiera mirar. Sabía que lo que ella pretendía era ponerlo celoso y que volviera con ella, pero eso no iba a suceder. Ya había probado y vio de la peor manera posible la clase de mujer que se escondía tras sus encantos.

No obstante, retrasó su partida cuando uno de sus colegas que encontró en la cafetería del centro donde trabajaba le dio la enhorabuena, él no sabía de qué le hablaba hasta que este, dándose cuenta de su desliz, porque suponía que Elena ya le habría dado la noticia, pues hacía ya varios días que la había visitado, le dijo:

—Olvídalo, tendría que haber mantenido mi boca cerrada.

Felipe lo miró frunciendo el ceño, Daniel era ginecólogo, y tras ese «enhorabuena» ató cabos en un segundo. Pero sabía que la confidencialidad entre médico y paciente era algo sagrado, si le preguntaba no obtendría respuesta. Decidió lanzar un tiro al azar.

—Ah... ¿te refieres al bebé? Perdona, pero tenía la cabeza en otra parte.

Su compañero soltó un suspiro de alivio, al ver que no había metido la pata.

—¿A qué me voy a referir sino? —Una gran sonrisa se dibujó en sus labios.

Felipe se sentía hervir de indignación, pero supo poner buena cara y aceptar la felicitación.

—Lo que pasa es que decidimos no hacer partícipe al mundo de nuestro pequeño secreto, queremos disfrutarlo en la intimidad un tiempo.

Daniel asintió y Felipe salió de la cafetería como alma que lleva el diablo. Sentía en su interior una rabia ciega por la treta de Elena, seguro que ahora le vendría con la excusa del niño para retomar su relación.

La sorpresa fue mayúscula cuando ella no se puso en contacto con él, ¿qué estaría tramando? Se preguntaba Felipe. ¿Quizás el bebé no era suyo? Pensó. Y siguió con sus planes de traslado hasta que un día al salir de una larguísima guardia, se encontró a Daniel que lo estaba esperando.

—Tomemos una copa, tengo que hablar contigo. —La cara de su amigo no auguraba nada bueno. Lo siguió hasta el bar de enfrente y vio que se sentaba en una mesa un tanto alejada de las que estaban ocupadas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Felipe.

—No, joder...

En ese momento el camarero que estaba detrás de la barra les sirvió el whisky para Daniel y el agua para Felipe que habían pedido antes de sentarse. Daniel dio buena



cuenta de su bebida antes de hablar.

—Sé que puedo tener muchos problemas por lo que te voy a decir, pero no me importa, se me remueve el estómago cada vez que una mujer me pide algo así.

—Si te sirve de consuelo, yo no lo comentaré con nadie. ¿Qué te pasa?

—Elena quiere abortar.

Ahí tenía las respuestas a sus preguntas, no le había dicho nada porque pretendía deshacerse del bebé. En ese momento se sintió el hombre más imbécil de la capa de la tierra. ¿Cómo había convivido todos esos meses con ella y no se había dado cuenta de la clase de mujer que era? Para ella un niño era un estorbo, tendría que cambiar por completo el ritmo de vida que llevaba. Y no se le había ocurrido nada mejor que librarse del bebé, y para colmo no le comunicó su decisión, ¿es que él no pintaba nada cuando se trataba de la vida de su hijo? Sintió náuseas al pensar en ello.

Ya estaba, ya lo había soltado, y al diablo con las consecuencias, pensó Daniel. Soltó un suspiro que a Felipe le pareció de alivio.

Trasladando esos recuerdos al fondo de su mente, Felipe se recordó que estaba allí para pasar un buen rato con sus amigos.

—Necesitaba un cambio de aires —repitió. Sin embargo, sabía que les debía a sus amigos una explicación que no le apetecía darles—. Allí he conocido a alguien.

—Aja... —A Eloy una gran sonrisa le coronaba sus labios.

Ahora tenía la atención de todos. Frunció el ceño al recordar las últimas conversaciones con Mar.

—Supongo que no esperarás que nos conformemos con eso, ¿verdad? —Ahora era Raúl quien lo increpaba—. ¿Cómo es? ¿Dónde la conociste?

Felipe soltó una carcajada cuando le vino a la memoria un comentario de Mar.

—Vaya, debemos pensar que se dedica a hacer reír a la gente.

—A los otros no... a mí en los momentos menos oportunos. —Varias cejas se elevaron interrogativas—. Es curioso que vosotros también me hagáis un tercer grado.

Unos se miraron a los otros sin entender nada.

—¿De qué estás hablando?

—¿Qué es eso de que te hace reír...?

Raúl y Rubén hicieron las preguntas al mismo tiempo.

—¿Qué es eso del tercer grado? —Eloy lo miraba con una sonrisa y muy intrigado.

—¿Sabéis que estáis en modo «cotilla»?

Todos soltaron unas carcajadas, pero Felipe sabía que no los podría distraer, después de todo se conocían de toda la vida.

—¿Y? —preguntó Rubén.

—Y... ¿qué?

—Ya puedes empezar a hablar amigo —terció Raúl—. Y danos muchos detalles, mi mujer me cortará las pelotas si no le presento un informe muy detallado por la mañana. Se preocupa mucho por ti, no sé si empezar a ponerme celoso.

Felipe sabía que su amigo estaba de coña, Sofía adoraba el suelo por donde pisaba Raúl, y él lo sabía.

—¿Sabéis qué? Sois unos marujones.

Al ver que Felipe se hacía tanto de rogar, Eloy metió baza.

—Por lo que yo sé, aquí el menda —dijo señalando a Felipe— está saliendo con una piba preciosa, con piernas largas y que le gusta comer más que a un tonto un lápiz.

Felipe rio ante la descripción de su colega.

—A Mar le encantará cuando le repita tus palabras, has acertado en todo.

—Por lo menos ya sabemos algo, se llama Mar —resopló Rubén—. Tío, te estás haciendo de rogar, ¿eh?

—Como os veo tan interesados en mi vida... —Se calló y vio que todos estaban pendientes de sus palabras—. Os diré que es única, que no creo que exista en la faz de la tierra otra como ella.

Todos sus amigos se habían inclinado para no perderse nada de lo que dijera y eso le hizo mucha gracia, era como cuando eran jovenzuelos y compartían secretos.

—Ahí te has pasado, sé que adoras a mi mujer, cuando le diga esto se sentirá profundamente ofendida. —A Raúl se le escapaba una sonrisa mientras hablaba.

—Dile a Sofía que la idolatro, pero ella entenderá. Es más, creo que el día que se conozcan... —Sabía que las dos congeniarían desde el minuto cero, las dos eran grandes mujeres.

—¿Qué?

—Que nos harán bailar a su propio son.

—Eso lo consigue mi mujer solita —dijo Raúl.

—Pues eso, amigo, multiplícalo por cien, con las ideas de una y de la otra... ¡Qué

Dios nos coja confesados!

—No será para tanto —rebatió Eloy.

—Espera a conocerla y verás.

Raúl se lo quedó mirando, era evidente que Felipe se había enamorado, sin embargo, parecía no darse cuenta, hablaba de ella como si fuera una colega, una amiga nada más. Solo esperaba que no tardara en aceptar lo que su corazón sentía, deseaba que su amigo encontrara la felicidad. Y si para ello había tenido que irse al otro lado del país, le parecía perfecto. Él mismo había encontrado a Sofía en la costa Brava y se la llevó a Galicia. Recordó aquellos días tormentosos que pasaron los dos, y que por suerte para él habían terminado con una felicidad exquisita.

## Capítulo 10

Mar se reñía una y otra vez, porque se había encaprichado de Felipe, sabía que era algo pasajero, que a la larga todo terminaría... Pero ¡había terminado tan pronto! Sus amigas al verla con la moral tan baja, la llevaban de fiesta con ellas, salían a tomarse unas copas, a cenar, le presentaban a gente nueva, y ella se encontraba comparando a todos los hombres con Felipe. Esperaba que esa tontería se le pasara pronto, pero mientras tanto, se acostaba cada día pensando en él, en lo bien que se lo pasaron en esa misma cama, que ahora era fría y vacía. Todo en su casa le traía recuerdos de Felipe, y se maldecía por eso. Estaba tan ensimismada que cuando el teléfono sonó dio un brinco, en el visor vio que era su amiga Carla y sonrió, hacía mucho tiempo que no hablaban.

Durante el viaje de vuelta a Reus, Felipe estuvo muy ensimismado y su madre le preguntó varias veces qué le pasaba; pero él le sonreía forzosamente y la tranquilizaba diciéndole que estaba bien. No había contado con que la mujer que lo había traído al mundo lo conocía mejor que nadie.

Lo que lo tenía inquieto era que al llegar a su casa debía dar muchas explicaciones a sus padres respecto a su nieta de la que ellos no sabían nada. Temía que en el delicado estado de salud de su madre, fuera perjudicial. Esperaba que lo aceptaran y comprendieran sus motivos.

Ramona y Cesar miraban por las ventanillas del coche de su hijo, mientras este los conducía hacia su casa. Entró a través de una puerta automática que dio paso a un cuidado jardín y aparcó dentro del garaje.

—Esto es magnífico, hijo —exclamó la mujer con una ancha sonrisa de felicidad. Que Felipe viviera en un chalet como ese, en aquella zona residencial, quería decir que las cosas le iban muy bien.

Cesar miraba a todas partes con cara de satisfacción.

Él sacó el equipaje del maletero y abrió la puerta de su casa, al instante siguiente

una niña con unos preciosos ojos grises tan parecidos a los suyos se lanzó contra las piernas de Felipe con un gritito:

—¡Papá!

Él la subió en brazos ante la mirada atónita de Ramona y Cesar, mientras le revolvía el cabello castaño oscuro y la besaba con ternura.

—Hola, cariño, ¿te has portado bien?

La niña le puso sus pequeñas manitas en las mejillas y le dio un beso en los labios.

—Sí, papi, Dolores me ha hecho un pastel... —La vocecita cantarina de la pequeña se fue apagando cuando vio a los dos desconocidos que acompañaban a Felipe.

Detrás de la niña salió una mujer de unos cuarenta y cinco años, vestida con unos vaqueros y una camiseta blanca, con una sonrisa en la boca. Sus ojos claros se posaron en los padres de Felipe. Se los había imaginado más mayores, pero ante ella había una pareja que tendrían aproximadamente unos sesenta y cinco años; él con el mismo pelo oscuro de su hijo veteado de gris, lo que lo hacía un señor interesante. Iba vestido con vaqueros y un jersey de lana color crudo que debía de haberlo confeccionado su mujer, no se lo veía tan guapo como al hijo, pero no tenía nada que envidiarle. La madre de Felipe resultó una verdadera sorpresa, era menuda, pero irradiaba vitalidad, tenía los ojos oscuros y una media melena castaña brillante recortada a la moda. Vestía un dos piezas de color pistacho que parecía hecho a medida.

—Espero que hayan tenido un buen viaje.

Los dos asintieron, preguntándose qué estaba pasando allí.

—Sí, Dolores, todo bien, gracias. Te presento a mis padres, Ramona y Cesar —y añadió—, ella es Dolores, se encarga de que mi vida no sea un caos.

Lo dijo en tono de chanza, para que su padre dejara de fruncir el ceño, pero no funcionó.

—Entrad y os cuento.

Ramona miraba a su hijo con desaprobación, mientras este los precedía hacia el salón con la niña en brazos. La pequeña se había agarrado al cuello de su padre con fuerza, mirando a esos dos desconocidos con cierta aprensión. Felipe se sentó en el sofá con Andrea en el regazo. Fue un momento embarazoso. Sabía que debía sacar a la niña de allí para explicar la historia completa.

—Mamá, te presento a tu nieta... Andrea, esta es tu abuelita... mi mamá.

Ramona supo lo que pretendía su hijo, tendió las manos a la pequeña, le sonrió con ternura. Pero la niña escondió la carita contra el cuello de su padre. Recelosa ante sus abuelos, que en su corta edad y la vida que había llevado no sabía lo que era un abuelo.

—Amor, ve con la abuelita, solo quiere darte un beso y un achuchón muy grande. — Sin embargo, Andrea no se soltó del cuello de su padre, aferrándose a él.

—No importa, cariño —trató de ayudar Ramona, acariciando el sedoso cabello de la pequeña—, cuando tú quieras que te abrace...

Andrea la miró con esos ojos iguales a los de su hijo.

Cesar miraba a su nieta viendo la semejanza con Felipe, era igualita a él cuando era un bebé. No dudaba de que fuera su nieta, pero evidentemente necesitaba más tiempo para hacerse a la idea de que era abuelo. Ante todo, lo que quería era una explicación por parte de su hijo. Se iba a sentar en un sillón frente a su hijo cuando la pequeña exclamó:

—¡Chimpon! —dijo señalando hacia Cesar.

—Cuidado, papá, no te sientes encima del perro, lo vas a aplastar.

El hombre pensó que su hijo bromeaba, miró y vio un pequeño carlino enrollado y durmiendo en el asiento, que ante la algarabía abrió los ojos un segundo para volver a cerrarlos.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —Sonrió tomando al cachorro entre sus manos. El perrito abrió sus ojos saltones y bostezó, lo que hizo reír a los adultos.

—Es mío, me lo regaló mi papá —la vocecita de la pequeña se elevó reclamando su mascota.

—Es un perro muy bonito, cielo —dijo Ramona queriendo complacer a la chiquilla.

—Cariño, ¿por qué no vas a por un trozo de ese pastel que ha hecho Dolores?

—¿Puedo?

—Claro que sí. —Dejó a la pequeña en el suelo, ella se acercó a su abuelo a coger a Chimpon, este le lamió la nariz y ella salió disparada del salón con su mascota en brazos.

Felipe cerró la puerta y les contó a sus padres el porqué de su silencio con relación a su hija, y su marcha de Mugardos. Cuando terminó Cesar maldecía en arameo.

—Diablos de mujer, ¿de verdad quiso deshacerse de su hija?

—Pagué por mi hija, padre.

Ramona se había quedado bloqueada, no alcanzaba a entender la desnaturalización de esa madre que había vendido a su hijita, ¿qué habría sido de ella si hubiese caído en manos de alguna mala persona? Solo de pensarlo se le llenaron los ojos de lágrimas. Andrea era sangre de su sangre, y su hijo la había salvado de un futuro incierto.

—¿Por qué no nos dijiste nada?

—Porque comprar o vender un niño no es legal, yo y quien me ayudó nos saltamos las leyes a la torera... y no quise involucraros a vosotros en todo esto. Además, si ella se entera de que la tengo yo, es muy capaz de ponerme en un lío, y vosotros sois muy transparentes, no podríais ocultar lo que sentáis.

—Pero si Elena te denuncia, ella caerá contigo —exclamó Ramona.

—Cierto, pero se cree que es intocable. A veces creo que le falta un tornillo, su padre no podrá sacarla siempre de los líos en los que ella misma se mete. Solo hizo falta que un colega le sugiriera veladamente que podría sacar una buena tajada si en lugar de abortar, vendía al bebé, para que ella le pusiera precio.

Sus padres afirmaban con la cabeza al escuchar a Felipe.

—¡Que se atreva a hacer algo contra ti o la niña y sabrá con quién se la va a jugar!  
—Fueron las primeras palabras dichas por Cesar, que se limitó a escuchar la historia que su hijo le contaba.

—¿Cómo lo hizo para que nadie se enterara de su embarazo? Eso es algo que a la larga no se puede dejar encima del piano. —Ramona parecía ajena a que había expresado sus pensamientos en voz alta.

—Estuvo un tiempo oculta, le dijo a todo el mundo que se iba de viaje para ampliar los horizontes de la empresa de su padre, cuando en realidad estaba en un apartamento del interior.

—Hay que ser retorcida para hacer algo así.

Felipe vio la congoja en los ojos de su madre, y sabía que eso no era bueno para su salud.

—¿Qué os parece si empezáis a mimar a vuestra nieta? —dijo tratando de distraerlos de la asombrosa noticia que acababan de conocer.

Los dos asintieron.

—Creí que Dolores era la madre de la criatura —susurró su padre—. Tuve muy malos pensamientos cuando la vi, supuse que te había cazado con el método más

antiguo del mundo.

—La contraté antes de traerme a Andrea, sabía que yo solo no podía encargarme de todo, necesitaba ayuda y ella ha sido extraordinaria, quiere a la niña como si fuera suya.

—Tengo que disculparme con ella —afirmó Cesar.

Que típico de su padre, era un hombre de la cabeza a los pies, al que nadie podía echar nada en cara, porque no le importaba reconocer sus errores. Felipe le pasó un brazo por encima de los hombros, dándole un afectuoso apretón. De algún modo siempre había sabido que ellos lo entenderían.

Felipe los guió hacia la cocina, sabiendo que allí encontraría a Andrea.

—¿Nos habéis guardado tarta para nosotros?

Dolores estaba sentada al lado de Andrea en el suelo, ayudando a la pequeña a montar un puzle, mientras la alentaba a que merendara.

—Señora, quiero pedirle disculpas por...

Ella no lo dejó terminar, se puso de pie y le tendió la mano mientras le decía:

—De ninguna manera, señor, sé la sorpresa que se habrán llevado. Tranquilo, tiene un hijo que es un gran hombre.

Después de conocer la historia, veía a aquella mujer con otros ojos, le gustaba.

—Por favor, podrías llamarme Cesar, solo me llaman señor los que quieren cobrarme impuestos.

Tal como pretendía las carcajadas inundaron el ambiente.

—Querida, gracias por haber cuidado tan bien de mi nieta —dijo la madre de Felipe cogiéndole las manos en señal de agradecimiento.

Los cinco se tomaron un trozo de tarta de chocolate que estaba exquisita, Dolores instaba a la niña a que la ayudara al tiempo que se acostumbraba a aquellos extraños que la miraban embobados.

Antes de que terminara la tarde, Felipe vio a sus padres sentados en el suelo, en medio de todos los juguetes que la niña les iba trayendo para jugar con ellos. No le había costado tanto aceptar a sus abuelos.

Dolores estaba preparando la cena, Felipe le sirvió una copa de vino, mientras él abría una lata de cerveza. Ella vio la satisfacción en su mirada.

—Ahora te arrepientes de no habérselo contado antes, ¿eh? —dijo con la confianza que los había unido desde el primer día.



Él asintió, ¡qué tonto había sido al no confiarles su secreto! Les había privado de conocer y ver crecer a su nieta. Se arrepentía de ello. Debería haber confiado más en esas personas extraordinarias que eran sus padres.

## Capítulo 11

Felipe volvió a incorporarse a su trabajo al día siguiente de llegar. Cuando salió de su guardia se fue directo al gimnasio, los sábados Mar no trabajaba allí, por lo tanto, se fue al vestuario y se puso el bañador. Con la toalla al cuello, caminaba hacia la piscina cuando pasó frente a la sala donde se ejercitaban los puños, por los ruidos que hacía quien estaba pegándole a un saco colgado supo que era una mujer y se paró a observar. Cual no fue su sorpresa al ver que era Mar. Sus pasos lo llevaron a su lado, sin embargo, ella era ajena a su presencia. Estaba machacándose las manos y apenas era consciente de ello. Felipe frunció el ceño.

La noche anterior Mar había recibido la llamada de su amiga Carla, se conocían desde la niñez, habían crecido en el mismo pueblo y sus vidas habían estado ligadas desde la más tierna infancia. Fueron al colegio juntas, y de allí al instituto; y a pesar de no haber estudiado la misma carrera, siempre se mantuvieron en contacto. Cuando una de ellas tenía un problema, se lo contaba a la otra, y lo mismo ocurría con las alegrías. Solían encontrarse muy a menudo para tomarse unas copas y contarse de sus vidas. Les gustaba creer que eran como hermanas, y así era. Eran muy parecidas en cuanto a su carácter, a las dos les gustaba mucho divertirse, reír y bromear con todos los que tuvieran alrededor. Sus veladas eran un caos de bromas y risas. Sin embargo, su aspecto no podía ser más distinto, Carla era una mujer menuda con una brillante melena rubia y unos profundos ojos azules, que habían enamorado a la mayoría de sus compañeros de estudios. En contraste con el pelo rojo de Mar, del cual todos solían burlarse y ella les respondía con una brillante sonrisa, no se molestaba por los comentarios jocosos sobre el color de su pelo, lo había heredado de su abuelo y estaba muy orgullosa de ello. Incluso en alguna ocasión se había tenido algunas mechas verdes y otras azules, lo que hacía que llamara más la atención. El grupito de chicas estiradas y pijas, veían con horror cómo los muchachos estaban pendientes de sus cambios, y eso le divertía mucho. Carla siempre le decía que fuera con cuidado con aquellas envidiosas, que algún día se podría arrepentir de provocarlas, y ella se reía.

¡Qué tiempos aquellos! Pensaba mientras golpeaba con fuerza el saco de boxeo del gimnasio. Necesitaba sacar la frustración que sentía al no poder resolver el problema de su amiga.

Ella no reparó en Felipe, parecía que estuviera en el otro lado del mundo, él la miró extrañado al no encontrar rastro de su eterna sonrisa en el rostro. La sala donde se encontraban estaba bastante concurrida, pero ella era ajena a todos. Eso no era normal y se la quedó mirando; los movimientos que Mar ejecutaba eran perfectos, sin embargo, parecía un autómeta. Después de unos minutos observándola, dijo:

—Hola.

Ella apenas le dedicó una mirada. ¿Qué le ocurría a aquella mujer?

—¿No deberías haberte puesto los guantes de boxeo para machacar el saco? —Reparó en que tenía los nudillos inflamados.

—Déjame. —Su voz fue apenas un susurro atormentado.

Nunca la había visto de aquel talante, pero no estaba dispuesto a que ella se destrozara las manos; la rabia con que golpeaba el saco era un claro síntoma de que algo grave le había ocurrido. Desde luego no iba a dejar que siguiera despellejándose los nudillos, la cogió por la muñeca y tiró de ella.

Mar se resistió, lo miró y él pudo ver que el brillo habitual de sus ojos había desaparecido; en su sitio encontró preocupación e irritación.

—Ven conmigo. —Se proponía ponerle hielo en las magulladuras.

Después de un duelo de miradas, ella capituló y lo siguió. La hizo entrar en la sala donde daban los primeros auxilios en caso de accidente, y el sanitario que estaba leyendo sentado en un sillón, se levantó al verlos entrar.

—¿Qué ha ocurrido? —Sabía que ese hombre no era uno de los «chicos» de Mar.

—Traiga hielo para las inflamaciones —ordenó Felipe sin dar explicaciones—. Siéntate.

Ella parecía que estaba en trance, se sentó en una silla y se quedó mirando el suelo. Cuando notó el frío en sus nudillos doloridos soltó una exclamación, iba a retroceder, pero él no se lo permitió. Se acomodó frente a ella y le sostuvo las manos. Al ver correr una lágrima por la tersa mejilla, le hizo un gesto al sanitario para que los dejara solos, y este salió de la sala.

—Me dirás ahora lo que te pasa. —No era una pregunta, ni siquiera una petición, era un hecho.

Felipe esperó a que remitieran las lágrimas, sin apresurarla, tenía muy claro que ella necesita desahogarse.

—El hijo de mi mejor amiga está muy enfermo.

Él la miró frunciendo el ceño.

—¿Qué le pasa?

—Necesita un trasplante de médula ósea o... —se le quebró la voz.

Aquella declaración le trajo a Felipe toda una serie de recuerdos de su amigo Raúl, y su mujer Sofía.

—¿Cuántos años tiene el niño?

—Dos.

—¿En qué hospital está?

—En la clínica Virgen del Carmen.

Se quedó un momento pensando en quién ejercía de pediatra en esa clínica. Al reparar en el médico que debía llevar el caso del niño, pensó que estaba en buenas manos, era uno de los mejores en su campo. Asintió con la cabeza.

—Y... ¿Se puede saber cómo le ayuda al niño que tú te despellejes los nudillos con ese maldito saco?

La mirada de Mar voló a los ojos de Felipe, y a él se le retorció el corazón al ver toda la angustia de aquella mirada triste y apagada.

—Necesitaba sacar la frustración que llevo dentro.

A él le molestaba que no hubiera pensado siquiera que él pudiera ayudarla, frunció el ceño.

—En ese caso podrías haberla emprendido a golpes contra la pared, te ha servido de lo mismo. —Al escuchar el reproche, ella quiso retirar las manos que ahora ya no le dolían tanto, pero él volvió a impedirselo—. Quieta.

Sus miradas chocaron, la de él resuelta, la de ella acongojada.

—¿Ese niño, tiene hermanos? —Ella volvía a estar con la cabeza gacha, negó con un movimiento—. ¿Les han hecho las pruebas a sus padres, por si son compatibles?

—Hoy iban a hacérselas —susurró.

Felipe podía sentir la desesperación en aquella mujer. No era propio de ella aquella actitud tan negativa. Quería darle esperanzas, pero sin conocer el historial completo no lo haría. Hablaría con su colega, pero antes debía hacer reaccionar a Mar.

—¿Dónde demonios te has dejado el sentido común? —Sabía que con ese

comentario ella exploraría, prefería que se enfadase a verla tan hundida.

Como había previsto, ella saltó; sus ojos lo miraron con furia, de un tirón separó las manos y se puso en pie separándose de él.

—Tú puedes estar acostumbrado a ver casos de estos cada día, pero eso no quiere decir que quienes los tocamos de cerca no... —Había hablado en voz alta, y lo soltó de tal manera que se quedó sin aliento, lo que aprovechó Felipe para acercarse a ella, cogerla por los hombros y apretarlos con sus suaves manos.

—Así te quiero ver, luchadora. Te has puesto en lo peor sin siquiera saber el resultado de las pruebas. ¿Te has parado a pensar que así no estás ayudando a tu amiga? Ella te necesita optimista y fuerte a su lado, dándole tu apoyo. —Mar supo que él tenía razón en todo lo que le había dicho—. Es muy posible que uno de los dos sea compatible y pueda salvar la vida del niño, y si no, existen los donantes. La esperanza es lo último que se tiene que perder.

El tono de reproche que él había empleado desde que la viera la hizo reaccionar, y sus palabras calaron hondo. No pudo evitarlo y se derrumbó contra él. De inmediato se vio rodeada por sus fuertes brazos y una luz de esperanza la recorrió de arriba abajo.

—¿De verdad lo crees? —murmuró contra su pecho.

—No te lo habría dicho si no fuera así.

Felipe notó cómo ella se relajaba. La sostuvo durante unos minutos y entonces, le acarició la mejilla y con el pulgar bajo su barbilla le levantó la cara para mirarla a los ojos, le rozó la boca con sus labios y apoyó la frente en la de ella.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque no estabas —su voz estaba impregnada de algún tipo de reproche. Lo que le hizo recordar que durante sus últimas conversaciones por teléfono mientras estaba en Mugaros, la había notado extraña. No hacía falta ser un genio para llegar a la conclusión que llegó: Mar creía que como ya se habían acostado, había perdido el interés en ella. Le tendría que demostrar lo equivocada que estaba. Solo que eso tendría que esperar, lo primero era lo primero.

—Vamos, te acompañaré a ver a tu amiga.

Mar sintió un extraño calorillo en todo su ser, tenerlo a su lado en esos momentos era justo lo que necesitaba; lo que ocurría era que nunca se había apoyado en nadie, salvo con sus amigas. Pero aquello era distinto, no se solucionaba con una de sus

terapias de grupo. Este apuro era algo mucho más serio.

Mientras Felipe conducía hacia el centro hospitalario ella estaba muy silenciosa, se podría decir que hasta distante.

—¿Desde cuándo sabes lo de ese niño? ¿Por qué no acudiste a mí con el problema de tu amiga? —Quería estar seguro de que el cambio que había notado en ella se debía a que se sentía insegura respecto a su relación, que lo que ocurría con el pequeño no tenía nada que ver.

Ella contuvo la respiración ante la pregunta. No iba a mentirle, era lo suficientemente fuerte para encajar la verdad.

—Ayer me llamó Carla desesperada por lo del niño.

Como había imaginado, lo del pequeño no tenía nada que ver con la frialdad de sus conversaciones telefónicas. Desvió un segundo la vista hacia ella y lo que vio no le gustó nada. Ella estaba tensa, nerviosa, se retorció las manos.

Felipe pensó que aquel no era el momento de hablar de ellos, pero quizás lograría sacar a la Mar luchadora, a la Mar capaz de desafiar a cualquiera a que le discutiera sus convicciones, a la que era capaz de hacer lo que fuera necesario para ayudar al prójimo.

Ella era consciente de las miradas de Felipe, el camino se le estaba haciendo larguísimo.

—Si te enteraste ayer... ¿A qué venía esa frialdad cuando hablábamos por teléfono?

Con las emociones a flor de piel, Mar no era capaz de filtrar lo que salía de su boca.

—Desapareciste tan de repente que pensé que...

Él la miró con el ceño fruncido, sabiendo que había acertado en sus percepciones.

—¿Qué?

—Que ya tenías bastante de mí, que me habías usado como un pañuelo de papel.

Lo oyó maldecir por lo bajo.

—Te llamé diciéndote que mi madre...

—Lo siento, no te conozco lo suficiente —lo interrumpió.

Felipe entendió lo que ella no le decía.

—No me creíste —dijo negando con la cabeza.

—Vamos a dejarlo, ¿quieres? No me siento con fuerzas para mantener esta conversación ahora.

Después de hablar con el médico del niño, Felipe acompañó a los padres de la criatura, hablándoles y dándoles esperanzas; a Mar se la veía relajada, pero él notaba que solo era una pose para animar a su amiga.

Después de tranquilizarlos todo lo que pudo, Felipe se marchó.

Mar se pasó el día con Carla y su marido, trató de distraerlos rememorando aventuras y travesuras que ella y su amiga habían compartido. Cuando al fin llegó a su casa, le mandó un mensaje a Felipe, sabía que él debía estar trabajando.

*“Gracias.*

*M”.*

Se preparó la cena y se acostó pronto, estaba rendida emocionalmente. Sin embargo, el sueño era esquivo con ella, no se sacaba a Felipe de la cabeza. La reacción de él aquella mañana la tenía confusa. Había pensado que ya no despertaba ningún interés en él, pero sus acciones la confundían. Se quedó dormida de puro agotamiento y tuvo un sinfín de pesadillas.

## Capítulo 12

Mar despertó de mal humor, había descansado poco y mal. Se preparó un desayuno liviano, tenía el estómago revuelto. Mientras se lo tomaba, pensaba en ir al hospital a hacer compañía a sus amigos, pero reconoció que, con su talante, no sería buena idea. Necesitaba hacer algo que la distrajera de sus quebraderos de cabeza. Se puso unos vaqueros y una camiseta ceñida, cogió las llaves de su coche y salió.

Ya al volante del Alfa, condujo sin rumbo, y kilometro tras kilometro llegó a la playa, a La Pineda. Paseó por la orilla mojándose los pies, le relajaba el agua y la arena blanca corriendo entre sus dedos. Y entonces se permitió pensar en lo que le había quitado el sueño: Felipe.

Si era sincera consigo misma, reconocería que se estaba enamorando de él, ¡qué puñetas! Ya lo estaba, por eso estaba de ese extraño humor. Porque no sabía cómo manejar ese sentimiento sin que acabara haciéndole daño. Las veces anteriores que se había permitido caer bajo las redes del amor, había terminado sufriendo y muy defraudada con sus parejas. ¿Qué podía hacer para no terminar odiando a Felipe? Se preguntó; y sobresaltada, se dio cuenta de que no lo culpaba a él, por lo que pasaría, sino que se atribuía toda la culpa a ella. Sus anteriores parejas siempre la habían culpado a ella de que sus relaciones no funcionaran, a su pasión por su trabajo, y hasta por celos a los ancianos que cuidaba. Cuando Felipe se diera cuenta de que no podían disfrutar de una relación como todo el mundo, con unos horarios definidos... o le diría: «Adiós, muy buenas». O bien le echaría en cara su dedicación a su trabajo. También había una tercera opción, la que ella había mantenido con sus amigos con derecho a roce, se verían de vez en cuando, lo pasarían bien y hasta la próxima. ¿Quería ella una relación así con Felipe? Si era la única opción de estar con él y no terminar odiándolo... Eso era mejor que nada. Tendría que guardarse para sí misma sus sentimientos, no quería que él huyera si sabía que ella albergaba emociones tiernas hacia él. Cosa segura, pues le había dejado muy claro que vivía al día, que aprovechaba la ocasión cuando se presentaba.

Se sentó en la arena, viendo el vaivén de las olas. Dándole vueltas a lo mismo una y



otra vez; oyó el tono de su teléfono que sonaba en su bolsillo, pensó que sería Carla. Cual no fue su sorpresa cuando en el visor vio que era precisamente él. No podía hablar con Felipe en ese momento, antes tenía que decidir si liarse la manta a la cabeza y que fuera lo que Dios quisiera, o tenía que dar un paso atrás y anticiparse antes de que le hiciera daño. Dejó que el aparato sonara, cuando el ruido del mar volvió a envolverla, se imaginó sus días sin él, que no sería así en absoluto, pues seguiría viéndolo en gimnasio, preguntándose quién habría sido la afortunada de llamar su atención, porque él no iba a estar solo, era un hombre que desprendía sensualidad por todos los poros de su piel. Tenía un físico tan atractivo que las mujeres caían rendidas a sus pies, él mismo lo había reconocido en alguna ocasión. No le gustó en absoluto lo que se le presentó ante sus ojos, prefería mil veces estar con él el tiempo que pudiera y disfrutar de la vida a su lado. Si duraban juntos un mes, un año o dos... Soportaría la pérdida, atesorando los recuerdos del tiempo que estuvieran juntos. Lo que tenía muy claro es que no quería perderlo, si él solo quería que fueran amigos, que así fuera.

Volvió a sonar el teléfono y miró el visor, era él. Al contestar, miró la hora y se sorprendió de lo tarde que era. Felipe le preguntaba si le apetecía comer con él, a ella le rugió la tripa, le dijo que sí, que apenas había desayunado y estaba muerta de hambre. Él rio al escucharla.

Media hora más tarde, Felipe caminaba por la playa para reunirse con ella. La vio a lo lejos, y le pareció que no estaba tan relajada como debiera, en vistas del lugar donde se encontraba. Ella oyó los pasos acercarse y se giró, su sonrisa no era lo luminosa que acostumbraba, se fijó él.

—Daría lo que fuera para saber qué pensabas —dijo cuando sus miradas se encontraron.

La sonrisa misteriosa que recibió le llegó al alma, aunque sospechaba que no se lo diría.

—No me apetece hablar de ello.

Pensó que se trataba de su preocupación por el hijo de su amiga. Él ya había hablado con el responsable de las pruebas y sabía que hasta el día siguiente no sabrían nada, pensó que ella creería que se estaban tomando aquel problema a la ligera.

—¿Has ido a ver a Carla?

—No... hoy no era buena compañía, he pasado mala noche.

Mientras hablaba se levantó y se sacudió el trasero del pantalón.

Unos días antes ella parecía que iba a comerse el mundo, sin embargo, se la veía insegura, preocupada y algo más que no pudo definir brillaba en sus ojos.

—Vamos, he visto un chiringuito viniendo que soltaba un aroma de lo más tentador.

Felipe esperaba que ella se relajara con una copa de vino y una buena comida. Iba a cogerla de la mano y vio que ella las había puesto dentro de los bolsillos de sus vaqueros y empezaba a andar. El mensaje era claro: no me toques. ¿Se habría arrepentido del increíble fin de semana que habían pasado? ¿Es que no había significado nada para ella? Recordó que sus anteriores parejas habían sido unos cretinos de mucho cuidado. ¿Lo creería a él capaz de tanta estupidez como le contó de ellos? Además, al irse él a Galicia tan de repente y sin avisarle, había creído que la había usado. Esperaría a ver por dónde iban los tiros. Con la paciencia no le ganaba nadie, pensó mientras caminaba a su lado.

Se sentaron en la mesa más cercana a la orilla, con lo que su música de fondo era el batir de las olas contra la arena de la playa.

Felipe se dispuso a saltar las barreras que ella parecía haber construido a su alrededor.

—Te he echado de menos.

Ella se hizo la tonta.

—Nos vimos ayer.

—Sabes muy bien de lo que te estoy hablando.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó para no seguir por aquel camino. Era una cobarde y se estaba dando cuenta, hacía unos minutos había decidido tirar adelante con él, pero le daba pavor lo que le podía deparar el futuro.

—Muy bien, sobre todo ahora que me puede controlar. —Ella lo miró sin entender—. Me he traído a mis padres, pasarán una temporada aquí.

—Deben sentirse felices.

Él sabía que lo decía por su experiencia con la gente mayor.

—Me costó lo mío convencerlos, hasta que no les dije que se lo tomaran como unas vacaciones no accedieron.

—Oh... vaya.

—Ya veremos el tiempo que puedo retenerlos aquí.

—¿Tienes algún hermano que viva cerca de ellos?

—No, mi hermana vive en Estados Unidos. Ellos tienen sus raíces allí, nacieron crecieron y fundaron la familia en Mugaros, y cuando mi padre se jubiló volvieron a Galicia. Se les hace un mundo trasladarse.

—Pero tú estás aquí.

—No están desatendidos si es eso lo que te preocupa, cada vez que puedo me escapo a verlos, también tienen muy buenos vecinos que están pendientes de ellos. Incluso mis amigos los llaman a menudo.

Ella asintió y pareció convencida.

—Hablando de amigos, la semana próxima mi amigo Eloy estará por aquí, ¿te apetece conocerlo?

Mar lo miró confundida. Él pudo ver que no se acordaba de quién era.

—Es el hijo de Roberto, el tabernero, allí donde cenamos.

Ella asintió con la cabeza.

—No lo sé, depende de cómo esté el niño de Carla.

Era una excusa muy pobre, teniendo en cuenta de que ese día no había ido a verla.

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

Sin que ella pudiera adivinar su movimiento, alargó la mano y tomó la de ella que descansaba sobre la mesa, y le dio un apretón.

Para cambiar de tema, Felipe empezó a contarle anécdotas divertidas de cuando conoció a Eloy en el instituto. No tardó mucho en notar que ella se iba relajando y se reía de los trastos que habían sido de jóvenes. A él le gustaba el sonido de sus carcajadas y exageraba los acontecimientos. Cuando salieron del restaurante los dos estaban sonrientes y relajados.

Fueron paseando por la orilla de la playa cogidos de la mano hacia donde habían dejado sus coches, Mar le dijo que quería pasarse a visitar a Carla, por si le hacía falta alguna cosa. Él insistió en acompañarla.

Mientras Mar conducía hacia el hospital, pensaba en Felipe, parecía que se interesaba por ella, le quería presentar a su amigo; eso no era nada fuera de lo normal, ella le lo había hecho con los suyos. Estaba volviéndose loca de tanto darle vueltas a lo mismo, ¿qué tenía Felipe que la trastornaba tanto? Enseguida encontró la respuesta: le gustaba tanto que seguro que la haría sufrir. ¿Desde cuándo se sentía tan vulnerable? Desde que lo había conocido. Ella misma se hacía las preguntas y se las

respondía. No quería atormentarse por amor, pero tampoco estaba dispuesta a poner distancia con ese hombre que le había puesto su vida patas arriba en un abrir y cerrar de ojos. Se dejaría llevar, y disfrutaría del tiempo que estuvieran juntos. Ella era fuerte y podría soportar la pérdida cuando inevitablemente su relación llegara a su fin.

Carla estaba inclinada sobre su hijo, cogiéndole su pequeña manita, el niño dormía. Al entrar ellos en la habitación levantó la vista, trato de sonreír, pero le salió una mueca. Mar se le acercó y la abrazó. Felipe se mantuvo en un segundo plano mientras las amigas hablaban en voz baja, oía lo que decían y veía cómo Mar trataba de darle ánimos a Carla. Se daba cuenta de que era una mujer excepcional, siempre pendiente de los demás. Y lo tenía completamente cautivado.

## Capítulo 13

El otoño era la época del año que más le gustaba a Mar, con sus días cálidos y la caída de la hoja, con sus colores ocres, rojizos y verdes. Le encantaba pasear por el parque, embeberse de los coloridos atardeceres. Ese día más que nunca necesitaba darse un paseo para relajarse, sin embargo, el paseo tendría que esperar a otro día. Toda la tarde había estado esperando noticias de su amiga Carla, por la mañana al llamarla por teléfono le dijo que sabrían los resultados de si eran compatibles con el niño y le podrían hacer el trasplante. Pero no recibió ninguna llamada. Eso debían ser malas noticias. Se apresuró con los abuelos y salió de la residencia apresurada por reunirse con ella.

Entró en la habitación del hospital y el alma se le cayó a los pies, al ver a Carla y a su marido abrazados, como si se estuvieran consolando el uno al otro. Contuvo el aliento, debió hacer algún ruido porque el marido de su amiga volvió la cabeza para mirarla.

—Entra, Mar, ayúdame a convencer a esta mujer de que no pierda las esperanzas.

Ella recordó que eso mismo se lo había dicho Felipe pocos días antes. Se acercó a Carla y la abrazó.

—¿Aún no tenéis los resultados?

La puerta se abrió y por ella entraron el doctor Tejero acompañado de Felipe con unos papeles en las manos. Él vio la angustia en la mirada de todos los presentes, pero no dijo nada, le correspondía a su colega darles la noticia. Él se había limitado a informarle que tenía un interés especial en ese niño y el pediatra había entendido que su compañero no admitiría retrasos.

—Carla, Alberto... os traigo buenas noticias...

Un suspiro colectivo pareció brotar de todas las gargantas. El facultativo les explicó que el padre era compatible con el niño y que harían el trasplante tan pronto lo tuvieran todo preparado. Eso representaría unos días... Dejó de hablar cuando se dio cuenta de que la pareja se había fundido en un abrazo emocionado. Esperaría a contarles los pormenores cuando estuvieran recuperados de la impresión.

Mar miró a Felipe y le hizo un movimiento con la cabeza, como de agradecimiento. Ella bien sabía que esas pruebas tardaban su tiempo, y que las intervenciones más aún. Supo que él había estado presionando para saber los resultados lo antes posible. Él le estrechó la mano a su colega y le agradeció lo que había hecho, antes de que este les dijera que volvería más tarde.

Felipe se excusó, en poco rato empezaba su turno. Mar deseaba irse con él, y se extrañó cuando le dijo que mejor sería que se quedara con sus amigos. No obstante, salió con él al pasillo a despedirlo y antes de que pudiera reaccionar, estaba envuelta en sus fuertes brazos y sus bocas se fundían en un apasionado beso.

Al separarse, Felipe vio el brillo candente de sus ojos, sonrió apesadumbrado.

—¿Ves por qué no puedes acompañarme? No puedo mantener mis manos lejos de ti, y me espera una doble guardia.

Mar se sonrojo por los pensamientos que la invadieron. Le sonrió seductora.

—Gracias —susurró.

—¿No habrías hecho tú lo mismo?

—Yo estaba pensando en hacer una colecta para llevarlo a Estados Unidos.

Él sabía que era muy capaz de eso y más.

—No lo dudo, eres una mujer excepcional.

La volvió a envolver en sus brazos y se perdió en esa boca que lo volvía loco. Cuando se separaron Mar soltó un suspiro.

La semana que siguió, Felipe no se dejó ver, por las mañanas no acudía al gimnasio y a pesar de llamarla cada día, no le pidió que cenaran, ni nada de nada.

Mar sabía que los padres de Felipe habían viajado desde Galicia para la recuperación de la madre, se imaginó que él estaría pendiente de ellos. Pero no podía evitar las ganas que tenía de estar con él.

Cuando se decidió a preguntarle, él le confirmó sus sospechas. Su madre lo esperaba cada mañana, con un buen desayuno y luego lo mandaba acostar. Ella se estuvo riendo un buen rato.

—Como cuando eras pequeño, ¿no?

—*Poco más o menos. Ella no entendería que cuando salgo de trabajar me vaya al gimnasio. Siempre dice que trabajo mucho y que tengo que descansar.*

Mar pensó en los ancianos de la residencia, ellos le decían lo mismo. Y estaba segura que si su madre estuviera allí también se lo diría. Pensó en sus abuelos y se prometió ir a ver a su familia muy pronto. Los añoraba.

—Tengo planes para el fin de semana, ¿te incluyo en ellos? —le dijo la noche del jueves cuando él la llamó.

—*Este fin de semana me es imposible.*

Ella se sintió decepcionada, pero no dejó que su voz la delatara.

—Bueno, pues cuando tengas libre me avisas y miraré mi agenda. —Le devolvió las palabras que él le dijera al poco de conocerse.

Una carcajada sonó a través de la línea.

—*Bien dicho, nena.*

Ella sonrió al escucharlo. Se despidieron hasta el día siguiente, y Mar se quedó pensativa, ¿se habría cansado de ella? No, si ese fuera el caso, no la llamaría cada día. Se dio cuenta de que lo que estaba esperando es que lo suyo saliera mal, no confiaba en que las cosas podían irles bien, estaba en modo negativo. Se regañó a sí misma, siempre había sido muy positiva, incluso con sus anteriores parejas, por eso le afectó tanto cuando todo había terminado.

Esa noche se acostó y le tardó mucho conciliar el sueño.

El sábado por la mañana, Mar se levantó a las seis, se preparó una mochila con agua, pequeños bocadillos y algunas bolsitas de frutos secos. Se montó en su coche y pasó a recoger a su amigo Ernesto. Una vez en la autopista, apretó el acelerador rumbo a Montmeló, el circuito de carreras de Catalunya; ese fin de semana habría campeonato de camiones y estaba deseando verlos de cerca.

—Hiciste un buen trabajo, Ernesto, va como la seda —le comentó refiriéndose al coche, al arreglo que le había hecho.

—¿Verdad que sí? He estado escuchando el ruido del motor, y ronronea como un gato.

Estuvieron un buen rato hablando de los coches y de sus cuidados, Ernesto era mecánico por vocación, le encantaban los autos y todo lo que tuviera que ver con la velocidad.

Al llegar se encontraron con el resto de amigos corredores, entre ellos Santi, el que

se creía el rey del circuito. Mientras esperaban a que empezaran los entrenamientos y las fases clasificatorias estuvieron paseando por boxes. En cuanto Mar sacó uno de sus mini bocadillos, se quedó sin, pues todos sus amigos metieron mano en su mochila.

—Tíos... sois unos jetas, ¿es que no habéis traído nada para desayunar?

—Se nos ha terminado antes de llegar.

Se unieron en una gran risotada.

María, Ana, Pepe y Hugo viajaban en el mismo coche, en el de este último que le tenía tuneado, y le encantaba chulear.

—¿Hugo os ha dejado comer en el coche? No me lo puedo creer.

Mar miró a su amigo con cara de guasa.

El susodicho soltó un gruñido.

—Como me encuentre una sola miga en el asiento, me van a limpiar el coche con la lengua.

Ana, la chica de Hugo, lo miró con una caída de pestañas, queriendo camelarlo.

—Eso te incluye a ti también —dijo señalándola con un dedo.

En el circuito hacía un sol de justicia, a pesar de que el otoño estaba muy avanzado. Mar se compró una gorra de su escudería favorita y sus amigos se rieron diciéndole que era la excusa para cubrir su pelo rojizo; ella dejó que se guasearan, estaba muy orgullosa del color de su pelo.

Al anochecer, se fueron a un albergue que alquilaron con antelación, era una especie de casa rural, en la cual también se servían comidas. Estuvieron entusiasmados comentando las clasificaciones y, cuando quisieron darse cuenta, Ernesto se había quedado dormido en el sofá. Cada uno se fue a su habitación y a Mar le extrañó que Felipe no la hubiera llamado, miró su móvil y lo tenía sin batería, lo enchufó a la corriente y vio que tenía dos llamadas perdidas. Se dio una ducha, y después trató de ponerse en contacto con él. Felipe tenía el teléfono apagado, lo que quería decir que tenía trabajo. Le envió un WhatsApp diciéndole que ya hablarían al día siguiente.

Cuando Felipe tuvo un respiro para tomarse un bocado, aprovechó para llamar a Mar, no sabía dónde estaba, y por alguna razón, eso lo hacía sentir molesto. Para más inri, le salió la voz de lata, que le decía que el teléfono al que llamaba «estaba apagado o



fuera de cobertura». Fue una noche de sábado muy movida y no tuvo otro momento ni siquiera para tomarse un café. Ya amanecía cuando pudo darse un respiro y vio el mensaje de Mar.

En las carreras de camiones, el grupo de amigos se lo pasó genial. A todos ellos les gustaba la velocidad, y ver a aquellos monstruos sobre ruedas dando vueltas al circuito, les hizo correr gasolina por las venas. El ganador fue el mismo que defendía el título, y al mediodía cuando terminaron, salieron de allí entusiasmados. Pasaron el resto del día en Barcelona, en el Maremágnun, un gran centro comercial junto al muelle. Y al atardecer volvieron a Reus. Durante todo el viaje, Mar y Ernesto estuvieron comentando las carreras, su pasión por la velocidad y el mundo del motor hizo que el viaje se hiciera corto.

Felipe despertó de una siesta tardía y se encontró una fotografía en el móvil, que le había enviado Mar por WhatsApp. ¿Dónde demonios estaba? Parecía un circuito pero no era el mismo al que lo había llevado, este parecía uno de competición. La llamó y ella no contestó a la llamada.

Ella tenía por norma no contestar al teléfono mientras conducía, oyó que su móvil sonaba, pero lo ignoró.

Más tarde, habiendo dejado a Ernesto en su casa y llegado a la suya, miró la pantalla, y vio la llamada de Felipe. Lo llamó mientras llenaba la bañera para darse un baño relajante. Al segundo timbre, oyó la voz de Felipe. Después de contarle dónde había estado el fin de semana, él le dijo que al día siguiente podían salir a cenar. Ella le contestó que sí, con una gran sonrisa en los labios que él intuyó por su tono de voz.

Por mucho que tratara de ocultarlo, lo había echado de menos. Llevaba una semana sin verlo. Felipe ya no iba al gimnasio a la misma hora que antes, ahora iba por la tarde antes de irse al trabajo, solo para darle el gusto a su madre que lo esperaba cada mañana con el desayuno preparado, para que se acostara luego.

## Capítulo 14

Mar llegaba tarde, se había quedado dormida mientras leía el periódico después de comer. Al entrar en la residencia, se encontró a Manolo que estaba interrogando a Celia sobre las flores que había en el mostrador. Alcanzó a oír:

—No puede ser que Mar se haya echado novio, sabe que cuando mi hijo recobre el sentido común la querrá para él.

—Claro que sí, Manolo, lo que tú digas.

El hombre no la vio entrar, pero Celia sí.

—Llegas tarde, cielo, ¿ha ocurrido algo?

—Que me he quedado dormida.

—Trabajas demasiado, siempre te lo digo.

—Tienes razón. —Miró con intención a su amiga—. Por eso no me voy a casar nunca, imagínate si encima tuviera marido.

Eso iba dirigido por el comentario que había escuchado, su compañera lo supo y reprimió una sonrisa.

—No digas eso, niña. —Manolo la miraba con ceño—. Sabes que cuando seas mi nuera se te tratará como a una reina, no tendrás que trabajar tanto.

—Ese es el problema, que me encanta mi vida y no la voy a cambiar por nada... ni por nadie.

—¿Entonces qué representan estas flores?

—Que tengo unos amigos estupendos.

El anciano la miraba de una forma extraña, y al fin se dio la vuelta y se fue a la sala común donde solía jugar a juegos de mesa con sus amigos.

Al quedarse solas, Celia dejó de reprimir la sonrisa que le tiraba de los labios.

—Creo que tendrás que casarte con su hijo, ese hombre tiene una fijación contigo.

Mar rio con ganas.

—No estaba pensando en otra cosa, mírame cómo voy a comprarme el traje de novia.

Celia le tendió el sobrecito que acompañaba las flores, se lo había guardado en el

bolsillo cuando vio al anciano, para que no fuera a cogerlo y leerlo.

*“Te echo de menos.*

*A las diez estaré esperándote.*

*F”.*

Como la vez de las rosas, su amiga la miró con una ceja alzada e interrogante, ella no sabía qué responderle.

—¿Son del queso? —preguntó Celia.

—Del mismo.

Su amiga vio en sus expresivos ojos una amalgama de emociones.

—Pero... ¿no se había acabado? Estuviste una semana sin querer oír que te habláramos de él. En la que te presentamos a todos los machos alfa que conocíamos.

Mar recordaba los días que pasó creyendo que Felipe la había usado y maldiciendo haberse dejado embaucar. Cuando la verdad era que no le había mentado en ningún momento.

—Y os lo agradeceré toda la vida.

—No digas tonterías, para eso estamos las amigas... pero también nos gustaría saber si las cosas se han arreglado.

Mar la miró sin saber qué decirle.

—Es que ni yo misma lo sé.

—¿Qué pasa? ¿No estás a gusto con él?

—Sí... no... no lo sé.

—¡¡¡Uy, uy, uy... que te estás enamorando!!!

—Creo que sí, y estoy aterrada.

Celia sabía por qué su amiga se andaba con pies de plomo. Había vivido de primera mano los fracasos amorosos de esta.

—No te cierres al amor, deja que las cosas fluyan, no todo el mundo es como aquel par de imbéciles con los que te encontraste... Además, yo creo que este es distinto.

Lo dijo guiñándole un ojo, lo que la hizo reír.

En ese momento, Manolo volvió junto a ellas.

—¿Quién te ha mandado estas preciosas flores?

El enojo marcó los rasgos del anciano cuando vio la sonrisa que iluminaba la cara de Mar.

—¿De quién son, niña? —volvió a preguntar.

—A ti te lo voy a contar.

—Claro que sí, voy a ser tu suegro. —Se envaró Manolo.

Rocío pasaba por allí, lo cogió del brazo y le instó a que la acompañara a la sala.

—Vamos, que te están esperando para empezar con el parchís.

El anciano la acompañó refunfuñando.

Mar y sus compañeras estaban cambiándose para irse a sus casas, se reían de Rocío que estaba de cara al calendario que habían colgado en el vestuario. Se trataba de fotos de bomberos ligeros de ropa, lo habían hecho con fines benéficos y había tenido mucha aceptación. Cada mes salía un hombre distinto, enseñando su cuerpo musculoso. La verdad era que eran unas fotografías muy artísticas, eran *sexis*, pero no obscenas. El fotógrafo se había cuidado mucho de que no fueran ofensivas para nadie, y habían vendido todos los ejemplares en pocos días, lo que había hecho que se encargaran más. Todas estaban seguras de que en todos los hogares debía haber uno de aquellos calendarios colgado o no, solo para deleite de las mujeres.

En varias ocasiones Rocío les había dicho a sus amigas que podían hacer uno; sería divertido.

—¡Es que está bueno el tío! Podría pasarme una semana entera recorriendo esos abdominales con la lengua. —Soltó con una risotada.

—¿Tú? ¿Una semana entera? —se burló Marga, mientras se recogía su melena castaña en una cola de caballo.

—Sabes muy bien dónde puedes encontrarlo —afirmó Mar con una sonrisa cómplice mientras miraba a Celia que ponía los ojos en blanco.

—Cualquier día me paso por allí, ya verás.

Todas sus amigas soltaron una risa burlona.

—¿Y si resulta que tiene pareja?

—Me es igual, yo no soy celosa.

Mar resopló, su amiga era así, ella no ponía los cuernos a nadie pues no tenía pareja, si su *partenaire* en cuestión la tenía, no era su problema.

—Nunca cambiarás. —Marga pareció que quisiera regañarla, pero sabía que sería

inútil.

—El día que cambie, por favor llevadme al médico porque será algo grave. —Y se rio de su propia ocurrencia. Las demás terminaron riendo con ella.

Mar salió de la residencia con su eterna sonrisa, al llegar a la altura de Felipe, que la esperaba apoyado en el capó de su coche, se vio envuelta en sus brazos. Se sorprendió por un segundo, pero luego se abandonó al abrazo y al tierno beso.

—Te he echado de menos —susurró Felipe contra sus labios.

—Nadie lo diría, me diste calabazas para el fin de semana —comentó socarrona—. Pensé que habías perdido interés.

—¿Eso pensaste? —murmuró arrastrando las palabras y apretándola contra su entrepierna, que siempre despertaba cuando la tenía entre sus brazos.

Mar se alzó para llegar a su oído.

—¿Tienes el teléfono en el bolsillo? Me lo estás clavando. —Cuando lo miró a los ojos no pudo reprimir una carcajada.

Felipe adoraba ese sentido del humor y rio con ella.

—Te gusta torturarme, ¿eh? —replicó dándole un pellizco en el trasero.

—Hago todo lo que puedo.

La picardía de su mirada le hizo replicar.

—Apuesto a que estás tan húmeda como lo estabas...

Ella lo interrumpió poniéndole un dedo sobre los labios, lo que él aprovechó para metérselo en la boca y lamerlo sugestivamente.

Mar oyó una tos exagerada que venía desde la fachada de la residencia y giró la cabeza, Manolo estaba en la ventana de su cuarto y la miraba con el ceño fruncido.

—Vámonos, este viejete está empeñado en que tengo que ser su nuera.

Él miró hacía la ventana y sonrió saludando al anciano con un movimiento de su mano.

—Ah sí, recuerdo que ese día del arroz en el parque me dijo algo sobre que no me hiciera ilusiones, que estabas pillada. ¿Es así?

Le hablaba mientras le abría la puerta del coche para que entrara.

—Todo está en su cabeza. Su hijo es homosexual, y él no lo acepta, es un hombre chapado a la antigua.

Felipe se incorporó al tráfico y se alejó de la vista del anciano.

—¿Dónde te gustaría ir?

Esperaba que le volviera a decir que la sorprendiera. Ella se lo pensó un momento.

—Al cine.

—¿Tienes alguna película en mente?

La miró un segundo con la ceja alzada, y por sus ojos supo que una guasa se le venía encima, paró en un semáforo en rojo y esperó.

—No, pero me apetece estar en una sala oscura llena de gente, en un asiento doble y magrearnos a tope.

Felipe soltó una carcajada por aquella ocurrencia, pero lo cierto era que aquellas palabras habían obrado en su cuerpo como el más potente afrodisíaco. Ahí tenía a la Mar que él adoraba.

—¿No me negarás que tiene que ser de lo más excitante? —Hizo un sugerente movimiento de cejas—. ¿No te da morbo?

El semáforo se puso verde y Felipe tuvo que ponerse en marcha, pero ella veía claramente sus mandíbulas apretadas; lo oyó soltar el aire que estaba conteniendo.

—¿Sabes que me estás volviendo loco?

—Sí, lo intento.

Mar soltó una carcajada que a él le pareció música para sus oídos. Nunca se había encontrado con una mujer como aquella, que con solo una mirada le volvía la piel del revés, le hacía sentir como si un millón de hormigas se pasearan por su cuerpo, y el corazón le fuera a salir por la boca.

Después de tomarse una hamburguesa en el centro comercial, Felipe sacó las entradas para el cine. La guió hacia la última fila y en pocos minutos las luces fueron menguando hasta quedar a oscuras. A ninguno de los dos le importaba la película en cuestión, habían estado toda la noche bromeando y lanzándose señales de las ganas de intimidad que tenían.

Felipe pensaba que lo más lógico sería llevarse a Mar a su casa y hacer realidad todo lo que sus miradas prometían. Sin embargo, no lo hizo, pensaba saborear su fantasía, por eso había elegido la última fila.

Mar estaba apoyada en el costado de Felipe, quien le había pasado un brazo sobre los hombros para atraerla. No llevaban ni cinco minutos de proyección, cuando sintió la mano de él en su mandíbula, atrayéndola para besarla, sonrió cuando vio que él le seguía el juego. Él se perdió en aquella gruta que le prometía el paraíso, ella se

removió como si quisiera fundirse con su piel, y se abandonó a las sensaciones que le recorrían el cuerpo. Estuvieron largo rato saboreando las ansias el uno del otro; Felipe se tragaba los suspiros que a ella se le escapaban. Con su ancha espalda ocultaba a Mar de la mirada indiscreta del resto de las personas que se habían sentado varias filas más adelante. Felipe le acariciaba los costados del torso hasta llegar con torturante lentitud a sus pechos endurecidos por la excitación. Saboreó cómo ella gemía dentro de su boca, y la vibración le llegó hasta la dura entrepierna; sus manos se trasladaron a las piernas de Mar y las pasó sobre sus propios muslos. Sus dedos paseaban con lentitud sobre aquel cuerpo que lo volvía loco, hasta llegar a la cremallera de los vaqueros de Mar y desabrocharla. La buscaron, colándose entre la suave piel y la tela; al primer contacto ella se estremeció lanzando un gruñido de placer, que él se tragó.

Cuando Felipe encontró aquel capullito de placer vibrante, lo acarició con suavidad, la humedad le quemaba los dedos, sentía que Mar le clavaba los dedos en la espalda, toda ella temblorosa moviéndose sinuosamente sobre su regazo. Entonces alargó un dedo hasta la entrada de ese cuerpo flexible y tentador, ella se convulsionó y enroscó sus brazos con fuerza en torno al cuello musculoso de Felipe, sabía que si se separaba lo más mínimo no podría reprimirse y alguien se daría cuenta de lo que estaban haciendo. La sensación de ella tan poseída por la pasión fue un espectáculo maravilloso. Entró en ella con fluidez y notó cómo lo estrechaba, como queriéndolo engullir; el movimiento del cuerpo femenino sobre su regazo lo volvía loco. Sentía que ella estaba a punto de llegar al éxtasis y no pensaba dejarla a medias.

Mar trataba de moverse sobre él, pero se lo impedía, en la posición que estaban, cualquiera solo vería a una pareja besándose, pensó Felipe. Aprovechó para introducir un segundo dedo en la estrechez de Mar, lo que la hizo estallar en mil pedazos. Gimió, trato de gritar, pero él se tragó su placer en un ardoroso beso hasta que ella se desmadejó entre sus brazos.

Poco a poco Mar recuperó el aliento perdido, y cuando abrió los ojos...

—Sh... no estamos solos —le recordó.

A él le hizo gracia la confusión de su mirada y le sonrió endemoniadamente en la oscuridad, pese a la dolorosa erección que apretaba sus pantalones.

Mar quería más, pese al placer que él le había regalado, deseaba el roce de su piel desnuda, la cadencia de sus besos, y poder acariciarse los dos sin estar pendientes de

lo que les rodeaba.

—Quiero más, vámonos —susurró acomodándose los pantalones.

Felipe no se lo hizo repetir, veía en aquellas luminosas pupilas la vibrante excitación reflejada.



## Capítulo 15

Un par de días más tarde, Mar había quedado con sus compañeras para salir de juerga; era el cumpleaños de Rocío y había que celebrarlo.

Al anochecer se fue a casa y estaba en la ducha cuando oyó que sonaba el teléfono, sería Celia o Rocío que querrían que las pasara a buscar con el coche. Al salir del baño con una toalla alrededor del cuerpo, miró y la había llamado Felipe.

Marcó y a los tres timbres él contestó.

—*Hola, preciosa.*

—*Hola, Casanova.*

Lo oyó reír a través de la línea.

—*Me han llamado muchas cosas, pero esta es la primera vez.*

—¿Qué cosas te han llamado? —Mar sentía curiosidad, sabía que no era ningún santo, ¿a ver hasta dónde llegaba su ego?

—*Pues así de repente se me ocurre... guaperas, gallardo, apuesto, ligón, tío bueno... y otras cosas más subidas de tono.*

—¿Ah sí? ¿Qué cosas?

—*No te las voy a decir, no vayas a ponerte celosa.*

Mar soltó una carcajada.

—¿Celosa? Oh sí, estoy que me subo por las paredes, ¿sabes que eres un creído? ¡Cómo si no hubiera más hombres por el mundo!

—*Ninguno como yo, muñeca.*

—Ya te lo contaré mañana, ahora mismo me has pillado arreglándome para salir. Me voy de cena con las chicas.

Lo oyó rumiar algo.

—¿Qué has dicho?

—*Nada.* —Estaba mintiendo y los dos lo sabían—. ¿Qué llevas puesto? ¿Te has vestido para matar?

—Aún no me he vestido. —Oyó a través de la línea como él contenía la respiración—. ¿Quieres saber lo que llevo puesto?

La voz de Mar era muy provocativa.

—*Ilústrame.*

Mar se estaba divirtiendo de lo lindo, lo haría sufrir un poco.

—Ahora mismo encima solo llevo una capa de crema hidratante. Ya sabes, hay que cuidar la piel. ¿Quieres frotarme la espalda?

Lo volvió a oír contener el aliento y sonrió.

—*No.*

—¿No?

—*Maldita sea, ojalá pudiera.* —Ella soltó una carcajada, pero la verdad era que también se estaba excitando al imaginarse que él le frotaba el cuerpo con sus grandes manos.

—Qué pena.

—*Te gusta provocarme, ¿verdad? ¿Y si te dijera que estoy ante tu puerta?*

Sin pensar, Mar fue hacia la puerta de su pequeño piso y la abrió. Él lo pudo oír todo por el auricular.

—No estás —lo acusó.

—*¿Has abierto la puerta desnuda?*

—Pues sí. —Se dejó caer en el sofá desilusionada, al notar una inesperada decepción. ¿De verdad había pensado que él estaría allí? Se reprochó. Si sabía que estaba de guardia, por Dios.

—*Tus vecinos deben estar divertidos.* —Felipe soltó una carcajada sofocada—. *Espero ansioso llamar a tu puerta, a ver cómo me abres.*

Mar resopló, había hecho que despertara su deseo y se sentía frustrada.

—Te dejaré en la escalera.

—*Eso lo veremos, puedo ser muy persuasivo, ¿sabes?*

—Y yo muy terca.

De forma inconsciente, Mar se estaba pellizcando un pezón; cuando se dio cuenta lo soltó y maldijo entre dientes.

—*¿Qué pasa? Te gustaría que estuviera ahí contigo, ¿verdad? ¿Te imaginas lo que haríamos? O mejor dicho lo que te haría.* —Su voz cargada de deseo la puso a cien.

—Calla, por Dios, ya vuelvo a necesitar una ducha muy fría.

—*¿Por qué? No tienes por qué sufrir.*

—¿Qué dices?

—¿Dónde estás?

—En el salón, tirada en el sofá, ¿por qué?

—*Ponte cómoda y cierra los ojos...* —Ella sonrió al imaginar lo que él se proponía

—. *¿Ya?*

—Sí.

—*Yo también me estoy acariciando, con la punta de los dedos, igual que lo haces tú, tan lentamente como si fuera tu mano la que recorre mi pecho, descendiendo... descendiendo... siento tu aliento junto a mi boca, a punto de...*

Su voz era poco más que un murmullo, y Mar se encontró acariciando un pezón con la palma abierta, como le hacía él, antes de cerrar su mano sobre el montículo entero. Su respiración se volvió pesada. Mientras él le susurraba, ella se iba acariciando cada vez más íntimamente.

—*¿Sientes el calor que envuelve mis dedos cada vez que entro en tu cuerpo?*

Ella murmuró algo inarticulado.

—*Así, amor, despacio... como si tuvieras una mariposa revoloteando, agitando sus alas...*

Mar sentía que su temperatura corporal subía con rapidez.

—*Prueba tu sabor, amor, saca la lengua y acaricia las yemas de tus dedos... moja las cimas de tus apetecibles senos... están duros, ¿verdad? Como capullitos de rosas, pellizca con suavidad...*

Ella sintió como se tensaban sus nervios y una corriente eléctrica le bajaba directo hacia su vientre. Aquella vibrante sensación se le anudó en la garganta y se le escapó un gemido.

—*Así, amor, así. Puedo sentir el sabor de tu piel en mi lengua.*

Felipe podía oír los gemidos que a ella se le escapaban, estaba muy excitado. Oyó un jadeo entrecortado y supo que ella se acariciaba tan íntimamente como deseaba hacerlo él.

La respiración de Mar era un auténtico caos. Sentía que se acercaba al abismo, su corazón era como un tambor dentro de sus costillas.

—Mmm... —No pudo evitar que se le escapara de la boca.

—*Muy bien, amor.* —Él podía oír a través de la línea los gemidos que ella emitía  
—. *Siente... siente...*

Felipe no tardó en escuchar los excitantes sonidos que ella emitía en su liberación; él estaba tenso con aquella incomodidad entre las piernas, pero le había encantado ese pequeño interludio.

Mar estaba desmadejada con medio cuerpo fuera del sofá, cuando al fin pudo controlar su respiración y fue consciente de lo sucedido, cogió el móvil que estaba tirado sobre la alfombra.

—¿Estás ahí?

Felipe estaba al otro lado de la línea, sabía que a ella le costaba un poco volver del limbo, sonrió al oír su voz tentativa.

—*Estoy aquí... pero me gustaría estar ahí.*

—Ha sido... ha sido... —Que no encontrara las palabras para describir lo que había sentido lo lleno de satisfacción.

—*Me lo imagino, amor. La próxima vez tenemos que experimentarlo cuando estemos juntos.*

Por megafonía del hospital reclamaron al doctor Santacana, ella también pudo oírlo a través de la línea.

—Tenemos que despedirnos, ¿verdad?

—*Sí, me reclaman. Hasta mañana, preciosa.*

—Hasta mañana.

Por su voz, él pudo comprobar que aún no se había recuperado del éxtasis, sonrió pensando en poner en práctica lo que acababa de pasar cuando estuvieran juntos, y cortó la comunicación. Tenía el cuerpo tenso y dolorido, nunca tendría que haber empezado ese juego, sabiendo que no podría satisfacerse. Felipe deseaba sexo, mucho sexo, con aquella mujer de piernas interminables, de sonrisa hechicera y con esa encantadora picardía. Tenía una belleza que sospechaba que ella misma ignoraba; su corto pelo rojo le daba un aire sofisticado y juvenil a la vez. El carácter travieso, provocativo y juguetón, todo ello junto, la hacía irresistible.

Definitivamente, necesitaba acostarse con ella más veces, para que se le pasara esa fijación. Aunque no estaba seguro de que solo fuera eso. Cuando estaba con ella se sentía de una forma que nunca antes le había ocurrido, y cuando no podía estar con ella, no se la sacaba de la cabeza. Ya no estaba seguro de que todo fuera cuestión de sexo.

Mar llegó tarde a la cena de su amiga, todas estaban sentadas en la mesa tomándose unas cervezas cuando ella llegó.

—Siento mi tardanza, chicas.

El color que le subió a las mejillas no pasó desapercibido a sus compañeras.

—Supongo que nos podrás dar una explicación.

A Celia la intrigaba, la había visto ruborizarse muy pocas veces, y rio al ver cómo se intensificaban los colores.

—Esta viene de echar un polvo —soltó Rocío que era la menos sutil de todas—. ¿No veis el brillo de sus ojos?

Marga, Celia, y la misma Rocío estallaron en carcajadas.

Mar nunca se había escondido de nada, pero...

—No os lo vais a creer.

—Inténtalo —la alentó Marga.

Cogió aire con fuerza antes de empezar a hablar.

—Acabo de tener un sexo telefónico increíble.

A sus amigas casi se les salen los ojos de las órbitas.

—¿Qué? —Se oyó desde los lugares distintos, mientras Rocío tosía el trago de cerveza que acababa de tomar.

—Lo que habéis oído.

—¿Con el macizo?

—¿Con el queso?

Preguntaron Marga y Celia a la vez.

Ella asintió con una sonrisa al ver las caras de sus amigas.

Un poco avanzada la noche y con unas copas de vino en el gaznate, les contó a las chicas el pánico que le daba Felipe. El miedo que tenía, que temía que se estaba enamorando y no quería terminar sufriendo como con sus anteriores parejas.

—Ya estás enamorada, cielo —afirmó Celia, que recordaba la conversación que habían mantenido unos días atrás.

Marga que era la más romántica del grupo, le dijo que los otros fueron unos idiotas, que no habían sabido ver a la gran mujer que tenían al lado. Celia estaba de acuerdo, y cuando los ojos de todas cayeron en Rocío, esta negó con la cabeza, asegurando que no era buena consejera, que todas ellas ya sabían lo que pensaba respecto a los hombres y que no iba a cambiar de pensamiento por ninguno de ellos, por mucho que

le gustara, para ella el amor tenía fecha de caducidad, y las mujeres eran las que siempre salían perdiendo.

—Eres una cínica y lo sabes. Algún día conocerás a un hombre que te girará la vida del revés y voy a recordarte tus palabras. —Marga hablaba mientras señalaba a Rocío con el tenedor, donde había pinchado un trozo del solomillo que se estaba comiendo.

—Eso no va a ocurrir. El día que se te acabe el amor de tanto usarlo —se burló—, me darás la razón.

—Chicas... —llamó la atención Celia, al ver que ninguna de las dos daría su brazo a torcer—. Nadie sabe lo que ocurrirá mañana, cada una que viva su vida como quiera.

Mar cambió de tema, no quería estropearse la noche preguntándose lo que podría ser, decidió olvidarse de Felipe durante unas horas, y pasarlo bien con sus amigas.

Una vez que terminaron de cenar, llevaron a Rocío a un club, era la sorpresa que le tenían preparada. Al traspasar la puerta, la cumpleañera vio una gran pancarta en la que decía «FELIZ CUMPLEAÑOS, ROCÍO» y un camarero muy sexi, con una camiseta en la que se le marcaban los trabajados abdominales, se dirigió a ella con una tarta en la mano con las velas encendidas.

Rocío fijó su mirada en el tipo que sostenía la tarta, le lanzó una mirada que lo recorrió de arriba abajo, se mordió el labio inferior y él le guiñó un ojo. Antes de que terminara la noche pensaba darse un festín con aquel hombre que le hizo la boca agua. Sus amigas vieron el intercambio de miradas y soltaron una sonora carcajada ante el gesto de asentimiento que les dirigió Rocío. Sopló las velas y la concurrencia estalló en aplausos. Ella les dedicó una inclinación y una sonrisa.

Allí brindaron con champán, bailaron y se lo pasaron bien cantando en el karaoke.

## Capítulo 16

Esa misma semana, Felipe tenía fiesta el jueves y decidió llevar a Mar a cenar a la taberna de Roberto. Eloy lo había llamado y dicho que llegaría ese día. Tenía ganas de verlo. Su breve estancia en Mugardos, cuando su madre cayó enferma, solo le permitió salir una noche con sus amigos y echaba de menos sus veladas.

Mar estaba entusiasmada por conocer al amigo de Felipe, siempre que le hablaba de él, acababa riendo y llorando de risa, de las aventuras que habían vivido.

Al llegar a la taberna, caminaba delante de Felipe, sintiendo su mano en la parte baja de la espalda. Roberto, al verlos, les sonrió con alegría y les guiñó un ojo.

—Es un placer volver a estar en su casa —lo saludó ella con su encantadora sonrisa.

Él asintió con la cabeza.

—Vosotros mismos están en la mesa del fondo.

Mar se dio cuenta de que al hombre le preocupaba algo, y no tardó en descubrirlo. En cuanto entraron en el salón comedor, se oyó una exclamación y una rubia de bote despampanante se lanzó a los brazos de Felipe, sin embargo, él la mantuvo a cierta distancia con sus manos en la cintura de aquella mujer. La brillante mirada gris de Felipe se endureció al clavar los ojos en ella.

Mar se quedó atrás, con la sonrisa congelada en la cara, mientras él apartaba de sí a la desconocida; pudo ver una amalgama de emociones que cruzaba por el semblante de Felipe y se preguntó qué habría habido entre ellos. Aunque se hacía una ligera idea. Eloy fue consciente en ese momento de la mala idea de haberse dejado convencer por Elena para que lo llevara con él en ese viaje. Tratando de salvar el mal momento, se acercó a Mar.

—Soy Eloy Agrelo. —La cogió por los hombros y le dio un beso en cada mejilla.

Felipe se había librado de Elena, y se giró hacia su amigo.

—Ella es Mar. —Su mano se posó en la cintura de ella, como si quisiera marcar el territorio y a la vez hacerle saber que entre Elena y él no había nada; imaginó lo que ella debió pensar con el recibimiento que le dispuso aquella mujer a la que no

esperaba.

—Encantada, Eloy, este tunante me ha hablado muy bien de ti.

Lo dijo con aquella sonrisa hechicera que lo tenía seducido, y no le gustó verla dirigida hacia su amigo.

—No sé si creerte, preciosa, puede haberte contado muchas cosas de mí, pero apostaría mi nuevo coche a que no todas positivas.

La risa de Mar se les contagió.

—Me has pillado.

En ese momento, Eloy y Felipe se miraron y se fundieron en un caluroso abrazo.

—Te he echado de menos, amigo.

—Yo también.

Elena, al ver que todas las atenciones se las llevaba aquella tipeja de pelo rojo, se violentó.

—Yo soy Elena, una amiga de Felipe... de entre las muchas que tiene. —La sonrisa falsa y relamida que coronaba sus labios daba asco.

Con aquel comentario, Mar se dio cuenta de que estaba ante una mala pécora, pero no iba a caer tan bajo como para ignorarla o montar una escena.

—Encantada, Elena.

En aquel momento, el padre de Eloy salvó la situación. Se acercó a ellos con el mejor vino blanco y copas.

—Ahora mismo os empezaran a servir.

—Pero si ni siquiera hemos visto la carta. —Elena deseaba ser el centro de atención.

—No te preocupes por eso, aquí sirven la mejor comida de la comarca —dijo Mar lanzándole un guiño a Roberto—. ¿Sabes que la madre de Eloy es la cocinera?

—Es que estoy a dieta.

Mientras hablaban, Felipe retiró una silla para que Mar se sentara, no obstante, Elena fue más rápida y ocupó el lugar. Eloy vio enojo en la mirada de su amigo, pero no sabía qué hacer para no violentar la situación. No quería pasarse aquella cena de reencuentro lidiando con una Elena enojada. Sin embargo, Felipe no estaba de humor para fingir que todo estaba bien, miró a su amigo y le hizo un gesto con la cabeza para que cambiara de sitio y sentarse al lado de Mar.

Elena frunció el ceño ante aquel desprecio.



—Papá, tráele la carta —dijo Eloy esperando disipar la tensión del ambiente que se podía cortar con un cuchillo.

—Como queráis.

—No, no, a los otros, ya sabes lo que queremos —lo dijo mirando a Mar y esta asintió.

Roberto trajo la carta, y empezó a servir el vino.

—No te preocupes, padre, yo me ocupo de eso. —Le cogió la botella de las manos y llenó las copas.

Cuando el tabernero iba a alejarse, Elena llamó su atención.

—A mí me trae una ensalada con queso de cabra y nueces.

—Muy bien, señorita.

Se lo veía molesto y Eloy ocultó una sonrisa.

Los dos amigos empezaron a ponerse al día sobre sus actividades, Felipe le contaba que estaba muy a gusto trabajando en urgencias del Centro Hospitalario San Pablo También que el cambio le había sentado de maravilla, que en aquel rincón de la geografía ofrecía muchos alicientes para vivir allí, que esperaba descubrir muchos más rincones... Lo dijo mirando a Mar, y esta sonrió asintiendo.

—Tendrás que buscarte un buen guía.

—Ya la tengo, a la mejor diría yo —habló con una sonrisa, tratando de ignorar a la mujer que no dejaba de mirarlo y lo sacaba de quicio.

Felipe levantó una ceja interrogativa. Sospechando que el recibimiento de Elena no le había gustado; a él tampoco, desde que se fuera de Galicia que no había tenido contacto con aquella tipeja que poco antes se proclamaba a sí misma, su mujer, para seguidamente coronarlo como si fuera un toro, y acabar siguiéndolo como un perrito faldero cuando se dio cuenta de que él había descubierto todas sus argucias.

La verdad era que lo hizo para alejarse de esa mujer codiciosa, que lo único que quería era presumir de él y exhibirlo como si fuera su mascota. Hacía tiempo que lo que en un principio creyó que era amor se había extinguido, solo quedaban unas ascuas que ella apagaba rápidamente. Lo que a ella le gustaba, era codearse con sus colegas; se hizo amiga de las esposas de varios médicos y organizaban cenas y encuentros a los que a él no le apetecía asistir, puesto que la mayoría en los que había estado, parecía el patio de un colegio, donde todos presumían de sus logros, sin pensar que de lo que estaban alardeando era de ayudar a otras personas que los

necesitaban. A él no le gustaba presumir de nada, era su trabajo y hacía lo que debía.

Y para rematar la faena, había intentado deshacerse de su hija, de hecho, lo hizo, la vendió. Suerte había tenido Felipe de contar con buenos profesionales y amigos que lo ayudaron a salvar a la pequeña y tenerla junto a él.

No soportaba a esa mujer ni en pintura, pero no le podía hacer el feo a su amigo, largándose de allí sin más.

Un camarero empezó a llevarles la comida, Mar se quedó mirando la ensalada de Elena y tuvo que reprimir una risa. Se sirvió en su plato un trozo de rape, almejas y gambas, con una buena cucharada de salsa marinera.

—¿Puedes pasarme el pan, Eloy?

Este le pasó una bandeja con rebanadas, mientras que le contaba a Felipe que se había comprado un Mercedes último modelo.

—Hemos venido en coche, tenía unas ganas terribles de hacerlo ronronear en la autopista, casi ni se escucha el motor.

Felipe sonrió divertido al mirar a Mar, era evidente que ella se estaba aguantando un comentario mordaz.

—No se va a molestar si le dices lo que piensas —la animó a soltar lo que le pasara por la cabeza.

—No sabrás lo que es la velocidad hasta que yo te lleve a dar una vuelta con mi cacharro.

—¿Cacharro?

—Tu amigo lo bautizó. —Hizo un movimiento de cabeza hacia Felipe.

El susodicho se estaba riendo mientras asentía con la cabeza.

—Si no te fías de mi coche, siempre puedo hacerte sentir la velocidad con el tuyo, aunque creo que no te gustaría.

Era un reto que Eloy no estaba dispuesto a dejar pasar.

—No me conoces lo suficiente para saber si me gustaría o no.

Felipe soltó una carcajada que había estado conteniendo, miró a su amigo y buscó en su móvil la foto que ella le había mandado desde el circuito de Montmeló.

—¿Tienes un camión? ¿Corres en camiones? —soltó un alucinado Eloy.

—No, solo corro con mi cacharro... pero reconozco que me lo pasé muy bien en esa carrera.

A Elena no le gustaba la manera en cómo había quedado relegada de la

conversación, ella estaba comiéndose su ensalada con finura, y nadie le hacía caso. Mientras aquella tipeja comía como una muerta de hambre. Y por la cara de Felipe y Eloy, les gustaba. Su sangre empezó a hervir.

Mar estaba dando buena cuenta de todo lo que les iban sirviendo y hablando como si fueran amigos de toda la vida. Eloy la miraba como si fuera una especie en peligro de extinción.

Eloy se daba cuenta de que entre esos dos había algo, y su intuición le decía que la presencia de Elena le iba a causar algún problema a su amigo. Agradeció para sus adentros, que Elena se mantuviera callada. Poco podía pensarse que la susodicha estaba que echaba humo por las orejas por la misma causa.

—Al final no me has dicho en qué corres.

—Si te lo he dicho, en mi cacharro. Cuando quieras te hago una demostración.

—Te gusta mantenerme en suspenso, ¿eh?

—Me encanta.

Su carcajada los hizo reír a todos, menos a Elena.

Después de devorar varias bandejas de pescado y marisco, Mar declaró estar llena como el pavo de Navidad.

Roberto, que estaba pendiente de ellos, se les acercó a una señal de su hijo.

—¿Qué queréis de postre?

—Creo que mamá ha estado haciendo tarta de chocolate de la que a mí me gusta.

—Yo lo mismo —asintió Felipe.

—Yo un yogurt desnatado —pidió Elena.

Mar bajó la cabeza para que no la vieran sonreír, por la ridiculez de lo que estaba comiendo aquella mujer. Se había dado cuenta de las miradas envenenadas que le lanzaba. Y no pensaba darle el gusto de verla alterada, simplemente la ignoraba. Sin embargo, aquella petición le trajo a la memoria un comentario de Felipe, y se dio cuenta de que habían estado viviendo juntos. Sintió un nudo en el estómago, eso debían ser celos, imaginó. La voz del tabernero preguntándole qué deseaba la sacó de sus cavilaciones.

—Pues a mí me gustaría aquello que usted ya sabe —le dijo con un guiño pícaro. No iba a permitir que aquello le agriase la noche, además, Felipe parecía haber pasado página. A parte del momento embarazoso que se había producido al llegar, él había ignorado a aquella mujer durante toda la cena, solo le había prestado atención a

su amigo y a ella.

El tabernero sonrió, asintió y se llevó los platos.

Aquella complicidad molestaba a Elena, ella se consideraba en otra posición social, nunca en su vida había cenado en una taberna como aquella, estaba deseando salir de allí para darse un buen baño para sacarse de encima el olor típico de aquellos establecimientos, y a poder ser en compañía. Pero Felipe la había estado ignorando durante toda la cena, solo tenía ojos para aquella mujer de pelo rojo. Debía saber más cosas de ella para poder ponerla en su lugar.

—Y... ¿dónde has dicho que trabajas?

—No lo he dicho.

Eloy se atragantó con un sorbo de vino que acababa de llevarse a la boca. Felipe se rio. Se miraron y se lanzaron una silenciosa pregunta.

—No has visto nada —dijo Felipe con intención.

Mar necesitaba ir al baño, tenía las manos pegajosas, se disculpó y se levantó. No había andado ni cinco pasos que oyó la voz de Elena.

—Seguro que va a vomitar todo lo que ha engullido, es imposible que coma tanto y esté tan delgada.

Mar se paró de repente y volvió la cabeza, Eloy la miraba como disculpándose, y Felipe sulfurado, esperaban que pusiera a Elena en su lugar, pero ella no se molestó, movió la cabeza como queriendo decir «no tiene remedio», y se alejó.

—Elena, durante la cena, me he arrepentido mil veces de haberte traído, no sé cómo pude ser tan imbécil. —La cara de Eloy mostraba lo molesto que estaba por el comentario.

Felipe la miraba echando chispas por los ojos, y ella como un cordero degollado.

—¿Por qué has venido?

—¿No está claro?

—No.

—Por ti, por supuesto.

Eloy deseaba que el suelo se abriera bajo sus pies para desaparecer. Desde su posición, veía a Mar sentada en la barra comiéndose una copa con sorbete de limón mientras hablaba y reía con su padre. Un camarero les trajo los postres, y él se puso a atacarlo mientras sus dos compañeros de mesa se miraban con enojo.

—Elena, entre nosotros quedó todo zanjado en cuanto me vine aquí.

—Yo esperaba que me dieras una segunda oportunidad. —Lo miraba con los ojos húmedos y los labios temblorosos.

En ese punto, Eloy se levantó y se reunió con Mar y su padre en la barra. Si ese par tenían algo que arreglar, que lo hicieran solos, y si Felipe la tenía que mandar al carajo, no quería ser un espectador.

—No me vengas con sandeces, sabes tan bien como yo que lo nuestro se acabó... es más, tú misma lo destruiste.

—Te echo de menos.

—No te creo. Estoy seguro que sigues a la caza del mejor partido. Qué pena me dar los tipos que hayas podido embaucar.

Felipe estaba siendo muy duro con aquella mujer y lo sabía; sin embargo, era la única manera que sabía para tratar con ella. Era tan ególatra que pensaba que todos los hombres tenían que caer rendidos a sus pies. Ya la conocía y no quería volver a repetir la experiencia.

Elena se daba cuenta de que ese hombre había cambiado, ya no era el que adoraba el suelo por donde ella pisaba, lo notaba duro, distante y supo que lo había perdido, pero eso no quería decir que ella se retirara sin ponerle unas cuantas piedras en el camino. Nadie la había hecho sentir tan poca cosa en su vida. Todos sabían quién era, quién era su padre y siempre era tratada con guantes de seda, no como si fuera una molestia, como lo estaba haciendo aquel hombre que un día había tenido rendido a sus pies.

—¿Podemos ser amigos, por lo menos? Por los viejos tiempos.

Felipe conocía el carácter de esa mujer, y sabía que en cualquier momento era capaz de montarle una escena, cosa que incomodaría a la clientela de Roberto. Lo primero era salir de allí, y después ya se encargaría de no volver a verla.

—Ya veremos, quizás... —Dejó sus palabras en el aire para que ella las interpretara como quisiera.

Se levantó de su asiento y vio a su amigo y a Mar en la barra, se unió a ellos, seguido de cerca por Elena.

Su amigo lo miraba como si quisiera pedirle perdón. Él le hizo un movimiento con la cabeza, sabía que Elena se habría valido de cualquier excusa para engatusarlo a llevarla con él.

En cuanto llegó a la barra, oyó cómo Mar alababa a Roberto y a su mujer de lo bier

que había comido. Eloy se mostraba encantado con aquella mujer que elogiaba a sus padres. La había estado observando durante la cena, y le cayó bien desde el primer momento.

Ella vio a Felipe que se le acercaba con aquella lagarta.

—Yo me tengo que ir, quédate con tus amigos, ya cogeré un taxi.

Él se inclinó sobre su oído.

—Eso no va a suceder —le susurró.

Se despidieron y salieron del local, no sin antes haberles prometido que volverían pronto.

La vuelta a Reus fue inusualmente silenciosa. Los dos perdidos en sus propios pensamientos. Felipe furioso por la presencia allí de Elena, tendría que hablar con Eloy, no quería volver a verla.

A Mar le había gustado el amigo de Felipe, era un hombre jovial, risueño, y sin aires de grandeza, no como la pava «come verde» que lo acompañaba. Eloy se había disculpado con ella, al responsabilizarse del comportamiento de esa mujer. Ella le quitó importancia al asunto y le prometió llevarlo a correr con su cacharro, lo que valió por unas carcajadas por parte de ambos.

Mar esperaba que él pasara la noche en su casa, por eso se sorprendió cuando Felipe paró al principio de su calle, desde donde se podía ver la puerta de entrada a su edificio. Imaginó que el reencuentro con aquella víbora lo había afectado de mala manera.

—Si todas las mujeres que frecuentabas en Galicia son como esa, no me extraña que te vinieras aquí.

—No sabes ni una cuarta parte.

—No estés tan seguro, se me da bastante bien calar a las personas.

—Créeme si te digo que lo que puedas imaginar no se acerca ni de lejos a lo que es capaz esa mujer.

Mar lo miró frunciendo el ceño, había notado la hostilidad durante toda la cena, ¿qué le habría ocurrido a Felipe con ella? Además, veía en los ojos grises de él... ¿rabia?, ¿ira?, ¿enojo?

Él se la quedó mirando, deseando contarle su secreto, hablarle de Andrea. Ella lo comprendería, adoraba a los niños y a los ancianos.

—Un día de estos te contaré la historia.

—No quiero saber nada de tus anteriores amoríos. No es cosa que me incumba, tu pasado es tuyo.

Felipe supuso que lo decía por miedo a los celos.

—¿Incluso si ese pasado ha dejado huella?

En los ojos avellana, él pudo ver incertidumbre y tal vez, hasta preocupación.

Mar se daba cuenta de que él quería contarle lo que había sucedido con aquella mujer, pero que dudaba. Se le acercó, le cogió la cara con las dos manos y lo besó, una suave rozadura de labios, que a los dos les supo a poco.

—Si crees que debo saberlo, te escucharé cuando tú quieras —susurró junto a su boca.

Felipe la atrajo hacia él y le dio un tórrido beso que la dejó sin aliento. Ella notó cómo la sensación de vértigo se apoderaba de su ser, se acercó más al duro cuerpo que la tenía loquita y se acopló al pecho que tan bien la acogía. Sin embargo, notaba que él no se entregaba al beso como siempre, podía sentir vibrar bajo la superficie una emoción tensa que él trataba de disimular. Supo que el encuentro con Elena lo había afectado más de lo que reconocería nunca, y deseó ser ella quien pudiera alejar el fantasma de aquella mujer de su mente.

—Subamos a casa —le dijo mirando en las profundidades de sus ojos grises que se habían oscurecido por alguna extraña turbación.

Él supo que ella había notado su rabia contenida contra Elena, los iris avellana que lo taladraban mostraban las ganas de Mar para ayudarlo; ella no sabía de qué se trataba, y sin embargo, se ofrecía para alegrarle la noche. No podía dejar de admirar a aquella mujer... ¿admirar? No estaba seguro de que solo fuera eso.

—No, cariño, tengo que irme a casa, me temo que hoy no soy buena compañía.

Vio la decepción en la cara de Mar y le dolió el alma, pero no quería emponzoñar lo que tenía con ella, con los recuerdos que no podía apartar de su mente.

—Yo puedo solucionar eso. —Mar posó los labios en el cuello masculino, mordisqueando suavemente.

—No lo dudo, amor —susurró sintiéndola dulce y entregada—. Pero...

Mar lo acalló con un beso que prometía el paraíso, y que lo hizo vibrar hasta la médula, lo que inclinó la balanza. Arrancó el coche y fue a aparcarlo.

Cuando la puerta del piso de Mar se cerró a sus espaldas, se fundieron en un abrazo lleno de deseo, él la cargó en brazos y la llevó directamente a la cama donde le hizo

el amor con desesperación, queriendo olvidar lo que había vivido con aquella mala víbora. En algunos momentos se daba cuenta de que estaba siendo muy rudo con ella, sin embargo, Mar parecía entender el desasosiego que lo embargaba y lo acogía entre sus brazos acariciándolo con ternura, queriendo borrar los recuerdos que lo atormentaban.

Cuando al fin se durmieron, Mar se removía con unas extrañas pesadillas de Felipe y Elena juntos. Él la abrazaba y la arrullaba hasta que volvía a quietarse.

Al levantarse supo que lo que él le había dicho la noche anterior había despertado su curiosidad. Se dijo que era una masoquista por querer saber qué ocurrió entre ellos dos. Pero no podía evitarlo. Se extrañó de no encontrar a Felipe a su lado, se puso una camiseta y se fue a la cocina, esperando encontrarlo allí. Lo primero que vio fue una preciosa orquídea que la esperaba sobre la mesita del salón y al girarse vio a Felipe manipulando la cafetera.

—¿Te ayudo? —preguntó con tono de guasa.

Felipe miró por encima de su hombro y la vio con aquella encantadora sonrisa.

—No, espero que no te importe que haya cogido tus llaves, he ido de compras.

—Ya veo —dijo ella acercándose a admirar aquella preciosa flor. La cara de placer que puso fue todo lo que él necesitó para sentirse satisfecho de su idea. Sirvió dos tazas de café y unos cruasanes de chocolate que había traído de la panadería de la esquina.

—¿Te gusta?

—Me encanta, gracias. No tenías que...

Él le puso dos dedos sobre los labios para acallarla.

—¿Por qué no? Me encanta tu cara de placer ante todo lo que tenga vida, y las flores te gustan, deja que te mime.

Igual que ella lo había mimado a él la noche anterior, pensó.

Felipe había despertado al amanecer y al ver que ella dormía tranquila, la estuvo observando, recordando cómo ella había tratado de ahuyentar sus fantasmas. La noche anterior ella lo acarició con una dedicación y ternura que lo enloquecieron, le hicieron perder el control y la había poseído como un loco. Temía que se había pasado de la raya, que en algún momento quizás le hubiese hecho daño, pero ella lo animaba a que siguiera. Había sido una noche memorable y sí, había conseguido que se olvidara de Elena durante unas horas.



## Capítulo 17

A la hora de comer, llamó a Carla, hacía días que no sabía de ella, esta estaba pletórica de felicidad, pues su hijo se estaba recuperando a pasos agigantados. Le dijo que cuando estuviera mejor harían una de sus salidas de chicas, y se despidieron.

El otoño estaba en toda su plenitud, y Mar decidió ir a la residencia dando un paseo, le encantaba pasar por los parques donde todo el colorido de los árboles le levantaba el ánimo. De camino se encontró con Rocío, su compañera y amiga, y se pararon a tomarse un café cerca del trabajo. La sirena de los bomberos las hizo girarse a ver qué pasaba y vieron que se había prendido fuego en una casa vieja, en un callejón muy cerca de la residencia. Se acercaron para ayudar en lo que pudieran.

Rocío vio que sacaban a un niño, se acercó al bombero y se lo quitó de los brazos.

—Yo me encargó de él, ve a buscar al resto de la gente —le ordenó con su brío mandón.

Mar desde su posición veía a un niño de no más de dos años que lloraba en la terraza del segundo piso de la casa, por donde salían grandes volutas de humo. Se desesperó al ver que el camión con la escalera no entraba en la estrecha callejuela. Se acercó a uno de los bomberos que parecía ser el que dirigía el rescate y le señaló al pequeño. El tipo soltó una maldición. Llamó a varios de sus subordinados y les dijo que entraran en el piso de abajo y trataran de rescatar al pequeño de un balcón a otro. Mar los veía cómo trataban de subir del primer piso al de arriba, la tarea era peligrosa, dado que la casa era muy vieja y los soportes no sabían si aguantarían.

Uno de los bomberos se puso al volante de uno de sus camiones más pequeños y lo colocó peligrosamente cerca del edificio para que sus compañeros pudieran subir encima, acceder a la terraza y salvar al pequeño. Un vecino de las casas colindantes sacó una escalera para que pudieran subir desde el techo del camión hasta el chiquillo. Cuando el niño vio a al bombero con su traje de trabajo debió parecerle un monstruo, pues se dio la vuelta y entró en la casa gritando. Era mayor el miedo por aquel tipo que por las llamas. Mar se desesperó al verlo, se encaramó al vehículo y subió hasta la casa en llamas, trataron de detenerla, pero ella era muy ágil, y en un

abrir y cerrar de ojos ya estaba dentro.

Le escocían los ojos por la humareda, le faltaba el aire, pero sabía que no podía rendirse, de ella dependía encontrar al niño y sacarlo de aquel infierno. En la búsqueda, se quemó el brazo al pasar por debajo de una jamba en llamas, ignoró el daño y siguió el llanto del niño. Lo encontró acurrucado en un rincón, lo cargó en brazos y salió al balcón desde donde la bajaron inmediatamente a tierra.

El jefe de los bomberos se le acercó y le gritó que estaba loca, que la casa podía venirse abajo de un momento a otro y ella había arriesgado su vida.

—¿Hubiese preferido que cayera con el bebé dentro? —le gritó con los mismos malos modos.

—Está loca.

En ese momento Rocío se unió a ellos, había presenciado todo lo ocurrido y la valerosa acción de su amiga.

—En lugar de gritarle, podría darle las gracias. Si tal como dice, la casa está a punto de caerse, podía pillar dentro a uno o varios de sus hombres. No se ha dado cuenta de que el pequeño ha huido de ellos por miedo, se habría escondido y no lo hubiesen encontrado a tiempo.

El tipo la miraba con una especie de extraña fascinación. Rocío era una mujer muy guapa y solía causar ese efecto en los hombres.

—Tal vez tenga razón —claudicó al fin el bombero, y añadió mirando a Mar—. Ahora vaya, que le miren esa herida.

Mar se miró el brazo que él le señalaba y vio la quemadura.

—Auuu.

«Nunca entenderé a las mujeres», pensó Alberto Cuenca, el bombero jefe. Mientras estaba discutiendo con él no se había quejado de dolor, solo lo hizo cuando él se lo señaló. Y esa mujer que acompañaba a la valiente que se había encaramado al camión estaba cañón. Tendría que... En ese momento llamó su atención, uno de sus hombres diciéndole que ya no quedaba nadie dentro. Se emplearon a fondo y cuando terminaron su trabajo, estaban convencidos de que ese inmueble tendría que ser derruido. Los daños habían sido graves en la estructura de una casa tan vieja.

A Mar le habían aplicado unguento y gasas para quemaduras, y cuando estuvieron seguras de que no podían hacer nada más por los habitantes de la casa, se fueron a la residencia, donde las esperaba una Celia ceñuda.

—¿Es que os ponéis de acuerdo para llegar tarde? —les soltó antes de fijarse en el desaliño de sus amigas—. ¿Qué os ha pasado?

—¿No te has enterado del fuego de la esquina?

—Desde luego, y están todos los abuelos inquietos.

—Hemos estado ayudando a los bomberos.

Celia vio el vendaje que Mar llevaba en el brazo.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, solo es una quemadura.

Rocío le contó lo que había ocurrido y la pelea dialéctica de después con el bombero. Lo hizo con tanta gracia que su amiga acabó riendo por lo que parecía un chiste.

—¿Te das cuenta que entre esos hombres posiblemente esté el que te tiene fascinada del calendario?

—Con el uniforme, es difícil saberlo. No he visto a ninguno tan cachas...

Celia rio.

El resto de la tarde se dedicaron a tranquilizar a los ancianos, que estaban alterados por las sirenas y la humareda que se había esparcido por todo el vecindario.

Al terminar su turno, las chicas se fueron a tomar unas cervezas y se rieron de lo lindo cuando Rocío exagerando sus hazañas les contó lo ocurrido aquella tarde.

—Un día de estos haré una visita a la central de los bomberos, necesito saber si ese grosero es el de la tableta, si es así va a perder una admiradora.

—No puedes estar hablando en serio, tú sabes la tensión con la que trabajan.

—Eso no es excusa, Mar se ha jugado la vida entrando en aquella casa, y en lugar de darle las gracias, le han chillado... ¿Os lo podéis creer?

—Tienes que reconocer que tenía toda la razón. —Celia entendía el enfado del bombero, si a Mar le hubiera ocurrido algo, se le habría caído el pelo.

—¡Y una mierda!

Rocío era una cabeza cuadrada de campeonato, no iba a dar su brazo a torcer, y le lanzó a su amiga una mirada envenenada.

—Chicas, vamos a dejarlo ya. Todo ha pasado y nadie ha salido herido.

Mar puso paz. Ya que estaban allí, se tomaron una hamburguesa y se fueron cada cual a su casa. Mientras caminaba, llamó a Felipe y le contó que había salido con sus amigas.

—Miedo me dais, por lo que pude observar, tiene que ser digno de ver cuando os juntáis.

—No lo sabes tú bien.

Bromearon durante pocos minutos y se despidieron.

A la mañana siguiente, Mar estaba sentada al borde de la piscina, para no mojarse el vendaje, cuando vio entrar en el recinto a Felipe y a Eloy. Este último levantó una ceja al verla allí, y le dedicó una sonrisa. Se le acercó, se inclinó a su lado y le dio un beso en cada mejilla.

—Este tunante no me dijo que trabajabas aquí. ¿No me digas que eres socorrista? — Se le escapó una risita al recordar lo ocurrido con Sofia, la esposa de otro de sus amigos.

—No lo es.

Felipe le dedicó una intensa mirada que le hizo sentir un placentero calorcillo.

—No puedo creerme que paséis el tiempo hablando de mí, seguro que tenéis otros temas más interesantes.

—No más que tú, muñeca.

—Eso lo dudo. —El pícaro guiño que le lanzó decía mucho más que las palabras.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —quiso saber Felipe.

Ella se miró el vendaje, iba a abrir la boca para restar importancia a su herida.

—No me digas que nada, porque no te creeré.

Sonrió al reconocer la perspicacia de aquel hombre.

—Quise hacerme la heroína, y salí chamuscada.

La manera de decirlo lo hizo reír, aparte de que no le creyó. Ella se levantó al ver que los ancianos salían de la piscina y empezaban a despedirse.

—Venga, ahora en serio, ¿qué te ha pasado?

Ella soltó una carcajada.

—No hay nada como decir la verdad, para que no te crean. Pasadlo bien, ahora tengo que irme.

Y salió del recinto con su andar elástico y cautivador.

Los dos hombres se quedaron mirando la puerta por donde había desaparecido.

Felipe había citado a Eloy allí, porque quería aclarar por qué estaba Elena en la ciudad, y sabía que a ella los gimnasios le repelían más que una buena comida. Si lo hubiese citado en otro sitio ella lo habría seguido como un perrito faldero. Sabía lo agobiante que podía ser esa mujer.

Después de exigirse a tope en la piscina, salió y se secó con la toalla, ante la mirada risueña de su amigo.

—¿De qué te ríes?

—De ti.

—Si me ilustras reiremos los dos.

Eloy se había dado cuenta del extraño humor de su amigo, la noche anterior habían vuelto a cenar juntos y con Elena, como no. Esa mujer no se despegaba ni con agua caliente. Y ella trató de mostrarse encantadora con su amigo, pero él no estaba por la labor. Se le veía a la legua que sus pensamientos estaban muy lejos de allí. Sospechaba que en una mujer pelirroja que lo llevaba de cabeza.

—Luego, primero dime dónde está mi amigo, el que se ríe de su propia sombra. El que me habría roto la nariz si me hubiese interpuesto en su relación de alguna forma.

—¿Qué relación?

Eloy arrugó el ceño.

—O sea, que ese es el problema... no hay relación.

Felipe eludió el tema, no quería hablar de lo suyo con Mar, lo que sentía era algo más de lo que en un principio había planeado. Y aún no estaba preparado para analizar lo que eso significaba.

—Lo que me gustaría saber es ¿qué hace Elena aquí? ¿Cómo se te ocurrió traerla? Sabes que lo nuestro terminó cuando me vine aquí. Me alejé de casa porque así la perdía de vista.

—Amigo, tienes mala memoria, no dijiste a nadie el motivo de tu traslado, te limitaste a decirnos que te ibas. Ni tus padres saben por qué te largaste.

—Ya lo saben.

Eloy lo miró alzando una ceja, o sea que sí había habido un motivo para que Felipe dejara Galicia.

Felipe se quedó unos segundos mirando a su amigo, como si estuviera pensando en qué debía contarle.

—En parte, me fui para alejarme de Elena —Eloy elevó la otra ceja—, esa mujer

me estaba agobiando, no tiene vida propia, y se estaba metiendo demasiado en la mía. Lo único que le interesaba de mí, eran los contactos que podía hacer para la empresa de su padre, y presumir de que era mi pareja. Entraba y salía de la clínica donde yo trabajaba como si fuera su casa, se hizo amiga de las esposas de varios de mis compañeros y me arrastraba a reuniones donde no me apetecía ir. Con su manera de comportarse, su ambición y... fue matando lo que sentía por ella. Me fui para perderla de vista.

A Eloy no se le pasaba una.

—¿Y?

Felipe no le hablaría de Andrea, por lo menos, todavía no.

—Hay más, ¿verdad?

—Sí.

—Pero no me lo vas a contar.

Felipe negó con la cabeza al tiempo que decía:

—Todo a su debido tiempo.

—¿No habría sido más sencillo mandarla al carajo?

—¿Te crees que no lo hice? Sobre todo, cuando me enteré que se acostaba con varios colegas míos. —Eloy abrió la boca por la sorpresa—. ¿Tú has visto cómo se comporta? A veces pienso que no está bien de la cabeza.

Eloy había notado la fijación que tenía Elena con Felipe, sin ir más lejos, la noche anterior cuando él le dijo que tenía una cita para cenar, ella no se dejó engañar; primero trató de darle pena, porque la dejaba sola en una ciudad que no conocía, y luego pasó a unas nada sutiles amenazas, de que iría a la taberna de sus padres a cenar, pues era lo único que conocía, y Eloy supo que era muy capaz de montarle algún pollo a su padre en su negocio. Recordó la insistencia de Elena por acompañarlo, cuando le había dicho que pensaba viajar a Tarragona a visitar a sus padres y ver a su amigo; le había extrañado, pues entre ellos dos no había una buena amistad. Se lo dijo un día que se la encontró en una local de copas, donde había ido con unos amigos, ella estaba allí y le preguntó por Felipe.

—Ahora que lo dices...

Su amigo estaba pendiente de sus palabras.

—¿Qué?

—Sabes que nunca he sido el santo de su devoción, cuando estabais juntos me

toleraba mientras estaba colgada de tu brazo. En cambio, desde que te fuiste que siempre que me ha visto me ha preguntado por ti, y si sabía si volverías pronto a casa. Cuando le comenté que pensaba venir, se volvió de lo más solícita, amable, incluso me pareció que trataba de ligar conmigo.

—Por mí te la puedes quedar todita para ti, pero sácala de mi vista... Y si quieres un consejo, aléjate de ella antes de que te veas envuelto en su telaraña.

—No es mi tipo... me gusta más Mar. —Hizo el comentario a propósito, quería saber qué había entre esos dos. Si Felipe le decía que nada, él atacaría con toda la artillería. Había descubierto en Mar a una mujer que lo cautivó desde el primer momento: alegre, pícara, divertida y seductora a más no poder. A parte de guapa y con un cuerpo que quitaba el hipo a cualquiera.

La mirada de Felipe se endureció, la fea cara de los celos se le enroscó en el estómago.

—Puedes mirar y admirar, pero sácatela de la cabeza, es mía.

Eloy sonrió de medio lado.

—Ya me parecía...

—Cuando le explique lo mío con Elena, y que tú la has traído... No sé cómo se le va a tomar, es tan capaz como yo de arrancarte la cabeza.

Eloy pensó que debido a su estupidez, Felipe podía tener problemas con la mujer que ansiaba, y supo que tenía que hacer algo para echarle una mano. Ya pensaría la manera de hacerlo.

Los dos se fueron a las duchas y luego a comer. Disfrutaron del reencuentro, y se pusieron al día de sus cosas.

No muy lejos de allí, en el café de enfrente del gimnasio, Elena bullía de indignación. Había seguido a Eloy en un taxi, sospechaba que iba a encontrarse con Felipe y no se había equivocado. Los vio entrar en aquel establecimiento y se disponía a volver al hotel cuando vio salir a la bruja de cabellos rojos. La rabia la dejó sin respiración. ¿Es que se iba a encontrar con aquella mujer por todos lados? Sin pensarlo, salió del local y siguió a Mar.

Esta fue a su casa a cambiarse de ropa, había prometido visitar a su amiga Carla y aún no había ido, iría al hospital y comería con ella.

Elena la vio entrar en aquel viejo edificio y una mueca se dibujó en su rostro, como ella había pensado era una muerta de hambre, se quedó mirando las viejas casas que la rodeaban. Que cutre todo aquello que la rodeaba, pensaba. Incluso las personas que pasaban por su lado, le parecían indignas de estar respirando el mismo aire que ella: mamás con niños llorosos, jóvenes con libros entre los brazos, ancianos paseando apoyados en sus bastones... Todo le parecía fuera de lugar, no podía creer que a «su» Felipe le gustara todo aquello. Seguro que esa pájara de pelo rojo estaba jugando con él. Por su mente pasó cuando Felipe y ella eran pareja, ella había hecho con él lo que le dio la gana, una sonrisa jugó en sus labios al recordar cómo se aprovechó de él y sus buenas intenciones. Por desgracia duro poco, de algún modo él se enteró de sus trapicheos con sus colegas y la mandó al carajo. Un rictus amargo se dibujó en su boca, debería de haber sido más lista, pensó. Quizás si le hubiera dicho su secreto, aún lo retendría a su lado, sacudió la cabeza ante tal pensamiento. No, ni por todo el oro del mundo... claro que se había sacado una buena tajada de aquel negocio.

Estaba tan ensimismada, que pasó el tiempo y cuando quiso darse cuenta, veía a Mar que salía de aquel portal vestida con unos vaqueros desgastados y una cazadora tejana cubría un jersey de cuello vuelto negro. No lo pensó dos veces y la siguió otra vez, sus pasos la llevaron a un centro hospitalario y pensó que trabajaría allí. Seguro que era el lugar donde conoció a Felipe, la muy lagarta, seguro que se lo había camelado en su empleo. ¿Qué podía hacer para desacreditarla ante los ojos de todos? Pensaba mientras se mantenía oculta en un portal en frente del centro.



## Capítulo 18

Las amigas estaban cambiándose antes de ponerse a trabajar. Rocío estaba delante del calendario, admirando a su bombero de la tableta.

—¿Habéis oído que se van a hacer colectas en el barrio para ayudar a las familias que perdieron el piso en el incendio?

Celia parecía estar al tanto de todo.

—Sí, ahora están alojados con unos parientes, pero esto no puede durar indefinidamente.

Mar y Rocío, que habían visto de primera de mano lo ocurrido, se miraron con preocupación.

—Tenemos que colaborar —dijo Marga—. Podríamos organizar algo como aquello de Alberto, que al final el ayuntamiento no tuvo más remedio que arrimar el hombro.

A Celia se le dibujó una sonrisa perversa en los labios.

—Claro, como que Mar arrinconó al alcalde con tantos testigos delante —soltó una risotada—, no le quedó otra.

—Pues ya sabes, Mar.

Sus amigas rieron, pero se daban cuenta de que estaba tramando algo.

—¿Qué estás pensando?

—Me pregunto cuánto sacaríamos si hiciéramos un calendario como ese. —Señaló el que tenían colgado en la pared.

Las chicas quedaron con la boca abierta, sin embargo, parecía que la idea no les era disparatada, pues ninguna de ellas se negó de plano.

—Podríamos hacer una campaña a través de internet, y venderlos también en otras ciudades, creo que al ser benéfico podría dar resultado.

Rocío sonreía abiertamente, le gustaba la idea, Marga y Celia parecían que se lo pensaban.

—Ya veis que son unas fotos muy bonitas, podríamos convencer a las compañeras del turno de mañana y así habría para todos los meses.

—Es una buena idea —afirmó Celia al fin—, ¿qué piensas, Marga?

La susodicha estaba pensando en su pareja, no sabía si a Luis le haría mucha gracia. Rocío pareció leer su mente y dijo...

—No creo que a Luis le importe, no vas a enseñar nada que no quieras; no se trata de posar desnudas, queremos que toda España tenga un calendario de estos colgado en la cocina.

Celia asentía con la cabeza.

Mar que veía el entusiasmo de Rocío, bromeó:

—Ahora tienes la oportunidad de conocer a tu tableta de chocolate, puedes ir a decirles si quieren participar.

Reía mientras negaba con la cabeza.

—Si lo hacemos conjunto no creo que sea apto para menores.

—¡Que burra eres! No se trata de eso, ellos que hagan el suyo...

Rocío se frotaba las manos con picardía.

—Ya veremos.

Esa noche, Mar estuvo muy ocupada, llamó a una de sus compañeras del turno de mañana y le expuso el plan, esta se mostró muy interesada y le dijo que al día siguiente se lo explicaría a las otras, pero que era casi seguro que la mayoría quisiera participar. Luego llamó a un fotógrafo amigo y le preguntó si estaría dispuesto a hacer ese trabajo gratis, él estuvo entusiasmado, pues también era una buena propaganda para él.

Una vez con las cosas en marcha, llenó la bañera y se sumergió en el agua templada. No tardó ni dos minutos en pensar en Felipe, era raro que no la llamara, debía tener una noche ajetreada.

También le vino a la mente Elena, era evidente que algo había pasado entre ellos, seguro que habían tenido una relación y la cosa terminó mal, como le había ocurrido a ella misma. Sin embargo, quizás fuera su intuición femenina, se temía que aquello era peor de lo que ella había pasado.

Se secó y se puso su grueso albornoz, se sirvió una copa de vino mientras se calentaba unos espaguetis para cenar y marcó el número de Felipe. Como imaginaba estaba apagado, colgó sin dejarle ningún mensaje, esperando que él la llamara.

Una hora más tarde, Mar estaba leyendo cuando sonó el móvil, por la pantalla vio

que era él.

—*Hola.*

—¿Cómo va todo?

—*Tenemos una noche movidita, ya sabes, los fines de semana...*

Ella lo notaba distante.

—Bueno, entonces te dejo...

—*¿Qué te parece si mañana comemos? O... ¿Tienes algún plan?* —No pudo evitar que en su voz se le notara la sonrisa.

—Pensaba quedarme en casa. —No era cierto.

—*¿Por qué será que no te imagino un sábado en casa?*

Mar oyó la carcajada que él soltó y rio.

—Porque nunca paro, si esta vieja casona se cae no me cogerá dentro.

—*Bien, pues mañana te recojo a las dos. Ahora tengo que dejarte.*

—Hasta mañana.

—*Que sueñes con los angelitos.*

Ella sonrió al escuchar aquello. Ese hombre era perfecto, lástima que ella no pudiera aspirar a un tipo como él.

En ese mismo momento, Eloy se estaba tomando una copa con su padre sentado en la barra de la taberna. Le había contado cómo lo había engatusado Elena, y el problema que le había echado encima a su amigo. Roberto, que era perro viejo en calar a las personas, asentía mientras su hijo le hablaba. Había visto la cara de esa mujer que acompañaba a Felipe, que a él le caía muy bien, y la admiró cuando ella se unió a él en la barra para tomarse el postre. Supuso que algo había pasado, pero ella no soltó prenda, le había dicho que le gustaba su compañía y no hubo modo de sonsacarle nada más. En aquel momento se dio cuenta de la educación y del saber estar de aquella guapa joven.

—Hijo, tendrías que buscarte una chica como esa.

Eloy soltó una carcajada, sabía que nada alegraría más a sus padres que él sentando cabeza.

—Cuando la encuentre no la dejaré escapar, padre, tenlo por seguro.

La guasa se le notaba en la voz.

—Y en cuanto a esa pelandrusca, mandadla al carajo los dos. Que se vuelva a su casa y que se busque a otro para hacerle la vida imposible.

Eloy pensó en el sabio consejo de su padre, no le apetecía nada volver a Galicia con Elena, el viaje podía ser enloquecedor. Al día siguiente hablaría con ella.

Elena estaba que se subía por las paredes, la noche anterior la había pasado sola en el hotel, ni Eloy, ni Felipe, dieron señales de vida. Pero ellos no contaban con que sabía a qué gimnasio iban, se levantó pronto, cogió un taxi y le dio las señas. No pensaba permitir que le dieran de lado otra vez.

Sentada en la cafetería, frente al gim, se sentía cada vez más furiosa. Se los imaginaba a los dos con aquella lagarta de pelo rojo pasándolo bien, mientras ella se aburría como una ostra.

A las doce del mediodía, se le ocurrió que tal vez, al ser sábado, no habían ido allí. Se tragó la bilis que le subía por la garganta y salió del local. Recordó hasta donde había seguido a Mar, y se le ocurrió una idea.

Una vez en la puerta de aquella clínica, entró y preguntó a la recepcionista por el doctor Santacana. La chica que la atendió le dijo que debía estar confundida, pues allí no había ningún doctor con ese nombre.

—Trabaja en urgencias —afirmó muy tiesa.

—No, señora, ya le he dicho que con ese nombre no hay nadie.

—Aquí tiene que haber una confusión. —Tenía que jugarse su última carta, tal vez un tiro al azar—. Tal vez la que trabaja aquí es su pareja, una mujer con el pelo rojo muy corto... se llama Mar... —No sabía el apellido, pero se rascó la barbilla como si estuviera pensando.

La chica de recepción la miró ya algo molesta.

—Señora, si no es más explícita. Tenga en cuenta que aquí trabaja mucha gente.

Elena estaba perdiendo la paciencia.

—Oiga, la otra mañana la vi que entraba.

—Durante el día, va y viene mucha gente, eso no quiere decir que trabajen aquí, puede ser una paciente o alguien que venga a visitar a un enfermo.

Frustrada, Elena salió del centro hospitalario. Tenía que enterarse dónde trabajaba Felipe. Cogió un taxi y como al descuido dejó caer la pregunta.

—¿Hay algún otro hospital en esta ciudad?

—Sí, señora, el Centro Hospitalario San Pablo. —Claro, pensó, él lo nombró la noche que estuvieron cenando.

—Lléveme allí.

El conductor la miraba a través del espejo y veía su rictus de mala leche. La llevó donde le había pedido sin hacer ningún comentario.

Elena entró en el recinto con aquellos aires que siempre la habían caracterizado. A la chica que estaba en recepción, le llamó la atención el fuerte taconeo de aquellos zapatos altísimos y la cara de superioridad que lucía aquella mujer; su belleza se veía eclipsada por su lenguaje corporal.

—¿Trabaja aquí el doctor Santacana?

Ni un saludo, ni nada.

Carmen, la recepcionista, estaba, como casi todas las trabajadoras del centro, un poco enamorada del doctor Felipe Santacana. Y miró a la mujer evaluándola, no podía ser que fueran parientes, y dudaba de que fueran amigos. No se lo imaginaba a él con una mujer como aquella. Además, si fueran algo, ella sabría dónde encontrarlo, ¿no? Decidió ir con cautela, no quería que su médico favorito tuviera algún problema por su causa.

—Hay muchos doctores, señora, si me dice qué le pasa, puedo... —Carmen la trataba con todo el tacto del mundo. Para su sorpresa, su interlocutora se ofendió.

—¿Tengo cara de necesitar un médico? —exclamó de malos modos.

Ante aquella salida de tono, Carmen pensó que sí, pero uno de la cabeza.

—Tranquila, tranquila... no pasa nada.

Elena perdió los estribos al ver que la trataba como una desquiciada.

—Oiga, yo no estoy loca, ¿con quién se ha creído que está hablando? Quiero ver inmediatamente a su superior, ya le contaré cómo trata usted a las personas.

Al lado de la puerta, había dos guardias de seguridad, que se pusieron en guardia en cuanto oyeron las voces de aquella mujer.

—Lo que pasa es que yo soy la jefa aquí, si quiere poner una queja contra mí misma, le puedo dar una hoja de reclamaciones.

Elena soltó un gruñido al darse cuenta de que en efecto se estaba comportando como una lunática, debía cambiar de actitud, si quería obtener respuestas. Inspiró hondo...

—Perdone, estoy algo nerviosa, no soy de esta ciudad y estoy buscando a Felipe

Santacana, es un buen amigo mío.

Carmen no terminaba de creérselo.

—El doctor Santacana no está.

Bueno, ya sabía algo, pensó Elena.

—Y ¿su amiga, la del pelo rojo?

Por la mirada de Carmen, Elena supo que no se fiaba. Dibujó en sus labios una sonrisa que no terminó de quedarle bien.

—Me dijo que tenía una «amiga» pelirroja. —Habló guiñándole un ojo a la mujer—. Supuse que trabajaría aquí.

Carmen no terminaba de creerse esa historia. Había algo que la mantenía alerta, que no terminaba de encajar.

—Señora, la vida privada de las personas es algo en lo que no me pongo, yo no sé nada de ninguna «amiga», y aunque lo supiera, mis labios están sellados.

El rictus en la boca de Elena le dijo que la respuesta no le había gustado.

—¿Puede darme las señas de Felipe? —Su voz volvía a ser altanera como cuando había entrado en el edificio.

Por mucho que lo tuteara, como si fueran íntimos, Carmen no iba a saltarse el reglamento por aquella mujer que no le inspiraba ni pizca de confianza.

—Como comprenderá, eso es información que no puedo proporcionarle.

Elena inspiró con fuerza, al ver el hueso con el que se había topado.

—Ya le he dicho que somos amigos, no querrá que él se enoje con usted cuando se entere de que no me ha dado su dirección.

—Prefiero que se enfade conmigo, por eso, que terminar en la cola del paro por dar información confidencial.

Los ojos de Elena brillaron de rabia. Se dio la vuelta y salió de aquel vestíbulo pisando fuerte. ¿Es que el mundo se había aliado contra ella? Pensaba mientras abandonaba el centro.

## Capítulo 19

Eloy, que, durante sus estancias en Tarragona, se alojaba en casa de sus padres, se dirigió al hotel donde se había registrado Elena. Tenía que hablar con ella, y dejarle las cosas claras, antes de que pusiera en otro aprieto a su amigo. Aún no entendía cómo se había dejado engatusar. En realidad, sí lo sabía, Elena era una mujer muy atractiva, se había mostrado muy zalamera, hasta el punto que creyó que estaba interesada en él. Durante el viaje se mostró muy melosa, y la verdad era que se lo habían pasado bien. Le reía todas las gracias, y se le insinuaba como si fuera el único hombre sobre la faz de la tierra. ¡Qué buena actriz había resultado!

Cuando estaba caminando hacia la entrada del hotel, vio que ella bajaba de un taxi, y se dirigía a la entrada con paso ligero.

—Elena.

Ella al oír su nombre se paró en seco y se giró.

Eloy pudo ver la cara de pocos amigos que lucía, ¿de dónde vendría?

La mirada que recibió de parte de ella, hubiera chamuscado a un iceberg, pensó en la difícil tarea de quitársela de encima.

Al verlo solo, ella frunció el ceño.

—Creía que estabas comiendo con Felipe —gruñó.

—Felipe debe estar durmiendo, ha trabajado toda la noche.

Ella soltó una carcajada desprovista de humor.

—Vaya, estás aburrido y ahora te acuerdas de mí.

—No y no.

Ella mostró su confusión ante la respuesta.

—No estoy aburrido y no, no me acuerdo de ti.

Los ojos de Elena lo fulminaron.

—¿Entonces?

—Tomemos una copa. —Con una mano en la espalda de Elena, la llevó a la terraza del hotel, esperaba que allí, no le diera por montar una escena.

Él quería ir con tacto, sería diplomático, a ver si ella comprendía lo que ocurría y

volvía a casa sin armar ningún escándalo. Le dijo que su padre lo necesitaba en la taberna, y que se quedaría un tiempo. Al punto, ella preguntó por Felipe, y Eloy le contestó que debido a su trabajo de noche, los días los dedicaba a descansar y a hacer deporte, sin contar que se había traído a sus padres, para que su madre se recuperara. En resumen, que su amigo, tampoco tenía tiempo para dedicarle a ella.

Elena veía claramente que la estaba despachando, pues iba fresco si pensaba que ella se rendiría sin luchar.

—Pero sí que tiene tiempo para esa lagarta que trajo el otro día a la cena.

A Eloy, Mar le había caído muy bien, y no quería que aquella víbora la criticara.

—Eso es algo que ni tú y ni yo sabemos.

—No seas idiota, los dos vimos las miradas que le lanzaba.

—Solo viste lo que querías ver, Mar debe ser una compañera de trabajo, no hay nada raro en cenar con un colega. —La mentira le salió sola.

Elena no lo pensó, simplemente se le escapó.

—No son compañeros de trabajo.

—¿Cómo lo sabes?

En ese momento, recordó que no le había preguntado de dónde venía, cuando salió del taxi.

Ella al darse cuenta de su desliz... dijo:

—No sé, supongo que ellos lo dirían el otro día.

Los ojos de Eloy se entrecerraron al llegar a una conclusión, no sabía si acertada.

—Recuerdo muy bien, que no te lo dijo. A propósito, ¿dónde has estado?

Ella se removió en el sillón donde estaba sentada.

—Me aburría y fui a dar una vuelta por ahí.

—¿En taxi?

Por la cara que puso Eloy, ella supo que no le creía.

—Salí a pasear y me perdí.

Él no le creyó ni por un instante, ¿los habría estado molestando? ¿Cómo sabía que no trabajaban juntos? Como era un hombre inteligente, cambió de táctica.

—¿Qué te ha parecido la ciudad? ¿Has visto el anfiteatro romano?

—Sí, desde luego, por eso me he perdido, está en la otra punta.

Ahora estaba seguro de que mentía, pues ella estaba alojada en el hotel situado en la parte alta del recinto romano, solo hacía falta que se hubiera tomado la molestia de



salir al balcón de su habitación para verlo.

Se la quedó mirando un instante, y decidió no alargar más aquella absurda charla, no le gustaban las mentiras, y no las iba a soportar de una engreída como aquella.

—¿Sabes que odio que me traten de tonto?

—No entiendo. —Elena fingía una inocencia que no conocía.

—¡Cómo debiste reírte de mí cuando accedí a traerte! ¿Qué esperabas conseguir al venir aquí? —Ella abrió la boca, pero Eloy la interrumpió alzando una mano—. No, no digas nada, ya lo sé, solo era una pregunta retórica. Pues que te entré en esa cabeza tuya, Felipe tiene una vida perfectamente organizada y en la que es feliz y tú no entras... Y yo tengo otros planes en lo que tampoco encajas. Así que búscate la vida para regresar a tu casa.

La expresión de Elena era un poema, nunca nadie había sido tan atrevido para despacharla de esa manera. Su mandíbula estaba desencajada. Se recuperó enseguida y frunció el ceño.

—¿Quién diablos te has creído que eres? Que te quede muy clarito que a mí nadie me trata como si fuera una basura; como esa lagarta que debió encontrarse en el gimnasio y que se está beneficiando a Felipe, él ha sido mío antes que de ella, y lo voy a recuperar. Cuando él se dé cuenta que ella no está a su altura, la dejará como un pañuelo usado, y ahí estaré yo para ocupar el puesto que nunca debería haber perdido... entre los brazos de Felipe. Y tú... —soltó una carcajada falta de humor— eres un memo si creíste que tenía algún interés en ti, solo fuiste un medio para conseguir un fin.

Como estaban en la terraza del hotel, no levantó la voz, habló con los dientes apretados.

—He de reconocer que en algún momento me engañaste, pero fue por muy poco tiempo, te lo aseguro. Y me alegro mucho de no estar entre tus posibles amistades, es más, dudo de que tengas «amigos» —lo dijo haciendo comillas con los dedos, para que ella se diera cuenta de era un sarcasmo—. Yo sé muy bien quién soy —añadió respondiendo a su pregunta—, soy Eloy, ni más ni menos, mis padres son taberneros y estoy orgulloso de ellos. Mis colegas no los son por mi abultada o vacía cuenta corriente, trabajo como el que más en mi empresa de reparación de barcos, y cuando puedo me tomo unas vacaciones para visitar a quien yo quiero. Y tú no encajas en nada de lo que acabo de decir.

Se levantó, tiró un billete sobre la mesa, se dio la vuelta y se fue sin mirar atrás. Dejaba tras de sí a una Elena que bullía de indignación, nunca nadie había osado hablarle de aquella forma. ¿Quién demonios se había creído que era ese cretino? ¡Como se llamaba Elena que se lo haría pagar! A él, a su amigo Felipe, y a la bruja de cabello zanahoria.

Algo daba vueltas en la cabeza de Eloy, algo que había dicho Elena no le terminaba de encajar. Caminaba por el Balcón del Mediterráneo, tratando de recordar qué era lo que ella había dicho que lo tenía con la mosca detrás de la oreja. De repente se paró, había hecho alusión a un «gimnasio», ¿cómo se habría enterado de que Mar trabajaba en uno? Ciertamente no lo dijo la noche que estuvieron cenando todos juntos. Un mal presentimiento se apoderó de él.

Llamó a su amigo, y como supuso, debía estar durmiendo y tenía el teléfono apagado, se propuso llamarlo más tarde para prevenirlo contra aquella bruja.

## Capítulo 20

Aquella mañana, Mar se calzó unos vaqueros y se fue a comprar el periódico, desayunó en una cafetería cerca de su casa, en una terraza soleada, protegida de las inclemencias del otoño. Cuando hubo terminado de leer el diario y comerse un cruasán con jamón y queso, acompañado de un café con leche, volvió a su casa pensando en Felipe.

Él pasó a recogerla puntual a las dos, al salir del portal ella le dedicó una de aquellas sonrisas que le iluminaba el rostro, haciendo que él se la devolviera, apreciando el modelito que se había puesto. Unos pantalones anchos negros hasta el suelo que se movían al compás de sus caderas, junto con un jersey de cuello vuelto blanco ajustado a su figura, la chaqueta que llevaba era a conjunto con los pantalones. Estaba preciosa, nunca había visto a una mujer tan tapada, y tan sexi a la vez.

—Estás muy guapa.

Ella lo miró con esa picardía suya en la mirada.

—Tú tampoco estás nada mal.

Se tragó la carcajada cuando unos labios se juntaron con los otros con una suave rozadura.

El trayecto hasta el hotel de La Pineda donde había reservado mesa lo hicieron conversando, ella le preguntó por la salud de su madre, y a Felipe le gustó que ella se interesara. Luego empezó a hablarle de los proyectos que estaban preparando con sus compañeras para los ancianos que en Navidad se quedaban en la residencia.

—También vamos a hacer un calendario para...

Felipe paró en la entrada del hotel, y un aparcacoches le abrió la puerta. Mar bajó y le agradeció al chico con una de sus deslumbrantes sonrisas. Él dio la vuelta al coche, la cogió por la cintura y la empujó para entrar. Allí los guiaron hacia una mesa, durante esos minutos ninguno de los dos dijo nada.

Una vez sentados, le preguntó:

—¿Qué me decías de un calendario?

Ella se sintió satisfecha de que él la hubiera escuchado, no había parado de hablar

para que no le contara nada de su amiguita Elena. Mucho se temía que el retortijón en el estómago, que sentía cada vez que pensaba en esa víbora, eran celos, y no quería saber nada de ese desagradable sentimiento.

Aunque él le había dicho que le contaría la historia con Elena, eso no quería decir que ella estuviera ansiosa por escucharla.

—Muy cerca de la residencia hubo un incendio, y en el barrio se están haciendo colectas para ayudar a las familias que han perdido su casa. Mis compañeras y yo vamos a posar para hacer un calendario solidario.

Él la miraba con una sonrisa en los labios. Mar no era una persona que se mantuviera con las manos cruzadas cuando podía hacer algo para ayudar a los demás. Al mismo tiempo, le vino a la cabeza un comentario que ella había hecho.

—¿Allí fue donde te chamuscaste?

Ella sonrió, le gustó que él recordara, seguro que se había estado comiendo la cabeza preguntándose qué le habría pasado.

—No se te pasa una. —Mar asentía con la cabeza. Le contó lo ocurrido y en varias ocasiones vio cómo Felipe fruncía el ceño.

—Te das cuenta de que pusiste tu vida en peligro, ¿no?

—Fue algo que hice sin pensar, en aquel momento solo pensaba en el pequeño.

Felipe solo pensaba en que aquella impulsividad le podría costar muy caro. Sin embargo, también sabía que esa era su forma de ser y que tal vez eso era lo que más le atraía de ella. No quería que ella cambiase, solo que fuera más prudente. Pero no cometería el error de decírselo, ella lo tacharía de machista y de todo lo que le viniera a la cabeza.

Tenía que cambiar de tema, más adelante, otro día quizás, cuando ella no estuviera en guardia, podría abordar su temeridad.

Volvió a la seguridad del tema que estaban hablando antes.

—Es una buena idea lo del calendario, pero ir con cuidado con los ancianos, habrá familias que no querrán que salgan en fotografías. Aseguraros de tener el permiso de los hijos o los parientes más cercanos, si es por escrito mejor que mejor, no vaya a ser que os pongan una denuncia.

Mar soltó una risita, negando con la cabeza.

—Ellos no van a salir en las fotos, ya les gustaría a más de uno, con lo picarones que son.

Entonces Felipe entendió lo que ella quería decir.

—Imagino que debe ser uno de esos ligeros de ropa.

Ella sonrió guasona.

—Si fuésemos tapadas como monjas no venderíamos ninguno, y pretendemos promocionarnos en internet, cuantos más vendamos mejor. Ojalá todas las familias del país nos compraran uno.

Él se la quedó mirando serio, no le gustaba la idea, pero debía reconocer que entre ellos no había habido promesas, ni palabras de amor, ni nada. Solo sexo, fantástico sí, pero...

Ella lo miraba con una de esas sonrisas guasonas, y llegó a la conclusión de que le estaba tomando el pelo.

—Me parece perfecto.

Ella supo que le mentía, había visto una chispa en sus ojos que desmentía sus palabras. Parecía como si no le creyera, como si pensara que estaba bromeando, bueno, cuando lo tuviera ya se daría cuenta de que iba en serio.

La comida fue esplendida, Mar había cambiado de tema, le dolió que él no le creyera, debería conocerla un poco más para saber que nunca mentía cuando se trataba de ayudar a los demás.

Al terminar de comer, él quería subir a una habitación y perderse en ese cuerpo que lo volvía loco. Ella sugirió que dieran un paseo por la playa. Una vez en la orilla, con las olas rompiendo suavemente a sus pies, Felipe le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Quiero hablarte de Elena.

—No tienes que contarme nada.

La notó que se ponía tensa.

—Quiero hacerlo.

—No veo por qué. Tú has tenido tu vida, como yo la mía. —Cogió aire con fuerza antes de seguir—. Como la seguiremos teniendo cuando se nos pase... —iba a decir el calentón, en cambio de sus labios salió—, cuando te canses de mí.

Felipe, que la empujaba con suavidad para pasear, se detuvo en seco. La miró sorprendido por sus palabras.

—¿De qué estás hablando?

A ella se la veía incómoda bajo su atenta mirada.

—Tú tienes tus horarios y yo los míos.

Felipe recordó lo que ella le había contado de sus anteriores parejas y entendió. Se estaba culpando de que sus anteriores relaciones no hubieran funcionado.

—Me estás comparando con tus anteriores novios, ¿soy como ellos? —Sus ojos grises la perforaban.

Ella se sentía incómoda con aquella conversación. Trató de seguir caminando, pero él se lo impidió.

—Contéstame.

Él podía ver su vulnerabilidad, ella se había rendido a vivir su vida en solitario para que nadie pudiera reprocharle todas las horas que trabajaba. Con este pensamiento le vino otro a la mente, él tenía el mismo problema. Trabajando de noche, solo podía salir a divertirse una o dos noches a la semana, ¿qué mujer aguantaría eso, antes de buscarse su propia vida y diversión? Posiblemente ninguna, o alguna que no dudaría en ponerle unos cuernos como... Si alguien podía entender su dedicación al trabajo, esa era Mar. Los dos eran apasionados de sus respectivos empleos.

—No, no eres como ellos.

Por un momento no supo de qué le hablaba, estando tan absorto en sus pensamientos. Al oír su respuesta, la empujó para seguir paseando, pero no dijo nada.

Ella dejó pasar unos minutos, esperando que él dijera algo más, lo miraba de reojo y veía que él le estaba dando vueltas en la cabeza a algo, y supuso que se trataba de convencerla para que dejara uno de sus trabajos.

—No pienso dejar ninguno.

Felipe la miró sin comprenderla.

—Me he perdido.

—Estabas pensando que si yo dejo uno de mis empleos, podríamos vernos más.

—¿De dónde has sacado eso? ¿Acaso eres clarividente? —Asomó su media sonrisa.

Mar frunció el ceño, pero al ver aquella expresión se burló.

—Oh sí, me he dejado la bola de cristal en la mesilla de mi salón.

Volvió a hacerlo reír, esa mujer era una joya que no podía dejar escapar. La volvió hacia él y le rozó los labios con un suave beso.

—Estaba pensando que no tienes por qué ser tú la que renuncies a tu trabajo, yo puedo pedir el turno de día.

A ella se le escapó un jadeo al darse cuenta de que ese hombre estaba dispuesto a cambiar su vida para estar más tiempo con ella.

—¿Te he dicho alguna vez que me vuelves loco?

Sí, se lo había dicho en más de una ocasión, y ella no le había dado ninguna importancia.

—Sí, siempre que quieres mambo.

Felipe soltó una carcajada al escuchar aquella expresión. Ella sonreía con picardía mientras él se destornillaba de risa. Cuando dominó su hilaridad, la envolvió entre sus brazos y la besó, no un simple besito como los que habían compartido aquel día, no, un tórrido beso que los dejó a ambos sin aliento. Al separarse los labios, él se quedó mirando el mar, con ella apretujada contra su pecho mientras admiraba la superficie brillante y ondulante del agua.

Estaban los dos excitados, él solo deseaba volver al hotel, subir a una habitación que tenía reservada y perderse en aquel cuerpo de diosa. Hacerle saber que estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para tenerla siempre a su lado. Y así lo hizo, desanduvieron sus pasos, y pasaron el resto de la tarde disfrutando de besos, caricias y la pasión que siempre se desataba cuando estaban juntos.

Esa noche, tendida en su cama, Mar no podía dejar de pensar en la maravillosa tarde que había compartido con Felipe. Él le había hecho el amor apasionadamente en cuanto se encontraron a solas en la habitación del hotel; en ningún momento dejó que la llama de la pasión se apagara del todo cuando volvía a buscarla.

Aún le hormigueaba la piel, por todo el placer recibido de aquellas grandes manos, la suave barba, los sabrosos labios.

Se había despedido con un beso tan tierno antes de irse al trabajo que a ella se le había cerrado la garganta con un nudo tan gordo como un puño. Felipe le había dicho que podía ser él quien cambiara de turno para estar más tiempo juntos, no se lo podía creer. Era imposible que existiera un hombre más perfecto, pensó. Y tuvo que admitir que estaba enamorada de él, ya no seguiría negándoselo a sí misma. Él había abierto una puerta a un futuro juntos, y una burbuja de felicidad la envolvía como un manto con los colores del arco iris.

## Capítulo 21

Elena estaba que trinaba. ¿Qué se habían creído aquellos estúpidos? Ella no era el pañuelo de papel de nadie. Se arrepentirían de haberla tratado como lo hicieron. Lo primero que debía descubrir era dónde trabajaba la lagarta de pelos rojos. Una vez lo supiera ya pensaría la manera de desacreditarla a los ojos de Felipe. Este se arrepentiría de haberla dejado de lado. Y Eloy... este también se las pagaría, y sabía muy bien dónde pegar, dónde le haría más daño: ¡sus padres, y aquella tabernucha de mala muerte!

Cogió un taxi a primera hora de la mañana y le dio la dirección del gimnasio donde había visto a Mar. Entró en la cafetería de enfrente y se dispuso a esperar a que saliera, no dudaba de que estaba allí, por eso estaba tan delgada comiendo como lo hacía. Se debía pasar horas machacándose.

Por la calle vio acercarse a dos hombres con sus bolsas de deporte al hombro, los reconoció y apretó los dientes, no debían verla. Esperaba que pensarán que había vuelto a su casa. Los vio hablar y reír antes de desaparecer tras las puertas del gimnasio. Sin ser consciente de ello, apretaba la taza de café que se estaba tomando y la soltó al quemarse, salpicando líquido oscuro por toda la mesa. El camarero acudió a limpiar y le llevó otro, pendiente de aquella mujer que no apartaba la vista del gim de enfrente.

En un intento por ser simpático con ella, le dijo que era un establecimiento de muy buena reputación, que tenían los mejores monitores y las instalaciones más modernas de la ciudad. Que a veces tenían ofertas para que los futuros clientes probaran durante un mes sin cargo, para captar a los interesados.

—¿Cobra para hacer propaganda de ese establecimiento? —lo preguntó con sarcasmo, pero el camarero no pareció darse cuenta.

—De ninguna manera, pero los que allí trabajan son buenos clientes míos.

A Elena se le despertó algo en el cerebro.

—¿También conoce a la clientela?

—Algunos vienen a tomarse algo cuando salen, pero son pocos. No tendría sentido



hacer gimnasia, si luego vas y te tomas un buen desayuno. —Habló con una sonrisa de diversión.

—Desde luego...

Iba a decir algo más, pero un grupo de gente mayor que salía de establecimiento llamó su atención. Entre ellos vio un cabello color zanahoria y supo que era Mar, ese tono era inconfundible.

La vio bromeando con los abuelos, y rechinó los dientes; ¿es que todos los machos de esa ciudad iban detrás de esa mujer? Sin distinciones de edad. Y ¿cómo era que Mar se iba, si Felipe y Eloy habían llegado no hacía mucho? Ante aquel pensamiento soltó un gruñido sin darse cuenta, pero el camarero no lo escuchó, estaba mirando a Mar con su grupo.

—Mire, esa mujer es monitora del gimnasio, si desea hacerle alguna pregunta, seguro que se la responderá encantada. Es muy agradable.

A Elena los ojos se le abrieron por la sorpresa. ¡Diablos! Felipe no la había conocido en su trabajo, sino en el de ella. Bien, ahora sabía dónde encontrarla, una sonrisa se le dibujó en los labios; odiaba los gimnasios, pero estaba dispuesta a hacer una excepción y a apuntarse en aquel para poner a la lagarta en su lugar. Iba a levantarse y recordó que Felipe y Eloy estaban allí, pidió otro café al camarero esperando que se fueran pronto. Mientras se lo tomaba, pensaba que se iba a divertir poniendo a la bruja de pelo rojo en su lugar; en ese local tenían que tener hojas de reclamaciones, pues pensaba quejarse de ella cada día. Al fin tendrían que ponerla de patitas en la calle, entonces sabría quién era más influyente de las dos.

Tuvo que esperar una hora, para ver salir a Felipe y su amigo de allí. No lo pensó más y se dirigió a matricularse en el gim.

Una mujer vestida con mallas de deporte y una camiseta ajustada le sonrió desde detrás del mostrador.

—Buenos días, ¿puedo ayudarte en algo? —Paula hacía años que trabajaba allí, y le extrañó ver a aquella mujer, pensó que tal vez buscaba a alguien.

—Quiero matricularme.

La recepcionista ocultó la sorpresa que le causaron aquellas palabras. Después del tiempo que llevaba trabando allí, había aprendido a reconocer a los posibles clientes, y esa mujer era la antítesis de todos ellos.

—Perfecto, tú dirás... —Empezó a explicarle las instalaciones que tenían, pero fue

interrumpida por Elena.

—Quiero apuntarme a las clases de Mar... —Simuló que no le salía el apellido.

—¿Mar Callizo?

Si Elena se percató de la extrañeza de la mujer, la ignoró a propósito.

—Sí, ella.

—¿Estás segura? Creo que te confundes...

Esa mujer no le caía bien a Paula, no sabía por qué, pero algo en sus ojos, en su mirada, la mantenía en guardia, y que la interrumpiera por segunda vez... ¿dónde se había dejado la educación?

—No, no, quiero que ella sea mi monitora.

—Mar no imparte clases personales, tiene un grupo. —No le dijo que era de personas mayores, si insistía en entrar en ello, sería divertido verla rodeada de «los niños» de Mar.

—No importa. —Para sus adentros pensó que aquello la podía beneficiar, pues pondría al grupo en su contra.

—Muy bien, si eres tan amable de rellenar estos documentos, podré darte de alta hoy mismo. Pero no podrás empezar hasta mañana.

—Evidentemente, hoy no voy vestida para asistir a clases.

Paula se daba cuenta de que allí había gato encerrado. Aquella mujer no le inspiraba confianza, su manera de mirarla, sus aires de superioridad, era algo que no podía explicar, algo le decía que no iba allí para hacer deporte.

—No me refería a esto, es que Mar solo está aquí de ocho a once, como mucho hasta las doce, algún que otro día.

Elena vio cómo se le abría una puerta para empezar a meter cizaña.

—¿Solo tres horas? Pensaba que este lugar era un sitio serio, donde los monitores venían a trabajar, parece más bien un patio de escuela.

Como Paula suponía, aquella tipeja estaba allí para armar jaleo.

—Si necesita otros horarios, tendrá que ser con otro monitor.

—He dicho que será Mar —afirmó tozuda.

—Muy bien.

Mientras rellenaba los papeles que aquella mujer le había dado, Elena pensaba en que tendría que ir de compras, necesitaba una equipación para el día siguiente. Al mismo tiempo, recordó que a esas horas era también cuando había visto a Eloy y a

Felipe allí. Era muy probable que se los encontrara, un pensamiento se instaló en su cabeza, si ella se quejaba de Mar ante ellos... ¿sería posible ponerla en evidencia y bajarle los humos? Seguro que encontraría un modo. Así se darían cuenta de la insignificante tipeja que hacía que les cayera la baba.

Paula esperó pacientemente a que le devolviera los documentos y se marchara. Llamaría a Mar y le contaría lo ocurrido.

Cuando Mar oyó el relato de Paula, de que una mujer joven quería agregarse a su grupo, le extrañó. La recepcionista era muy buena calando a las personas y le dijo la mala impresión que esa le había causado. Mar tuvo un mal presentimiento, le preguntó el nombre de la mujer y al oírlo soltó una maldición. Por un momento, quiso llamar a Eloy y saber qué se podía traer entre manos, sin embargo, no lo hizo; ella era suficiente mujer para librar sus propias batallas. Esperaría al día siguiente a ver qué pasaba. Aunque cuando se enterara de quién le había dicho donde trabajaba la iba a oír.

Por la mañana, Mar estaba alerta a la indeseada visita de Elena en el gim, «sus niños» ya estaban calentando cuando apareció vestida como una modelo de ropa de deporte.

Carmen, una de las ancianas, al verla le dijo que se había equivocado de sala, a lo que Elena le contestó que no, con una despreciativa mirada.

Mar la había visto entrar a través del espejo.

—Chicos, quiero presentaros a una nueva compañera. Ella es Elena, iros presentando cada uno.

Los hombres se giraron a saludar y le sonrieron amistosamente. Ella los ignoró, pues solo tenía ojos para Mar. Todos se dieron cuenta de que la mujer no les hacía caso, que miraba a su monitora con dardos en los ojos.

—Bueno, si ya estamos todos, es hora de empezar.

Una manera muy sutil, de decirle a Elena que era la última en llegar. Iniciaron los suaves ejercicios, y muy pronto fue evidente que la nueva se estaba aburriendo mortalmente. Su cara lo mostraba mejor que si lo hubiera gritado a los cuatro vientos. Victoria, otra de las ancianas, le dijo por lo bajini:

—Deberías haberte apuntado en los grupos de los más jóvenes.

Elena hizo como que no la había oído.

Una hora más tarde, salían todos de aquella sala, dirección a la piscina. Elena se quedó la última, y Mar le dijo:

—Supongo que te habrás traído el bañador. Siempre terminamos las clases con un chapuzón.

—¿Esto es lo que haces tú aquí? Eres niñera de un grupo de viejos.

Mar no quería discutir con esa lagarta, y mucho menos allí.

—Lo que yo haga no es asunto tuyo.

Y se alejó, esperando que no la siguiera, a esa hora Felipe solía estar en la piscina, y no quería saber lo que podía pasar si se encontraban allí.

Tuvo suerte, y Elena se fue a los vestuarios, se dio una ducha rápida y se dirigió a recepción.

—¿Cómo ha ido la clase? —le preguntó una solícita Paula.

—Podría haber ido mejor. —Y salió de las instalaciones sin mirar atrás.

Vaya pérdida de tiempo, pensaba mientras caminaba hacia la parada de taxis que había no muy lejos. Allí, ninguno de esos viejos se quejaría contra Mar. Había visto las miradas de adoración que los ancianos lanzaban a aquella zorra. Adiós a la esperanza de poner a sus alumnos en su contra. De repente se quedó parada en medio de la acera, ¿dónde estarían Felipe y Eloy? Por supuesto en otra sala, mejor no haberse encontrado con ellos, le harían demasiadas preguntas. Tenía que pensar, nada estaba saliendo tal como ella había planeado al salir de Ferrol.

Esa mañana Felipe no acudió al gimnasio, había quedado para comer con Eloy y quería descansar antes. Los dos se encontraron en la taberna y Manuela los tentó con un succulento guisado que había estado preparando durante la mañana.

Se tomaron un vinito mientras hablaban de sus cosas.

—Ayer estuve hablando con Raúl, no me extrañaría nada que viniera a pasar unos días.

—No me lo puedo creer.

—¿Sabes que Sofía vuelve a estar embarazada?

—Sí, Raúl lo mencionó cuando nos vimos en Mugarbos. Él solito está haciendo todo el trabajo que deberíamos hacer nosotros.

Los dos estallaron en carcajadas.

—Habla por ti, yo aún no estoy preparado para sentar cabeza.

—Eso es porque no has encontrado a la mujer adecuada.

—¿Y tú sí?

Felipe pensó en Mar, trató de recordar a sus anteriores parejas, Elena entre ellas, y se dio cuenta de que ninguna le había hecho hervir la sangre como aquella mujer de pelo rojo y sonrisa hechicera. Pero tenía en cuenta de que no le sería fácil convencerla de arriesgarse con él, ella se había quemado dos veces con el amor.

—No lo sé.

Eloy lo miró entrecerrando los ojos, había visto las miradas que se lanzaban aquellos dos, no era tonto y sabía lo que significaban, no era solo sexo lo que su amigo buscaba con aquella mujer, aunque él tal vez no se daba cuenta. Nunca se había puesto en los amoríos de sus amigos, pero aquella chica le caía bien, y... ¡qué diablos! No era tarde para darle un empujoncito a su amigo en la dirección correcta.

—¿Ha pasado algo con Mar?

La mirada de Felipe era de advertencia.

—Nada que a ti te importe.

—Con que esas tenemos, ¿eh?

—No sé de qué me hablas.

De momento lo dejaría estar, pero se mantendría alerta.

—Y ¿qué sabes de Rubén? —dijo Felipe en un intento nada sutil de cambiar de conversación.

Rubén era el último de los cuatro mosqueteros, como solían llamarse a sí mismos en broma, era abogado y siempre andaba sobrepasado de trabajo.

—Se pasa la vida del despacho al juzgado, lo llamé no hace mucho para tomarnos una copa, y me reí de lo lindo cuando me dijo que tendría que pedirle hora a su secretaria. Ya sabes cómo es, le cuesta relegar.

—Lo último que supe de él, era que llevaba a unas cuantas letradas de cabeza.

—Sí, bueno, eso también.

A Felipe se le ocurrió una idea, sacó su móvil del bolsillo y llamó a Rubén. Al segundo tono, oyó al otro lado de la línea:

—¿Diga? —La voz inconfundible de su amigo lo hizo sonreír, parecía que siempre tuviera prisa.

—Buenas noches, caballero, es usted afortunado, su número ha sido premiado con unas vacaciones en Tarragona. —Felipe trató de falsear un poco la voz.

—Oiga, no estoy para ofertas, ahorrémonos su tiempo y el mío.

Y colgó el aparato.

—Será mamón, me ha colgado —exclamó Felipe.

Eloy en su asiento se destornillaba de risa.

—Déjame a mí.

Buscó en su agenda de contactos del móvil y pulsó llamar.

—¿Diga?

—¿Rubén Camacho?

—Al aparato.

—¿Es el abogado ese tan famoso? ¿Ese que no pierde ni un caso?

—Bueno...

—Verá, he heredado una finca muy grande y necesito a alguien que me aconseje, los hijos legítimos no aceptan que mi padre lo haya dejado todo a su bastardo.

—Caballero, tendríamos que vernos para que me mostrara la documentación...

—Has visto, a ti te ha colgado y a mí no... para que te atienda tienes que hablarle de trabajo. —Eloy hablaba con Felipe poniendo el manos libres, mientras Rubén lo hacía a través de la línea—. Ei, ei, ei... soy Eloy.

Su amigo soltó un taco.

—Y yo Felipe, con que no te interesan unas vacaciones en Tarragona, ¿eh?

—Tíos, estoy trabajando.

—Eso es lo malo, que siempre lo estás, ya no tienes tiempo para tus amigos.

—¿Qué más quisiera!

—Solo para que conste en acta, señoría —Felipe se estaba divirtiendo de lo lindo—, Eloy y yo estamos en Tarragona, y Raúl vendrá con su prole a pasar unos días, ¿sería mucho pedir que hicieras un esfuerzo para venir?

—Ahora me es imposible, tal vez ese fin de semana largo que hay...

—De ese te estamos hablando, tío, de ese.

Les prometió que haría lo que pudiera para ir, que hablaría con Raúl para hacer el viaje juntos, y los dejó, pues estaba muy ocupado.

—Sería cojonudo que viniera, no pasamos unos días juntos desde aquel verano en la costa Brava.

Los dos amigos empezaron a hacer planes para cuando se vieran.

## Capítulo 22

Mar comió en su casa, y después salió paseando hacia la residencia, se tomó un café en una terraza, le gustaba que el sol le diera en la cara, sobre todo en esa época del año, que se agradecía la suavidad de sus rayos.

Estaba de mal humor, y no sabía cómo sobrellevarlo, ella era una mujer alegre por naturaleza, disfrutaba de lo que hacía, pero Elena le quería amargar la existencia y no se lo iba a tolerar. No quería pedir ayuda a Felipe ni a Eloy, sería un gesto de debilidad, ella sola debía torear a esa estúpida.

Esperaba que con una sesión de gimnasia para ancianos hubiese tenido suficiente y no volviese, sonrió al recordar la cara que había puesto al ver a «sus niños». Le extrañaba que hubiese aguantado toda la sesión. Se dijo a sí misma, que no le volvería a ver el pelo por el gimnasio, y al momento pensó, ¿cómo la había encontrado? No creía que Felipe o Eloy le hubiesen hablado de su trabajo.

Miró su reloj de pulsera, era hora de irse a la residencia, se plantó una sonrisa en los labios y anduvo el poco trecho que le quedaba para llegar. Lo primero que vio al entrar fue el gran ramo de rosas que había sobre el mostrador, pensó que sería de Felipe. Su sonrisa se iluminó.

—Buenas tardes, cielo. —Celia lucía una sonrisa en los labios—. Dale la dirección a tu quesito y que te mande las flores a casa, ¿quieres?

—Si no paro en casa. Te quejas, pero te encanta tener controlados todos los ramos que me manda.

—¿Cómo me conoces!

Las dos amigas soltaron una carcajada.

—¿Dónde está la tarjeta?

Celia se sacó un pequeño sobrecito del bolsillo y se lo tendió. Cual no fue su sorpresa al ver que no eran de Felipe.

*“He recuperado la sensatez,  
me doy cuenta de lo estúpido que he sido.  
¿Te apetece que cenemos un día de estos?”*



*Manu*".

Frunció el ceño, no recordaba a ningún amigo con aquel nombre, miró el sobre para verificar que eran para ella, sí, en letra clara ponía: «Para Mar».

Ante la extraña expresión de Mar, su amiga preguntó:

—¿Pasa algo malo?

—No sé de quién son, no conozco a ningún Manu.

Le pasó la tarjeta a Celia para que la leyera. Esta negó con la cabeza, tampoco le venía nadie a la cabeza y conocía a casi todos los amigos de Mar.

—Por lo que dice parece alguien de tu pasado.

Marga y Rocío se unieron a ellas.

—¿Aún lo tienes mandándote flores, o es que te las manda cada vez que...?

Se burló Rocío.

—Que bruta eres. —Marga le dio un codazo.

Mar rio con sus amigas.

—La verdad es que no sé de quién son.

Se pasaron la tarjeta de la una a la otra.

—Por lo que dice es de alguien que fue un estúpido y se cree que ha dejado de serlo —dijo Rocío.

El comentario hizo brotar más risas entre ellas.

—No voy a romperme la cabeza por alguien al que no conozco, ya puede ser todo lo lelo que quiera. Voy a cambiarme.

No vio a Manolo que con mala cara observaba la hilaridad de las mujeres. El anciano veía que aquella mujer que sería perfecta para su hijo se le iba a escapar. Parecía muy encaprichada con aquel mocetón que iba a buscarla y la llevaba quien sabía dónde. No era ningún ingenuo, sabía muy bien que las cosas no funcionaban igual que en sus tiempos; las mujeres ya no estaban en casa y con la pata quebrada, como antes. En esos momentos, hacían vida independiente como los hombres, vivían solas y estaban emancipadas. Y por si eso fuera poco, al no tener que dar cuentas a nadie, se acostaban con quien querían sin explicaciones, compromisos, ni promesas.

Debía poner fin a esa tontería que se traía Mar con ese tipo; el día de la paella en el parque había intentado advertir a ese hombre, pero, por lo visto, se lo había tomado a

broma. Tendría que actuar con más contundencia. La próxima vez lo tendría que convencer de que las cosas entre Mar y su hijo iban en serio.

Maldijo a Manu por sucumbir a esa enfermedad. Cuando al final se diera cuenta de su error sería tarde. Los años no pasaban en balde, se estaba haciendo mayor y cuando se quisiera dar cuenta se le habría pasado el arroz y ya no tendría oportunidad para formar una familia y darle nietos.

Cierto era que Mar era mucho más joven que él, pero no estaba mal visto que un hombre se casara con una moza que le llevara años de diferencia. Maldijo enfadado. ¿Cómo iban esos dos a llegar a algo si su hijo nunca iba a verlo? Si apenas conocía a la chica.

No quería reconocer que la culpa era suya, porque cada vez que Manu había ido a verlo, él le reprochaba que fuera tal como era. No soportaba que sus amigos le hablaran de sus nietos, mientras a él nunca se le iba a hacer realidad ese sueño mientras su hijo no se dejara de tonterías y se pusiera en la labor de cazar a una buena mujer; en lugar de convivir con el que llamaba su pareja, un hombre como él, por Dios.

Se fue a su habitación para intentar pensar en lo que debía hacer. Algo se le ocurriría, siempre se le había dado bien lo de sacar a su hijo de los problemas en los que se metía.

Mar se dio cuenta de la ausencia de Manolo en la sala común a la hora de la merienda, lo buscó y al encontrarlo en su habitación sentado en un sillón mirando por la ventana, le preguntó si no se encontraba bien, a lo que el anciano contestó que no estaba de humor.

—¿Qué pasa, guapetón? —dijo ella zalamera.

—Nada.

—Vamos, Manolo, que nos conocemos, ¿te encuentras mal?

—No.

Al momento se arrepintió, ella le había dado la excusa perfecta.

—Tal vez, no, no me encuentro bien.

Mar se dio cuenta de que le estaba mintiendo, lo conocía desde que él ingresó allí, y ella aprendió a juzgar las tretas del anciano.

—Si no quieres hablar de ello, no insistiré, pero no me mientas.

Al verse descubierto, apretó los labios, justo lo que ella sabía que haría, ocultó una

sonrisa y se dirigió a la puerta mientras le decía:

—Ahora te traerán un sándwich y un vaso de leche.

—No tengo hambre.

Ella ignoró la réplica y salió de la habitación, pensando en que debería advertir a sus compañeras de noche que estuvieran alerta con él, no deseaba que se pusiera melancólico.

Aquella noche cuando Felipe la llamó, ella dudó en hablarle de Elena, pero no lo hizo, esperaría a ver si volvía, y en todo caso, si lo hacía y los acompañaba a la piscina, él mismo la vería.

—Hoy te he echado de menos en el gim.

—*He ido a acostarme, tenía una cita para comer.*

Mar se mantuvo unos segundos en silencio, pensando en quién habría sido su acompañante. Cayó en la cuenta del silencio al otro lado de la línea y supo que él estaba esperando su reacción. Si esperaba que se mostrara celosa, lo llevaba claro. Aunque sí había sentido la fea cara de ese sentimiento.

Como era rápida en reaccionar, contraatacó.

—Y... ¿Te ha sentado bien?

—*De maravilla.*

—Me alegro.

Ahora era su momento de chincharlo, pensó, prohibiéndose a sí misma preguntarle con quién había comido.

—Te comenté que vamos a hacer un calendario del año que viene con mis compañeras de la residencia, ¿verdad?

Hubo un silencio al otro lado de la línea, sabía que cuando se lo había contado él no le creyó.

—*Bueno... Sí.*

—Mañana iremos a hacernos las fotos.

Silencio.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Mar, él había pretendido aguijonearla y que sintiera la fea cara de los celos, y ella había dado la vuelta a la tortilla.

—*Cuando los tengáis, encarga unos cien de más, los mandaré a algunos amigos*

*de Galicia para que los vendan.*

Estaba segura que le estaba siguiendo el juego, no sería ella la que destapara antes sus cartas. Esperaba ansiosa ver su cara cuando se diera cuenta de que no era ninguna broma.

—Perfecto. —Su voz mostraba agradecimiento—. Ojalá hubiera más personas como tú.

*—No te desanimes, aún no habéis empezado... supongo que también le mandarás uno al alcalde.*

A través de la línea oyó una carcajada ahogada.

—Oh... sí. A él se lo mandaré envuelto con un lazo al ayuntamiento.

Los dos rieron. Comentaron algunas banalidades y se despidieron.

Después de cortar la comunicación, Felipe se quedó pensativo, aún creía que lo del calendario era una broma para ponerlo celoso; quizás esperaba que él se opusiera a que se hiciera unas fotos provocativas. ¿Pretendía que él le negara algo? ¿Lo estaría poniendo a prueba? No lo creía, Mar siempre iba de cara, era demasiado independiente para dejar que alguien gobernara su vida. Tal vez tanteaba el terreno para ver hasta dónde podía llegar. Quizás necesitaba saber cómo de serio se tomaba él su relación.

## Capítulo 23

A la mañana siguiente, Elena fue al gimnasio antes de la hora, se cambió y fue la primera en entrar en la sala donde Mar estaba esperando a «sus niños».

—Has vuelto.

—¿Pensabas que no lo haría?

—Imaginé que querrías ejercicios más acordes a tu edad. Ayer me pareció que te aburrías.

—De ninguna manera. Yo no quiero desarrollar músculos, esas ejecuciones suaves me van perfectamente.

Su manera de hablar ponía enferma a Mar, al tiempo que se preguntaba qué pretendía aquella mujer.

Empezaron a llegar los ancianos, se plantó una sonrisa en los labios y trató de ignorarla. Pero no podía evitar que cada tanto sus ojos la buscaran a través del espejo que cubría toda una pared de la sala. Cuando sus miradas se encontraban, veía desprecio, y en un par de ocasiones perdió el paso.

—¿Niña, te has echado un novio? —dijo uno de los ancianos, y los otros rieron.

—No uno, dos —le guiñó un ojo a Carmen, una de sus alumnas—, imagínate.

Por el rabillo del ojo, vio que Elena fruncía el ceño. Perfecto, ya había imaginado que ella estaba allí, por alguna razón relacionada con Felipe. Solo esperaba que no se le ocurriera montar un pollo si lo veía en la piscina.

Un rato más tarde, mientras los ancianos iban a cambiarse el chándal por los bañadores, Mar aprovechó para consultar a Paula si Felipe y su amigo estaban allí. cuando esta le contestó afirmativamente, se esperó lo peor.

Cuando Elena entró en el recinto acuático, le preguntó a ella si podía hacer algunos largos, a lo que ella le dijo que sí. Se fue con sus abueletes, pero mantuvo la cabeza alzada tratando de ver a Felipe y a Eloy, los dos nadaban en los carriles centrales, y Elena fue a tirarse justo al lado sin darse cuenta.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Mar imaginando la situación cuando unos se dieran cuenta de la presencia de la otra. No tardó nada en ocurrir lo inevitable.

Eloy fue el primero en pararse al llegar a la pared, era evidente que no estaba tan en forma como su amigo.

—Tío, estoy hecho polvo —dijo a Felipe cuando este paró a su lado.

—Nenaza —se burló el otro mientras se pasaba la mano por la cara para sacarse el agua que chorreaba.

Salieron de la piscina y cogieron sus toallas, guaseándose de la resistencia de cada uno.

—Estás tratando de impresionarla, ¿verdad?

—No tengo por qué, y menos en el agua. Ella ya conoce mi resistencia.

Sus carcajadas atrajeron la atención de varias personas que estaban allí, entre ellas a Elena que había llegado al final de la calle y se detuvo para recobrar el aliento, pues no estaba acostumbrada a hacer deporte. Eloy fue el primero en verla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —la increpó con cara de pocos amigos.

Ella maldijo al no haber caído en la cuenta de que aquellos dos eran amantes de las diversiones acuáticas.

Felipe no se dignó a dirigirse a ella, les dio la espalda y se fue hacia donde estaba Mar con «sus niños». Todos le sonrieron al ver que se tiraba al agua con ellos. Les gustaba ese hombre que le seguía las bromas a su monitora, y que los trataba tan bien como ella.

—¿No es evidente? —habló Elena con aquel tono que la caracterizaba.

—Creo haberte dejado muy claro que salieras de nuestras vidas.

Los ojos de Elena echaban chispas.

—Oye, idiota, que yo sepa esta no es tu piscina. Tengo tanto derecho a estar aquí como tú mismo.

Fue entonces, cuando Eloy reparó en que ella había llegado con los ancianos de Mar, ¿qué diablos estaba pasando?

—¿No estarás tocándole los huevos a Mar?

«Aún no», pensó Elena, pero no tardaría en encontrar la manera.

—¿Y si lo hago? ¿A ti qué te importa?

La no respuesta para Eloy fue como una afirmación.

—Mira, estúpida, haz el jodido favor de largarte a tu casa con viento fresco y deja a la gente que haga su vida. Aquí no se te ha perdido nada.

Mar estaba mirando a Eloy, que parecía querer ahogar a Elena, no escuchaba lo que

decían, pero por sus caras supo que nada agradable. Cuando él cerró la boca, la víbora cogió su toalla de un manotazo y salió del pabellón.

Al fin, Eloy se giró y se acercó hacia donde estaba su amigo y al verlo jugar con aquellas personas mayores se sorprendió.

—Joven, si quieres también puedes acompañarnos —lo invitó una mujer que bien podía ser su abuela, con una encantadora sonrisa.

No lo pensó ni un segundo, dejó la toalla y se sumergió en el agua, justo en el momento que una pelota volaba hacia él. Estuvo lanzando los grandes balones entre risas y ocurrencias de aquellas personas que parecían niños. Fue un respiro muy agradable, y así se lo dijo a Mar cuando dieron por finalizada la sesión.

Empezaba a entender a Felipe cuando se mostraba tan posesivo con ella, con lo poco que la conocía se daba cuenta de la gran mujer que era y se sintió un poco celoso por no haberla encontrado antes, no la habría dejado escapar.

Cuando ella terminó de recoger los balones, ellos la esperaban.

—Me diréis ahora, ¿quién de vosotros le ha dicho dónde poder encontrarme?

Felipe y Eloy se miraron a la vez que negaban con la cabeza.

—Tal vez ha sido solo una casualidad —aventuró Eloy.

—No lo creo... imagino que está alojada en Tarragona.

—En el hotel Imperial Tarraco —asintió Eloy.

—Y de allí coge un taxi cada día para venir a mis clases, sí, hombre, si es la cosa más normal del mundo. —El sarcasmo teñía su voz—. No creo en esas coincidencias.

—¿Te está molestando?

—No dudo de que lo tiene en mente, pero de momento...

—Si lo hace, dímelo, no dudaré en subirla a mi coche y dejarla donde la encontré.

Felipe se mantenía al margen de la conversación, se sentía furioso porque aquella mala pécora aún estuviera cerca, la quería muy, muy lejos de él y de Mar.

—Bueno, voy a darme una ducha, que tengo una cita.

—Vaya, tenía la esperanza de que comiéramos juntos —exclamó Eloy.

—¿Quién te espera? —quiso saber Felipe.

—El fotógrafo.

Su mirada le dijo el momento exacto en que él asociaba lo que había creído que era una broma, en real.

—Deberías saber que nunca bromeo cuando se trata de ayudar a alguien —lo

reprendió con su luminosa sonrisa, mientras se alejaba y se despedía con un movimiento de su mano derecha.

La sesión de fotos fue muy divertida, las chicas iban a por todas. El fotógrafo estaba encantado con ellas, todas daban sus ideas; habían ido cargadas con batas sexis, lencería provocativa, flores y también algunos peluches.

Enrique, que así se llamaba, solo tenía que sugerir las posturas para que no fueran obscenas. Cuando terminaron se fueron todos a comer, y el fotógrafo les prometió que en cuanto pudiera retocar las fotos, tendrían las copias y así les daría tiempo para elegir y mandar imprimir el calendario.

—¿Ya habéis pensado qué mes ocuparéis?

Eso era algo que las tenía sin cuidado y se quedaron mirando a Rocío que era quien había hecho la pregunta.

—No tengo ninguna preferencia —dijo Marga.

Celia y Mar no dijeron nada, sabiendo que Rocío saldría por peteneras, esperaron.

—Yo quiero enero, así los tíos ya no pasaran las páginas.

Las carcajadas que soltaron llamaron la atención de otros comensales, que se giraron a mirar y vieron a ese grupo de mujeres de juerga.

—Tú no necesitas abuela, ¿no? —exclamó Marga.

—Ay, cielo, me basto sola.

A Mar le vino a la cabeza Felipe, y se preguntó en qué mes lo dejaría él, sus amigas eran muy guapas, no tenían la nariz llena de pecas como ella, ni el pelo tan corto; todas ellas tenían unos ojos preciosos, no marrones como ella, de lo más común. Ella suplía todas esas carencias con mucho sentido del humor, pero eso era algo que no se transmitía en las fotografías. Quizás debería dejarse crecer el cabello, o maquillarse para disimular las pecas, pero con lo que trabajaba sería un coñazo. Para la piscina ni pensar en cremas, y con el secador... no, no, en qué estaba pensando. ¡A quien no le gustara peor para él! Ella siempre se había sentido a gusto como era, no pensaba cambiar por nadie.

Con esos pensamientos se había distraído de la conversación que se desarrollaba en la mesa, y recordó la conversación que tuvo con Felipe el día anterior. El alcalde. Buscó en la agenda de su móvil y llamó a Adriana Santos, la asistente social, de la



cual se hizo amiga cuando organizaron la fiesta para ayudar a Alberto. Le explicó lo que pretendían hacer con los calendarios y esta estuvo muy contenta por la iniciativa, entonces Mar le preguntó si se podrían poner a la venta en diferentes establecimientos: como tiendas y estamentos públicos, como en las oficinas del ayuntamiento o los diferentes centros de los barrios. Adriana le dijo que lo consultaría y que se pondría en contacto con ella. Satisfecha con la respuesta, dejó el teléfono y les preguntó a sus amigas qué era eso tan gracioso, por lo que se reían a carcajadas.

Una tarde, mientras esperaban a tener el calendario para publicitarlo, tuvieron una visita que revolucionó el gallinero. El bombero que llevaba loca a Rocío se personó en la residencia.

Cuando Celia lo vio entrar lo reconoció al instante, y no pudo evitar que una gran sonrisa le coronara los labios.

—¿Qué se le ofrece, caballero?

El hombre vestía unos tejanos que se adaptaban a la perfección a sus musculosos muslos, y una camiseta blanca, la chupa de cuero que lo cubría le daba un aire muy seductor.

—Verá, señorita...

—Llámame Celia, por favor, es como si nos conociéramos.

Él la miró extrañado, con una pregunta silenciosa en su mirada oscura.

—Tenemos uno de vuestros calendarios colgado en los vestuarios. —Una sonrisa guasona se le escapó al pensar en Rocío.

—Por eso he venido, nosotros también queremos colaborar para ayudar a las personas que se quedaron sin hogar.

—Creo que ya hicisteis suficiente al no permitir que nadie muriera en aquel infierno.

—No todo fue mérito nuestro, tuvimos un problema con un bebé, y si no hubiese sido por una mujer que se jugó la vida...

En ese momento, Rocío y Mar iban hacia la sala común, al oír la voz profunda del extraño se lo quedaron mirando, mientras escuchaban lo que decía.

A Mar se le escapó una carcajada.

—Este es el momento, Rocío, ahí tienes a tu adonis.

Su amiga tiró de ella hacia el interior de la sala.

—Con estas pintas... ni hablar.

—Oh sí. —Mar estaba decidida a presenciar cómo su amiga le tiraba los tejos a ese hombre. La cogió del brazo y la arrastró hacia la recepción como si nada.

—Celia te apuntas a... ay... perdón, os he interrumpido —dijo como si no lo hubiese visto—. Luego hablamos.

Iba a dar media vuelta cuando el hombre habló.

—¿No eres tú la que entró en aquella casa? —le preguntó a Mar.

—¿Qué casa?

—La que estaba en llamas... uy, perdonarme, soy Alberto Cuenca, el jefe de bomberos.

—¿El que me gritó por haber salvado al niño?

Mar tenía verdaderos problemas para aguantarse la risa, que le venía a los labios al ver la cara de su amiga.

—Lo siento, fui un grosero... pero en momentos como ese...

—No pasa nada. —Le quitó importancia con una de sus sonrisas—. Yo soy Mar, ¿recuerdas a mi amiga? Ella es Rocío, y también estuvo allí.

Celia y Mar vieron cómo la expresión en el rostro de su compañera cambiaba en una abrir y cerrar de ojos. Alargó la mano y estrechó la de Alberto con una mirada capaz de ver a través de las ropas.

—Vaya, yo demandaría al fotógrafo que os hizo las fotos el año pasado, no os hace justicia —habló mientras sus ojos se paseaban por el fornido cuerpo del bombero.

Él soltó una carcajada, que hizo que a Rocío la recorriera un escalofrío. El timbre profundo de aquel sonido le llegó al tuétano.

Celia veía las miradas que esos dos intercambiaban, seguro que la temperatura ya estaba subiendo.

—Chicas, Alberto ha venido porque quieren colaborar en la iniciativa de los calendarios.

Rocío pareció relamerse al oír aquello y Mar decidió intervenir antes de que las chispas que estaban saltando entre aquellos dos prendieran fuego a la residencia.

—¿Tenías algo pensado?

—De hecho, no... —una sonrisa lobuna le coronó los labios— algunos de mis

compañeros soltaron la idea de hacerlo conjunto, pero no me parece buena idea.

—No, no lo es. Queremos que haya calendarios solidarios en todas las casas del país y eso no sucederá si son subidos de tono. —Mar le lanzó una mirada a Rocío muy elocuente.

Celia ocultó una sonrisa que se le escapaba al observar a Rocío.

—Lo que yo propongo es que vosotros hagáis uno como el del año pasado, podemos hacer la publicidad conjunta, así si no compran uno comprarán el otro —dijo Rocío con intención.

—Es buena idea.

Alberto trataba de seguir la conversación mientras aquella mujer morena con aquellas voluptuosas curvas, aquellos impresionantes ojos negros y la boca más sensual que había visto en su vida, se lo comía con la mirada.

Mar no salía de su asombro, su amiga lo miraba como si de un momento a otro se fuera a abalanzarse encima de él, parecía que todas las pullas que les lanzaba que ella se lo zampaba con patatas en una sola sentada, podían llegar a hacerse realidad.

Le dio un codazo, sin ningún disimulo, cuando sus miradas se encontraron supo que Rocío se estaba haciendo la interesante, la dura.

—Estamos esperando —bromeó Mar con cara de pasárselo de maravilla.

Alberto las miraba sin entender nada, con la confusión pintada en sus ojos plateados, intrigado por lo que estarían tramando aquellas mujeres. Al oír el comentario de Mar pensó que esperaban algo de él.

—¿Os apetecería que nos tomáramos una copa y así hablamos sobre el tema?

—Yo no puedo —se apresuró a decir Celia.

—Yo tampoco —se excusó Mar.

Rocío sonrió ladinamente.

—Ya ves, nos han dejado solos, ¿sigue en pie lo de la copa? —Se pasó la lengua por el labio inferior con descaro. La mirada de Alberto se clavó en aquella boca que prometía el paraíso.

—Desde luego, ¿a qué hora sales?

—Por ser tú... sobre las diez.

Las sonrisas satisfechas de las mujeres lo tenían intrigado.

—Muy bien, aquí estaré —se giró para irse, pero miró por encima del hombro y dijo—. ¿Y si no hubiese sido yo?

Las carcajadas lo acompañaron hasta la calle.

Alberto pensaba en la mirada de aquella mujer, mientras caminaba hacia el parque, le quedaban un par de horas hasta volver a verla; nunca, nadie, lo hizo sentir como en ese momento, deseoso de que pasara ese tiempo para reunirse con aquella preciosidad que nada más verlo le había hecho una radiografía con sus bellos ojos.

## Capítulo 24

Eloy estaba en la taberna de sus padres, ayudándolos en el servicio de la cena, esa noche su amigo lo despachó diciéndole que necesitaba hablar con Mar de Elena, no quería malos entendidos entre ellos. Y lo respetaba, al fin y al cabo, había sido él quien llevó allí a aquella víbora que les estaba haciendo la vida imposible.

Estaba detrás de la barra atendiendo la clientela, cuando entró en el local una mujer que captó su atención. Se sentó en un taburete y dejó sobre la barra un mapa de la ciudad con varios círculos rojos dibujados. Dejó en el suelo una mochila que llevaba colgada sobre un hombro. Él fue a atenderla y se topó con una mirada azul cobalto que le sonreía, su cabello negro como la noche hacía que sus ojos resaltaran los rasgos delicados de su cara.

—¿Qué te pongo?

—Una caña y... ¿hacéis bocatas?

Él le sonrió con aquel aire de truhan.

—Hacemos lo que tú quieras. —Ella lo miró sorprendida—. La cocinera es mi madre, te hará lo que te apetezca. Te aseguro que te chuparás los dedos.

Ella sonrió y a Eloy le pareció que salía el sol.

—No lo dudo, el aroma que sale de la cocina me hace la boca agua.

—Entonces... puedo tentarte con unos calamares en su tinta, pulpos en salsa, o...

—Para, para, ponme un plato combinado, dile a tu madre que no le hago ascos a nada, pero que no me apetecen muchas patatas.

La risa de Eloy se le contagió a ella. Él desapareció y cuando volvió le dijo que enseguida le serviría.

—Me llaman Eloy. —Le tendió la mano.

—Yo soy Ruth, encantada de conocerte.

—Si soy indiscreto me lo dices, no he podido evitar ver el mapa. —Señaló con la mirada el papel—. ¿Eres de fuera de la ciudad?

—Soy maña, de Zaragoza, ¿no se me nota en el acento?

—Me lo había parecido, como habrás podido comprobar yo tampoco soy de aquí,

soy gallego.

—Se te nota en cada palabra que pronuncias.

Los dos rieron.

—¿Estás de vacaciones? —quiso saber Eloy.

—Sí y no.

—¿Cómo se come eso?

—Estoy estudiando arqueología y para hacer mi trabajo de final de carrera he decidido hacerlo sobre la antigua Tarraco. Espero sacar una buena nota para irme a trabajar a Escocia o a Perú.

—Guau... a una punta o a otra del globo.

Aquella chica tenía unas metas muy definidas, pensó Eloy. Le estaba explicando sus planes de vida con un convencimiento tal, que la admiró.

—Tienes unos planes muy concretos, ¿no eres muy joven para eso?

Ella lo miró y soltó una carcajada.

—Pareces mi padre.

Eloy lo que menos le apetecía era ser comparado con el padre de aquella mujer, frunció el ceño.

—¿Tan mayor te parezco?

Ruth se dio cuenta de que lo había ofendido, cuando él solo trataba de ser simpático con ella.

—Lo siento, no pretendía...

Una mujer con un delantal en la cintura se acercó a ellos y le tendió a Ruth una bandeja con una sepia a la plancha, unos pulpitos en salsa, un trozo de rape, mejillones y almejas.

Manuela había visto en los ojos de su hijo un brillo especial que hacía mucho tiempo que no le veía cuando le hizo el encargo de aquella comida. No iba a permitir que la moza se le escapara sin haberle echado un buen ojo. Cuando lo vio hablando con ella, se percató de la cara embobada de Eloy, sonrió y le guiñó un ojo a su marido. Roberto ya llevaba un rato observando a su hijo. La mujer que hablaba con él parecía una turista, se imaginó que sería un ligue más, en la larga lista de amiguitas de Eloy. Con lo que a él le gustaría que encontrara una mujer que lo hiciera feliz y sentara cabeza.

—Ahora te dejaré que cenes tranquila —dijo Eloy—. Disfruta, buen provecho.

Ruth sonrió, ese hombre se había molestado con su comentario. Parecía muy seguro de sí mismo, y unas palabras dichas sin pensar lo disgustaron. La verdad era que le gustaba su conversación.

—Gracias, ¿puedo contar contigo para tomarnos un café?

Se había mostrado encantador y no deseaba que Eloy se alejara de ella pensando que era una estúpida con los humos subidos.

—¿Lo aprobaría tu padre? —dijo él tratando de devolverle el golpe.

—*Touché.*

Ruth atacó su cena con ganas, él seguía sirviendo tras la barra y cuando nadie lo reclamaba, se acercaba a ella y le preguntaba si todo estaba a su gusto. Ella ponía cara de placer y lo hacía reír. Ella lo observaba cuando él estaba con otros clientes; era un hombre muy atractivo y simpático. Tenía don de gentes, trataba a todos como si fueran sus amigos, como si se conocieran de toda la vida. Ruth pensó que tal vez era así, pero descartó esa idea de inmediato. Si los conociera de toda la vida, no tendría ese pronunciado acento gallego, cosa que le decía que no hacía mucho que estaba en Tarragona. Sin embargo, le había dicho que su madre era la cocinera.

Cuando ella terminó de comer, apartó el plató y cogió la jarra de cerveza, alcanzó el mapa que había dejado a un lado y le estaba dando un vistazo, planeando los lugares que visitaría el día siguiente.

—¿Te apetece algo más? —preguntó Eloy—. ¿Un postre tal vez?

—No, gracias. Estoy que peto, no acostumbro a comer tanto para cenar. Mira, he tenido que deshacerme el botón de los pantalones.

Los dos rieron cuando ella le enseñó que lo había hecho.

—¿Un café? ¿Un chupito?

—Café solo, por favor.

—Marchando.

Los parroquianos iban abandonando el local, y Roberto también estaba tras la barra, entonces Eloy se permitió estar más pendiente de ella.

Se sirvió un café para él también, volvió junto a ella y la encontró resiguiendo el mapa.

—¿Piensas recorrerte todas las huellas que los romanos nos dejaron?

—Sí, ya te he dicho que voy a superarme para poder escoger destino. Quizás podrías ayudarme...

Eloy negaba con la cabeza.

—Lo único que puedo hacer es de chofer si es que necesitas uno, yo sí estoy aquí de vacaciones.

Ruth pensó que ya tenía ese punto aclarado.

—Pero has dicho que tu madre era la cocinera.

—Y lo es, el negocio es de mis padres, yo tengo mi trabajo en Mugaridos.

—Y ¿qué trabajo es ese?

—Tengo una empresa de reparación y mantenimiento de embarcaciones de recreo. Y cuando puedo, que es más bien poco, me escapo y me pasó unos días por aquí. Mi padre trabajaba en el mar, es muy duro; en unas vacaciones se vino a Tarragona... y ya ves, se quedó aquí.

Estuvieron largo rato hablando de sus aficiones, Eloy le dijo que era un amante del mar, que incluso tenía su propia embarcación, y ella le contó que en esos momentos su prioridad era terminar con sus estudios. Salieron de la taberna juntos y Eloy la acompañó a su hotel del centro de Tarragona dando un paseo.

Mar se sorprendió al ver a Felipe apoyado en el capó de su coche, esperándola. Él la miraba mientras ella se le acercaba.

—¿Habíamos quedado y yo no me he enterado? —preguntó ella sonriente.

—No me has dado ocasión para invitarte a cenar, has salido volando del gim.

—Ya te he dicho que me estaban esperando.

Él recordó quién la esperaba.

—¿Cómo ha ido? —preguntó mientras la guiaba hacia la puerta del coche.

—Ha sido genial, nos hemos reído de lo lindo.

A Felipe no le extrañó en absoluto, conocía a sus compañeras, y se imaginó la juerga que habrían armado.

Cuando se sentó detrás del volante, la sorprendió mirándolo con una gran sonrisa. Levantó una ceja con una pregunta silenciosa.

—Me estaba preguntando si todavía sigue en pie tu encargo de cien calendarios.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es evidente que me hiciste el encargo pensando que te estaba tomando el pelo. —Su carcajada fue contagiosa, y rieron los dos.



—No lo voy a negar, creí que era una treta para ponerme celoso.

—¿Lo conseguí?

Felipe esquivó la pregunta.

—Quiero doscientos, mis amigos de Galicia se encargarán de venderlos.

—No tienes por qué hacerlo.

—Claro que sí, recuerdas que me gusta ayudar a la gente, ¿verdad?

Ese día, la llevó a cenar a un restaurante que le había aconsejado un compañero del hospital al poco tiempo de llegar a Reus. Era en un polígono industrial, al mediodía hacían menú para los trabajadores, y por la noche tenían una gran barbacoa y servían carne de todo tipo.

Se sentaron en una mesa al fondo del local, donde parecía que podrían tener un poco más de intimidad, que las que rodeaban la barra y estaban más concurridas.

Mar no había estado nunca allí, el aroma a carne asada y escalibada le hizo la boca agua, y sus tripas crujieron. Miró a Felipe esperando que él no hubiera oído aquel ruido, pero su esperanza fue en vano; él se aguantaba la risa.

—Guau, tendré que decirle al camarero que si no te sirve enseguida...

Ella le dio un golpe en el hombro riendo.

—Es culpa tuya, me traes a estos sitios donde solo comiendo pan con este aroma... mmm —puso cara de placer poniendo los ojos bizcos— regado con un buen vino... me estás mal acostumbrando, ¿te das cuenta?

—Me encanta poder regalarte estos pequeños caprichos.

La picardía en la mirada de Mar lo previno.

—¿Pequeños caprichos? Lo que pretendo comerme no tiene nada de pequeño.

El doble significado de lo que había dicho, hizo que él se removiera en la silla, y ella soltó una carcajada.

El camarero apareció en ese momento y al ver las miradas que se lanzaron aquella pareja supo que había interrumpido algo.

—Si lo prefieren puedo volver más tarde —dijo el hombre apurado.

—No, de ninguna manera. —Mar se lo estaba pasando bomba.

Pidieron un tinto del Priorato, y dos chuletones al punto con guarnición. Durante la cena hablaron de la próxima fiesta de Halloween. Mar le estuvo contando que en la residencia lo celebraban por la tarde, para que los ancianos pudieran disfrutar del festejo. Le explicó que ese año volvería a vestirse de castañera, como todos los años,

y les repartiría las castañas y los panellets.

Felipe le dijo que nunca había comido esos dulces tan típicos de Catalunya, y que le encantaría probarlos.

—¿Quieres venirte a la residencia? Es muy divertido, son como niños. Recuerda que cuando era pequeña en la escuela también lo celebrábamos y le cantábamos canciones a la castañera, sino no nos daba castañas. Hay algunos abuelos que se acuerdan de esas canciones y me las cantan, son un amor.

—Como más te conozco, más me gustas.

Esas palabras dejaron a Mar con el pan que iba a ponerse en la boca suspendido en el aire. Lo miró con intensidad y una chispa bailando en su mirada.

—Tú también me gustas mucho.

Felipe no se esperaba esas palabras y por poco escupe el vino que se estaba bebiendo.

—Vaya par estamos hechos, tirándonos florecitas el uno al otro —después de decirlo, Mar no pudo aguantar una carcajada.

Parecía que se lo estaba tomando a broma, y eso molestó a Felipe. Sabía que el tema parejas, era para ella algo incómodo, por sus anteriores vivencias. Sin embargo, le molestaba que se tomara tan a la ligera su relación, ¿es que ella no sentía nada por él? Claro que sí, estaba seguro, lo que ocurría era que debido a su pasado iba con pies de plomo, no quería que la hirieran más. Nada más lejos de sus pensamientos, desde luego, él estaba impaciente para que ella se convenciera que lo suyo tenía porvenir. Que si los dos querían, podían trazarse un futuro maravilloso. Precisamente, esa noche había salido con ella para contarle su pasado, quería que lo viera como era, ni más, ni menos.

Esos pensamientos hicieron que se diera cuenta de que Mar era muy importante en su vida, nunca se había sentido así con ninguna otra mujer; ella le había vuelto la piel del revés, ya no imaginaba su vida sin una mujer de pelo rojo y la nariz llena de pecas que lo hacía reír en los momentos menos oportunos. Deseaba presentarle a su hija, estaba seguro de que congeniarían a la perfección, se las imaginaba a las dos jugando como chiquillas y confabulando contra él.

Con un sobresalto se dio cuenta de que estaba enamorado de Mar, y le gustaba, siempre había alejado a las mujeres de su lado cuando estas se hacían ilusiones, porque no estaba dispuesto a que lo acusaran de herirlas. No obstante, quería a Mar a

su lado hoy, mañana y dentro de cincuenta años.

Ella se dio cuenta de que él se quedó extrañamente callado, tomó su copa de vino y dio un sorbo.

—¿En qué piensas?

Sus ojos grises volaron hacia ella.

—En nosotros.

A Mar se le atragantó el vino.

La había asustado, ella aún no estaba preparada para escuchar declaraciones de amor. Así que cambió de conversación para relajar el ambiente que en un segundo se había vuelto inestable.

—Y por la noche de Halloween, ¿qué haces? —preguntó Felipe—. Me gustaría que me acompañaras, tengo varios amigos que vendrán de Ferrol y estoy seguro de que les encantará conocerte.

—¿Qué tenéis planeado?

—Aún nada, hace mucho tiempo que no nos vemos y van a venir a pasar el puente aquí.

Mar pensó que podía organizar una castañada como las típicas para aquella gente que nunca había vivido una, se llevarían un buen recuerdo de... pero no los conocía, tal vez fueran unos pijos que no sabían comer con las manos.

Felipe se dio cuenta de que iba a decir algo, pero que se lo pensaba y al fin cerraba la boca.

—¿Qué? —quería saber qué pasaba por aquella cabeza.

—¿Qué?

—Ibas a decir algo. —Ella iba a negar con la cabeza, al mismo tiempo que él afirmaba con una sonrisa—. Confiesa... no lo niegues.

La apuntaba con un dedo, mientras se le escapaba una carcajada.

—Estaba pensando en una castañada al estilo de aquí, pero olvídalo, no conozco a tus amigos y tal vez sean... —iba a decir «estirados», pero lo pensó mejor— más finos.

Él se rio con ganas.

—Allí también comemos castañas, nos ensuciamos los dedos como todo el mundo, además, Sofía, creo que te hable de ella, es de un pueblo de la Costa Brava, seguro que lo disfrutará. Aunque también hay alguno que no le vendría mal sacudirse su

esnobismo.

Mar pensó que, si les causaba mala impresión, lo suyo con Felipe terminaría casi antes de empezar. Mejor sería que por una vez se dejara llevar por lo que los otros quisieran planear.

—¿Qué habías pensado?

—Eloy dijo algo de cenar en la taberna, piensan cerrarla esa noche. Así la tendríamos para nosotros solos.

La mirada que los ojos avellana le lanzaban le daba a entender que la idea no le gustaba, no tuvo que esperar mucho para oír la razón.

—¿Cuántos amigos van a venir? Cuatro, ocho... —Felipe iba a contar, ella lo vio y le interrumpió alzando la mano—. No me respondas, lo que trato de decirte es que Eloy no ha pensado nunca que tal vez a su madre le apetezca que le sirvan por un día. No pasarse toda la jornada cocinando para los amigos de su hijo.

Él se puso serio e iba a replicar, pero supo de la validez del razonamiento y cerró la boca.

—No dudo que a ellos les encanta que os reunáis allí, pero darles un respiro por Dios. Trabajan mucho, creo que se lo merecen.

Una lenta sonrisa se fue dibujando en los labios de Felipe, y Mar frunció el ceño creyendo que se burlaba de ella. Él alargó el brazo por encima de la mesa y tomó la mano de ella.

—Siempre me sorprendes, aunque no debería ser así. Empiezo a conocerte un poco y sé que tienes más en cuenta a los otros que a ti misma. Me imagino que lo que tú estabas pensando en celebrar la castañada en algún lugar donde tuviéramos que apañarnos nosotros.

Mar asentía con la cabeza.

—Es para que todo el mundo pueda disfrutar de esa noche, creo que puede ser divertido, sin embargo, no sé si la idea va a gustar a tus amigos.

La sonrisa que se fue dibujando en los labios de Felipe, le aseguraba que a él sí le encantaba.

Cuando llegaron a casa de Mar, ella lo invitó a tomarse una copa y subieron a su piso, él tenía el propósito de hablar con ella respecto a Elena. No quería que entre ellos

hubiera malentendidos, las cosas claras y el chocolate espeso.

—Quiero hablarte de Elena, creo que te debo una explicación —dijo al coger el vaso ancho que ella le tendía con un líquido amarillo en hielo.

Ella negó con la cabeza, al tiempo que alzaba la mano para que no hablara.

—No quiero saber nada de ella, lo único que me intriga es cómo se ha enterado de dónde trabajo, ¿se lo has dicho tú? ¿O ha sido Eloy?

Él no se había parado a pensar en eso, y negó con la cabeza.

—No tengo idea, y supongo que Eloy... no creo que se lo haya dicho... Puede ser casualidad. —Él mismo se respondió—. No, no creo, ella odia los gimnasios.

—Entonces, ¿a qué está jugando? Porque fue allí preguntando por mí, por mis clases.

Felipe se quedó un momento pensativo.

—Habrá seguido a alguno de nosotros, pero ¿cómo? No sabe dónde vivo yo, solo se puede tratar de Eloy.

—Mira, me da igual cómo se haya enterado, pero si trastorna a mis niños la sacaré de allí por los pelos.

—Si esperas que yo te lo impida, no va a ser así. A veces creo que le falta un tornillo, es la persona más egocéntrica que he conocido.

—Si me dices que está loca para que le tenga lástima, ahórrate las palabras. No me lo creo. Debiste tratarla muy bien para que ella haya recorrido el país de punta a punta para estar contigo.

—¿Celosa?

Los ojos de Mar se encendieron, sí, había estado celosa, pero no pensaba decírselo.

—No sé de qué me hablas.

Una leve sonrisa le coronó los labios al ver que le mentía.

Felipe le contó cómo había conocido a Elena, lo bien que les iban las cosas, hasta que ella empezó a agobiarlo con salidas, reuniones y fiestas con sus colegas, a los que solo les importaba la fachada que daban al mundo. En como a sus colegas se les habían subido los humos a la cabeza y Elena siempre les decía lo que ellos querían oír. Le explicó cómo ella había ido matando lo que él sintiera por ella, hasta el punto de detestarse. De romper su relación y mandarla al carajo.

Mar iba a interrumpirlo diciéndole «esa mujer es corta de entendederas, ¿o qué?», pero se mantuvo callada.

—Ella no aceptaba nuestra ruptura, me decía que cuando se me pasara el enfado volvería con ella, nada más lejos de mis intenciones. Si hasta me había sido infiel con algunos compañeros para chantajearlos si no compraban los productos de su padre.

—¡Por Dios! —soltó sin pensar Mar.

Felipe negaba con la cabeza mientras revivía aquellos días.

—Me la encontraba a todas partes a las que iba, y ella intentaba acercarse, me pedía perdón y me decía que estaba arrepentida, pero había perdido mi confianza y no estaba dispuesto a darle la oportunidad de que volviera a las andadas. Por fin vivía la vida que yo quería, sin ser mejor ni peor, era yo, Felipe y punto. Nunca me ha gustado darme aires.

—¿Por eso te viniste aquí? —aventuró ella.

—Entonces fue cuando empecé a pensar en el traslado, me volvía loco encontrarla siempre que iba con los amigos a tomarme una copa. Ella se enteró de alguna manera de que pensaba marcharme y se rio de mí, diciéndome que me arrepentiría de pasar de un centro privado a uno público. Siempre que yo la rechazaba ella encontraba la manera de joderme la existencia.

Mar estaba pensando en que si Felipe no fuera un hombre con mayúsculas, la habría puesto en su lugar delante de todo el mundo, o la hubiera denunciado por acoso. Sin embargo, se alejó de su casa y de su vida para poder disfrutar de su trabajo sin una víbora que no se merecía respirar el mismo aire que él.

Lo miraba a los ojos mientras él le contaba cómo aquella mujer había matado todo lo que podría haber habido entre ellos. Qué imbécil, pero su idiotez le había permitido a ella conocer a este hombre maravilloso, lo tendría presente.

Felipe soltó un suspiro, y por la pesadumbre, ella intuyó que la historia no terminaba ahí.

—Nunca me ha gustado hablar de mis asuntos, y ni siquiera les conté a mis amigos lo que sucedía.

Que él quisiera compartir su mala experiencia con ella la tenía confusa, ¿es que Felipe sentía lo mismo que ella?

—No tienes que...

—Déjame terminar, un día, un colega mío me dio la enhorabuena, al ver lo descolocado que me quedé, se disculpó, excusándose. Era el ginecólogo del centro, sume dos más dos y supe que estaba embarazada.

A Mar se le escapó un jadeo, y lo miró con los ojos que se le iban a salir de las órbitas.

—¿Tienes un hijo con esa mujer?

—Sí... y no.

A Felipe se lo veía atormentado, pero ella no podía mantenerse callada.

—¿Cómo puede ser eso? O sí o no.

—Cuando ella se enteró, trató de deshacerse del bebé.

—¡Dios santo! No sé si quiero seguir escuchando.

Estaban sentados en el sofá, en el saloncito de Mar, y Felipe le cogió una mano y le dio un apretón. Como si quisiera agradecerle de que lo escuchara, o le pidiera que lo dejara seguir.

Por unos segundos pareció que el tiempo se hubiera congelado, ninguno de los dos dijo nada. Mar dio la vuelta a su mano, entrelazó los dedos con los de él y asintió con la cabeza para que él sacara todo lo que tuviera dentro.

—Como la conocía muy bien, y sabía que era y es muy avariciosa, le dije a mi colega, Daniel, el ginecólogo, que le insinuara que podía vender el bebé, que no tenía por qué abortar cuando podía sacar una buena pasta.

—¿Y ella consintió? Pero... pero... eso es ilegal —tartamudeó Mar, que la cabeza le daba vueltas—. Puede ir a la cárcel por eso, la puedes denunciar.

Felipe veía la agitación que se había apoderado de Mar.

—Pagué una pequeña fortuna por mi hija.

—Oh... Dios mío.

Un nudo tan grande como un puño apretaba la garganta de Mar, que sentía el escozor de las lágrimas en los ojos, pero se negaba a derramarlas.

—Me salté algunas leyes, pero contraté a un abogado para que se encargara del asunto. Ella no sabe que fui yo quien pagué, no sabe que tengo a Andrea conmigo. Tengo los papeles como si hubiese adoptado a mi propia hija.

—Eso me hace sentir vergüenza ajena, ¿cómo pueden existir mujeres tan desnaturalizadas?

—He llegado a pensar que está loca. Que tiene algo en la cabeza que no le funciona bien.

—No voy a sentir pena por ella, ahora menos. —No era consciente de la lágrima solitaria que corría por su mejilla hasta que Felipe se la enjuagó con el pulgar.

—No llores, amor, mi hija es feliz. Cuando nació me la traje aquí, contraté a una mujer que es viuda, vive con nosotros y cuida de Andrea; la niña la adora. Estoy con ella siempre que puedo... todas las horas que no paso en el trabajo o con cierta mujer pelirroja que me tiene loco.

La boca de Mar se le abrió por la sorpresa.

—¿Quieres que me sienta culpable?

—No, cielo.

No dudaba ni por un segundo que fuera feliz, la niña era afortunada por tener un padre como el que tenía, que se había arriesgado a terminar con sus huesos en la cárcel para darle una vida a su hija.

Mar, que estaba sentada de lado en el sofá, se soltó las manos y las posó en las mejillas de Felipe acercando su boca para darle un beso. Quería borrar todo lo que había vivido al lado de aquella zorra egoísta, manipuladora, bruja... Los epítetos no tenían fin.



## Capítulo 25

Manolo veía a Mar muy feliz con aquel hombre que venía a buscarla algunos días, y no podía consentir que le robara a la que sería su nuera cuando el cabezota de su hijo entrara en razón y se decidiera a dejar de jugar con sus amiguitos.

Sus compañeros de la residencia empezaban a burlarse de él, cada vez que les decía que Manu no tardaría en ir a reclamar a esa mujer tan dulce y bonita. Tendría que tomar cartas en el asunto.

Esa noche cuando le sirvieron la cena, le dijo a la muchacha que llamara a Mar, que no se encontraba bien. Ella le preguntó qué le pasaba, pero él no quería hacer el paripé con ella, sino con Mar.

—Llámala, ella es la única que me sabe cuidar.

—Mar ha terminado su turno, está a punto de irse.

Tenía que actuar rápido si no quería que ella se fuera con aquel hombre. Se puso una mano arrugada sobre el corazón y fingió que le faltaba el aire.

—Que me estoy muriendo... por Dios... llama a Mar —habló entrecortadamente, como si le fuera trabajoso hacerlo.

Se armó un gran alboroto en el comedor, la chica llamó la atención de una compañera y le dijo que avisara a Mar y a la encargada porque parecía que a aquel hombre le estaba dando un infarto. En un momento todo fueron prisas y carreras, unas tratando de calmar a todos los ancianos y otras llamando a emergencias.

Mar estaba a punto de irse cuando oyó todo el alboroto, se asomó a ver qué pasaba y al ver a Manolo, fue a ver. Una de sus compañeras de noche le dijo que la ambulancia estaba a punto de llegar, y ella no se lo pensó dos veces, y se quedó con el anciano.

Manolo fue llevado al hospital San Pablo, a ella la hicieron esperar en la sala y le dijeron que avisara a algún familiar del enfermo. Llamó a la residencia para que se pusieran en contacto con el hijo de ese hombre, el cual tardó una media hora en llegar. El tipo estaba muy alterado y ella trató de tranquilizarlo. Estuvieron un buen rato antes de que alguien saliera a informarles, y la ansiedad los consumía cada vez más.

A Felipe, aquel hombre que había traído la ambulancia con un ataque al corazón le era conocido, pero no sabía ubicarlo. Lo estuvo reconociendo y no encontró nada que indicara que hubiera sufrido ni siquiera una taquicardia. Los sanitarios que lo habían atendido le habían informado que el hombre se quejaba de mucho dolor en el pecho, pero que lo habían monitorizado y no encontraron nada alarmante. Sin embargo, él seguía quejándose de dolor en el pecho, cuando nada parecía provocarlo. Salió para hablar con los familiares y saber si le había ocurrido en alguna otra ocasión.

Frunció el ceño al ver a Mar en la sala de espera con aquel hombre que debía ser el hijo de Manolo; entonces supo que le resultaba familiar aquel tipo. Después de hablar con él y que este negara cualquier problema de corazón de su padre, y que no tenía constancia de que los hubiera habido en la familia, un pensamiento fugaz se le paso por la cabeza. ¿Sería posible? No lo pensó dos veces, les dijo a ambos que pasaran a ver al enfermo; ante la mirada de sorpresa de Mar, le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. Les indicó el box donde estaba y él se quedó atrás para ver la reacción del anciano. Cuando este vio a su hijo y a Mar juntos allí, preocupados por él, una sonrisa satisfecha se dibujó en su boca, y Felipe supo que estaba ante un caso de fingimiento. Y eso no le sentó nada bien, en su lugar, seguro que había personas que lo podían necesitar y ese hombre les estaba haciendo perder el tiempo.

Manolo estaba tan metido en su engaño, en su falsedad, que no se fijó en el facultativo que lo atendía, no reconoció en ese hombre al amigo de Mar.

—Ay. hijos míos, estoy muy mal, no me queda mucho en este mundo —se quejaba—. Pero me siento feliz al veros juntos al fin.

Mar frunció el ceño, sin embargo, mantuvo la boca cerrada. Allí había algo que no le terminaba de encajar. Miró a Felipe y este se mantenía extrañamente callado, cuando debería de estar informándolos del estado del paciente.

—Lo que alegraría los últimos días de mi vida sería que tú, Manu, sentaras cabeza con esta mujer tan excepcional.

Su hijo se pasó la mano por el pelo, nervioso, y soltó un bufido. Había dejado a Tony, su pareja en casa, porque sabía lo que alteraba a su padre saber que compartía la vida con otro hombre, pero hasta ahí podía llegar.

—Papá...

—Mar, hija mía, te dije que recobraría el sentido común —susurró Manolo poniéndose una mano encima del corazón como si le doliera—. Lo único que siento es

que no podré disfrutar de los bebés que tengáis.

Felipe estaba que trinaba con aquel hombre que le estaba haciendo perder el tiempo, miró a Mar.

—Manolo, tranquilo, ya verás como aquí te pondrás bien, estás en el sitio adecuado, aún tienes que darnos mucha guerra. —Esperaba estar en lo cierto y que el anciano se recuperara de sus dolencias—. Doctor, ¿cómo está? ¿Qué le ha ocurrido?

Al levantar los ojos hacia Felipe lo vio con el ceño fruncido, él le hizo un gesto con la cabeza para que saliera del box donde estaban. Manu también salió, a pesar de que el doctor no le había dirigido la palabra.

Felipe se encontró delante de ese hombre, y dudó un segundo en decir lo que ocurría. El otro lo instó a que dijera lo que fuera.

—Doctor, no tiene por qué disfrazar la verdad, sé que es mayor y es ley de vida que más temprano o más tarde nos deje.

Lo cierto era que Felipe vio en los ojos de ese hombre como si tuviera la esperanza de que fuera más temprano que tarde. Una rápida ojeada a Mar le dijo que ella había entendido lo mismo. Por otra parte, recordó que ella le había comentado que el sueño del anciano era ver a Mar y a su hijo juntos, él mismo se lo dijo el día de la paella en parque. También le vino a la memoria que ese hombre que tenía delante era gay y ya tenía una pareja, que los deseos del anciano nunca se harían realidad.

—No soy partidario de ocultar a nadie lo que padece... pero a su padre no le ocurre nada.

Manu lo miró pensando que no lo había entendido bien.

—Esto no puede ser, si hasta tiene dificultad para hablar, yo mismo me he dado cuenta.

—Le hemos hecho todas las pruebas, Manolo no tiene nada en el corazón y por los análisis de sangre sabemos que, salvo los achaques propios de su edad, está fuerte como una roca.

—No lo entiendo.

Mar empezaba a entender que ese hombre estaba jugando con ellos para hacer realidad sus sueños.

—¿Quieres decir que todo esto ha sido un cuento?

Felipe afirmaba con la cabeza antes de que ella terminara de formular la pregunta. Su expresión pasó de la preocupación al enfado. Entonces, de repente le vino a la

mente, las flores que le habían enviado unos días antes, en que la tarjeta estaba firmada por un tal Manu. Se giró hacia el susodicho.

—¿Cómo te llamas?

—Manolo, como mi padre. Pero todo el mundo me conoce como Manu.

Ahí tenía al misterioso Manu.

—¿Tú me mandaste flores hace unos días?

Los dos hombres la miraron con una ceja alzada.

—No, ¿por qué lo preguntas?

—No, no, por nada.

Ella estaba segura que aquello había sido una treta del anciano. Y la ponía furiosa que porque ella le consintiera en algunas cosas, él se creyera en el derecho de entrometerse en su existencia.

Por no decir que si los sanitarios le hubiesen dado algún medicamento para tratar un infarto, habría puesto en peligro su propia vida. En ese momento se la llevaban los demonios.

—Señor Cuenca —dijo Mar encarándose a Manu—, quizás sea culpa mía, pero su padre se ha encaprichado de mí, y va diciendo a todo el que quiere escucharlo, que voy a ser su nuera. Últimamente me he fijado que los otros ancianos ya no le hacen el caso que él requiere, incluso alguno le ha dicho que eso nunca ocurrirá, que todo está en su cabeza; y él no lo acepta. Lo que ha hecho hoy ha sido para llamar su atención.

Manu soltó un resoplido.

—Pero si mi padre sabe... —Se lo veía apurado.

—Sí, lo sé, pero no la acepta, cree que usted está enfermo y que se curará cualquier día.

El hombre negaba con la cabeza, avergonzado.

—Si lo que ha hecho hoy lo hace a menudo, nos exponemos a que cuando tenga alguna dolencia no lo crea nadie —intervino Felipe.

—¿Y qué me aconseja doctor? —preguntó acongojado.

—¿Me permite que le siga el cuento y lo asuste para que se lo piense dos veces antes de volver a asustarnos así? —le preguntó ella.

Manu miró al Felipe y a Mar dubitativo.

—Si cree que así podrá hacerlo entrar en razón.

Mar asintió, miró a Felipe y encaminándose al box, le dijo a Manu que esperara allí.

Felipe no sabía lo que se proponía Mar, pero fue tras ella.

—Tú sígueme la corriente —dijo cuando estuvieron bastante cerca.

Cuando Manolo los vio, fingió poniéndose una mano sobre el corazón, pero miró la cortina esperando que llegara su hijo.

—¿Cómo te sientes, Manolo? Lo siento, pero tu hijo se ha derrumbado y se ha quedado en la sala de espera, las noticias no son nada alentadoras. Cuando el doctor le ha dicho que te tienen que operar a corazón abierto, y que dada tu edad es posible que no superes la intervención, Manu se ha venido abajo.

La cara del anciano perdió todo el color, miró al doctor y este afirmaba con la cabeza.

—Es una operación muy delicada, que por desgracia muy pocos llegan a sobreponerse —dijo Felipe cuando vio lo que Mar intentaba hacer: que el anciano se asustara y reconociera que estaba fingiendo, pues él iba a ayudarla—. Por desgracia no podemos esperar al experto cardiólogo que trabaja en Madrid, tenemos que operarle lo antes posible. —Veía cómo el hombre se quedaba sin aliento ante sus palabras, y siguió—. Y dada la gravedad de la situación, es posible que tenga que quedarse en una cama de hospital lo que le queda de vida.

Aquello fue lo que hizo que Manolo reaccionara. Se incorporó en la camilla con una destreza que los sorprendió a los dos.

—Vaya hospital es este, me marcho ahora mismo.

—Pero, Manolo, ¿no te das cuenta de que estás muy grave? —exclamó Mar.

—Bobadas, niña, a mí no me pasa nada.

—¿Qué quieres decir?

El anciano se dirigió hacia una silla donde habían dejado su ropa.

—¿Me estás diciendo que has fingido encontrarte mal?

—Sí, maldita sea, tengo que hacer entrar en razón a ese hijo mío.

—Muy bien, Manolo, gracias por aclarármelo. —Lo miró con cara de desencanto y salió de allí, pero al instante volvía a entrar—. Me has decepcionado, me creía que eras un hombre inteligente, ahora veo lo equivocada que estaba. ¿No te das cuenta que has puesto tu vida en peligro? No, claro que no; solo tienes en mente tus deseos, no piensas en nadie que no seas tú. Ni siquiera tienes en cuenta la felicidad de tu propio hijo. Para que de una vez por todas entre en esa cabeza dura que tienes... tu hijo no tiene ninguna enfermedad, es así y punto. Al que al parecer le falta un tornillo es a ti.

Manolo le iba subiendo el color a la cara con cada palabra que salía de la boca de Mar, cuando ella terminó su discurso, tenía la piel como un tomate. La vio desaparecer muy tiesa y maldijo malhumorado.

Felipe le dijo al anciano que se vistiera mientras él preparaba los documentos del alta hospitalaria. Y antes de salir...

—¿Sabe usted el cuento de Roberto y las cabras? —Manolo lo miró con confusión en los ojos—. Roberto era un jovencuelo que cuidaba las cabras de su padre, y se divertía gritando «que viene el lobo, que viene el lobo», a lo que los otros pastores acudían en su ayuda para que el lobo no se comiera las cabras, cuando llegaban a él desde otros pastos él se reía diciéndoles que eran unos inocentes crédulos. Así, un día y otro más, y los pastores siempre acudieron. Hasta que llegó el día que sospechando que era otra de sus bromas, cada cual se quedó cuidando de sus ovejas, ese día el lobo se comió todas las cabras de Roberto.

—Doctor, habla usted en acertijos.

—Lo que trato de decirle es que el día que se encuentre mal de verdad, nadie le va a creer.

Felipe vio que el anciano se quedaba pensativo, salió de allí dejándolo solo.

Mar había estado hablando con Manu y este se sintió avergonzado por su padre. Cuando Felipe tuvo los papeles del alta, se reunió con ellos y le dijo al hombre que debería pasar a buscarlo y tratar de que entrara en razón.

—Nunca me ha aceptado como soy, no creo que ahora lo haga.

—No, pero tiene que saber que lo que ha hecho, podría haberle acarreado problemas para su salud, si alguien le hubiese dado algún fármaco para los infartos...

—Lo comprendo, doctor, hablaré con él.

—Y llévalo de regreso a la residencia —dijo Mar.

Cuando ella y Felipe se quedaron a solas, él le sonrió.

—Ha estado bien eso de asustarlo para obligarlo a reconocer que había mentido.

—Me sentía tan furiosa que habría dejado que lo operaran de verdad.

Él soltó una carcajada ahogada. Se acercó a ella y la envolvió en sus brazos. Le dio un beso en la frente.

—Yo tenía otra cosa en mente, pero soy médico y no podía hacerlo.

Habló con un brillo pillo en los ojos.

—¿Qué tenías en mente?

—Ponerle un enema, habría padecido unos buenos dolores de tripa y quizás hasta cagalera.

Eso sacó una sonrisa a Mar.

—Mira, no es mala idea para cuando se pone demasiado pesado. Una de mis compañeras usa unas hierbas para adelgazar, que le causan esos síntomas. Le tendré que decir que traiga algunos sobrecitos.

—No debería haberte dado la idea.

—Era broma, nunca haría nada que perjudicara a nadie.

—Ya lo sé, tontorrón. —Su sonrisa le calentó el corazón y otras partes de su anatomía.

Por megafonía los dos oyeron cómo lo llamaban a él a urgencias.

—Quería tomarme un café contigo, pero tendrá que ser otro día —dijo él con pesar. Le dio un suave beso en los labios y se alejó de ella.

## Capítulo 26

La fiesta de Halloween o Castañada como la llamaban en Reus estaba a la vuelta de la esquina y a Felipe le apetecía que Mar se encargara de los preparativos. Él tendría libre ese largo fin de semana. Tenía previsto disfrutar de Mar, de sus amigos y de su hija; pretendía presentarla a sus amistades, y aunque sabía que harían mil preguntas las contestaría todas encantado. Ya era hora de que supieran la verdad de su vida.

Sin embargo, a ella le daba reparo, no conocía a sus amigos y temía que no les gustara lo que ella preparara.

Una tarde mientras se estaban tomando una cerveza antes de reunirse con Eloy para cenar, tuvo la idea. Sacó su móvil, marcó el número de Sofía e hizo una video llamada. Al tercer tono, la esposa de Raúl contestó y Mar pudo ver la genuina alegría en el rostro de la desconocida.

—Felipe, ¿eres tú?

—Sí, cielo, y esta mujer que está a mi lado es Mar.

—Hola, Mar, me alegro de conocerte, he oído hablar de ti —dijo con una gran sonrisa.

La cara de desconcierto de Mar era un poema.

—Les hablé a mis amigos de ti cuando estuve en Mugaros por lo de mi madre.

—Ah.

—Déjame que te presente a Sofía, es la esposa de Raúl, a quien conocerás muy pronto.

—Es un placer conocerte.

Felipe le preguntó a Sofía qué le apetecía más, si una cena con los amigos o celebrar la Castañada como se hacía en Cataluña.

La vieron que abría la boca sorprendida.

—Oh... la castañada desde luego.

—Te lo dije. —Felipe miraba sonriente a Mar.

—Que ganas me están entrando de comer castañas asadas. —La mujer al otro lado de la pantalla soltó una risita—. Ahora mismo llamaré a Raúl para que me traiga,



estar embarazada tiene que servir para algo más que engrosar la familia. Le diré que tengo antojo.

Los tres rieron.

—A Mar le da reparo preparar una castañada porque no os conoce, y cree que no os va a gustar... que quizás somos unos esnobs que no sabemos comer con los dedos.

La risa de Sofía era contagiosa.

—Hay más de uno que es un pijo, esnob... como mi marido, por ejemplo, pero le va a venir bien aprender las tradiciones de mi tierra. Soy catalana, ¿sabes?

—Sí, algo me comentó Felipe.

—¿Qué habías pensado?

—Ir a una casa rural, creo que tienes niños —Sofía asintió—, allí podrían jugar... y quedarnos a dormir también, así no tendremos que estar pendientes de las copas que nos bebamos. Esos días los controles policiales están en todas las rotondas.

—Me parece una idea fantástica. Para cenar ya tendremos más días.

Felipe se había apoyado en el respaldo y veía a Mar hablando con Sofía tal y como lo haría si la tuviera delante, moviendo todo el cuerpo al hacerlo. Una sonrisa le coronaba los labios, debía parecer tonto, pensó. Pero le daba igual, el placer de ver a «su» Mar explicándole a la mujer de su amigo los planes que tenía, era arrebatador. Él ya sabía que las dos se llevarían bien desde el minuto cero, eran grandes mujeres.

Cuando terminaron de hacer planes se acordaron de él, Sofía se despidió de Mar pidiéndole el número de su teléfono para llamarla y Felipe oyó que lo llamaba.

—Felipe, no te veo. —Claro, la pantalla la acaparaba Mar.

—Estoy aquí. —Se incorporó en el sillón.

—Me gusta.

—Lo sabía.

—Hasta pronto, cariño —se despidió Sofía.

—Hasta pronto, cielo.

Mar se quedó mirando a Felipe, él le sonreía de aquella manera enloquecedora, estaba tan guapo que sentía vibrar el cuerpo entero.

—No me mires de esta forma, así no puedo concentrarme.

—¿Y eso? —susurró él arrastrando las palabras al acercarse a su oído, le besó la piel sensible del cuello, aspirando su aroma único.

Ella no le diría lo que sentía hasta que él no hiciera lo propio, no quería que él

podiera darse cuenta de lo vulnerable que se sentía con respecto a sus sentimientos.

Así los pilló Eloy que llegaba tarde a la cita.

—Si molesto me voy —dijo con una gran carcajada. Dio un par de besos a Mar y un golpe en el hombro a Felipe.

—Siempre has tenido el don de la oportunidad.

Los tres rieron, y antes de que Eloy pudiera pedir, Mar se levantó y les dijo que ese día cenarían diferente, era la semana de Ganxet Pinxo donde varios establecimientos de Reus servían una tapa y una cerveza, lo divertido estaba en ir de uno a otro y saborear lo que cada uno había creado para la ocasión.

—Tío, con el hambre que traigo tendré que quedarme a dormir en tu casa, si me sirven una caña en cada sitio. —Rio mirando a Felipe que negaba con la cabeza.

—Tengo a mis padres en casa, ¿no pretenderás que te lleve en brazos? A mi madre volvería a darle un patatús.

—Bueno, pues me quedaré en casa de Mar —replicó con un guiño a ella y una risotada mirando a Felipe.

—Te pondré dentro de un taxi, no te preocupes.

De tasca en tasca, acabaron llenos, y a Eloy le encantó el ambiente del centro de Reus.

Mientras se tomaban unos cafés, Felipe le contó que había hablado con Sofía y estuvieron haciendo planes para ese fin de semana que se iban a reunir. Eloy le recordó a Mar que aún no le había llevado a dar una vuelta con su cacharro y a Felipe le pareció bien que también lo hicieran mientras estuvieran todos juntos, le apetecía fanfarronear de «su» chica.

Elena no se había marchado tal como esperó Eloy al apartarla de su día a día. Él y Felipe no le dirigían la palabra, pero cada día la veían en el gimnasio. Ella seguía participando en las clases de Mar, pero ya no tenía esperanzas de poner a esos viejos en contra de su monitora, veía que la adoraban y se hacía llagas en la lengua de tanto mordérsela. Deseaba gritar que no era más que una buscona, pero se contenía. Ya se le ocurriría algo para alejarla de Felipe. Lo malo era que el tiempo pasaba y no tenía ninguna idea para hacerlo, y al encontrarse en una ciudad desconocida, donde no tenía amigos, se aburría como una ostra. No le apetecía hacer turismo y el enojo no la

dejaba disfrutar de nada.

A la vuelta de la esquina sería la fiesta de Halloween y pensó en volver a Ferrol, quizás si se despejaba un poco, se le ocurriría algo para separar a aquellos dos. Porque si de algo estaba segura es de que lo iba a hacer.

Preparó sus maletas y a la mañana siguiente volvería a su casa. Pero no por mucho tiempo, esa zorra de cabello zanahoria sabría que Felipe era su hombre.

Una tarde al centro Los Ángeles llegó una gran caja de bombones, Celia dio por sentado que serían para Mar, cual no fue su sorpresa cuando vio la tarjeta dirigida a Rocío. En ese momento todas estaban ocupadas, guardó la caja bajo el mostrador y esperó a que los ancianos hubiesen merendado y estuviesen en la sala común con sus pasatiempos para guasearse un poco de su amiga.

—Ha llegado un paquete —le dijo a Marga sabiendo a la conclusión que llegaría.

—Felipe es un amor, está coladito por ella. Lástima que Mar tenga tantos reparos.

En ese momento la susodicha y Rocío pasaban cerca y oyeron el comentario.

—¿Alguien me está buscando?

Celia aprovechó para sacar el paquete de debajo del mostrador.

—Dile a tu quesito que eso se pone en las cartucheras y no hay manera de sacarlo.

—Se rio Rocío.

—Yo creo que eso no se lo tendrá que decir al quesito. —Celia sostenía el sobrecito en la mano—. Para Rocío.

—Vaya por Dios, como que él ya tiene tableta, a ti te manda bombones. —El comentario de Mar las hizo reír a todas.

—Niñas, ¿qué es ese alboroto? —Todas reconocieron la voz de Manolo, pero no le hicieron caso.

Rocío había mantenido un extraño mutismo en cuanto a la cita con Alberto, no era propio de ella, no ir alardeando de sus conquistas. Cogió la tarjeta y la abrió, la leyó con rapidez y se la guardó en el bolsillo.

—¿Y bien?

—Y bien... ¿qué?

Marga, Celia y Mar la miraban esperando una explicación.

—No hay nada que contar, me lo comí con patatas.

—¿Por qué será que no me creo una palabra? —aguijoneó Marga, que había visto el brillo en los ojos de su amiga mientras leía la nota.

Por primera vez en sus vidas, vieron cómo los colores inundaban la cara de Rocío. Esta trataba de pensar en algo que decir que no fuera la verdad y que las chicas se creyeran. Al ver sus cejas alzadas supo que no podría engañarlas, la conocían demasiado bien.

—Hace ya unos días que tuviste esa cita con él y no has chuleado, ni nos has contado nada, yo creo que aquí hay gato encerrado, chicas.

—No ha sido una sola cita, hace varios días que nos vemos.

Los ojos de sus amigas se les salían de las órbitas.

—Ay Dios, tenemos que llamar al médico. Nos lo dijo ella no hace mucho. —Mar se divertía a costa de Rocío.

—Tienes razón, yo también me acuerdo. —Celia la secundó.

—No hace falta que llaméis a nadie, es que hay tanta tableta que la estoy saboreando para no empacharme.

Las risas inundaron el vestíbulo.

—¿Cómo es? —preguntó Marga, queriendo tirar de la lengua a la más deslenguada de sus amigas.

—Es un tigre en la cama.

—Ahora solo te falta el visón en el armario y el jaguar en la puerta —dijo Celia entre carcajadas.

La verdad era que a Rocío le gustaba ese hombre, y le daba pavor al mismo tiempo. Siempre había sido ella la que llevara la voz cantante en sus relaciones y se había encontrado con un hombre que si se lo proponía la haría bailar al son que él tocara. Sus citas eran mágicas.

## Capítulo 27

El primer día que Elena no fue al gim, Mar no podía borrar una sonrisa de su cara. ¿Habría terminado ya la guerra silenciosa que esa mujer le había declarado?

Vio a Felipe y Eloy en la piscina y les dedicó una sonrisa que por poco los deja ciegos. Ellos se preguntaban a qué venía aquella alegría.

En la residencia Los Ángeles hubo cambios, pues Mar se negó a seguir mimando a Manolo, como antes de su supuesto ataque al corazón. El anciano notó el cambio y trataba de acercársele, pero ella lo evitaba con cortesía. Desde el incidente, Manu lo visitaba con frecuencia; los primeros días no paraba de disculparse con Mar, hasta que ella puso fin al asunto, diciéndole que no era culpa suya, que quizás ella había contribuido al consentirlo como lo hacía.

Una tarde Enrique, el fotógrafo, se presentó en la residencia con una carpeta debajo del brazo, había trabajado en las fotos, y les llevaba las impresiones para que ellas eligieran las que más les gustaran. Las chicas fueron desfilando por secretaría cuando tenían un tiempo libre y elegían. Mar eligió una que Enrique le había hecho cuando ella no estaba posando, y que le pareció genial, por la naturalidad que expresaba la foto. Estaba sentada en un taburete con ruedas que usaba Enrique para moverse por el estudio, con las piernas abiertas y de espaldas; como aún no se había preparado, ya que estaba mirando a sus amigas, llevaba su ropa de calle: unos pantalones pitillo negros con unos zapatos de tacón rojos que pensó que serían apropiados para las fotos, y una camisa blanca que se había anudado en la cintura. Su rostro estaba de perfil, con su cabello peinado de punta y los labios pintados. En el suelo a su lado había un ramo de girasoles que alguna de sus amigas había usado para su foto. Estaba ante una ventana que derramaba la luz que provenía del exterior sobre ella y se veía fabulosa.

Enrique casi no retocó la foto, había acentuado el color de sus labios, de su pelo, los zapatos rojos y de los girasoles. El resultado era fantástico.

Cuando les dijo a las chicas que elegía aquella, Rocío saltó:

—Puaj... es tan decente que resulta matadora.

—Eso mismo me ha parecido a mí. —Rio Mar, al ver la cara de su amiga.

Más tarde cuando Enrique pasó a ver si se habían decidido, ellas alabaron su trabajo y él se marchó satisfecho por todos los elogios. Habían acordado que cuando se decidieran, él se encargaría de la impresión y entonces ya podrían empezar a promocionarlo por internet.

Más tarde, ya en su casa y preparándose un filete con patatas para la cena, la llamó Felipe. Estaba siendo una noche tranquila y pudieron hablar un rato, ella le contó lo de la foto y él se rio de lo lindo cuando le dijo que de recata que era, resultaba indecente.

—*Ay Dios... ¡qué foto habrás elegido!*

Cuando se disponían a despedirse, él le dijo que para el domingo no hiciera planes, que quería comer con ella.

—¿Y si ya los tengo hechos?

Silencio.

Felipe tenía previsto presentarle a su hija antes de la Castañada, quería que se hicieran amigas antes de la fiesta donde estarían sus amigos, lo cual sería un caos y la pequeña podría intimidarse.

—*¿Los tienes?*

—No, solo esperaba que me convencieras.

Él pudo oír una risita a través de la línea.

—*Haber, ¿señorita Callizo, sería tan amable de comer conmigo el domingo?*

—Por supuesto, caballero, ¿a qué hora y dónde?

—*En la playa, ¿te parece bien?*

—Perfecto, por la mañana mientras tú duermes, iré a tomar el sol, luego te reúnes conmigo.

—*Hecho.*

Se despidieron como siempre, con un «dulces sueños, preciosa», que a ella le encantaba.

El domingo por la mañana Felipe habló con su padre, y lo convenció para que se llevara a su madre a comer por ahí, que se llevara su coche y que hicieran turismo. Desde que habían llegado que se dedicaron a conocer a Andrea y apenas habían

salido de casa. Le aconsejó que podían ir a ver las ruinas romanas de Tarragona y comer en la taberna de los padres de Eloy. Su padre no era tonto, y supo que su hijo se traía algo entre manos.

—¿Estorbamos, hijo? —La ceja alzada de su padre le hizo gracia.

Felipe sonrió, debería haber sabido que no le sería fácil convencer a su padre, sin darle una razón.

—Quiero que Andrea conozca a alguien.

—¿Es especial?

—Sí, muy especial.

Cesar asintió y le dijo que no se preocupara que él se encargaría de su madre.

Al acostarse, Felipe puso el despertador a las doce. Despertó antes de que sonara la alarma, se dio una ducha y se tomó un café. Su hija ya estaba vestida como una muñequita: con unos pantalones rojos y un jersey del mismo tono con corazoncitos blancos. Llamó un taxi y le puso el abrigo a su hija mientras lo esperaban. Andrea no soltaba un osito rosa con un lazo en la cabeza de color azul cielo, siempre había sido su juguete favorito. Chimpon despertó y fue tras Andrea, la niña estaba encaprichada de su mascota y le preguntó a su padre si se la podían llevar. Él nunca le negaba nada a su hija, sin embargo, esa vez lo hizo; le dijo a la pequeña que el cachorrito estaría mejor en casa, donde se encontraba relajado en su ambiente. La niña se agachó ante el perrito, lo que él correspondió con unos lametazos en la nariz de la pequeña, y Felipe escuchó cómo su hija hablaba con el perro, contándole que tenía que quedarse en casa. Le hizo gracia ver que Andrea trataba a su mascota como si fuera un amiguito humano.

Mar estaba en la playa, sentada en la orilla con un libro en el regazo mientras miraba a las gaviotas que volaban muy cerca de ella. Se la veía tan relajada que Felipe se quedó mirándola unos segundos, a su lado había un montoncito de lo que parecían conchas, que habría recogido antes de acomodarse allí. Andrea se soltó de la mano de su padre, y corrió por la playa hacia el agua, con su osito bajo el brazo, la niña iba y venía al mismo ritmo que las olas para no mojarse, y de su garganta brotó la risa cristalina. Mar la oyó y se giró hacia ella, sonrió al verla jugar con las olas, era una niña muy bonita, con unas graciosas coletas castañas y unos expresivos ojos grises

coronados por unas espesas pestañas. La vio dejar el osito que llevaba, sentado cuidadosamente en la arena fuera del alcance de las olas. Inteligente y cuidadosa, pensó Mar. La pequeña miró atrás como si controlara dónde estaban sus padres, y Mar asintió, maravillándose de que una niña tan pequeña fuera tan centrada. Las risas de la pequeña la envolvieron y se encontró riendo con ella. El montón de conchas que Mar tenía a su lado llamó la atención de la chiquilla y se le acercó mirándolas con interés.

—¿Las quieres, cielo?

La niña pareció pensárselo antes de contestar, levantó la vista y vio que su padre le sonreía.

—Son muy bonitas. —La vocecita de la pequeña era encantadora.

—Coge las que quieras.

Cogió una.

—¿Solo una? —La tentó Mar.

Sus pequeños deditos escogieron dos más.

—Me llamo Mar, ¿dónde están tus papás?

—Yo soy Andrea, mi papa está ahí. ¿De verdad te llamas Mar? —La niña miró hacia el agua, confusa porque se llamara como el agua y ella asintió.

—¿No te gusta mi nombre?

La pequeña se encogió de hombros.

«Andrea» Mar giró la cabeza con sospecha y vio a Felipe allí apoyado en un poste y con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa coronándole los labios. Sintió un estremecimiento al verlo tan apuesto.

—¿Ese hombre tan guapo es tu papi?

—Sí.

Andrea pareció satisfecha de que aquella desconocida encontrara guapo a su padre.

—¿Me dejas que juegue contigo a no mojarnos?

—Sí.

Mar se levantó y le tendió la mano a la niña, pero no se la cogió.

—¿Te parece si invitamos a tu papi a jugar con nosotras?

Los ojos de la pequeña se iluminaron.

—Sí.

—¿Vas a buscarlo?



Andrea corrió hacia su padre y lo cogió de la mano, tirando de él. Cuando llegaron a su altura...

—Papi, esta es mi amiga Mar, porque somos amigas, ¿sí?

—Sí, cielo.

Felipe se acercó a Mar, le pasó un brazo sobre los hombros y le dio un suave beso en los labios. La pequeña puso morritos y Felipe le dio otro a ella; para sorpresa de los mayores, la chiquilla tiró de la mano de Mar para que se inclinara y le dio un beso en los labios. La carcajada infantil compitió con la música de las olas.

—Cariño, Mar es también amiga mía —dijo Felipe.

Al oír aquello la niña batió palmas con una dulce sonrisa en su boquita de piñón, y los adultos se miraron con alegría.

—Papi, papi, Mar quiere que juguemos a no mojarnos con el agua.

—Podemos jugar los tres, cariño.

—Biennn... —gritó la pequeña entusiasmada.

Felipe y Mar cogieron cada uno una manita de Andrea, se acercaban a la orilla y la levantaban cuando el agua iba a mojar sus pies. La niña nunca antes había jugado así con los mayores y se alborotó encantada. El brillo de sus ojitos cautivaba a los adultos. Las risas inundaron aquella burbuja de felicidad que los envolvió en un santiamén.

Un rato más tarde, Mar le dijo a Andrea algo al oído, que la hizo saltar ilusionada.

—¿Vamos?

—Sí, sí —canturreó la niña.

Felipe las miró con una pregunta en los ojos.

—Ya lo verás —dijo Mar con misterio y una de esas sonrisas suyas en los labios.

Andrea estaba tan exaltada que se olvidaba del oso, saltaba cogida a la mano de Mar.

—Te estás olvidando de tu osita, y se va a quemar con el sol.

La niña corrió hacia su juguete riendo a carcajadas.

Caminaron un pequeño trecho que los llevó hacia un pequeño estanque de agua encharcada rodeada de cañas donde se bañaban los patos. La carita de la pequeña mostraba tal felicidad que los mayores se miraron con adoración.

—Mira, cielo, ¿ves a la mamá pata con todos esos pequeñuelos nadando detrás de ella?

—Sí. —Tímidamente fue acercándose al agua y Mar temió que se pusiera en ella, fue tras ella y la cogió de la mano.

—Otro día traeremos pan duro y se lo daremos de comer, ¿vale?

Andrea miró a su padre, como preguntándole. Felipe asintió. La niña saltó gritando:

—Sí, sí, sí...

—No muy lejos de aquí hay loritos viviendo en unas palmeras, ¿te apetecería verlos? —Mar sabía cómo tentar a la niña.

—Es hora de comer, cariño. ¿No tienes hambre? —dijo Felipe mirando a su hija.

—Sí, papi, pero quiero ver los loritos.

—¿Has reservado en algún sitio para comer? —preguntó Mar.

Felipe negó.

—Hoy soy todo vuestro.

Mar le guiñó un ojo a Andrea, y la niña estalló en carcajadas.

Los tres fueron hacia donde Mar había dejado su cacharro aparcado, y en menos de cinco minutos, estaba aparcando frente al paseo de Cambrils, bordeado por palmeras de donde iban y venían los loritos verdes que hacían sus nidos allí. El entusiasmo de la pequeña estaba en todo su esplendor, tanto que hasta tartamudeaba, Mar le señaló a Felipe un restaurante desde donde podrían ver a los pájaros y se sentaron en una mesa. Allí pidieron una paella y Mar le fue dando de comer a Andrea, la niña parecía haber perdido la timidez que siempre sentía con los desconocidos. Felipe estaba encantado, ya se imaginaba que Mar se ganaría a la pequeña muy pronto, pero no tanto. A la hora del postre, Andrea no quería nada más y ella le dijo que podían compartir un flan, mientras le enseñaba cómo los loritos entraban y salían de sus nidos le fue dando, y Felipe se dio cuenta de que todo se lo había comido su hija. Le hizo una seña al camarero para que le trajera otro, y Mar negó con la cabeza.

—He visto que tienen una tarta de chocolate al whisky con virutas.

—Sí, señora.

Felipe soltó una carcajada. Andrea, que cuando se terminó el flan la dejaron que fuera a las cristalerías para mirar los loritos, se giró al oír a su padre con una sonrisita en los labios.

—Ya sabes que me gusta probarlo todo. —Mar no podía parar de sonreír.

Se pasaron la tarde paseando por Cambrils, al pasar junto a un columpio gigante de la playa, Mar tentó a la pequeña y esta le dijo que le daba miedo. Para sorpresa de

Felipe, Mar cogió la mano de Andrea y se subió con ella.

Ese día fue revelador para Felipe, nunca había visto a su hija tan feliz, Mar tenía ese poder en todas las personas que la rodeaban y la chiquilla no le era inmune. Al anochecer, Felipe le dijo dónde vivía y ella lo llevó, iba a despedirse de él, le dio un beso, pero él le susurró al oído que lo esperara. Entró en su casa y en cuestión de minutos volvía a salir. Mar lo miró con extrañeza. Él le dedicó una de esas sonrisas que le derretían los huesos y la besó con ansias. Ella no necesitó más explicaciones.

## Capítulo 28

Mar se sentía feliz, ella había creído que la hija de Felipe iba a representar un gran escollo, sin embargo, la niña era un encanto.

Iba conduciendo hacia su casa, con la mano de Felipe sobre la que ella mantenía en el cambio de marchas, el calor que la traspasaba a través de la suave piel hacía que ella deseara llegar cuanto antes. La anticipación que la recorría hacía que sintiera un polvorín en su interior. Tenía que distraerse antes de que su imaginación le alterara su respiración.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a presentarme a tu hija?

—¿Te ha molestado? —murmuró él moviendo los dedos sobre su mano.

Ella soltó un suspiro.

—No me has contestado —dijo Felipe sonriendo viendo que sus caricias la estaban excitando.

—¿Cómo me iba a molestar! ¡Es una niña encantadora!

—Le has gustado, normalmente es un poco tímida con los desconocidos. Pero contigo ha sido como si te conociera de toda la vida, ha sido ella misma.

La mano de Felipe se había trasladado al muslo de Mar. Ella apretó los dientes al sentir un escalofrío que le recorrió el cuerpo de arriba abajo. ¡Malditos semáforos! Todos estaban rojos, cuando ella quería llegar lo antes posible. Él con sus caricias hacía que una serie de corrientes eléctricas la recorrieran. El trayecto se le hizo eterno.

Al salir del coche, sus miradas chocaron y los dos pudieron ver el deseo grabado en las pupilas del otro. Felipe se le acercó, le pasó un brazo por los hombros y la empujó con suavidad para que se pusiera en movimiento.

Cuando Mar cerró la puerta de su casa se encontró envuelta entre los fuertes brazos de Felipe, y su boca buscó la suya con anhelo. Fusionándose en un beso perfecto, arrebatador, que la debilitó por la pasión que encerraba.

Las manos de Mar se colaron bajo la camisa de Felipe, le encantaba acariciar esos abdominales y el pecho velludo con la punta de sus dedos. Sus manos se abrieron

para bajar por los costados hasta la cinturilla del pantalón, y volvieron a subir en busca de los pezones chatos que se pusieron duros con las suaves caricias, mientras sus bocas no se separaban.

Felipe había puesto su mano en la nuca femenina y con el pulgar la mantenía en la posición ideal para recorrer su boca con parsimonia, haciendo que aquel beso la llevara al éxtasis. Notaba que la respiración de ella se había acelerado, a la par que la suya, y que era recorrida por pequeños temblores que le estaban haciendo perder la razón. Las caricias que ella le prodigaba eran cada vez más placenteras. Se sentía duro como una roca dentro de sus pantalones. Con una sacudida la cargó sobre sus caderas, le envolvió las piernas en su cintura y la llevó hacia la habitación. La dejó con suavidad sobre la cama, y se incorporó para mirarla, ella clavó su mirada ambarina en él, haciéndole saber que estaba más que preparada. Sin apresurarse, le quitó el jersey que ella llevaba, y le pasó la mano por el valle entre sus pechos. Ella gimió de placer. Felipe sonrió. Le desabrochó los pantalones y ella levantó las caderas para facilitarle la labor de sacárselos. Él los fue bajando acariciando al mismo tiempo las piernas interminables de «su diosa pelirroja». La prenda salió volando por los aires cuando él clavó la mirada en la belleza que tenía expuesta ante sí.

Sin apartar la mirada de aquellos ojos que lo miraban tras los pesados párpados, subió a la cama con hambre, deseando saborearla de pies a cabeza. Se cuidó de que sus cuerpos no se tocaran y cuando estuvo a cuatro patas sobre ella a la altura de su bella cara, se mordió el labio inferior y ella levantó el cuerpo de la cama para capturar esa boca que la enloquecía, sin embargo, él le hizo la cobra y susurró...

—Déjame a mí... No te muevas.

El aliento de Mar quedó atascado en su garganta, notaba el centro de su placer muy húmedo y el deseo de sentirlo casi acaba con ella.

Felipe la empezó a besar con mucha suavidad por la frente haciendo que ella sintiera como si fueran las alas de una mariposa, todo el rostro recibió el mismo tratamiento, y cuando ella trataba de alcanzarlo, él la evitaba. Su boca abierta recorrió el largo cuello, la clavícula y sus dientes cogieron el tirante del sujetador y tiro de él hacia el hombro, dándole un suave mordisco que la puso a cien. Las piernas de Mar se encogieron por voluntad propia, clavando los talones en la cama, deseando levantar las caderas para sentirlo, pero él aún iba vestido.

—Felipe... —La voz de Mar salió estrangulada.

Él sonrió endemoniadamente.

—¿Sí, amor?

—Te necesito.

—Lo sé, cariño.

La boca de Felipe fue trazando un reguero de besos hacia los pechos cubiertos por el encaje del sujetador. Los liberó de la prenda y capturó un pezón en su boca al tiempo que masajeara el otro con la palma de su mano. Sus dientes se cerraron en la carne estremecida y prieta, y tironeó haciendo que unos hilos invisibles que conectaban con el vientre se tensaran.

La boca caliente fue descendiendo, haciendo dibujos imaginarios en la piel acalorada de Mar. Ella se sentía como una olla en ebullición. Su respiración estaba tan acelerada que soltaba pequeños soplos, como si fuera una tetera.

Al fin aquella lengua audaz llegó donde ella quería tenerlo a él. Un jadeo se le escapó de los labios cuando Felipe corrigió el recorrido erótico y le besó la cadera, tironeando de la tira del tanga hacia abajo. Ella aprovechó para levantar las caderas y contactar con el cuerpo duro y fornido que la llevaba a la locura.

Mar notó que la boca de él se curvaba en una sonrisa sobre su piel acalorada de la cadera, la estaba torturando a propósito, pero le encantaba sentirlo tan embelesado por su cuerpo. El placer que le estaba regalando iba subiendo la temperatura de su cuerpo, y del de él a tenor del aliento que le ponía la carne de gallina.

Felipe tiró con suavidad, de la tira del tanga negro hasta llegar a los pies; con la pequeña prenda entre los dientes la miró y vio tal excitación en los ojos ámbar que casi lo hicieron desistir de sus intenciones. Entonces soltando la tira, empezó su ascenso por las largas piernas, con la boca abierta, dejando una estela húmeda a su paso. Notaba los temblores que la recorrían y con satisfacción ralentizó su avance. Por el raballo del ojo veía que ella se agarraba a las sábanas con fuerza. Llegó donde se juntaban los sedosos muslos y aspiró el aroma de la excitación de Mar mientras la besaba, dejando que su aliento le erizara la piel.

Mar soltó una exclamación cuando lo sintió justo donde deseaba tenerlo.

—Así, amor, disfruta, cariño, ahora voy a degustarte. —Su voz ronca de deseo la hacía vibrar y él lo sabía.

Por voluntad propia las manos de Mar se posaron en sus hombros clavándole las

uñas.

Felipe repasó lentamente los labios haciendo que ella se convulsionara, llegó al prieto clítoris y pasó la lengua por todo el contorno, escuchando cómo ella susurraba algo inarticulado. Entonces sustituyó la lengua por uno de sus dedos, al mismo tiempo que con la boca cubría la entrada al paraíso. Ella se puso tensa, a la espera de que él entrara en su cuerpo, Felipe así lo hizo, con movimientos circulares de su lengua que a juzgar por los gemidos que le arrancaban la llevaban al borde del abismo. No la dejó llegar, se apartó y un par de dedos sustituyeron su boca, moviéndolos para encontrar el punto que si acariciaba ella se volvería loca. Lo encontró y Mar soltó un jadeo placentero, momento que él aprovechó para darle firmes golpecitos con la lengua al clítoris vibrante. Haciendo que Mar gritara de satisfacción, al llegar a la culminación del placer, derritiéndose entre las hábiles manos de Felipe. La acompañó mientras ella se abandonaba hacia un orgasmo espectacular que la dejó lánguida, saciada y satisfecha. Entonces se separó y se desnudó.

Mar se había quedado de lado en la cama, mientras volvía del limbo. Felipe se acostó a su espalda y pasándole las manos por la cintura la atrajo hacia su cuerpo, acariciándole el vientre donde algún día crecerían sus hijos. Sus manos expertas la iban acariciando con parsimonia, ella se revolvió y apoyó la cabeza en el hombro masculino, y él aprovechó para pasear sus manos por los pechos inhiestos y apetecibles, al mismo tiempo que su boca tanteaba la nuca de Mar con mordiscos amorosos. Ella se removi6 entre sus brazos como una gatita satisfecha, no había bajado de las estrellas, cuando volvía a sentirse ansiosa. Apretó el trasero contra la masculinidad inflamada que le quemaba la espalda, arqueándose para que él no dejara de besarle la nuca. Felipe le cogió un muslo y lo pasó por encima del suyo, dejándola expuesta a sus caricias, y su mano fue directo a su objetivo. Pasando los dedos con suavidad sobre el brote que volvía a cobrar vida. Mar se sentía ebria de placer, y le quería dar tanto como había recibido.

—Déjame que me dé la vuelta.

—No, amor, hoy a mi manera.

—Me vuelves loca.

Aquellas palabras lo hicieron reír, nunca las había escuchado de sus labios, siempre era él quien lo decía.

—¿Quieres mambo? —preguntó jugueteón, devolviéndole las palabras que ella le

había dicho en cierta ocasión.

—¿A ti qué te parece?

Tenía una mujer entre sus brazos que era una joya, y tenía previsto retenerla a su lado toda la vida.

Dejó una mano entre las piernas de ella, acariciándola, oyendo cómo su respiración se hacía más trabajosa a cada pasada de sus dedos. Su boca se trasladó al lóbulo de la oreja y su lengua hizo su magia en aquella tierna y sensible piel, mientras, le susurraba lo que pensaba hacerle, lo que hizo que la sintiera vibrar entre sus brazos. Se separó un poco de la espalda femenina, y la acarició con la yema de sus dedos a lo largo de la columna vertebral hasta sus nalgas sensibles a su contacto. Poco a poco fue empujándola hasta tenerla en la posición que él quería, prácticamente cruzados el uno con la otra. Entonces la cogió por las caderas, para que su miembro se colara entre las piernas de Mar. Ella lo sentía acariciarla con el glande y un calor abrasador la envolvió. Felipe no esperó más y fue entrando en la estrecha gruta que lo llamaba como el canto de las sirenas. La sensación era de lo más placentera, se quedó unos segundos quieto, saboreando la exquisitez que lo envolvía, y empezó a moverse. Marcó un ritmo lento, sabía que en esa posición su pene acariciaba el punto del amor y sentía a Mar temblando, mientras una mano acariciaba la espalda, cogiéndola del hombro para que no se separara con el movimiento, la otra se dedicaba a recorrer el punto por donde estaban unidos. El placer era doble. Los jadeos de Mar los sentía como el latido de su propio corazón.

Mar, por puro instinto, llevó sus manos a su entrepierna, con las de Felipe y lo acarició con glotonería, haciendo que las sensaciones de ambos se multiplicaran, oía sus gritos y no sabía que salían de su boca. Estaba a punto de tocar las estrellas y se dejó ir, sintiendo cómo Felipe se ponía tenso y se lanzaba a la liberación clavándose a ella con fuerza y soltando un jadeo que la atravesó de arriba abajo.

Felipe era más rápido que ella en recuperarse, cuando lo hizo pensó en la comodidad de Mar, salió de ella y la abrazó con ternura. Depositando un sinfín de besos sobre la frente de ella que descansaba sobre sus labios.

Mar nunca había sido objeto de tanta dedicación por ningún hombre, y este le regalaba placer a manos llenas, jamás había sentido tanto goce en una sesión de sexo. Claro que aquello no era sexo... era amor. La certeza de que Felipe la amaba le llegó tan de repente que no pudo contener un sobresalto.



Debió de moverse sin darse cuenta.

—¿Qué pasa, amor? ¿Estás bien?

Ella asintió, levantando la cabeza y mirándolo a los ojos, perdiéndose en las profundidades grises que le habían robado el alma.

## Capítulo 29

Se acercaba el puente de la Castañada, y Felipe había dejado todos los preparativos en sus manos. Mar lo comentó una tarde con sus amigas y Celia le dijo que sabía de una casa rural donde podían estar muy bien, pues ella misma había ido de vacaciones allí y lo pasó de fábula. Le dio el número de teléfono y le dijo que le dijera a la dueña que iba de su parte.

Después de hablar con Pilar, que era como se llamaba la mujer, se quedó tranquila, pues le dio la opción de dejarlo todo cocinado para cuando ellos llegaran, o hacerles la compra y que ellos mismos se apañaran. La mujer se mostró muy atenta a todo, y se ofreció por si la necesitaban, pues ella vivía en la casa de al lado de la que ellos iban a alquilar.

Era hora de volver a hablar con Sofía. Esta estuvo muy contenta con la llamada, y se rio un buen rato cuando Mar le dijo que pretendía que lo hicieran todo entre ellos, que sería más divertido.

—Desde luego, que si consigues que estos cantamañanas se pongan a cocinar te hago un monumento.

—No será para tanto, le puedo decir a la dueña que nos deje la cena preparada —dijo Mar al ver el escepticismo de Sofía.

Al fin se pusieron de acuerdo en que la mujer les preparara la escalibada, la carne la podían cocinar ellos, y para los niños cenarían pizzas.

Las dos estuvieron hablando un rato más, y Sofía le contó que ellos se quedarían unos días más en Cataluña, pues aprovecharía para visitar a sus padres. Rubén iría en avión, pues su viaje sería exprés.

Mar vivía en una nube, Felipe la amaba, y ella a él. Pasaban juntos todas las horas que les era posible, pues los dos tenían trabajos que adoraban y no esperaban del otro lo que ellos mismos no estaban dispuestos a sacrificar. Para Felipe era más complicado, pues tenía en su casa a sus padres y a su pequeña. No obstante, siempre

encontraban un rato para estar a solas, fuera cuando Mar salía de trabajar en el gim, o por las noches en las que no trabajaba.

Sus momentos, por cortos que fueran, eran de calidad. Aprovechaban para demostrarse lo que sentían el uno por el otro.

Felipe había dejado caer en alguna ocasión que cuando sus padres volvieran a Mugaros, ella se podía mudar a su casa. Pero Mar, aunque deseaba compartirlo todo con él, se resistía a un cambio tan grande. Siempre le contestaba que cuando llegara el momento ya verían lo que hacían.

Lo que la frenaba en gran medida era que parecía que la estuviera escondiendo de sus padres; ¿si la relación iba en serio, no era lo normal presentarla a su familia? Claro que cuando pensaba eso, entonaba un mea culpa, porque ella nunca le había invitado a conocer a los suyos.

Sus abuelos y su madre vivían a poco menos de cuarenta minutos de Reus, y hacía mucho tiempo que no los veía. Los echaba de menos y decidió que ya era hora de hacerles una visita.

Esa misma noche, cuando él la llamó estando de guardia, ella le preguntó si tenía planes para el domingo siguiente.

—No, ¿los tienes tú?

—Hace mucho tiempo que no me dejo caer por el pueblo, había pensado en ir a pasar el día.

Felipe no le había presentado a sus padres, porque quizás ella se viera obligada a hacer lo mismo con los suyos, no quería presionarla. Se alegró de que ella hubiese tomado la iniciativa... pero sus palabras no le dejaban claro si quería que él fuera.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿Quieres venir?

Él sonrió, «su diosa pelirroja» no acababa de creerse que lo suyo era serio, era cierto y sería duradero.

—Claro que sí, tontorrón. «Si tú me dices ven, lo dejo todo» —entonó la canción.

Un suspiro de alivio se le escapó, y él pudo oírlo.

—Nos podemos llevar a Andrea, le gustara —dijo ella.

—Claro que sí.

El domingo, Mar pasó por casa de Felipe a buscarlos a las nueve de la mañana, cuando le dijo que tenían que instalar la sillita para Andrea, él se la quedó mirando.

—Aunque lo parezca no soy ninguna descerebrada. Conozco las leyes —dijo con una gran sonrisa.

Él asintió y entró en el garaje para sacar la sillita de su coche.

—No eres descerebrada, nunca me habría enamorado de una.

Por poco la sillita no termina en el suelo, a ella le temblaron las piernas al escuchar aquellas palabras. Se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos, y él la besó en los labios y le dedicó una de sus hechiceras sonrisas.

Ninguno de los dos era consciente de que estaban siendo observados por Ramona y Cesar, los padres de Felipe, que tras la ventana veían cómo su hijo era feliz con aquella mujer. No escuchaban lo que se decían, pero la expresión en su cara lo decía todo. Además, la noche anterior, que él no había trabajado y los llevó a cenar a la taberna de sus amigos, Roberto había dejado caer que le gustaba mucho su amiga. Cuando preguntaron, su hijo les dijo que era especial y que muy pronto se la iba a presentar.

Mar miraba los anclajes de la sillita, pero las palabras de Felipe resonaban en su mente.

—Deja que yo lo haga, tengo más práctica —sugirió él.

Ella asintió.

Cuando estuvieron en camino, él pensó en seguir diciéndole lo que sentía, pero pensó que en aquella carretera llena de curvas no era prudente distraerla con declaraciones como aquella que la había hecho temblar solo de oírlo.

Mar iba atenta al camino y escuchaba la cháchara de Andrea, que al verla se puso muy contenta. Al bajar el puerto de Alforja, le preguntó a la pequeña:

—¿Te apetece un chocolate caliente, cielo?

—Sí, sí. —La niña estaba entusiasmada.

Felipe pensó que ya llegaban a su destino, pero no veía ningún pueblo. Cuando ella al llegar a un cruce de carretas con una especie de masía a un lado, se internó en el aparcamiento de aquel establecimiento...

—¿Hemos llegado?

—Estamos a mitad de camino, más o menos.

Se bajaron los dos del coche y él preguntó:

—¿Qué hacemos aquí?

—Ya lo has oído, Andrea quiere un chocolate caliente.

Felipe soltó una carcajada.

—Y tú también.

Mar negaba con la cabeza.

—Yo quiero algo más consistente. ¿Has desayunado?

—Me he tomado un café.

—Que evidentemente ya tienes en los pies. ¿No sabes que el desayuno es la comida más importante del día?

Felipe soltó otra carcajada. Mar se inclinó hacia donde estaba la niña, le quitó el cinturón y le puso el abrigo, al ver que no llevaba gorro, le puso el suyo, y la cogió en brazos. Andrea estaba feliz de la atención que le prodigaba Mar.

Con su paso elástico Mar precedió a Felipe hacia el interior del establecimiento; al entrar saludó a los parroquianos, quienes le devolvieron el saludo con cortesía. Los recibió una mujer que trabajaba allí, con una sonrisa de reconocimiento, Felipe pensó que no era la primera ni la segunda vez que ella hacía su parada allí. Los guiaron a una sala a la derecha, que estaba llena de mesas cubiertas con manteles de cuadros rojos y blancos. El lugar estaba bastante lleno, y a ellos los acomodaron en una mesa que estaba muy cerca de un fuego de leña que desprendía un calor acogedor.

Felipe se quedó mirando unas fotos que había colgadas en las paredes, era ese mismo lugar, pero muchos años atrás, y cuando volvió la vista a la mesa les habían traído un platito con olivas arbequinas, una bandeja de rebanadas de pan y otro con ajos y tomate; ante su mirada interrogativa, Mar sonrió y le dijo:

—Esto es por si te quieres tostar pan tú mismo... para matar el gusanillo.

Y ella cogió una oliva y se la metió en la boca.

—¿Qué lugar es este?

—Es la Venta del Pubill, al principio era una masía, pero al estar en este cruce, sobre principios del siglo XIX se convirtió en hospedaje para tartanas y diligencias.

—¿Qué tiene de especial este cruce?

—Por un lado, va a Cornudella, Prades, Siurane... por el otro se llega a Poboleda y Scala Dei, una antigua cartuja o monasterio, estamos en el priorato, aquí se hacen buenos vinos... es una ruta de paso para viajeros y comerciantes desde tiempos...

Fueron interrumpidos, cuando vinieron a tomarles nota, Mar pidió un chocolate caliente para Andrea y unas judías blancas con butifarra negra para ella, Felipe lo mismo, todo regado de buen vino de la casa.

—¿Sabes que me estoy enamorando de esta parte del país? —dijo Felipe cogiendo la mano de Mar que descansaba sobre la mesa.

Mar pensó que Felipe estaba tratando de decirle algo, había dicho esa palabra dos veces en lo poco que llevaban juntos ese día. Ella no era tonta, se imaginaba que la amaba como ella misma a él, pero nunca lo habían expresado en voz alta. Se miraron en silencio, tratando de transmitir lo que sentían sin palabras.

El chocolate de Andrea llegó y Mar se apresuró a levantarse.

—Espera, cariño, voy a tostarte una rebanada de pan.

Se acercó a la lumbre y cogió uno de los ganchos que había allí para tal fin, a los pocos minutos, le enseñaba a la niña a mojar el pan con el cacao.

—Mmm... —La carita de Andrea delataba el placer—. Está muy bueno.

—Claro que sí, cielo.

Les trajeron sus desayunos y mientras daban cuenta de ellos, Mar le explicaba que estaban al pie del macizo del Montsant, cuyas cumbres no tardarían en lucir un manto blanco.

—Si quieres, otro día podemos ir a Scala Dei, es un rincón muy bello, y además podemos aprovechar para comprar vino, hay varias bodegas... entre ellas unas de Gérard Depardieu.

—¿Ah sí?

—Sí, he oído por ahí que sus vinos son muy, pero que muy caros.

Cuando terminaron de dar cuenta de la comida, siguieron camino a Prades, donde vivían los abuelos de Mar. Ella aparcó en las afueras del pueblo, en realidad donde pudo, pues los domingos ese pueblo se llenaba de gente que paseaba, compraba o simplemente iban de excursión. Era un lugar estratégico para los amantes de la naturaleza.

Andrea se cogió de la mano de Mar, al tiempo que Felipe le pasaba un brazo por los hombros y se internaban en las estrechas calles, hasta llegar a una plaza porchada, donde había una iglesia y una fuente muy original, que llamó la atención de padre e hija. Luego los dirigió a otra calle y se paró ante una casa típica de pueblo con unos balcones llenos de macetas con flores, ¡cómo adoraba ese lugar!

Su madre abrió la puerta ante la llamada de la aldaba, y las dos mujeres se fundieron en un caluroso abrazo, estaban tan felices que no repararon en que Felipe y Andrea los observaban. Desde dentro de la casa se oyó:

—¿Ha llegado la niña? —La voz de la mujer se iba acercando.

—¡Abuela! —exclamó Mar. La abrazó y recibió un montón de besos de la anciana. Cuando la soltó su abuelo ya estaba allí para recibir a su nieta.

Las caras de alegría de aquellas personas hicieron sonreír a Felipe, sin embargo, Andrea se cogió de la mano de su padre, tirando para que la subiera.

Mar presentó a Felipe a su familia, y él y su hija fueron recibidos con genuino interés. Pasaron a una cocina, que tendría más de cien años, y hacía las veces de comedor y salón, que era muy acogedora, con una estufa de leña y un agradable olor a carne asada.

Se sentaron todos alrededor de una mesa y Andrea parecía querer desaparecer bajo el abrazo de su padre.

La abuela Marcela llamó la atención de la niña sacando una caja de galletas para tentarla. Preguntó a todos qué querían tomar y en unos minutos, la mesa estaba llena de bebidas y patatas fritas para picar.

La conversación con aquellos desconocidos fue tan amena que Felipe se sintió cómodo al instante, a Andrea tampoco le costó mucho soltarse del brazo de su padre y acariciar a un gato que Mar tenía en el regazo.

—Se llama Pepón —le dijo a la pequeña—, puedes tocarlo, no te hará daño.

Primero con miedo, porque el gato levantó la cabeza en cuanto Andrea lo tocó, pero volvió a acurrucarse y la niña fue cogiendo confianza.

Mientras las mujeres terminaban de preparar la comida, el abuelo José se llevó a Felipe a dar una vuelta por el huerto que tenía en la parte de atrás de la casa, en donde cuando era más joven plantaba verduras, ahora lo único que había eran las flores que plantaba su hija, ya medio marchitas por el frío otoño. Él ya era demasiado mayor para dedicarse al huerto. Felipe no estuvo de acuerdo, le dijo que si no le apetecía que no lo hiciera, pero un poco de ejercicio cada día no le iría mal.

—Creo que su nieta le diría lo mismo.

—Siempre me lo dice, pero ya no soy ningún joven, me anima a que salga a buscar setas o espárragos.

—Lo sabía. —Felipe rio ante la cara que ponía el hombre.

Jordina, la madre de Mar, llamó la atención de su hija para que la ayudara a poner la mesa y así poder hablar unos momentos a solas. Ella ya conocía la existencia de ese hombre en la vida de su hija, pues hablaban muy a menudo por teléfono y madre e

hija se tenían mucha confianza. Le preguntó que si era feliz y al afirmar con rotundidad, ella la abrazó y le dijo que le gustaba.

—Está cañón —dijo la madre con un guiño travieso idéntico que el de su hija, y ambas rieron a carcajadas.

El día fue muy esclarecedor por ambas partes, los abuelos y Jordina estaban felices al ver a su nieta tan embobada con ese hombre. Él les gustaba mucho, no era como aquellos jóvenes descerebrados, tenía los pies bien plantados en la tierra. Y esa pequeña muñequita se los había ganado a todos con sus medias palabras y sus traviosos mohines.

Felipe vio el amor que unía a esa familia y supo que Mar no se conformaría con menos. Mientras volvían a Reus, Andrea se durmió y él le dijo que se lo había pasado muy bien. Que le habían gustado mucho sus parientes y su pueblo.



## Capítulo 30

Un par de días antes de la Castañada, Mar recibió una llamada de Sofía diciéndole que ya habían llegado y que no encontraba la hora de conocerse. Que tenía muchas ganas. Mar les preguntó dónde se habían alojado y ella le contestó que en el hotel SB. Por comodidad de aparcamiento, Sofía le dijo que podían verse en la taberna del padre de Eloy, que esa misma noche se iban a reunir a cenar con él. Felipe no podía ir, pues ese día trabajaba, pero Mar también tenía muchas ganas de conocer a Sofía.

Cuando salió de la residencia, les dijo a sus amigas dónde iba y estas la miraron de arriba abajo, como queriéndole decir que no se había vestido bien para la ocasión de conocer a los amigos de su «quesito».

Ella se miró, se había puesto unos vaqueros y un jersey color melocotón que acentuaba el rojo de su cabello. Encima llevaba una cazadora tejana forrada de borreguillo. No le encontraba nada malo a su atuendo.

—Piensa que a veces los amigos miran con ojo más crítico, y si a ellos no les gustas...

—Pues peor para ellos, no pretendo impresionarlos.

Rocío se había vestido para matar, pero se mantenía extrañamente callada.

—Y tú... ¿dónde vas?

Ella miró a sus compañeras con una ceja alzada.

—Sois todas unas cotillas.

—Y nos encanta, ¿con quién vas?

Todas se imaginaban que iba con Alberto, el bombero. Pero desde el primer día que habían salido que no les explicaba sus andanzas. Eso era muy raro en ella.

—Aún no has terminado con él, ¿verdad?

—Me queda la mejor parte para comerme —dijo con su sonrisa socarrona.

—A ver si será que te estás acostumbrando a su sabor. —Rio Marga por todas las pullas que ella había tenido que aguantar.

—Podría ser.

Mar, Celia y Marga se miraron sorprendidas.

—Ya es hora de llamar al médico, esta no se encuentra bien —se mofó Celia.

—Podéis ir todas al carajo, yo me voy a cenar con mi bombero cuadrulado.

Las carcajadas que soltaron sus amigas no le molestaron.

Mar se dirigió a Tarragona, a la taberna de Roberto. Cuando entró el hombre le sonrió sorprendido, al verla llegar sola.

—¿Dónde has dejado a ese mocetón?

—Castigado.

Los dos se rieron con ganas.

Mar no vio a la pequeña mujer que se le acercaba por la espalda y le ponía las manos delante de los ojos.

—¿Quién soy?

—A ver si adivino... ¿Bob Esponja? ¿La reina de Inglaterra?

Las carcajadas de chiquillos sorprendieron a Mar, pero luego pensó que seguro eran los hijos de Sofía.

Raúl y Eloy lo observaban todo sentados en una mesa, los dos con la mirada apreciativa.

Mar y Sofía se fundieron en un abrazo, como si su amistad fuera muy larga, cuando apenas habían hablado por teléfono dos veces.

—Cómo me alegro de conocerte al fin —exclamó Sofía—. Cuando mi marido me ha dicho que hoy no podía ser porque Felipe trabaja esta noche... me puse de un humor de mil demonios... ya sabes, las hormonas hacen eso con las mujeres embarazadas. Pero luego he pensado que a él ya lo tengo muy visto, que es a ti a quien deseaba ver.

¡Qué torbellino de mujer! Pensó Mar.

—Pues Felipe se va a desilusionar, yo creo que está un poco enamorado de ti.

—Bobadas, yo estoy pillada.

La risa de Sofía llenó el establecimiento.

Los niños estaban intrigados con aquella desconocida.

—Mamá, mamá...

—Niko y Yago, esta es tita Mar.

Ante la sorpresa de Mar por el título familiar que le acababan de otorgar, los pequeños extendieron la mano para estrechar la de ella.

Ella hizo los honores como si fueran los príncipes herederos de un Emirato árabe, y los chavales rieron encantados. Mar pensó que al no parecerse en nada a Sofía,

debían de hacerlo con el padre, y con lo guapos que eran... También le pasó por la cabeza que se los veía muy formales, dudó de la idea de pasar la Castañada en el campo, imaginó que allí la única que estaba acostumbrada a comer con los dedos sería ella.

Sofía vio la expresión de su nueva amiga, la cogió por el brazo y le susurró:

—¿Qué pasa?

—¿Estás segura que les va a gustar una Castañada a nuestro estilo?

—No te dejes engañar por estos granujillas, cuando les interesa se saben portar muy bien, pero si les das cuerda... son unos verdaderos cafres.

Mar dejó que Sofía tirara de ella hacia una mesa donde estaba Eloy y el que supuestamente era Raúl. Los hombres se levantaron a saludarla.

—¡Qué alegría verte, Mar! —Eloy la besó en las mejillas—. Como habrás imaginado este es Raúl, otro de los cuatro mosqueteros, al último lo conocerás dentro de dos días.

Ella no sabía si ese hombre le tendería la mano como sus hijos, así que esperó a ver lo que hacía. Él era tan alto como Felipe, se inclinó y la besó en las mejillas.

—Es un placer conocerte, Mar, mi mujer me tenía loco, cuando le he dicho que hoy no podía ser... —La sonrisa que le dedicó era de admiración y ella se preguntó por qué, si tenía una mujer que era mucho más bella que ella, con esos ojos brillantes de color jerez, esos labios gruesos y el ovalo perfecto de su cara; esa piel de porcelana sin mácula. No como ella, con todas aquellas pecas salpicando su nariz.

Las mujeres se miraron, sonriendo.

—¿Has visto como lo he conseguido? —chuleó Sofía mirando a su marido, al tiempo que se sentaba y le indicaba a Mar que lo hiciera a su lado.

La cena fue muy divertida, a diferencia de la última vez que estuvo allí, cuando Eloy llevó consigo a Elena.

Roberto empezó a llevarles platos y bandejas, los niños comían pizza y bebían cola mientras los mayores se ponían las botas con el pescado fresco.

Sofía quería saberlo todo de Mar y la acribilló a preguntas, la cena transcurrió en muy buena armonía, las mujeres prácticamente ignoraron a los hombres y se conocieron como solo ellas sabían hacerlo. Hablando y hablando sin parar. También los incluían a ellos para saber su opinión sobre algunas cosas... pero pocas.

Eloy observaba a Raúl, y veía cómo su amigo se quedaba embobado. Mar no era

como las otras mujeres, tocaba todos los temas, era igual que fueran deportes, trabajo o maneras de ocio. Daba su opinión sin importarle si su interlocutor podía pensar de muy diferente manera. Era franca y abierta. Y Eloy se temía que no tenía la más mínima intención de intentar gustarle a nadie, era una mujer con carácter que no le importaba si lo que hacía o decía escandalizaba a alguien.

Estaban tomándose los postres cuando el móvil de Mar sonó.

—Es Felipe —dijo lanzándoles un guiño, mientras ponía el manos libres.

Colocó el aparato en el centro de la mesa.

—Hola.

—Hola, amor. —Se oyó a través de la línea.

—¿Cómo va la noche? —Por la hora en que la llamaba, debía de ser movida.

—Bueno... alégramela un poco quieres.

—Desde luego que sí, ¿qué quieres que te cuente lo que he cenado o lo que llevo puesto?

Sofía ahogó una risita. Raúl y Eloy la miraron divertidos.

—Mejor me dices lo que has cenado, sino luego hay cierta parte de mí que se lleva la sangre que debería estar en mi cerebro.

Mar les hizo un gesto para que se aguantaran las risas, cuando ella era incapaz de hacerlo.

—Me he comido un yogurt y una manzana.

Eso arrancó una carcajada a Felipe.

—No me lo creo. Antes de que se me olvide, te va a llamar Sofía, ya están aquí.

Mar le hizo una señal a la susodicha para que hablara.

—Ya la he llamado... Hola, Felipe... chicos, saludar.

Eloy y Raúl saludaron a su amigo.

—Te la hemos robado, chico, tú me enseñaste que a esta mujer en particular se la conquista por el estómago —dijo Eloy soltando una risotada.

—Mar, ¿no me digas que estás con esos jetas en la taberna de Roberto?

—Pues no te lo digo —dijo ella riendo.

Entonces se desató un pandemonio, todos hablando a la vez. Hasta que Mar cogió el móvil, pulsó la pantalla para escucharlo solo ella.

—Ya estamos solos —le dijo a Felipe—. Me gustan tus amigos.

—Sabía que sería así, y apuesto lo que quieras a tú a ellos les has gustado más.

Unos minutos más tarde, se despidieron, con un «hasta mañana» lleno de promesas. Al día siguiente, Felipe empezaba las vacaciones, se había pedido unos días para estar con sus colegas.

## Capítulo 31

Cuando Felipe despertó, se metió en la ducha, no tenía prisa, hacía demasiado que no disfrutaba de unas verdaderas vacaciones, y ahora tenía una semana por delante, en la que pretendía recuperar el tiempo perdido.

Tenía previsto pasar la tarde con sus amigos y ponerlos al tanto del motivo que lo llevó a alejarse de su tierra, quería presentarles a su hija antes del día siguiente, que celebrarían la Castañada.

Sus padres tenían planes con los de Eloy para irse a cenar a un hotel de renombre de Reus y Felipe les dijo que si les apetecía podrían quedarse a dormir en el mismo sitio. Que se lo pasaran bien, que se lo merecían. Ramona estaba encantada con las atenciones de su hijo. Y también de lo padrazo que era. Andrea adoraba a su padre. Lástima que ellos vivieran tan lejos; en alguna ocasión se le había pasado por la cabeza trasladarse a vivir a Reus, al fin y al cabo, en Mugardos no tenían familia. Y estaban en esa etapa de su vida en la que podían ir y venir a su antojo. Estaba sopesando la idea.

Felipe se reunió con Raúl y su mujer en el hotel donde se hospedaban y fueron dando un paseo hacia una cafetería, donde se reunirían con Eloy.

Como los buenos amigos que eran, al reunirse se pusieron al día de todas sus alegrías, quebraderos de cabeza y planes futuros, como si se hubiesen visto el día anterior.

—Tíos, he estado dando una vuelta por ahí, el mar está perfecto para que salgamos a coger alguna ola —Raúl era un apasionado del surf, y sus amigos no se quedaban atrás.

—Cuando quieras, he cogido unos días de vacaciones, y este —Felipe señaló a Eloy—, también.

—Perfecto, antes de que nos vayamos quiero disfrutar de lo que no puedo cuando estoy en casa.

Felipe se carcajeó.

—Ya te pareces a Rubén, te dejas absorber por el trabajo.

—Siempre le digo que tiene muy buenos profesionales trabajando para él —dijo Sofía—. Podría apoyarse un poco más en ellos y disfrutar de los niños, cuando quiera darse cuanta serán mayores.

—Cierto, tendré que aprender a delegar. —Raúl miraba a su esposa dándole la razón.

Sofía le sonreía con amor.

Y entonces, Felipe lanzó la bomba.

—Tengo una hija.

El silencio que siguió a la declaración fue absoluto.

—¿De Mar? —preguntó al fin, Eloy.

—No.

Sofía se pasó la mano por el vientre apenas abultado.

—¿Entonces? ¿De quién es? ¿Lo sabe Mar? —Raúl era impaciente por naturaleza, y siempre soltaba varias preguntas a la vez. Lo miraba con sus profundos ojos azul oscuro, imaginando que allí había gato encerrado.

—¿Recordáis la última vez que estuve en Mugardos que me preguntasteis por qué me había ido? Fue por Andrea.

—¿Quién es Andrea? —quiso saber Eloy que no recordaba a ninguna mujer con ese nombre que saliera con su amigo.

—Mi hija.

—Empieza por el principio, que me he perdido.

Felipe les contó lo que había hecho Elena, y la manera en que lo solucionó. Cómo pagó por su propia hija. También, el modo en que había tenido que acelerar los trámites de su traslado para que Elena nunca se enterara de que había sido él quien compró a su hija, y no los pusiera en un serio aprieto. Porque mucho se temía que si algún día llegaba a enterarse de que él era el comprador, ella se metería por medio sin pensar en las consecuencias. Solo por el simple hecho de amargarle la existencia, sin tener en cuenta los sentimientos de la niña ni los suyos.

—Maldita sea —exclamó Eloy—, por eso te comportaste con ella de forma tan fría.

—¿Tan fría? Lo que deseaba era retorcerle su maldito pescuezo. Si no hubiese sido por Daniel, habría abortado. Y cuando le dije que le insinuara que podía vender al bebé, no lo pensó dos veces. —La mirada de Felipe lanzaba chispas—. ¿Os imagináis que hubiese vendido a mi hija a cualquiera? No quiero ni pensar en que podría haber

caído en manos de alguna mafia de esas que comercian con niños.

—Denúnciala, tío, una mujer así tendría que estar en la cárcel.

Raúl se dio cuenta de la expresión de su mujer.

—Ven aquí, cariño —dijo pasándole un brazo sobre los hombros y atrayéndola hacia sí.

—No puedo denunciarla, estaría asumiendo una culpa que por otro lado no me pesa. Lo volvería a hacer una y mil veces. Pero no voy a exponer a Andrea a nada que la pueda perjudicar, ¿sabéis por lo que tendría que pasar si denuncio a la mala puta de su madre? —Todos parecieron pensar en las consecuencias—. Tengo los papeles legales de la adopción, y nadie podrá apartar a Andrea de mí lado jamás... Os dais cuenta que si la denuncio, pongo en un serio problema al ginecólogo, y al abogado que me ayudó... no haré eso. Los pueden condenar a años de inhabilitación.

—En eso tienes razón.

—¿Mar lo sabe? —preguntó Eloy, enojado consigo mismo por haberse dejado engañar por aquella mala pécora.

Todas las miradas cayeron sobre Felipe.

—Sí... y se llevan de maravilla. Andrea la adora.

—Me pareció una mujer extraordinaria —alabó Sofía a su nueva amiga.

—Lo es —dijo Felipe mientras Eloy asentía con la cabeza ante aquellas palabras, recordando la cena en la que coincidieron con Elena. Cualquiera en su lugar hubiera cantado las cuarenta a Elena cuando hizo el comentario de que debía ser bulímica, en cambio Mar, a pesar de oír la maldad de su antagonista, lo dejó pasar con elegancia, sin ponerse al mismo nivel que aquella bruja.



## Capítulo 32

Mar, vestida de castañera, estaba repartiendo castañas y panellets a los ancianos, que eran como niños, y ella les cantaba una canción que había aprendido de niña en el colegio. Todos se lo estaban pasando genial, menos Manolo. El viejete había notado el cambio en su manera de tratarlo de Mar, desde que él fingió que le cogía el infarto. Su hijo le había dicho que se disculpara con ella, pero su orgullo le impedía reconocer que había obrado mal. Ya se le pasaría el enfado, pensaba, pero le estaba costando mucho. Él echaba de menos sus partidas de ajedrez, ahora ella nunca tenía tiempo y le decía que jugara con cualquiera de sus amigos. A parte de eso, sus compañeros también habían notado el cambio en el trato de Mar con él y algunos le lanzaban indirectas de que se quedó sin nuera, cosa que lo ponía de muy mal humor y con ganas de largarse de aquel centro.

El colmo fue cuando llegó Felipe con una niña de la mano y se apoyó en el marco de la puerta de la sala mirándola con aquellos ojos que decían mucho más que las palabras. Manolo lo vio, y reconoció al médico que lo había atendido, soltó una maldición y los hombres que estaban a su alrededor le preguntaron qué le pasaba.

—Él es lo que me pasa.

—¿No es ese el novio de Mar? —dijo Alberto.

—Mar no tiene novio —exclamó Manolo, sin embargo, todos vieron cómo ella se acercaba a aquel tipo y a la pequeña, y con una sonrisa deslumbrante le daba unas castañas a la niña, acompañadas de un beso cariñoso.

—Pues si no lo es, muy pronto lo será —cuchicheó Mariela, una anciana de pelo blanco que los había observado.

A las nueve y media llegaron las chicas que hacían el turno de noche, y Mar se despidió y se fue a cambiar.

Mientras, Felipe se quedó hablando con Celia, le preguntó por Manolo, y esta le dijo que estaba malhumorado, pero sano.

—Os vais de campo, ¿no?

—Si quieres que te diga la verdad, no lo sé. Tu amiga ha mantenido los planes en

secreto. No me extrañaría que nos llevara al medio del campo y nos dejara allí — bromeó.

Celia rio por el comentario.

—Ella nunca haría eso, me ha dicho que vais con niños. —Miró a la pequeña que se había soltado de su mano y se comía una castaña.

—¿Quieres decir que si no fuera por los pequeños lo haría? —Él le siguió la corriente.

—No, tanto como dejaros perdidos en medio del campo no, pero que tal vez sus planes hubiesen sido distintos.

—No me tranquilizan mucho tus palabras, tendré que tener cuidado dónde me lleva cuando vayamos solos.

La carcajada de Celia la escucharon varios ancianos que se giraron a mirar a ver qué le hacía tanta gracia, mientras los otros disfrutaban de los dulces y las castañas. Mar apareció con unos vaqueros, botas y un jersey de cuello vuelto grueso con cenefas de colores.

—Tenemos que pasar por mi casa, he dejado mi bolsa en el restaurante de abajo, para no perder el tiempo.

Sofía la había llamado ese mediodía para saber dónde iban y así marcharse antes, ella le mandó la localización por el WhatsApp y esperaba encontrarlos a todos aposentados. Llamó a Pilar, la dueña de la casa rural, y le dijo que habría una avanzadilla.

Andrea estaba muy excitada, era la primera vez que iba de excursión, como le había dicho su padre, y que pasaría la noche fuera de casa. Se entusiasmó cuando vio a Mar y le hablaba tan rápido que se le trababa la lengua.

El trayecto fue muy animado, Mar trataba de distraer a la niña para que no se mareara con todas las curvas. Cuando llegaron al pueblo, Mar le indicó dónde aparcar. Unos minutos más tarde entraban en una casa, traspasaron la puerta y se encontraron en un salón grande, con mesas largas y al fondo una chimenea encendida. Todos estaban en torno al fuego con cervezas en las manos.

—Ya estamos aquí —dijo Felipe con una radiante sonrisa, mientras se acercaba a sus amigos con su hija en brazos.

Mar había dejado su bolsa en la escalera que se encontraba frente a la puerta y lo siguió. Sofía le salió al paso.

—Esto es fantástico, es como cuando era joven y me iba con los amigos.

—Oh, sí... tengo ante mí a una ancianita —bromeó Mar.

—Tú ya me entiendes. —Se fundieron en un abrazo—. Ven, te presentaré al último de los mosqueteros.

Mar se sacó el anorak que llevaba, lo dejó sobre un banco y la siguió. Vio a Felipe abrazado al desconocido.

Sofía se acercó a ellos, pretendiendo conocer a la hija de su amigo.

—Tú debes ser Andrea, tesoro. Yo soy la tita Sofía. —Extendió los brazos hacia la niña, pero esta se agarró al cuello de su padre, escondiendo la cara.

Al instante de la escalera bajaron Niko y Yago, curiosos por ver quién había llegado, cuando vieron a la niña se quedaron parados.

Felipe pasaba la mano por la espalda de su hija arriba y abajo.

—Amor, ¿sabes que te dije que te encontrarías con amiguitos? —La pequeña asintió y poco a poco miró por debajo de la barbilla de su padre—. Estos son Niko y Yago, ¿no te apetece jugar con ellos?

Niko tenía seis años y Yago cuatro, los dos eran unos pillos de cuidado, con un pelo castaño como su madre y unos ojos azul oscuro como su padre. Sus ropas descolocadas y los cabellos de punta indicaban que fuese lo que fuese que estaban haciendo se lo estaban pasando genial. Sus rostros traviosos debieron de gustar a Andrea porque se fue soltando del amarre a su padre y consintió en que la dejara en el suelo. Yago le dio la mano y le dijo «ven», y la niña lo siguió con una tímida sonrisa.

—Y a su tita que le den —exclamó Sofía.

—Ten paciencia cielo —la excusó su padre—, cuando se suelte no te la sacarás de encima.

Rubén, que estaba presenciando lo ocurrido, vio los cambios operados por su amigo, pero antes de interrogarlo quería conocer a la mujer que lo acompañaba.

—Ya que estos están tan ocupados que no nos presentan... yo soy Rubén.

—Yo Mar.

Él iba a alargar la mano, se sorprendió cuando ella le dio un beso en cada mejilla. Y Eloy y Raúl la saludaron de la misma manera.

—¿Os apetece una cerveza? —les preguntó Sofía, los dos asintieron y ella se levantó para traerlas.

—Espera, te acompaño, quiero ver dónde os he metido. —Mar sonreía

entusiasmada, hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una escapada al campo.

Las mujeres subieron unas pocas escaleras y a la derecha había una cocina completamente equipada para hacer comida para muchas personas. En la isla central, pudo ver una bandeja con escalibada.

—No se lo digas a nadie —dijo Mar antes de coger un trozo de pimiento y metérselo en la boca.

—¿Por qué te crees que me he ofrecido a llevaros las cervezas? Cada vez que subo me aseguro de que esta buenísima.

Las dos rieron a carcajadas.

—Pilar ha sido de lo más amable, nos ha dejado la nevera llena y todo a punto, y me ha dicho que si necesitamos algo que no dudemos en decírselo, es también la dueña del restaurante de al lado; vive encima del negocio.

Mar vio una cesta con castañas y un paquete de pastelería que debían ser los panellets.

—¿Y las habitaciones?

—Está todo genial, espera que le lleve la cerveza a Felipe y te hago una visita guiada.

—Yo se la llevo, espérame aquí... —Ya había salido de la cocina y asomó la cabeza—. Y no te comas toda la escalibada.

La advertencia llegó tarde, pues su amiga ya tenía entre los dedos una tira de berenjena asada. Las risas de Sofía se oían desde abajo.

La casa estaba muy bien, había habitaciones de matrimonio y una que era la utilizada por los excursionistas que iban allí a pasar la noche, que consistía en una estructura de metal de punta a punta de una larga habitación, con maderas que hacías las veces de somier, y colchones; la construcción era doble, o sea que eran literas. Los niños estaban jugando allí, haciendo volteretas y saltando sobre los colchones, por las risas supieron que Andrea ya se había hecho amiga de Niko y Yago.

Cuando se reunieron con los hombres que estaban frente al fuego, Raúl levantó una ceja...

—Tú ya sabías que aquí hacía frío, ¿verdad? —dijo con una mirada significativa hacia el grueso jersey que llevaba Mar.

—¿El machote tiene frío? —se burló ella—. Estamos en otoño, por Dios... ¿qué esperabas? ¿O es que en Ferrol hace calor?

Todos soltaron una risotada.

Mar se sentó al lado de Felipe y le dijo que su hija se lo estaba pasando en grande con sus primos. Él la cogió por la cintura y la ancló contra su cuerpo. Mientras miraban las llamas del fuego iban contando anécdotas de cuando eran más jóvenes. A Mar le encantaba escuchar, en poco rato se enteró de más cosas de Felipe de las que él le había contado.

—Mar, estás muy callada. —Eloy la observaba.

—Me gusta escuchar.

Ese momento, aprovechó Rubén para intervenir.

—Tío —dijo mirando a Felipe—, me han estado contando algunas cosillas mientras esperábamos, y me gustaría saber, ¿por qué no acudiste a mí?

Los dos se quedaron mirando durante unos segundos, los otros esperaban la respuesta de Felipe.

—Te habrán dicho también que me salté unas cuantas leyes, ¿no? Sé que no me hubieras dejado en la estacada, pero no quería que te sintieras obligado a ayudarme... además, Elena te conoce, tenía que ser alguien que ella no pudiera asociar conmigo.

Rubén asentía con la cabeza.

—¿Cómo está el asunto ahora?

—A efectos legales he adoptado una niña. Y eso es lo que tenéis que decir si alguien os pregunta. Cosa que espero que no suceda.

Todos estuvieron de acuerdo en cubrir a su amigo, se notaba que eran como una piña, como una gran familia.

Mar sintió cómo Felipe se relajaba, alargó el cuello y lo besó en la barbilla; luego se levantó, fue en busca del mantel de papel y empezó a preparar la mesa. Bajó de la cocina la bandeja de carne de la nevera, puso al lado del fuego la escalibada para que se calentara. Puso en marcha el horno para hacer las pizzas de los niños y subió a ver qué hacían los pequeños. Se sorprendió cuando vio que con las mantas habían montado una cabaña y jugaban con la pequeña Andrea al escondite.

Cuando volvió abajo, Sofía estaba poniendo los cubiertos y los hombres seguían sentados ante el fuego.

—Eh, eh, eh... vosotros, jugaros a los chinos quién será el que haga la carne, no os penséis que aquí estamos las chachas.

Los hombres se miraron el uno al otro.

—Ya sabía yo que tras estas vacaciones había trampa —dijo Rubén.

—Ya salió el quejica. —Raúl apoyó a Mar. Él y Felipe se levantaron para ponerse manos a la obra.

Al cabo de un rato, Mar sacó las pizzas del horno y llamó a los niños a cenar. Fue digno de ver a los pequeños bajando la escalera cada uno cogiendo una manita a Andrea y con cuidado de que ella no cayera. Sofía se quedó mirando a sus irreconocibles hijos con cara de pasmo.

—Felipe, me tienes que prestar a tu hija, míralos los dos, parecen dos hombrecitos encogidos pendientes de su novia.

El comentario sacó buenas carcajadas a los adultos.

Las mujeres se encargaron de poner los platos para los pequeños, mientras estos se reían de las ocurrencias de sus padres asando la carne. Mar trajo una bandeja para poner la carne y puso los platos en la mesa para que todos se sentaran. Felipe estaba vigilando la carne y ella se le acercó con un vaso de vino del que bebieron los dos.

—Sentaos todos a cenar y nos vamos comiendo la carne así que vaya estando hecha, fría no vale nada. —Puso la escalibada en el centro de la mesa para que cada uno se sirviera.

Mar parecía estar en todos los sitios a la vez, pendiente de adultos y pequeños, Andrea se reía de las ocurrencias de sus nuevos amigos y le costaba comer, pues ahí estaba Mar para meterle un trozo de pizza en la boca.

«Felipe es un hombre con suerte», pensaba Eloy mientras la veía trajinar por todos lados. Por lo menos había alguna clase de justicia divina, su amigo tendría con esa mujer la felicidad que no tuvo hasta el momento.

Tan cerca del fuego hacía calor y Mar se sacó el grueso jersey, quedando solo con una camiseta ceñida que marcaba todo su cuerpo curvilíneo.

Rubén estaba pendiente de aquella mujer que había devuelto la sonrisa a su amigo. Él era abogado y por deformación profesional no se fiaba de nadie, no obstante, Mar parecía distinta a todas las mujeres con las que se había encontrado y no le desagradaba, pero estaba pendiente de ella.

Mar iba repartiendo los trozos de cordero a medida que se iban cociendo, preparó un plato con escalibada y lo acercó al fuego donde estaba Felipe, y con los dedos cogió un trozo de cebolla y se la metió en la boca, él le chupo los dedos y sus miradas parecieron chispear. Ella también iba comiendo al mismo ritmo que lo controlaba

todo. El jolgorio aumentó, todos se lo estaban pasando bien. Los críos terminaron y Mar los tentó con pan tostado y carne.

—Mmm... que bueno está —dijo Andrea al probar de la tostada de Mar.

Niko y Yago también probaron y quisieron que ella les preparara una tostada.

Felipe no se perdía nada de lo que hacía Mar, él iba comiendo lo que ella le iba sirviendo, y en muchas ocasiones fueron sorprendidos por las miradas curiosas de Sofía que no se perdía detalle del amor que los unía. Y cuando sus miradas se encontraban les sonreía con cariño, era feliz de que su amigo hubiera encontrado a una mujer como Mar.

Todos se pusieron las botas con aquella cena.

—Niños, es hora de hacer las castañas —Mar los llamó—. ¿Quién trae la sartén con agujeros que hay encima de la mesa de la cocina?

—Yo.

—Yo.

—Yo.

Todos querían ayudar, incluso la pequeña Andrea, Mar rio y les hizo una señal para que fueran los tres.

Mar se puso a tostar castañas, cantando la canción que ella sabía de la castañera, a Andrea también se la habían enseñado en la guardería, y la cantó con ella. Se inclinaba sobre el fuego para remover las castañas, e inconscientemente movía el culo al ritmo de lo que cantaba.

Felipe vio que sus amigos tenían la vista fija en el trasero de Mar.

—¿Qué? ¿Disfrutando de las vistas?

Las carcajadas resonaron en la estancia.

—¿No me negarás que es una buena panorámica? —se guaseó Eloy.

Mar miró por encima de su hombro y vio lo que estaba pasando.

—Qué, chicos, ¿os gusta lo que veis? ... Porque lo veréis, pero no lo cataréis.

Le guiñó un ojo a Felipe, y le dedicó la más prometedora de las sonrisas.

Cuando las castañas estuvieron asadas, las envolvió en paquetitos de papel de periódico, e hizo que los niños se sentaran encima.

Los pequeños se prestaron encantados, riendo y gritando de excitación.

—Ahora os podéis tirar un pedete.

Las risas de los niños acallaron las de los adultos. Sofía estaba sentada en un banco

al lado de Mar viendo cómo ella manejaba a los críos, sin proponérselo.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Conozco a mis hijos, se parecen a su padre y son unos cafres cuando se alborotan.

—Raúl miró a su mujer con cara de ofendido, pero se le escapaba la risa—. Están hiperactivos, sin embargo, tú los dominas como si nada.

Mar soltó una carcajada.

—Trabajo con ancianos, créeme, tus hijos son unos santos al lado de algunos de mis viejetes.

—Niños, dejad de calentaros el culo y repartir las castañas —les mandó Sofía—. Rubén, encima de la mesa de la cocina hay un paquete de pastelería, ¿quieres traerlo, por favor? —El susodicho iba a protestar y ella lo impidió—. Tío, que no has colaborado en nada... por Dios.

—Claro que he colaborado.

—Ah sí... ¿en qué?

—En comérmelo, ¿te parece poco? —dijo soltando una risotada, pero se levantó y fue a por los panellets.

—Tráete también la mistela.

—¿La qué?

—Una botella donde pone mistela en la etiqueta... puñetas. —Iba a decir un taco, pero se reprimió porque estaban sus hijos delante.

Todos atacaron las castañas asadas y los panellets acompañado por el rico vino dulce. Mar se había sentado en el suelo ante la lumbre pelando castañas para Andrea y Yago, Niko le dijo que él ya era mayor y sabía hacerlo solo, sin embargo, ella se las iba dando a todos. No quería que se pusiera celoso de los más pequeños.

Felipe la miraba embelesado, se acercó a ella, tiró del banco que tenía a sus espaldas, se sentó y la atrajo entre sus piernas, ella al notarlo sonrió, levantó la cabeza y él la besó en los labios. Los niños soltaron un grito de júbilo al verlos.

Al fin terminaron todos cerca de la lumbre, y Raúl empezó a hacer fotos con el móvil a todo el grupo.

Poco a poco, las ganas de comer se esfumaron y se quedaron con los vasos de mistela. Encima de la repisa de la chimenea había varias barajas de cartas. Rubén cogió una y empezó a barajar.



—¿Quién se apunta al siete y medio?

—Si es con pasta yo —Mar fue la única en responder, y Rubén la miró entrecerrando los ojos.

—Yo no me pondría entre él y una baraja —cuchicheó Sofía al oído de Mar, pero todos pudieron escucharlo.

A ella le brillaron los ojos y al final soltó unas risas.

—¿Qué no? A este me lo como yo con patatas.

Sus amigos, que sabían de la habilidad de Rubén con los naipes, imaginaron que la pondría en ridículo. Todos se les unieron para que no se burlara de ella.

Empezaron a jugar y Mar empezó a perder, apostando poco dinerillo. Todos iban ganando alguna mano y cuando esto ocurría se guaseaban de los demás. El que más ganaba era Rubén. Le tocaba barajar a Mar y al tenerlo enfrente lo miró...

—Ahora me toca a mí.

Nadie entendió lo que quería decir, solo Felipe sabía que ella jugaba con los ancianos a juegos de mesa, sonrió; a su amigo le esperaba una buena tunda.

Mar repartió, tenía un siete, todos pidieron cartas, unos pasaban y se retiraban y otros seguían. Rubén al decir ella que ya tenía bastante, cuando al ser la que daba cartas tenía que esperar a que los otros hicieran sus jugadas, pensó que era una inexperta, él tenía un seis. Se plantó.

Mar ganó la mano y volvió a repartir. Le salió un cinco, los demás pedían carta o se plantaban. Ella no perdía de vista a Rubén que cuando tenía alguna carta mala, se mordía el labio. Así era, no llevaba buenas cartas, ella dio vuelta al cinco y se giró otra carta, un as, bastante. Volvió a ganar.

Así pasaron un buen rato, en el que Rubén no ganó ni una mano. Sofía se había retirado y observaba. Y Felipe, Eloy y Raúl se carcajeaban cada vez que su amigo era derrotado.

Estaban tan concentrados en el juego que ninguno de ellos vio a la pequeña Andrea que se acercaba a Mar y le daba toquecitos en la espalda con su dedito. Ella se giró y al verla con su osito de peluche bajo el brazo...

—¿Qué pasa, cielo? ¿Tienes sueño?

La niña asintió.

—Sofía, termina la partida por mí, esta princesita me reclama. —Cogió a la niña en brazos, vio que Felipe iba a seguirla y negó con la cabeza.

Al llegar a la habitación de las literas, donde los niños habían estado jugando vio que Niko y Yago se habían puesto sus pijamas. Puso sábanas y mantas, y los pequeños se acostaron enseguida. Mar sacó de su bolsa unos pijamas que había comprado, uno para ella y otro para la pequeña, eran iguales, rojos con lunares blancos los pantalones y la parte superior era como una sudadera roja con cuello alto con un dibujo de Minnie Mouse. La niña estuvo encantada con su regalo. Ella la acomodó al lado de sus nuevos amigos y Niko le pidió que les contara un cuento. Mar sabía que después de uno le pedirían otro hasta quedarse todos dormidos, les dijo que esperaran un momento a que ella se pusiera cómoda y les contaría todos los que quisieran. Se puso su pijama nuevo y se apoyó en unas almohadas hablando con voz baja para arrullar a los pequeños. Andrea fue la primera que cayó dormida, apoyando la cabecita en su muslo, y los otros no tardaron nada. Imaginó que la excitación del día los habría agotado.

Al no oír alboroto en el piso de arriba, donde estaban sus hijos, Raúl fue a ver qué hacían; el cuadro que vio al llegar a la puerta le hizo sonreír. Mar se había quedado dormida junto con los pequeños. Los había arropado y parecía estar en el séptimo cielo.

—Venid a ver esto —dijo Raúl a los que jugaban a las cartas—. Felipe, amigo, si tenías planes para esta noche...

Habían llegado a la puerta del inmenso cuarto.

—No la dejes escapar, cariño —le dijo Sofía cogiéndolo del brazo—, esta chica es una joya.

—Lo sé. —La satisfacción de Felipe se notaba en cada una de sus palabras.

Dieron la velada por terminada y cada uno se fue a acostar. Felipe fue en busca de su bolsa, y lo hizo al lado de la mujer que amaba. Ella tenía abrazada contra su pecho a su hija y él les pasó el brazo por encima a ambas y supo que había encontrado la felicidad al lado de «su diosa pelirroja».

## Capítulo 33

Estaba amaneciendo cuando Felipe abrió los ojos, al trabajar de noche tenía los horarios cambiados y con pocas horas de sueño le era suficiente. Mar tenía las piernas enredadas con las suyas y en algún momento de la noche le había pasado un brazo por debajo de su cuerpo, descansando su cabeza contra su hombro. La parte íntima de la mujer se apoyaba a su cadera transmitiéndole calor, mucho calor.

Levantó la cabeza y vio a los pequeños que dormían a pierna suelta, seguro que dormirían buena parte de la mañana, pues se acostaron muy tarde.

Las manos de Felipe, por voluntad propia, empezaron a recorrer la espalda de Mar por debajo del pijama, ella se removi6 facilitándole el movimiento, pero no despertó. Sus dedos juguetones se colaron en el pantalón y sus yemas acariciaban las nalgas suaves como el terciopelo, la otra mano se paseaba desde la nuca al fin de la columna, causando que se le erizara la piel.

Mar despertó lentamente, con una agradable sensación en todo el cuerpo. Bajo su mejilla notaba el vello del pecho de Felipe, su aroma inconfundible le llenaba las fosas nasales haciendo que ella inhalara con fruición. Las manos que le recorrían la espalda le daban una sensación de plenitud y bienestar que le encantaba.

Él notó que estaba despierta, y una de sus grandes manos se trasladó a la nuca para levantarle la cara y darle los buenos días como era debido, con un beso.

Se miraron a los ojos, los de él brillantes estrellas luminosas, los de ella adormilados pozos de miel. Se acariciaron con la vista mientras él no paraba de saborearla con las yemas de sus dedos, que cada vez repartían caricias más íntimas. Ella se mordió el labio inferior, y Felipe la tumbó de espaldas. Juntando sus bocas con tiento, se besaron y acariciaron durante largos minutos. Las sensaciones eran tan exquisitas que ninguno de los dos deseaba terminar con los besos.

Sin apenas apartar la boca de la de Mar, él le sacó el pijama por la cabeza, y ella hizo lo propio con los pantalones; y luego lo ayudó a él a desprenderse de las molestas prendas. En cuanto sus pieles desnudas se tocaron, pareció que una corriente eléctrica los recorría.

Felipe era consciente de que debían ser muy silenciosos, los niños estaban ahí mismo. Le cubrió la boca con la suya y empezó a darle lentos besos, bebiéndose los gemidos que a ella se le escapaban. Perdieron la noción del tiempo, se acariciaron hasta que la piel les hormigueaba, y mucho después él entró en el cuerpo de ella con absoluta fluidez. Mar se sentía desbordante de deseo, sin embargo, él no apresuraba sus movimientos, sino que se deslizaba en su interior con una parsimonia que la enloquecía, haciendo que ella vibrara de placer. Lentamente la llevó hasta las puertas del éxtasis y en el momento justo que ella tocaba las estrellas con las manos, él se dejó ir y los dos juntos se dejaron llevar por el mayor goce.

Felipe se levantó y después de ducharse, encendió el fuego en la chimenea, que se había apagado durante la noche. Mar se reunió con él más tarde, llevando dos tazas de café en las manos. Se sentaron frente a la lumbre, entrelazados.

Así los encontró Raúl, que al bajar pasó por el cuarto donde aún dormían los niños.

—Buenos días, pareja. —Ellos se giraron al oírlo, y Felipe vio la extraña expresión de su amigo—. ¿Habéis dormido bien?

—Como bebés.

—No sé yo —Mar y Felipe se miraron extrañados—. En la habitación de los niños se huele a... ¿Habéis hecho ejercicio esta mañana?

—Ay sí, siempre hago abdominales cuando despierto —Mar no se amilanó con el comentario de Raúl.

—Suerte que los niños tienen un sueño profundo —dijo mientras se le escapaba una sonrisa.

—Tío, cuando quiero puedo ser muy sutil y silencioso. Podrías practicar, los resultados son espectaculares —se burló Felipe.

—Así que te ha sentado bien, ¿eh?

—Estupendamente —dijo apretando a Mar contra él.

Poco a poco los adultos fueron despertando y bajando a tomar café.

Dejaron que los niños durmieran mientras ellos recogían todas sus cosas. Mar fue a ver a Pilar y le dijo que irían a desayunar. Se entretuvo paseando por los alrededores y haciendo unas fotos con el móvil.

Cuando fueron a desayunar, Mar pidió un chocolate para Andrea, los otros niños

también querían. Los adultos empezaron a pedir cafés y cruasanes, Felipe esperaba sonriente a ver qué se pedía Mar y a ver la cara de sus amigos.

—A mí me pones dos huevos fritos con patatas y jamón.

—Yo lo mismo —pidió Felipe.

Raúl, Eloy y Rubén se quedaron mirándolos.

—A mí también —dijo Sofía sonriendo—. Oh que bueno, me voy a poner las botas. Su marido la miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Te sentará bien?

—Ya lo creo.

Mientras estaban dando cuenta de la comida, Felipe le preguntó a Mar si era posible ir al circuito y que ella les hiciera una demostración de velocidad. Ella le dijo que esperara a que hiciera una llamada, para ver si habría alguien, si estaría abierto. Después de llamar a Santi, este le dijo que él siempre estaba allí, que si iba dispuesta a que le diera una lección de conducción. Mar lanzó un grito.

—¿Al fin te has decidido a ver la parte de atrás de mi cacharro? —Miró a Felipe con una gran sonrisa y el pulgar hacia arriba.

Aquella exclamación llamó la atención de Eloy.

—¿Has dicho tu cacharro?

—Te debo un paseo.

Eloy asintió y les contó a los demás que ella le había prometido hacerle sentir la velocidad, pero que no sabía de qué se trataba.

—Bien, me encantan las sorpresas —aplaudió Sofía, y luego juntando la cabeza con la de Mar—. Me lo tienes que contar.

—Tramposa —susurró Raúl que había escuchado el comentario de su mujer.

Un par de horas más tarde, Mar veía las caras de los sorprendidos amigos de Felipe, que al salir de sus coches y ver el circuito se quedaron con la boca abierta.

Santi estaba como siempre, con la cabeza metida bajo el capo de su Renault cinco. Él al oír todo el alboroto sacó la cabeza.

—Vaya, no pensaba que te trajeras espectadores para que presenciaran tu derrota.

—El hombre lucía una sonrisa torcida, de burla.

—Eso no va a suceder, y tú lo sabes, por eso me has dicho que sí hoy que no hay

nadie más.

—No voy a contestar a eso, te lo demostraré a ti y a tus amigos en el asfalto.

Mar rio, se giró y vio la cara de estupefacción de todos los que la acompañaban, Eloy estaba dando vueltas al Alfa Romeo. Ella se le acercó.

—¿Qué, quieres correr en él o contra él? Si quieres te hecho una carrera contra tu flamante Mercedes.

Eloy se inclinó hacia ella.

—Estás de coña, ¿no? ¿De verdad crees que podrías ganarme con este cacharro? Joder, no me extraña que Felipe lo bautizara con ese nombre.

—Entonces tú corres con el tuyo.

—No, no. —Eloy no quería que ella se sintiera mal porque él seguro que le ganaría con su nuevo coche.

Ella se acercó a Felipe y le dijo que le dejara las llaves de su coche. Cor movimientos coquetos le puso la mano en el bolsillo y las sacó, al tiempo que le daba un beso en los labios. Dio un par de vueltas al circuito con el motor a medio gas.

—¿Me prestas tus llaves? —le preguntó a Eloy cuando paró el Audi en boxes.

Él con una sonrisilla de prepotencia se las tendió.

Mar hizo lo mismo que con el coche de Felipe. Y cuando lo dejó estacionado le dijo:

—Tienes razón, ronronea como un gato.

Eloy sonrió con satisfacción.

Y ella añadió:

—Pero el mío lo hace como un león. ¿Quieres que te lo demuestre?

—¡Por qué no!

Aquel comentario arrancó carcajadas de todos los presentes.

Mar abrió el maletero de su coche y sacó los cascos. Le dijo a Eloy que se pusiera uno; a él se le escapó una sonrisa, pensando que aquello era una de las bromas de Mar. Cuando le dijo que se pusiera el cinturón él le siguió la corriente. Lucía una luminosa sonrisa hasta que las ruedas del Alfa tocaron el asfalto y Mar apretó el acelerador a fondo. Se sintió impulsado hacia atrás, contra el asiento, y no cerró los ojos porque le dio vergüenza. Se agarró y vio pasar las curvas y el terreno a toda velocidad conteniendo el aliento hasta que no pudo más y lo soltó de golpe, cogiendo una gran bocanada de aire.

Mar se dio cuenta de todo, y sonrió. Al llegar a la recta de boxes, paró con una derrapada.

—Quizás quieras besar el suelo al salir. Y no le he dado a tope para que ese fantasma se confie.

Salieron del coche, y sus amigos la estaban aplaudiendo, y rieron con ganas al ver la cara de Eloy, parecía que fuera a vomitar de un momento a otro.

—Muy bien, cariño, ayer le bajaste los humos a Rubén y hoy has hecho cagar a Eloy... solo te queda Raúl.

—Oye, oye, oye... —se quejó su amigo—. Que yo le caigo bien. ¿A qué sí, princesa?

—Ellos no me caen mal —exclamó ella con una carcajada.

—Ay... que Dios nos coja confesados —dijo mirando a Sofía como pidiéndole ayuda.

Su mujer lo miró con una sonrisa pícaro pintada en la cara.

—Lo que voy a hacer es aprender las cosas que hace ella.

Raúl rumiaba por lo bajini, mientras las miraba a ambas con el ceño fruncido.

Mientras unos se burlaban de los otros, se oyó el ruido de un capó al cerrarse, Mar se dio la vuelta y vio a Santi, apoyado en él.

—¿Ya estás listo?

—¿Estás preparada para ver la parte trasera de mi coche? —dijo él con superioridad.

—Eso es lo que tú te crees.

—Es lo que va a ocurrir.

Antes de montarse en sus coches, acordaron que darían cinco vueltas al circuito, y que Sofía daría la salida. Mar le dio un beso a Felipe, y ante la cara de guasa de los demás les dijo que era para que le diera suerte, de lo que todos se rieron. Cuando se separó le dijo que grabara la carrera, para que Santi no pudiera negar lo que iba a pasar. Los dos se pusieron en la línea de la salida y empezó la carrera. Todos estaban pendientes de lo que ocurría en el asfalto; Mar tomó la delantera, pero Santi no tardó en adelantarla. Ella siguió su estela, sin dejar que se alejara, pero dejándolo que se confiara. Cuando pasaban por la recta de boxes, ella se ponía a su lado y los dos pasaban por la línea de meta muy igualados. A la vuelta final, ella trató de adelantarle en dos ocasiones sin conseguirlo, así que fue pegada a la parte posterior del Renault

hasta la recta, donde le dio gas a fondo y lo adelantó, cruzando la línea en primer lugar.

Al salir del coche, todos sus amigos la aplaudían. Santi se acercó a ella, y con plan chulesco le dijo:

—No lo he apretado a fondo para no humillarte delante de tus amigos.

Ella estalló en carcajadas.

—Eso no te lo crees ni tú.

—¿Quieres darme la revancha? —la provocó Santi.

—Otro día, dejaré que sigas mimándolo hasta la próxima ocasión. Ahora me voy a comer con mis amigos para celebrarlo.

Durante la comida, Eloy alabó el talento de Mar en el volante. Y todos estuvieron de acuerdo. Sofía estaba entusiasmada con su nueva y peculiar amiga. Felipe les contó la perspicacia de Mar en todo lo que se proponía: la forma que había puesto en un apuro al alcalde para que moviera el culo en ayudar a las personas mayores, cómo había salvado la vida a un niño en un incendio y lo que pretendían hacer con los calendarios...

—Ha influido en la vida de muchas personas.

Todos se daban cuenta del orgullo con el que hablaba de Mar.

—¿Cuándo vais a tener los calendarios? —preguntó Raúl.

—Muy pronto.

—Mándame, y los voy a colocar en todas las viviendas de Mugarodos.

—Los que quieras.

—Oye, ¿no serán subiditos de tono? —Sofía se había dado cuenta que Mar era capaz de todo con tal de ayudar, y lo de los almanaques le encendió las alarmas.

—Todas las fotos son aptas para menores.

—Aún no me has enseñado la tuya —dijo Felipe.

—Es tan decente que resulta indecente. Rocío dijo que era matadora.

—Miedo me da.

Felipe se pasó una mano por la cara, temiendo la fotografía elegida. Todos la miraron con cara de espanto.

—Esperad que creo que ella las tiene, le diré que me las mande.

Escribió un mensaje a su amiga y en unos pocos minutos oyó la melodía que le indicaba la entrada de un WhatsApp. Pasó el móvil a Felipe y este se sorprendió de



que una foto tan casual, fuera tan sensual, una sonrisa embelesada se le dibujó en el rostro. Claro que así era Mar.

Mientras los otros las miraban, él le preguntó por el fotógrafo que las había hecho, una idea había cristalizado en su cabeza y pensaba llevarla a cabo.

## Capítulo 34

Al cabo de unos días, todo había vuelto a la normalidad. Los amigos de Felipe se habían marchado, y todo volvía a la rutina. A Felipe se le acabaron las vacaciones y la normalidad se instaló en sus vidas.

Mar estaba en la residencia cuando se le acercó Marga y le dijo que a Manolo le pasaba algo, que no estaba normal. Ella le contestó que lo hacía para llamar la atención, sin embargo, se propuso estar pendiente del anciano en la distancia. No quería que le volviera a tomar el pelo como lo había hecho.

Ella misma se dio cuenta de que estaba malhumorado, que discutía por tonterías con otros ancianos, por pequeñas cosas que nunca le habían importado. Y se alejaba de las mesas donde se jugaba a las cartas, cosa impensable pocas semanas atrás. A Mar le dio mala espina, pero se negaba a volver a confiar en él. Se lo comentó a Manu, y este le dijo que dado su distanciamiento, no podía juzgar la conducta de su padre. Además, pensaba como Mar que el anciano lo hacía para llamar la atención. Pero Mar no terminaba de estar convencida, y le preocupaba que su indiferencia hacia Manolo, le causara una depresión.

Empezó a tratarlo como antes, pero siempre que se le presentaba la ocasión soltaba que tenía novio, para que el viejete no se volviera a poner pesado y se convenciera de que ella nunca sería su nuera. Notó lo que sus compañeras decían, que en ocasiones se aislaba de los demás. Estaría pendiente de sus actos.

Esa noche Felipe le había dicho que cenarían juntos, la fue a buscar a su casa y cuando ella le preguntó dónde iban o si pretendía sorprenderla, él se rio.

—Quería sorprenderte, pero quizás sea mejor que te diga dónde vamos, tal vez no te apetezca.

—Que misterioso.

—Me gustaría que conocieras a mis padres —dijo al pararse en un semáforo.

Ella desde luego se sorprendió, y por una vez se quedó en silencio.

Él, asombrado por haberla dejado sin palabras, creyó que tal vez debería habérselo dicho antes. Estaban circulando por una ancha avenida, él se arrimó a la acera y paró.

Mar lo miró interrogante.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella, al ver que se había detenido. ¿Es que dudaba de que ella quisiera conocer a su familia? Si ella ya le había presentado a la suya. Lo que le extrañó fue que no lo hiciera antes; sin embargo, la había llevado a la taberna de Roberto. Era como si lo hubiese hecho para allanar el terreno. Para que Roberto y Manuela hablaran bien de ella a sus padres. Lo mismo pasó con Andrea. Mar se preguntaba ¿qué clase de personas serían? ¿Es que esperaba que no les gustara? ¿La estaría protegiendo de alguna cosa?

Sabía que Felipe les había contado la historia de su vida, el por qué se había ido de su tierra, ¿es que esas personas esperarían encontrarse a otra Elena? ¿La compararían con ella?

—No quiero presionarte, si no te apetece podemos ir a cenar a otro sitio.

Mar lo miró a los ojos con preocupación.

—Me da la impresión de que es a ti a quien no le gusta la idea. ¿Qué ocurre? Temes que no les caiga bien, y que me den la espalda, ¿por qué? ¿Son de los que nada es suficiente para su hijo?

La expresión de Felipe era un poema.

—¿De dónde has sacado esas chorradas?

—Dímelo tú.

Él sacudió la cabeza, aquello parecía el juego de los disparates.

—Mis padres ya te adoran sin conocerte, cuando hayas pasado cinco minutos con ellos los tendrás comiendo de la palma de tu mano, estoy seguro.

—¿Por qué? —La pregunta fue acompañada de la sonrisa hechicera de Mar. Se iba a cachondear de él, como si lo viera.

—Por qué, ¿qué? —Le siguió la corriente.

—¿Por qué me adoran?

Se estaba poniendo caprichosa, lo hacía cuando quería tomarle el pelo. Pero no se iba a salir con la suya, sonrió y se mordió el labio inferior, sabía que a ella la volvía loca que lo hiciera. Como había previsto, ella se le acercó sin apartar los ojos de su boca; lo cogió por las mejillas para besarlo, pero él se mantuvo un momento sobre los labios de Mar y susurró:

—Te adoran porque me haces feliz.

Y le cubrió la boca con un beso lento y enloquecedor que la hizo estremecer entre

sus brazos. La apretó contra su cuerpo, acariciándola tentadoramente. Ella notó que iba perdiendo el control, y lo detuvo poniendo sus manos sobre el pecho de él.

—¿Nos están esperando? —preguntó con el aliento alterado.

—Sí, creo que han preparado una pequeña fiesta en tu honor.

—Ay Dios... no podemos entretenernos aquí.

Felipe la abrazó, murmurando que tenían tiempo, pasando sus manos por la espalda de Mar.

—Tranquila, amor, todo va a ir bien.

—Eso ya lo sé.

Ahora se ponía chulita, Felipe la soltó y sonrió, guiñándole un ojo.

Se incorporó al tráfico, en pocos minutos estaban parados ante la verja de su casa. Sacó el mando y la puerta de hierro se abrió con lentitud. Al parar el coche frente al garaje, oyeron a Andrea que llamaba a su padre con su cristalina vocecita.

La niña se tiró a los brazos de Felipe, y este la subió a sus brazos. Le dio un beso en los labios y entonces la pequeña se giró hacia Mar para recibir otro de ella.

—La abuelita me ha dicho que veníais a cenar.

Felipe pasó un brazo por encima de los hombros de Mar y la empujó para avanzar hacia la casa. Subieron los dos escalones que los conducían a la puerta donde los esperaban Ramona y Cesar. Su hijo hizo las presentaciones y Mar se vio envuelta en los brazos de la madre de Felipe. Le dio un beso en cada mejilla.

—Me alegro de que este hijo mío se haya decidido a traerte, tenía muchas ganas de conocerte.

Mar se sorprendió ante la mujer que tenía delante, se la había imaginado más mayor, en cambio tenía ante sí a una mujer de unos cincuenta y tantos años, con el cabello del mismo tono de Felipe y esos ojos grises que tanto le recordaban a los de él. Su boca bien pintada de rosa claro en aquel rostro ovalado. No había duda de a quién se parecía Felipe.

—Es un placer conocerla, señora.

—Oh... por Dios, llámame Ramona, no me siento tan mayor —lo dijo con una agradable sonrisa.

Cesar miraba a aquella mujer, con ojo crítico, se la había imaginado una esnob, con aires, como las que solían atraer a su hijo; pero por lo visto, la experiencia con Elena había hecho que Felipe se diera cuenta de que existían otras féminas que lo

envolverían en buenos momentos y menos dolores de cabeza. Aquella mujer exudaba buen rollo, desde su pelo rojo hasta sus largas piernas, pasando por su bella sonrisa.

—Yo soy Cesar, y nada de señor, ni de formalidades. Sé que te doblo con mucho la edad, pero aún tengo que dar mucha guerra, no estoy con el pie en la tumba.

Mar le dedicó una radiante sonrisa.

—Desde luego que no, está usted en la flor de la vida.

Él la interrumpió con una sonrisa que compartía con su hijo.

—No te lo he dicho para recibir cumplidos.

—Ni yo se los estoy ofreciendo, no sé si su hijo le ha dicho a qué me dedico —dijo mirando a Felipe, que negaba con la cabeza—. Le aseguro que al lado de las personas con las que trabajo es usted un niño.

—Por eso me tratas de usted, ¿no?

La risa profunda del hombre la hizo sentir bien.

Andrea, a la que su padre había dejado en el suelo, tiraba de la mano de Mar, llamando su atención.

—¿Dime, cariño?

—Tengo hambre.

Los adultos sonrieron a la pequeña. Mar la subió en brazos y le susurró al oído:

—Yo también, ¿qué es eso que huele tan bien?

—No lo sé.

—Vamos a ver qué es —dijo Felipe, poniendo la mano en la cintura de Mar mientras la empujaba hacia el comedor.

A su encuentro les salió Chimpon, que se ponía de pie en sus patas traseras para que lo acariciaran, ladrando y moviendo su rabo contento cuando conseguía alguna atención.

Mar lo miró sorprendida y luego sus ojos se trasladaron a Felipe interrogantes.

—Es la mascota de Andrea, te dije que no le faltaría amor... créeme, no hay animal más feliz en el mundo.

—Ni niña más contenta con un cachorrito —dijo Cesar.

La pequeña se bajó de los brazos de Mar y cogió a su mascota.

—Mar, dile hola a Chimpon.

Ella lo saludó y se acuclilló al tiempo que Andrea subía al perrito y este le lamía la nariz a Mar, como no lo esperaba, ella retrocedió y cayó de culo sobre los pies de

Felipe. Todos estallaron a carcajadas, el perrito se excitó y empezó a correr dando vueltas alrededor de los tres. Ramona y Cesar se emocionaron ante la bella estampa. Chimpon paró con la lengua fuera, mirando a Mar, se apoyó contra su pecho y le lamió otra vez la nariz.

—Mira, te está dando besitos —exclamó la pequeña riéndose—. Le gustas.

Aquella cena fue reveladora para Ramona y Cesar. Esa mujer que tenía a su hijo hechizado, lo hizo también con ellos. Les habló de ella, de su trabajo, de su familia y de su amor a los ancianos.

Felipe les contó lo que había hecho por uno de los viejetes de la residencia, y de los proyectos para ayudar a aquellas familias que habían perdido sus hogares en un incendio. Cuando les contó que había rescatado a un bebé de las llamas ya los tenía rendidos a sus pies.

Ella le quitó importancia a lo que hacía, y ellos estaban seguros de que esa mujer no buscaba reconocimiento, era un raro tesoro, y su hijo era el más afortunado del mundo por haberla encontrado.

Con la excusa de acostar a su nieta, Ramona y Cesar les dieron las buenas noches y se retiraron a descansar. Los dos habían visto las miradas que intercambiaban y no querían ser un estorbo. Felipe se dio cuenta de la treta y al mirar a su madre, esta le devolvió la mirada con un guiño.

Mar iba a recoger la cocina cuando Felipe se le acercó con una copa para ella y le dijo que lo haría Dolores al día siguiente. Ella puso mala cara e iba a protestar, cosa que a él no le sorprendió, sabía que no le gustaría dar trabajo a otras personas cuando podía hacerlo ella. Él la hizo callar con una suave rozadura de sus labios.

—No me vas a distraer, no me cuesta nada poner el lavavajillas.

—Y quien se va a llevar la bronca de Dolores voy a ser yo, ¿es eso lo que quieres?

—No creo que te gruñan por eso, ya tiene bastante trabajo con la casa y con la niña, o... ¿es que no aprecias las tareas del hogar?

Felipe soltó una risita.

—Esta faceta tuya la tenías escondida.

—¿De qué me hablas?

—¿Eres de esas feministas que...?

Ella negaba con la cabeza.

—No lo soy.

Ella negó con la cabeza y él sonrió ante su ceño fruncido mientras asentía.

—Solo me hizo falta verte dirigir a mis amigos la noche de la castañada, nos hiciste currar a todos de una forma u otra.

Ella recordó y se le dibujó una sonrisa en los labios.

—Ese día fue especial, Sofía me había advertido, y nos apostamos una cena a que os haría trabajar, ella no lo creía posible... gané yo.

Felipe soltó una carcajada.

—Vaya dos, ya sabía que cuando os conocierais os caeríais bien, lo que no tuve en cuenta es que juntas sois un peligro.

Mientras hablaban, Mar iba llenando el lavavajillas. Terminó la tarea, se secó las manos y se giró hacia él.

—Ya he terminado, soy toda tuya, ¿qué tenías pensado?

Él, que había estado distraído con los ágiles movimientos de Mar al inclinarse y mostrarle sus deliciosas curvas, vio que ella se había salido con la suya.

—Cuando Dolores me riña, le voy a dar tu teléfono.

Ella se encogió de hombros con una sonrisa.

—Me encantaría agradecerle la exquisita cena que nos ha preparado, dale mi número.

—Uy, uy, uy... creo que tengo demasiadas mujeres alrededor, si os ponéis todas de acuerdo, estoy vendido —lo dijo teatralmente, con cara de espanto—. Seguro que mi padre también se pone de vuestra parte.

Los dos rieron.

—¿Y bien? —preguntó con coquetería acercándose a él hasta que las puntas de sus pies se tocaron.

—Pensaba hacerte una visita privada por la casa —susurró Felipe junto a los labios de Mar, besándola a continuación.

Puso una mano en la parte baja de la espalda femenina y la guió hacia el salón, donde no se podía negar que en aquella casa vivía una criatura. Había en un rincón un canasto con juguetes y una pared estaba llena de dibujos de Andrea. Mar se entretuvo mirándolos. Luego sus ojos se trasladaron a Felipe, y él pudo ver una chispa de alegría en los iris avellana.

—¿Qué pasa?

—Me gusta que hayas adaptado tu vida a la de Andrea. —Él la miró sin comprenderla—. Se nota que no evitas a tu hija, te imagino viendo un partido de fútbol en el televisor y a la niña pintando o jugando a tu lado.

—Claro, ¿cómo debería ser si no?

—Buff... hay personas tan preocupadas por tenerlo todo en su lugar que... para que sus pisos sean como las fotos de las revistas de decoración, que los niños se sienten asfixiados por no poder jugar, para que sus mamás puedan presumir. Yo siempre he mantenido que una vivienda es para disfrutarla, no para esclavizarte a tenerla radiante para quien pueda venir. —Él la miraba sonriendo, ya sabía que Mar no trataba de impresionar a nadie—. Si a alguien no le gusta mi casa, que no venga.

—Me encanta tu manera de pensar. Es muy similar a la mía.

Los interrumpió los sonidos que hacía Chimpon jugando con uno de sus juguetes en un rincón, ella silbó y el perrito acudió raudo a la llamada. Mar lo cogió y recibió varios lametazos en la nariz, lo que arrancó risas de los dos. Le acarició la barriga y el perro se estiró de placer. Lo acunó entre sus brazos y cuando el perro se estaba acomodando, Felipe se lo cogió y le dijo que el animalillo dormía allí.

Por su pícaro mirada Mar supo que él quería estar a solas con ella. Le sonrió y se cogió de su mano, entrelazando los dedos, para que siguiera con la visita guiada. La mirada ardiente que recibió estaba llena de promesas.

Felipe la guió por las escaleras al piso superior y se detuvo ante una puerta cerrada, se soltó del agarre de Mar y abrió la puerta, entró él en primer lugar, no quería perderse la expresión de ella cuando viera lo que tenía colgado en el cabecero de la cama.

La habitación de Felipe era muy funcional, se fijó Mar, nada ostentoso, un gran armario empotrado de color pino, una cajonera alta del mismo tono, igual que las mesillas al lado de la gran cama. La pared del fondo supuso que habría una ventana, pues estaba cubierta de punta a punta con unas cortinas ocre, un poco más oscuras que el tono de las paredes. Encima del sifonier había varios marcos con fotos de Andrea y una caja de madera tallada.

Se dio la vuelta, Felipe se había apoyado en el armario esperando que ella dijera algo. Cuando Mar reparó en el gran retrato que presidía la estancia desde encima de la cama, se quedó con la boca abierta. Era ella, era la fotografía que se había hecho



para el calendario solidario.

—Pero... ¿Cómo...?

—¿Te gusta?

Mar no podía apartar la mirada de aquella imagen, una cosa era la foto en sí, y otra verla en el cabecero de una cama, se veía muy, muy, muy sexy, tuvo que admitir, dentro del conjunto en donde estaba situada.

Notó que un extraño calor le subía a las mejillas, hacía tiempo que no se ruborizaba de aquella forma. No sabía qué decirle

El haberla dejado sin palabras era toda una novedad, Felipe se le acercó despacio, le puso las manos en las mejillas para que lo mirara.

—¿No te gusta? —Rehizo la pregunta, con los ojos clavados en los de ella.

—Es tan... tan...

Que no encontrara las palabras le hizo gracia. La cogió por la cintura y la encerró en un abrazo. Bajó la cabeza y le besó el cuello dejando un rastro húmedo hacia el hueco de debajo de la oreja, notando un estremecimiento que la recorrió de arriba abajo.

Mar estaba pensando en lo que significaba su retrato en la cabecera de la cama, sin embargo, se distrajo con las sensaciones que la recorrían en oleadas con las caricias que él no paraba de prodigarle.

—Di algo —dijo Felipe separando los labios de su cuello.

—No pares.

Felipe sonrió, por lo visto ya se estaba recuperando de la impresión. Miró el rostro de ella que con los ojos cerrados y la boca entreabierta lo invitaban a perderse en ese cuerpo que lo tenía completamente hechizado. Le acarició los labios con los suyos y se perdió en el interior de esa gruta dulce que lo llamaba como el mejor de los manjares.

Mucho más tarde, satisfechos, felices y entrelazados volvió a indagar si a ella le gustaba o no, que hubiese puesto su retrato en la cabecera de la cama.

—Me ha sorprendido mucho —dijo ella sin querer analizar en ese momento lo que aquello significaba.

Él veía que ella se estaba guardando su opinión sobre el cuadro, y estaba confuso, pensó que aquello demostraría lo en serio que él se tomaba su relación. No obstante, parecía que para ella las cosas no eran tan claras. Debía tener paciencia, se recordó, desde sus anteriores romances, ella no confiaba en un futuro al lado de un hombre. Sí,

en ese momento estaba con él, les había presentado a sus amigos y parientes, pero no olvidaba que ella estaba segura que lo suyo tenía fecha de caducidad. Se durmió pensando que Mar sería un hueso duro de roer, pero no pensaba rendirse, entre sus brazos tenía una joya que no había esperado ni en sus más locos pensamientos. Era y sería suya para siempre.

Mar se despertó con una sensación de bienestar que la sorprendió. Sentía los brazos de Felipe envolviéndola y frotó la nariz contra el cuello musculado. Aún no había amanecido, la luna iluminaba las cortinas y un resplandor amarillento envolvía la cama, levantó la mirada y vio el retrato. ¿Qué estaba tratando de decirle Felipe? Ella ya había decidido lanzarse a la piscina, se arriesgaría con él, atesoraría todos los momentos que vivieran juntos y cuando fuera viejecita y estuviera en una residencia, les daría envidia a todas sus amigas contándoles que había tenido a un hombre de ensueño solo para ella. Que había vivido una historia de amor como las de las películas.

## Capítulo 35

Elena estaba en su casa de Ferrol, la rabia no la dejaba vivir, y una idea le rondaba por la cabeza. No podía consentir que Felipe estuviera tan feliz con aquella insufrible zorra de pelo rojo, iba a meterse en su existencia hasta que aquella tipeja lo mandara al carajo. Si no era suyo no sería de Mar. Tenía que conseguir separarlos, para que él se diera cuenta de a quién tenía que regalar los oídos, a los pies de quién debía estar, a quién debía sonreír con aquel encanto.

Sabía que lo que se disponía a hacer le podía estallar en la cara, él dudaría de cada una de sus palabras, después de todo, tres años atrás cuando él la mandó a paseo, fue al enterarse de que había estado con otros. Si ahora iba y le decía que había tenido un hijo, era posible que le dijera que podía ser de cualquiera con quien se hubiera acostado. Y si le creía, sería peor, pues le podía exigir conocer a su hijo cuando ella se había deshecho de él sin siquiera una mirada.

Decirle que el pequeño había muerto al nacer, era otra opción, pero que no la llevaría a ningún lado. Si no había niño no había nada que los uniera.

Sin embargo, si a quien se lo decía era a Mar, las cosas podrían irle mejor. Ella le haría creer que la había abandonado al quedarse embarazada. Tendría que tantear el terreno, si la zorra era una de esas mujeres como ella misma que no quería mocosos alrededor, la batalla estaría perdida antes de empezar, pero si quería tener hijos... era posible que lo dejara plantado, después de que ella le contara la historia a su modo y la embaucara. De una manera o de otra, tenía que hacer que Mar abandonara a Felipe.

Empezó a hacer las maletas, con una sonrisa ladina en la boca. Si aquellos memos se pensaron que se librarían de ella tan fácilmente, estaban muy equivocados.

Mar y «sus niños» estaban haciendo suaves estiramientos antes de empezar la clase, cuando Elena vestida como una modelo de ropa de deporte de alta gama entró en la sala. Mar soltó un taco mental al ver otra vez a aquella mujer.

—Buenos días, pensé que te habías pasado a algunos de mis compañeros —dijo la

monitora. Sabía que no era así, porque lo había preguntado a la recepcionista del gim, por lo que imaginó que no la volvería a ver. ¡Qué mala suerte la suya!

—Es que no he podido venir porque mi hijo ha estado enfermo.

Mar no pudo ocultar su cara de sorpresa.

—¿Tienes un hijo?

—Sí.

—Pues aquí tienes unas cuantas abuelas que te pueden aconsejar, seguro que saben muchos remedios para las dolencias de los niños.

¿A qué estaría jugando aquella mujer? Se preguntó Mar.

Vaya, parecía que pertenecía a una de las suyas, después de la sorpresa que vio en su mirada, pasó a la indiferencia, pensó Elena. Sería un hueso duro de roer.

Todas las ancianas asintieron al comentario de Mary y empezaron a preguntarle qué aquejaba a su hijo. Elena le lanzó una mirada envenenada mientras era acosada por todas sus compañeras de gimnasia. Al ver que Mar se desentendía de ella y empezaba los ejercicios con los hombres, dijo en voz alta para que todos pudieran oírla.

—Cómo voy a usar sus remedios si su padre es médico.

Aquel comentario hizo que Mar perdiera la concentración y estuviera a punto de caer. Sintió que se le revolvía el estómago. ¡Aquella imbécil no sabía que había dado a luz a una niña! ¿Cómo podían existir mujeres así? ¿Qué se proponía yendo a decirle aquello? Por lo que ella sabía Felipe no había tenido noticias de aquella lagarta, estaba segura de que si así hubiera sido, él se lo hubiera dicho.

Las miradas de ambas se encontraron a través del espejo.

—Supongo que te imaginas de quien hablo, ¿verdad?

Una furia ciega recorrió la espina dorsal de Mar, pero no quería mostrar ningún tipo de emoción. Esa mujer era el demonio en persona, y no se debía dejar llevar por los sentimientos que le inspiraba.

—Bueno, señores, señoras, vamos muy retrasados con la clase, y uno y dos...

La ignoró y retomó los ejercicios, dándole a entender que tanto le daba si tenía un hijo y con quien lo tenía.

Elena bullía de indignación, esperaba que Mar se hubiera enfadado por el descubrimiento, y resultó que no le hizo ni caso. Por la mente se le pasó que tal vez ya no estuvieran juntos... por su reacción era muy posible. Una sonrisa malvada se dibujó en sus labios, Mar la vio, pero fue algo tan fugaz que creyó que lo había

imaginado.

Como cada día, terminaron en la piscina, Mar se desentendió de Elena y fue a la parte donde se bañaban «sus niños».

Felipe estaba haciendo sus largos y no se fijó en la entrada de Elena en el recinto, ella lo buscó con la mirada y lo vio. Maldijo mentalmente, no tenía previsto poner su plan en marcha ese mismo día. Si se iba, la zorrilla se daría cuenta; si ya no estaban juntos no pasaría nada, pero si seguían juntos... Se tiró en un carril, bien lejos de Felipe para que él no la viera.

Lo vio salir del agua y con la toalla al cuello salir de allí, respiró más tranquila y salió también de la piscina y se acercó a Mar.

—¿Te apetece que nos tomemos un café?

—Imposible, tengo mucho que hacer.

Lo que deseaba Mar era salir de allí y perder a esa mala pécora de vista. ¿Qué pretendería yendo allí y soltar que tenía un hijo con Felipe? La idiota la estaba poniendo a prueba. Lo que quería era que corriera a reprochar a Felipe y separarlos; lo había visto en sus ojos cuando dijo que el padre de su hijo era médico, la sonrisa cínica que había acompañado el comentario lo decía todo. Mar sabía que si le decía a Felipe lo que había pasado, este montaría en cólera y sería muy posible que en caliente hiciera algo de lo que después podría arrepentirse.

Puso cara de indiferencia.

—¿Estando el niño enfermo lo has expuesto a un viaje tan largo?

—Ahora ya se encuentra bien.

Los viejetes empezaron a salir de la piscina y a despedirse de Mar.

—Pues me alegro mucho.

Se levantó y acompañó a «sus niños», no quería estar a solas con aquella tiparraca, podía decir algo que después lamentaría.

Elena salió del gimnasio convencida de que Felipe y Mar ya no estaban juntos. Él ni siquiera le había dirigido una mirada cuando salió del recinto, y ella tampoco se había dirigido a él. O sea, que no habría reproches entre ambos. Eso le dejaba el campo libre para machacarlo, pero... ¿cómo?

En lugar de coger un taxi, fue caminando hacia el centro de la ciudad pensativa. Se

había registrado en un hotel de Reus, al llegar a la plaza del Prim se sentó en una terraza a tomarse un aperitivo. Estando allí le llamó la atención una mujer con un pequeño de unos dos años, que jugaba en las cadenas del monumento en el centro de la plaza, tenía el cabello castaño oscuro como el de Felipe, una idea se fue abriendo paso en su mente. Sacó su móvil y le hizo una foto al niño que reía. Vio que la mujer cogía al pequeño de la mano y que se alejaban, no lo pensó dos veces y se fue tras ellos. Le sacaba fotos al niño cada vez que se alejaba un poco de su madre: delante de un escaparate, acariciando a un perro, corriendo hacia una tienda de caramelos...

Ya lo tenía, le diría a Felipe que el pequeño estaba con una tía suya en Ferrol, así no le exigiría verlo, le enseñaría las fotos que había hecho ese día al pequeño diciéndole que era hijo.

En el caso de que él quisiera conocer al niño, este tendría que sufrir un desgraciado accidente. Ella se haría la víctima y le reprocharía el abandono; no dudaba de que él sentiría mucho la pérdida, pues siempre había antepuesto a los enfermos a su propia vida. Lo tenía que hacer sentir culpable por haberla dejado, que él se creyera que su hijo había tenido una infancia difícil por no tener a su padre al lado. Le exigiría una gran suma de dinero por los gastos que supuestamente había tenido que afrontar sola. Se haría la víctima, explicándole que su padre le había dado la espalda al saber de su embarazo.

Elena se iba animando a medida que se le iban ocurriendo ideas para mortificar a aquel hombre que la había tratado como a una basura. Felipe iba a saber de qué pasta estaba hecha. Tenía el resto del día y la noche para planificar como hundirlo.

Esa noche, cuando Felipe llamó a Mar, esta dudo de decirle que Elena estaba en Reus; pero como no quería que hubiese secretos entre ellos, lo hizo.

—Hoy en el gim me han dado una sorpresa.

—¿Ah sí? ¿De qué se trata?

—Tu amiguita Elena ha vuelto.

—Maldita sea. ¿Te ha molestado?

Mar intuía lo que aquella mujer pretendía, quería recuperar a Felipe, y se cogería a un clavo ardiendo para lograrlo. Solo que él ya estaba pillado.

Se quedó unos segundos callada, pensando en cómo decirle lo que la víbora había

soltado tan a la torera.

Al no recibir respuesta, Felipe se temió lo peor y una repentina furia lo envolvió.

—Te está tocando los huevos, ¿verdad?

—No exactamente, lo que me preocupa es que va a por ti.

Felipe imaginó que Mar se estaba poniendo celosa de aquella víbora.

—Sabes que estoy vacunado contra ella, que no quiero verla ni en pintura. Sabes muy bien que solo hay una mujer en mi vida, y esa eres tú. Te quiero y nada me apartará de ti.

Silencio.

Mar sospechaba que él la amaba, como ella a él; se lo habían demostrado infinidad de veces. Siempre que estaban juntos. Incluso en alguna ocasión él había hablado de vivir juntos, pero no tenían prisa. Sin embargo, nunca le había dicho que la quería con las palabras, y le sonaron tan bien que se quedó embobada. Saboreando lo bien que se sentía al escucharlas.

—¿Cariño, estás ahí?

—Sí.

—¿Qué pasa? No estarás preocupada por Elena, ¿verdad?

—No.

Él le notó la voz rara.

—¿Entonces?

Silencio.

Al fin, Felipe oyó un susurro:

—Es la primera vez que me dices que me quieres.

Él se dio de patadas mentales, con todo el carácter que tenía Mar, con toda la seguridad en sí misma y por lo visto necesitaba las palabras que él le había negado durante tanto tiempo.

—Necesitabas que te lo dijera, ¿verdad?

—Ha sido muy agradable oírtelo decir.

—Me gustaría estar ahí contigo para repetírtelo mil veces, hasta que no dudes de que para mí no hay otra mujer que una diosa con pelo rojo que invade todos mis sueños.

A través de la línea oyó que ella sorbía por la nariz.

—¿Estás llorando, amor?

—No, es solo que lo que me has dicho es tan bonito...

¡Cómo deseaba estar con ella en ese momento!

—Pues prepárate, me pedirás que deje de repetírtelo.

Mar sonrió ante aquella amenaza, que le había encantado y que sabía que se haría realidad en cuanto volvieran a verse.

—Y ahora mismo voy a cambiar mi turno para poder empezar mañana mismo.

—No, no, no...

—Ya lo creo que sí, te llevaré a un sitio especial y no pararé de decirte cómo te amo.



## Capítulo 36

A la mañana siguiente, Felipe salió del gimnasio y se llevó la sorpresa de su vida. Elena salió de la cafetería del frente y lo interceptó. Él iba a pasar junto a ella cuando oyó.

—Sé que me has visto, tenemos que hablar.

—No tengo nada que decirte.

—Yo sí.

—Bueno, pues yo no quiero escucharlo. —Dio un rodeo para esquivarla y se alejaba.

El comportamiento de él estaba sacando a Elena de quicio. Se lo haría pagar. Se apresuró a ponerse a su lado.

—Imagino que ya no estás con aquella pедorra de pelo zanahoria.

Felipe se detuvo de repente.

—No te quiero cerca de ella.

Elena soltó una carcajada falta de humor.

—Vaya, o sea que se hizo la loca cuando...

—¿Sí? ¿Cuándo? —La miró entrecerrando los ojos al hacer las preguntas, Mar le había dicho que Elena estaba de vuelta, pero no que la hubiera estado incordiando.

—Hay que reconocer que es buena actriz, me engañó, pensé que ya la habías mandado a paseo.

Felipe supo que le habría dicho algo a Mar para fastidiarla.

—Que te entre en esa cabeza dura que lo que haya entre Mar y yo no es asunto tuyo, déjala tranquila. Olvídate de nosotros, vuelve a tu casa y cómprate una vida, así dejarás de ponerte en la de los demás.

Aquellas palabras la ofendieron y no pensó en lo que decía.

—Yo ya tengo una vida, junto con tu hijo, al que abandonaste al dejarme plantada y venirte aquí.

El estómago de Felipe se contrajo y se la quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Qué has dicho?

Elena maldecía para sus adentros, la noche anterior había decidido que le diría a Felipe que su hijo había muerto no hacía mucho, eso lo haría sufrir más, lo hundiría, y que por eso había ido en su busca. Claro que también le había dicho a Mar que había ido allí con su hijo. Debía centrarse para no contradecirse ella misma. Pero al hablarle como si fuera una don nadie, la había sacado de sus casillas y su lengua la traicionó.

A Felipe un escalofrío le recorrió la espalda, ¿sabría algo de Andrea? No, desde luego que no, había dicho un hijo, ni ella sabía que había dado a luz una niña. ¡Cómo odiaba a aquella mujer!

Respiró profundamente, debía saber para su tranquilidad y la de su familia, qué pretendía Elena. La miró alzando una ceja esperando que contestara su pregunta.

—¿Qué has dicho? —repitió.

—Tenemos un hijo.

—¿Es mío?

Elena sabía que él llegaría a aquella conclusión.

—Siempre tuve mucho cuidado cuando no estaba contigo.

El escepticismo que vio en la mirada de Felipe la impulsó a decir:

—Solo hace falta verlo para saber que es tu hijo.

Las cosas no estaban funcionando como ella quería, sacó el móvil de su bolso y le enseñó las fotos que había hecho a aquel mocoso el día anterior.

Él las miró y se preguntó quién sería ese pequeño, y dio la casualidad que reconoció uno de los escaparates de juguetes, pues unos días atrás Andrea había estado admirando unos peluches en el mismo comercio. Pasó las fotos y también vio las cadenas de la plaza del Prim donde a su hija le encantaba jugar cuando salía de la guardería y la llevaba a dar un paseo, tenía en su propio móvil alguna instantánea similar de Andrea.

—Este niño no es mi hijo.

—¿No ves que es clavadito a ti?

—No.

A Elena iba a salirle humo de las orejas de un momento a otro.

—Ya veo que vas a negarlo, ¿quieres que te denuncie, y nos veamos en el juzgado? Me debes una buena suma por los gastos de estos años.

Ya habían llegado al meollo de la cuestión.

—Lo que yo veo es que vas detrás de mi dinero, pues no cuentes con eso.

—Muy bien, pues me buscaré un abogado y ya verás lo que te va a costar haberme abandonado cuando estaba embarazada.

Felipe soltó una carcajada falta de humor, sabía que ella misma había dado los papeles de la clínica donde dio a luz al abogado que lo representaba a él. Se los había exigido para que después de pagarle por su hija no se le ocurriera querer sacarle más, que era precisamente lo que estaba haciendo en esos momentos.

—Está bien, supongamos... solo supongamos que yo te creo, quiero conocer al pequeño.

—Está en... —Iba a decir en Ferrol, pero recordó a tiempo que le había dicho a Mar que lo trajo con ella, y si estaban juntos en algún momento ella se lo diría.

—¿Dónde? —La dureza de su voz hizo que ella diera un respingo.

Las personas que pasaban cerca de ello se giraban a ver qué pasaba.

Elena dudaba y él pudo ver la mentira en su mirada. Era ajeno a todos los ojos que estaban pendientes de ellos.

—Estará dando un paseo por ahí, me he traído a la canguro conmigo. —Iba inventando a medida que las palabras salían de su boca.

A Felipe se le agotaba la paciencia, pero debía terminar con todo ese cuento para que esa mala víbora los dejara tranquilos.

—Muy bien, quiero ver al niño.

—Es que... —Elena se daba cuenta de que ella solita se había enredado, había caído en su propia trampa. Pero no estaba dispuesta a reconocer que la única verdad que había salido de su boca era que había tenido un hijo. Nunca admitiría que lo había vendido.

Estaba furiosa por haber dejado que la ira la dominara al saber que Felipe seguía con aquella tipeja de pelo zanahoria. Ella lo único que pretendía era que él se sintiera un miserable. Plantarle dudas ante la posibilidad de haber sido padre. Desbaratarle la vida que parecía sonreírle. Quería que se sintiera un desgraciado, un fracasado.

—No vas a ver al niño hasta que tú y yo lleguemos a un acuerdo, estos tres años han sido un infierno para mí.

—Vaya... no ha sido esa la impresión que me ha causado al oírte decir que tú ya tenías una vida con mi hijo.

—Eres un miserable —exclamó hirviendo en su furia.

—Puedo ser muchas cosas, y vas a comprobarlo si no me dejas tranquilo, si no te largas por dónde has venido y te olvidas de que algún día me conociste.

—Te voy a poner una denuncia que te vas a cagar. Voy a arruinarte esa vida feliz que tienes. —La gente se detenía no muy lejos de ellos para ver cómo terminaría esa discusión, a pesar de que no sabían lo que ocurría—. Cuando le diga a tu bomboncito que tienes un hijo y que no quieres reconocerlo, te dará una patada en el trasero.

Felipe no estaba dispuesto a consentir que ella molestara a Mar.

—Primero, aléjate de Mar... y segundo... ve y ponme una denuncia. Yo alegraré que no sabía nada del niño, mi abogado exigirá unas pruebas de paternidad... y luego ya veremos cómo te las arreglas.

La furiosa mirada de Felipe le puso los pelos de punta.

El demonio que llevaba en su interior la impulsó a decir:

—Te lo llevaré a tu casa para que lo conozcas.

Esa mujer estaba loca de remate si pensaba que él le daría la dirección de su casa.

—No, en mi casa... ni hablar.

—O sea, que no quieres que ella se entere. —Una sonrisa lobuna y asquerosa se dibujó en los labios de la mujer al pensar que ya le había dicho a ella que tenía un hijo con él.

Felipe estaba pensando dónde podía citar a Elena para que ella le presentara a su supuesto hijo, algún sitio con gente alrededor donde se avergonzara de comportarse como lo estaba haciendo.

Elena al no obtener respuesta de su pulla, lo increpó:

—¿Prefieres que te lo lleve al trabajo?

Que mujer más idiota.

—A las cinco estaré tomándome un café en el Cugat. —Esa cafetería era una de las más lujosas de la ciudad, y él pensó que ella no se atrevería a comportarse como una loca, como lo estaba haciendo, se había dado cuenta de que la gente se paraba a mirarlos—. Si a las cinco y cuarto no has llegado me iré, y supondré que toda esta farsa ha llegado a su fin. No quiero saber nada más de ti.

Felipe se dio la vuelta y se marchó sin mirar atrás.

Elena se quedó parada en medio de la acera, furiosa porque la hubiera despachado de aquella manera, la había tratado como si fuera una basura. Tenía que hacer que se arrepintiera. Pero... ¿cómo? No podía presentarse en un local público y decirle «tuve

un hijo tuyo y lo vendí», él montaría en cólera y los dos terminarían en la comisaría... Y encima ella con un delito grave, podía terminar en prisión por lo que había hecho.

Claro que tampoco estaba dispuesta a dejar las cosas como estaban. Iba caminando sin mirar hacia donde se dirigía. Y de repente se encontró en el mercado, gente por todas partes. Los vendedores vociferando su mercancía, las mujeres inmersas en los puestos, revolviendo toda clase de ropas, zapatos, bolsos... Ella que nunca había comprado en un mercadillo puso cara de asco. Se quedó mirando aquel pandemonio de voces y personas que iban de acá para allá.

De repente una niña llamó su atención, iba empujando un carrito con un niño de un puesto a otro de ropa interior, como si tratara de dormir al pequeño que no tendría más de tres años. Se paraba junto a la vendedora que llevaba otra criatura más pequeña entre sus brazos y le decía algo, y volvía a pasear al que debía ser su hermano.

Elena los estuvo observando un rato y vio que la niña abandonaba el carrito al lado de una furgoneta. Supuso que el niño ya estaría dormido. Una idea iba tomando forma en su mente enferma. Aquella vendedora tenía varios hijos con poca diferencia de edad, seguro que si se llevaba uno de ellos le haría un favor. Estuvo vigilando largo rato y nadie se acercaba al carrito. Sin pensarlo más, se aproximó viendo de no llamar la atención, nadie miraba, todos estaban pendientes de las clientas y sus demandas.

Unos minutos más tarde, aún miraba por encima del hombro, se alejó del mercadillo a paso ligero. Cuando se sintió segura, se inclinó a ver al niño dormido; no era aquel que ella había fotografiado, pero era bastante mono. Solo le tendría que comprar ropa apropiada y llevarlo a la cita con Felipe. Después lo dejaría a su cuidado, ella no estaba hecha para cuidar de mocosos. Le endosaría el niño a él, y si alguien lo reconocía, sería a él a quien le cargarían el mochuelo del secuestro. Una sonrisa malvada se dibujó en sus labios al pensar en el problema en que iba a meter a Felipe.

A las cinco y cinco de la tarde entraba en una cafetería de lujo y buscaba con la mirada a Felipe. Él al verla con un niño, se quedó con la boca abierta. ¿De quién sería ese muchachito? Vio que no se trataba del mismo del que ella llevaba las fotos en el móvil. Un mal presentimiento se apoderó de él.

—Aquí tienes a tu hijo —dijo ella al llegar a su altura.

Él ni siquiera se levantó de la mesa donde estaba sentado tomándose un café.

—¿A qué estás jugando, Elena?

—Me dijiste que querías conocer a tu hijo y te lo he traído.

—Este niño no es mío... y tú lo sabes. Este no es el mismo que salía en las fotografías de tu móvil, que por cierto... tampoco era mío.

A ella se le dibujó una desagradable mueca en la cara. ¿Cómo podía estar él tan seguro de lo que decía?

Al ver en los ojos de Elena la rabia, la ira y la furia, Felipe se levantó de su silla, lanzó unas monedas en la barra y se alejó de allí. Dejándola plantada y bullendo de cólera.

¿Qué iba a hacer ahora con el mocoso? Pensaba Elena derrumbándose en una silla. El camarero se le acercó y le preguntó qué deseaba, ella lo miró lanzando fuego por los ojos, y este se alejó con prudencia.

Felipe salió de allí con sabor a bilis en la boca. Necesitaba hacer algo para alejar de su mente a Elena y su maligna confabulación para arruinar su vida. Si había algo que le levantaba el ánimo, esa era Andrea. Se fue a su casa y se puso a jugar con su hija.

Ramona se dio cuenta de que algo iba mal, le preguntó, pero él no iba a compartir con ella lo que Elena estaba haciendo. Podía ser perjudicial para la salud de su madre.

Más tarde acompañó a su hija mientras cenaba y la acostó. Se vistió para ir a buscar a Mar a la residencia y salió de su casa después de besar a su madre en la mejilla y decirle que no se preocupara, que estaba bien.

Nada más verlo, Mar supo que algo malo pasaba. Se abrazó a él queriendo borrar de su cara la preocupación que se adivinaba.

—Me cuentas lo que pasa y luego nos olvidamos del tema —le susurró.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Vámonos a mi casa, déjame intentarlo —dijo con una sonrisa coqueta.

—Yo quería llevarte a un sitio especial y...

—Otro día, hoy necesitas otra cosa.

«Su diosa pelirroja» lo conocía bien y le daría la paz de espíritu que él anhelaba.

Cuando llegaron a casa de Mar, ella sirvió dos copas de vino, se sentaron en el sofá y lo animó a que le contara lo que le pasaba.

Felipe no se calló nada, le explicó cómo Elena lo había abordado por la mañana y cómo se había presentado en la cafetería con un niño en un cochecito; la hizo partícipe de sus preocupaciones, no sabía de dónde había sacado ese niño y eso lo tenía preocupado.

—A mí me dijo que tenía un hijo contigo y que lo había traído con ella.

—Mala puta —exclamó Felipe.

Mar se preguntaba también de quién sería ese muchachito. Por lo que le había contado Felipe era imposible que fuera de ella, pues tenía aproximadamente la misma edad que Andrea. ¿Sería hijo de alguna amiga y trataba de chantajear a Felipe con él? No, no creía que ninguna mujer fuera lo bastante ilusa para dejar a su pequeñín con una lunática como Elena.

## Capítulo 37

Al día siguiente, cuando Felipe salió del gimnasio, esperó a Mar en la cafetería del frente. Mientras se tomaba un café, cogió el periódico y lo estaba leyendo cuando una noticia llamó su atención. El día anterior había habido un secuestro en el mercadillo, por fortuna unas horas más tarde encontraron al pequeño que parecía no haber sufrido daño alguno. Según decía la publicación, al encontrar al pequeño no llevaba puestas sus ropas, lo habían cambiado y estaba en un carrito nuevo. Lo hallaron en un callejón del centro, y había llamado la atención de los vecinos al oír el llanto del bebé. La guardia urbana lo había llevado al hospital San Pablo para que reconocieran al niño, y los médicos aseguraron que solo estaba hambriento, pero muy sano. Los padres se lo habían llevado a casa después de asegurarse de su buen estado. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Llamó al centro hospitalario para preguntar por el caso. Estaba hablando por teléfono cuando Mar se reunió con él, le hizo una señal para que se sentara a su lado.

Ella vio el ceño fruncido que él lucía y que sus dedos no paraban de tamborilear en una noticia de la página abierta del diario. Le cogió la mano para apartarla y leyó lo que ponía.

Cuando él cortó la llamada, ella lo miró preocupada.

—¿Qué pasa?

—Vamos, tengo que asegurarme de algo.

Ella le cogió de la mano y se dejó guiar, lo veía meditabundo y no quería atosigarlo, sabía que el día anterior había sido duro para él.

Felipe la guió hacia su coche y se incorporó al tráfico sin abrir a boca, ella lo veía tenso y se mantuvo callada, si él la necesitaba, ella estaría a su lado. Se sorprendió al ver a dónde se dirigía. ¿Al hospital?

Los dos entraron y él la guió hacia urgencias, una vez allí se paró ante el mostrador y habló con una enfermera que se sorprendió al verlo. Mar oyó que le preguntaba por el pequeño que había llevado la policía el día anterior. Esta le dijo que iba vestido como un muñequito, que una vez le hubieron dado de comer, el pequeño había



resultado un encanto y que le habían hecho algunas fotos. Felipe quiso verlas y la sangre se le congeló en las venas al reconocer al niño. Soltó una maldición.

Mar supo enseguida lo que estaba pasando.

—Es él, ¿verdad?

Felipe asintió con un cabeceo.

—Sabes lo que debes hacer, ¿verdad?

—Sí.

Una hora más tarde, salían de la comisaría de policía. Felipe les explicó todo lo referente a Elena y el niño secuestrado, cómo ella pretendía sacarle dinero asegurándole que ese pequeño era su hijo. Les indicó donde la había visto la tarde anterior para que tuvieran testigos si los necesitaban.

Por supuesto se calló lo de su hija, no quería tener nada que ver con esa mujer. Sabía que si les hablaba de Andrea, ella se pasaría unos años en la cárcel, pero involucraría a otras personas que lo habían ayudado a tenerla junto a él.

Unas horas más tarde, recibía la llamada de la policía diciéndole que habían arrestado a esa mujer justo cuando pretendía abandonar el hotel donde estaba hospedada, y que al día siguiente pasaría a disposición judicial. El secuestro de niños no era moco de pavo.

Felipe esperaba que la encerraran en la cárcel y tiraran la llave, pero sabía que eso no iba a ocurrir. Elena se buscaría un buen abogado, quizás se hiciera la loca, cosa que él no dudaba de que fuera cierto, y así acortar o cumplir una condena irrisoria.

El colmo de todo el asunto llegó cuando unas horas más tarde su amigo Rubén lo llamó por teléfono explicándole que Elena se había puesto en contacto con él para que la defendiera porque estaba en un apuro. Sabiendo el abogado de lo que era capaz aquella mujer se negó en redondo a tener contacto con ella por mucho que estaba prometiendo pagarle. Y cuando Felipe le contó lo que había hecho, agradeció a todos sus ancestros por no haber cogido el caso.

## Capítulo 38

Felipe deseaba dar un paso al frente con su relación con Mar. Repartía sus días entre su hija, sus padres, Mar y su trabajo. La quería, la amaba, la necesitaba, y tenía que organizar su vida. Estaba pensando en cambiar el turno de trabajo, así podría disfrutar de sus noches con Mar, a la vez que estaría en casa con su hija. Formarían una familia.

Un día estaba tomándose una copa de coñac después de cenar, mientras leía y sus padres miraban una serie en el televisor. Se quedó mirando al infinito, pensativo. Ramona lo vio y supo que algo le rondaba la cabeza, lo estuvo observando; hacía días que lo veía pensativo, pero cuando le preguntaba él le decía que estaba bien. Ella lo había parido y como mujer, como madre, sabía lo que Felipe ansiaba.

—¿Te ha hablado tu padre de lo que estamos planeando?

Cesar la miró con el ceño fruncido, era evidente que no sabía de lo que hablaba su mujer.

—¿Ya quieres regresar a casa? —aventuró su marido.

—De ninguna manera. —Le guiñó un ojo para que le siguiera la corriente—. Hemos pensado que en Mugaridos no tenemos a nadie... bueno, a nuestros amigos, que podemos ir a visitarlos cuando queramos.

Felipe no entendía dónde quería llegar su madre, y por la cara de su padre, este tampoco.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Que podríamos comprarnos un pisito aquí, algo pequeño para nosotros dos.

Los dos hombres se la quedaron mirando, solo su hijo entendió lo que su madre quería decir.

—¿Sabes que a mí no me molesta que estéis aquí?

Ramona sonrió a su hijo.

—Cariño, quiero que seas feliz, sé que lo serás al lado de Mar. Es una gran mujer.

Su esposa era una mujer sabia, pensó Cesar al caer en lo que se proponía.

—Sí, hijo, nosotros nos quitaremos de en medio, pero nos quedaremos cerca,

queremos ver crecer a nuestra nieta. Además, ha empezado a gustarme esta parte del país.

Felipe se daba cuenta de lo que sus padres pretendían, le querían dar un empujón para que diera el paso con Mar. Dejó la copa y el libro sobre la mesa a su lado, se levantó con una sonrisa y le dio un beso a su madre.

—Sabéis que os quiero, ¿verdad?

—Claro que sí, hijo. Pero tú necesitas hacer tu vida, con tu mujer y tu hija —dijo Ramona.

—No puede haber dos gallos en el mismo gallinero —bromeó Cesar.

Cuando se acostó, Felipe soñó con la vida que estaba punto de empezar.

A principios de diciembre, en el puente de la constitución, Felipe había cogido unos cuantos días libres, y le pidió a Mar que hiciera lo mismo. Quería sorprenderla, y vaya si lo hizo cuando le dijo que preparara la maleta, que se iban de viaje.

—¿Dónde vamos?

—Déjame que te sorprenda.

—Me gusta que lo hagas —dijo con aquella sonrisa hechicera que le encantaba.

—Llévate ropa de abrigo.

—¿Nos vamos a Laponia a llevarle la carta a Papa Noel?

Felipe rio la ocurrencia.

—Depende, si es una carta tan larga que no cabe en el correo, pues entonces haré un esfuerzo y te llevo. —Cómo disfrutaba de las ocurrencias de Mar.

—Este año solo he pedido una cosa y ya la tengo, o sea que...

—¿Se puede saber qué es?

«A ti, tonto».

Mar lo miró con coquetería, negando con la cabeza.

Felipe iba siguiendo las indicaciones del Google Maps, ella estaba muy intrigada por su destino; sin embargo, le encantaba que él hubiese planeado algo para ellos dos. Se proponía disfrutarlo a tope.

Por las carreteras y pueblos que iban dejando atrás, ella comprendió porque él le

dijo que se llevara ropa de abrigo, se dirigían hacia los Pirineos, tal vez la llevaría a Andorra.

—Si quieres podemos turnarnos al volante —se ofreció ella convencida al ver las cumbres nevadas que empezaban a asomar a lo lejos.

Felipe sonrió mirándola durante un segundo.

—Recuerda que no sabes dónde vamos.

—Pero sé seguir las indicaciones que me va cantando tu amiga de Google, ¿pretendes traer alguna cosa de contrabando?

Él soltó una carcajada, al adivinar donde se imaginaba ella que iban. Le iba a seguir el juego.

—¿Te apetece que comamos en La Seu d'Urgell? Sé que las horas de las comidas las tienes sagradas.

El que ríe el último, se descojona, pensó ella.

—Lo que pasa es que tienes un coche muy chulo, pero no llevas galletitas por ninguna parte, en mi cacharro hay de todo.

—No será para tanto.

—No lo sabes tú bien, una vez me pararon los Mossos de escuadra, en un control y registraron el coche, supongo que andarían buscando algo, y lo que encontraron fue una longaniza seca en el bolsillo trasero del asiento del copiloto... —Su risa tan característica se le contagió—. Se sorprendió tanto que me dijo: «Oiga, ¿sabe usted que aquí hay una longaniza seca?». Yo le pregunté quién se imaginaba que la había puesto ahí. Fue muy divertido ver su cara.

Al oír la historia Felipe rio a mandíbula batiente.

—Eres sorprendente —dijo cuando se le pasó la hilaridad—. No entiendo cómo no he tenido que pelearme con ningún hombre para tenerte a mi lado.

Las palabras se le escaparon de la boca sin pretenderlo, había sido un pensamiento fugaz.

Mar lo miró con la sorpresa reflejada en el rostro, iba a decirle que ya le habló de su pasado, pero se negó a dejar que los recuerdos enturbiaran lo que prometía ser un viaje especial.

—Sabes que trabajo en un gimnasio, ¿verdad? Sabes que lidio cada día con un montón de ancianos a quienes no se les levanta, pero que no dudan en darme un cachete en el culo si me descuido... —Quiso ponerle un poco de humor al asunto,

pero no pudo evitar añadir—. Yo libro mis propias batallas.

¿Quería mantenerlo a distancia? No iba a permitirlo.

El tráfico se había vuelto lento con retenciones, él vio un restaurante al lado de la carretera y puso el intermitente. Cuando paró el coche la miró y le habló muy serio.

—Mi intención es que luchemos juntos... por un mismo fin.

—Y ¿cuál sería ese fin?

Felipe tenía preparada una sorpresa para ella y si le contestaba esa pregunta la echaría a perder.

—Te lo diré en el momento adecuado.

Salieron del coche.

—No puedes dejarme así. Pretendes mantenerme en la ignorancia, ¿ni hablar!

Él soltó una carcajada.

—Oh, sí. ¿No tenías hambre? Vamos a comer.

Le pasó un brazo sobre los hombros y la arrastró hacia el local mientras la oía murmurar.

Cuando volvieron a incorporarse a la carretera, el tráfico era más denso, ella le dijo que tardarían horas en llegar a Andorra con aquellas colas; pero cuando vio que él tomaba otra ruta, lo miró con los ojos entrecerrados.

Él rio.

—En ningún momento te he dicho que fuéramos a Andorra. Es una sorpresa, ¿recuerdas?

Mar se sentía muy excitada, le encantaba esa parte de la geografía. Los pintorescos pueblecitos que se veían colgados de las montañas, el río caudaloso que discurría muy cerca de la carreta, las granjas y las vacas que pastaban por todos lados.

Felipe se divertía de lo lindo, cada vez que ella le decía «mira», era como una niña, se entusiasmaba con todo lo que la rodeaba. Ella empezó a explicarle la historia de aquel valle que había acogido a prófugos de la justicia en la guerra, que era el lugar que utilizaban para pasar a Francia.

—No te entiendo.

Aquellas palabras borraron la sonrisa en el rostro de Mar.

—¿Qué es lo que no...?

—Eres una apasionada de la historia —la interrumpió—, ¿cómo terminaste trabajando con ancianos?

A ella se le dibujó una extraña añoranza en el rostro.

—Sabes que adoro mi profesión, empecé de niña ayudando a mis vecinos —él asintió—, cuando me puse a estudiar a nadie sorprendió que me dedicara a geriatría, pero eso no quiere decir que no me interese por otras cosas. También corro en mi cacharro, y eso no quiere decir que me proponga ser piloto de fórmula uno. Me gusta leer y viajar, con eso quiero decir que me intereso por dónde paso, y a veces no hace falta ir a un lugar para saber cosas de él. Hoy podemos entrar en internet y ver los lugares más bonitos que te puedas imaginar, y no lo voy a negar, me gusta la historia.

A Felipe le gustó toda la parrafada que ella le había soltado, aunque parecía ofendida.

—Me gustas tal como eres.

Y para apoyar sus palabras posó una mano encima del muslo de Mar.

—A mí también me gusta usted, doctor. —Su voz cargada de coquetería lo hizo sonreír. Siempre que ella no sabía cómo sobrellevar sus sentimientos recurría a las bromas.

—Me alegra saberlo, señorita.

Llegaron a Puigcerdá, y él se internó en el pueblo guiado por el monitor del coche, llegó hasta una plaza y aparcó ante un hotel que parecía muy lujoso. Mar se lo quedó mirando, nunca había estado en un lugar así. Ella, como solía pensar, «era más de pueblo que las patatas».

—¿Qué te parece?

—Es muy elegante, ¿podré comer con los dedos?

Felipe soltó una carcajada.

—Puedes comer como quieras.

Unos minutos después los acompañaban a una suite que la dejó alelada por la elegancia que desprendía por todos los lados por donde la mirase. Habían entrado en un gran salón, decorado con tonos chocolate y muebles de madera noble. Encima de una mesa al lado de la ventana había una cesta de fruta. Mar fue a mirar por la balconera y vio que daba al lago, que en esos momentos del anochecer brillaba con

pinceladas doradas y ocre.

Felipe se acercó a ella por detrás y la envolvió entre sus brazos. Apoyó el rostro en el hombro de ella, inhalando su característico aroma que lo llevaba a la locura.

—¡Qué preciosidad!

—No tanto como tú. —Después de decirlo giró la cara y besó el largo cuello de Mar, haciendo que un escalofrío la recorriera.

Ella notó que la cercanía con él despertaba sus terminaciones nerviosas. Se giró en sus brazos.

—Un besito y a cenar, que si nos... que si...

Felipe sonrió al oírla tartamudear, señal de que se estaba excitando. Le puso una mano en la nuca y la acercó a su boca muy despacio sin apartar la mirada de aquellos apetitosos labios, los rozó tan suavemente que ella no estuvo segura de sentirlo, la leve caricia la hizo vibrar y la dejó con ganas de más. Para su consternación, él no hizo ningún intento de seguir besándola. Mar lo miró con una sonrisilla traviesa, se puso de puntillas y trató de juntar sus labios, pero él le hizo la cobra.

—No, no, no... que si te quedas sin cenar...

Ella se colgó de su cuello y sacó la lengua, pasándola sugestivamente por los labios de Felipe.

—La cena puede esperar —susurró ella entrando en la boca de Felipe con hambre. Él la sujetó contra su cuerpo y participó con entusiasmo, degustando el sabor de aquel beso. Ella se arrimó más contra él, hasta que entre ellos no cabía ni un suspiro, sentía los latidos del corazón como si de un momento a otro se le fuera a salir del cuerpo.

Las manos masculinas empezaron a recorrer las curvas de Mar reconociendo los montes y huecos que deseaba recorrer con la boca, con los labios y con el cuerpo entero. Poco a poco, iba oyendo la respiración acelerada y los temblores que la recorrían sin cesar. Él sentía que la sangre se le había espesado en las venas, y cómo su entrepierna empujaba contra los pantalones, queriendo liberarse.

Cogió a Mar en brazos, y la llevó a la cama; se quitaron la ropa el uno al otro como si el mundo fuera a acabar en los próximos minutos. Cuando sus pieles se rozaron, una corriente eléctrica los recorrió haciéndolos jadear. Volvieron a besarse, besos ardientes, tórridos, húmedos y profundos. Parecían dos muertos de hambre a punto de perecer si se separaban lo más mínimo. Las manos de ambos danzaban sobre el cuerpo del otro, queriendo saciar las ansias del tacto; él, duro, caliente y excitado,

ella suave, acalorada y húmeda.

La excitación los envolvía a los dos con tal ansiedad, que cuando la masculinidad tocó la humedad que lo esperaba, no pudo contenerse y se zambulló en el pasaje vibrante que lo deseaba como nunca le había ocurrido con nadie.

Mar lanzó un gemido placentero al sentir cómo entraba en su cuerpo y lo llenaba por completo.

Felipe pensó que había sido demasiado brusco y se detuvo. Separó la boca de la de ella y la miró esperando no haberle hecho daño. Ella se removió bajo él rotando las caderas y cogiéndolo de las nalgas acercándolo como si quisiera fundirse con él. La danza empezó despacio, para descontrolarse en cuanto sus bocas volvieron a encontrarse. El placer fue sublime, rápido y arrollador. Haciendo que Mar gimiera en la boca de Felipe y se arqueara incrustándose a él y causando tal placer que se sintió mareado. Se desplomaron sudados, faltos de aliento y desfallecidos.

Con un suspiro él se separó de ella y la envolvió en sus brazos, dejando que ella volviera de las estrellas a su ritmo. Inconscientemente la besaba en la frente, en las sienes, en los párpados, pensando en la maravilla que acababa de compartir con aquella mujer que le había robado el corazón y el alma.

Mar se removió hundiendo la cara en el pecho velludo de Felipe y aspirando su aroma varonil.

—Eres peligroso, creas adicción —susurró aún demasiado satisfecha para levantar la cabeza.

Felipe sonrió ante el comentario.

Unos minutos más tarde, se levantó, se dio una ducha, llenó la bañera y llamó al servicio de habitaciones. Mar parecía adormilada cuando se sentó al borde de la cama y le acarició la espalda; abrió los ojos, y lo miró con una sonrisa soñadora. Él la cogió en brazos, la llevó al baño y la metió en el agua, ella suspiró al sentir la caricia sobre su piel.

Unos golpes en la puerta de la suite sacaron a Mar de su ensueño, ¿quién sería? Oyó unas voces amortiguadas. Salió de la bañera, se envolvió en un albornoz y al cruzar el umbral chocó contra el pecho de Felipe que iba a buscarla.

—La cena está servida, amor —anunció él posando una mano en la parte baja de su espalda y empujándola hacia la mesa perfectamente servida.

A Mar le pareció decadente que le sirvieran la cena en la suite, y salió a relucir su



carácter bromista.

—¿No querías avergonzarte de mí si me daba por comer con los dedos?

Él rio, pasó la mano por sobre la mesa capturando la pequeña de ella y le besó los dedos uno a uno.

—Jamás me avergonzaré de ti.

Cenaron embromándose y disfrutando de los ricos manjares de la tierra que él había pedido al servicio de habitaciones. Una vez que acabaron, se relamieron con unas copas de rico vino dulce, sentados en el sofá color chocolate.

Aún no había amanecido cuando Felipe despertó a Mar, ella pensó que quería mambo y se acurrucó melosa contra su pecho. Buscó su boca y él sonriente la esquivó. Sorprendida abrió los ojos y se encontró con los de él que la miraban risueños.

—Venga, dormilona, es hora de que nos pongamos en marcha.

—¿Ya es de día? —preguntó con la voz enronquecida por el sueño.

—Es la hora perfecta para la sorpresa que te tengo preparada.

Aquellas palabras la espabilaron al instante, se levantaron y se vistieron con ropa de abrigo, como le indicó Felipe. Se tomaron un café en el bar del hotel y fueron en busca del coche.

Cuando Mar vio a donde la había llevado, se entusiasmó. Estaban en el aeródromo de Das, y por lo visto iban a volar en globo. Él la observaba para ver su reacción y ella se le lanzó al cuello emocionada.

—Oh, me encanta.

—Sabía que te gustaría.

Tal como se iba elevando el globo, las vistas se volvían más espectaculares. Al principio, con los pueblos iluminados, era como si se cernieran sobre un gran pesebre, a la sombra de las altas montañas que aún ocultaban la luz del sol. Las estrellas iban dando paso a los colores del cielo, brillantes pinceladas de purpuras y anaranjados.

Felipe veía la excitación de Mar y no podía borrar una sonrisa permanente de su boca, mientras ella no paraba de señalar lo que le llamaba la atención. «Mira, mira, mira...», no paraba de repetir. Cuando él vio que el sol asomaba en la cumbre de la montaña se lo señaló, ella, como una chiquilla, se cogió al borde de la cesta

admirando el espectacular amanecer, él se puso a su espalda con un brazo a cada lado de ella, envolviéndola con su calor.

Mar se sentía fascinada por el bello espectáculo que se estaba desarrollando ante sus ojos. En su interior, un millar de mariposas la recorrían y hacían que su estómago diera saltos de alegría al reconocer el amor con que él la estaba obsequiando. Al fin, se dio cuenta de que desde la primera vez que le había dicho «me vuelves loco», lo que en realidad le quería decir era que la amaba, ya no tenía ninguna duda. Giró la cabeza para mirarlo, él mantenía la mirada en el sol naciente, y ella se aupó y le dio un beso dulce en la barbilla.

—Te amo —susurró como si no quisiera romper el hechizo de aquel momento.

Felipe bajó su mirada hacia ella y clavando sus ojos grises en ella la besó con todo el amor que anidaba en su corazón.

Durante el resto del día, estuvieron recorriendo el pueblo; él le contó que cuando volvieran de aquellas mini vacaciones se incorporaría en el turno de día, que podrían verse cada día por la noche. Ella se sentía abrumada por lo que él estaba dispuesto a hacer para pasar más tiempo con ella. Cuando llegaron al lago, él no dudó en alquilar una barca y remar hacia el centro, una vez allí, con las altas montañas que los rodeaban con las cumbres salpicadas de nieve, él soltó los remos y se sentó a su lado envolviéndola con su cuerpo. Mar se sentía como en una nube de felicidad. Él le puso una mano en la nuca y con el pulgar le levantó la cara para que lo mirara a los ojos. Le recorrió el rostro con una caricia de sus pupilas y la besó expresándole todo lo que sentía por ella.

Volvió a su lado de la barca, y rebuscó en un bolsillo interior de su gruesa chaqueta, y sacó un saquito de terciopelo azul brillante, lo puso boca abajo y sobre su mano cayó un anillo de oro blanco con un impresionante pedrusco. Mar contuvo el aliento ante la transcendencia de aquel momento.

Felipe comprobó que lo miraba con los ojos muy abiertos por la sorpresa, sonrió.

—¿Me harías el honor de llevar este anillo... como unos cincuenta o sesenta años?  
—dijo con ese tono de voz íntimo que la derretía por dentro.

Debería haber sabido que las cosas nunca resultaban como uno esperaba cuando se trataba de Mar.

—Te amo... ¿Me harías la mujer más feliz del «mundo mundial» casándote conmigo?

Única, esa era la palabra que mejor definía a esa mujer... «su mujer».

—Un «SÍ» me parece tan poca cosa... te prometo hacerte la mujer más feliz de la capa de la tierra, y prometo amarte cada día un poco más. Me casaré contigo y llenaré tu corazón con el mismo latido que inunda el mío. Con mucho amor. Te amo mi vida. «Te amo, mi diosa pelirroja».

Mar se lanzó a sus brazos abrumada por las palabras que él acababa de dedicarle. Felipe le puso el anillo en el dedo y la besó como si no hubiera un mañana. Los patos nadaban a su alrededor cuales guardianes de aquel amor que los iluminaba desde sus corazones.

## Epílogo

*Cinco años después...*

Los padres de Felipe estaban otra vez instalados en el chalet de su hijo, Mar había salido de cuentas de su segundo retoño, y ellos se habían ofrecido a cuidar de Andrea, de ocho años, y de Jordi, de dos añitos, idéntico a Felipe.

La llegada del primer niño llenó de alborozo a la familia, Andrea se entusiasmó cuando vio a su pequeño hermano, y estaba pendiente de él en todo momento. Lo quería incluso antes de que naciera; Mar la había incluido durante todas las etapas del embarazo, y la niña lo había disfrutado tanto como sus padres. Cuando su nueva mamá le dijo que le pusiera la manita en la tripa porque su hermano estaba moviéndose, a la pequeña se le quedó cara de espanto, pero Mar le explicó que su hermanito estaba jugando y ella se pasaba muchos ratos acariciando la barriga esperando notar sus movimientos. Cosa que ocurría muy a menudo, parecía que el niño reaccionaba ante la vocecita y las manitas de su hermana.

En esos momentos, Jordi dormía, y Andrea había convencido a sus abuelos para mirar álbumes de fotos, le encantaban. Mar le había dicho a su marido en más de una ocasión, que Andrea sería fotógrafa de mayor, cosa que a él le traía sin cuidado, lo único que quería era que fuera feliz.

Mar estaba en el salón leyendo y oía a Andrea y a sus suegros que se reían, ¡qué bonito era el alboroto que armaban! Se fijó en lo que comentaban, por lo que decían estaban viendo las fotos de su boda y una sonrisa tonta se le dibujó en los labios. Había sido un día mágico.

Recordó.

*Felipe vestido con un esmoquin negro esperaba en el altar a su diosa pelirroja. Todos sus familiares y amigos estaban allí, y sonreían ante la cara de felicidad que Felipe no podía ocultar.*

*Cuando sonó la marcha nupcial y su mirada se dirigió hacia el final del pasillo*

*por donde llegaba la novia, el aire se le quedó atascado en los pulmones. No podía estar más bella, ni relucir más. Parecía que el sol asomaba dentro de aquella iglesia iluminándolo todo.*

*Mar vestía una creación de color azul intenso que resaltaba a la perfección el color de su pelo, con un ancho cinturón blanco con una lazada que caía sobre la cadera izquierda, por el bajo del vestido asomaban unos zapatos blancos. Llevaba el pelo peinado de punta. Su eterna sonrisa iba dirigida hacia todos los invitados que la miraban asombrados por la elegancia y el color del vestido.*

*Al llegar a la altura de Felipe y encontrarse sus miradas, ella le guiñó un ojo.*

*—No debería estar permitido que el novio esté más guapo que la novia —susurró Mar con su sonrisa hechicera.*

*Felipe sabía que ella no lo tomaba en serio cuando él le decía que era hermosa, que para él no había mujer más bella que ella.*

*El sacerdote se aclaró la garganta para empezar la ceremonia, pero Felipe le hizo un gesto con la mano para que esperara. Miró a la que sería su esposa, se inclinó sobre ella y le murmuró al oído:*

*—Eres bellísima, maravillosa, soberbia...*

*Mar levantó la mano y le puso dos dedos sobre los labios, mostrándose complacida por los elogios que él le estaba regalando. Sabía que ese día lucía mejor que nunca, pero no era tan ilusa como para creerse todos aquellos calificativos destinados a ella. Era atractiva, llamaba la atención el color de su pelo, pero nada más.*

*El cura carraspeó para llamar la atención de los novios, y los invitados empezaban a cuchichear.*

*—Un momento, padre —dijo Felipe.*

*El tono que había empleado hizo que todos los presentes se callaran e intentaran enterarse de lo que ocurría.*

*—¿Algún problema?*

*—No me casaré con una mujer que no se cree lo que le digo.*

*La sonrisa de Mar desapareció de su boca, ¿qué estaba pasando? Se preguntó.*

*—¿De qué estás hablando?*

*—¿Por qué no me crees cuando digo que estás soberbia?*

*—¿Podríamos hablar de eso en otro momento? —contestó ella en voz baja*

*dándose cuenta de que todo el mundo estaba pendiente de sus palabras.*

*—No... Ya he dicho que no seguiremos con la ceremonia hasta que entre en esa cabeza tuya que eres maravillosa, hermosa, preciosa...*

*—¿De verdad me ves así? —dijo ella con un hilo de voz, notando un nudo en la garganta tan grande que le quitaba la respiración.*

*En sus ojos brillantes Felipe vio la vulnerabilidad de aquella mujer, en ese momento supo que si bien ella le había hablado de sus anteriores relaciones, había algo que no le contó. En algún momento de su vida, alguien se había burlado de su aspecto, quizás de su pelo...*

*Ella tenía razón, no era algo para hablar ni allí, ni en ese instante; ya encontraría el tiempo. No obstante...*

*—Nunca mentiría en la iglesia, cariño.*

*La envolvió en sus brazos, le secó una lágrima que se deslizaba por la suave mejilla y la besó.*

*Los invitados aplaudieron al mismo tiempo que el cura volvía a carraspear, más fuerte para llamar su atención.*

*—¿Me crees? —susurró sobre los labios de Mar al separarse.*

*La mirada de ella rebosaba amor.*

*—Sí.*

*—¿Nos casamos?*

*En ese momento, ella pareció darse cuenta de dónde estaban y de todas las personas que estaban pendientes de ellos. Su piel compitió en color con su pelo, lo cogió de la mano porque necesitaba sentirlo, él le dio un apretón y le dijo al sacerdote que ya podía proceder. Algunas risillas sonaron a sus espaldas.*

*Más tarde sus amigos se burlaron de Felipe por haber empezado la boda por el final, su amigo Raúl le dijo que si no se había fijado nunca que los novios se besaban cuando ya eran marido y mujer. Las bromas duraron toda la celebración. Y Felipe no se cansó de decirle a su mujer lo bella que era.*

*Muchas invitadas no paraban de alabar el color del vestido de la novia, y de decirle lo bien que le sentaba con su pelo pelirrojo. Ella reía y les confesaba que había acudido a San Google para saber el color que resaltaría mejor con su cabello. La mayoría pensaban que les tomaba el pelo con lo de internet, porque hablaba con su sonrisa permanente, pero era del todo cierto.*

Felipe llegó a casa y encontró a Mar sentada con las piernas cruzadas en el sofá, tenía la cabeza apoyada en el respaldo, con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios. Le dio un suave beso en la boca, no quería despertarla si estaba durmiendo, sin embargo, ella abrió los ojos y lo miró con amor.

—¿Cómo te sientes, preciosa?

—Muy bien —dijo ella acariciándose la tripa.

Andrea oyó a su padre y corrió hacia él entusiasmada, contándole lo que estaban haciendo ella y sus abuelos entre risitas. Felipe la besó y al soltarla ella acarició la abultada barriga de Mar y notó que su nuevo hermano se movía.

—¿Está jugando, mami?

—Sí, cariño. —Y la pequeña empezó a hacerle cosquillas por donde notaba que el bebé se agitaba.

Los abuelos se quedaron en la puerta de la sala observando satisfechos aquella estampa familiar. Su hijo había encontrado un raro tesoro con Mar, que le brindó felicidad desde el primer día, para él y para su nieta. La querían como si fuera una hija.

—¿Cuándo va a salir? Yo quiero jugar con él. —La impaciencia de la niña hizo reír a todos.

—Muy pronto, cariño —dijo Mar que notaba cómo sus pantalones se iban mojando.

Ramona y Cesar pensaban que se lo decía como siempre para apaciguar el ansia de Andrea, sin embargo, Felipe notó algo en la voz de su esposa, la miró alzando una ceja y ella asintió con la cabeza.

—¿Debo apresurarme?

—Como prefieras, se está poniendo de moda dar a luz en casa.

Mar lo dijo a propósito, en su primer alumbramiento Felipe había estado tan nervioso que a punto estuvieron de sacarlo de la sala de partos.

Cuando su segundo retoño llegó a este mundo, Felipe vio a través de las lágrimas de emoción que tenían una pelusilla pelirroja en lo alto de la cabeza, lo puso sobre el pecho de la agotada madre y con satisfacción la besó por todo el rostro. Repitiendo como un mantra «te amo, te amo, te amo...».

# Agradecimientos

A la primera que tengo que agradecer es a Lola Gude, por su cariño.

No me olvido de tod@s las compañeras de #CorazónRetiro, las que siempre están ahí para cualquier duda, las que me hacen reír con sus ocurrencias, y por todos los ánimos que me llegan a través de las redes, junto con el cariño de todas ellas.

Y también a mi familia, por todo el tiempo que les robo cuando estoy ante las teclas.



## Nota de autora

Esta novela está ambientada en Reus y sus alrededores, muchos lugares son reales, y otros son ficticios. La mayor parte de la historia de la ciudad y lugares que visitan los protagonistas es real, pero me he tomado algunas licencias.

Dicho esto, la historia de amor y los personajes son totalmente ficticios; menos Chimpon, que es el perrito de mi hija y que hace todo lo que explico en la novela y mucho más.

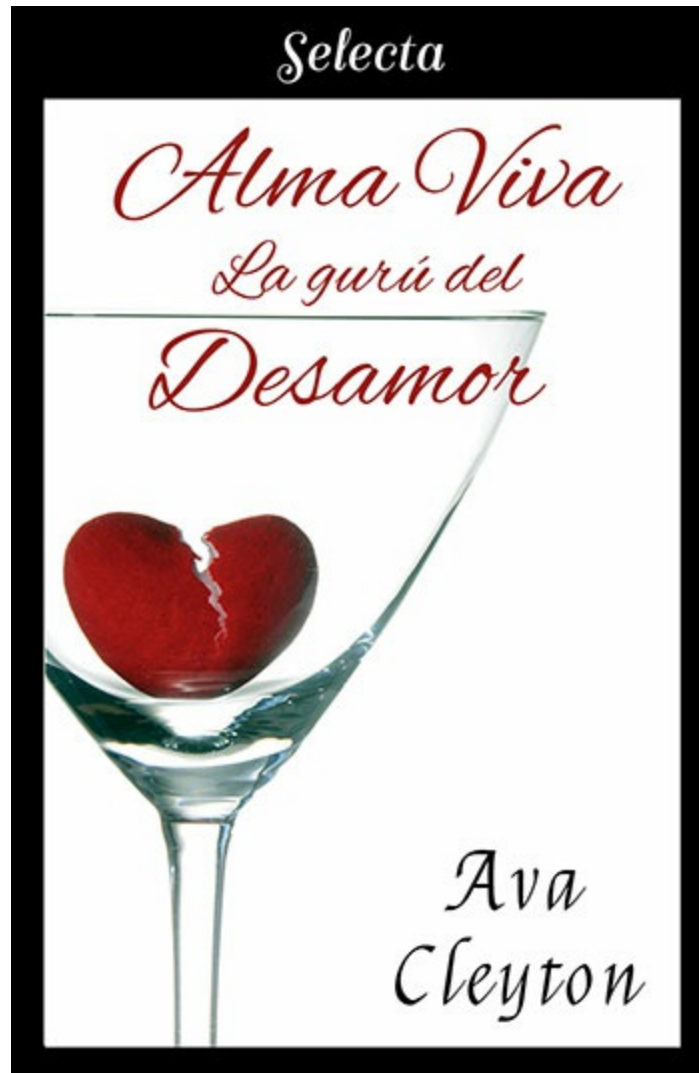
Si te ha gustado

*Mi diosa pelirroja*

te recomendamos comenzar a leer

*Alma viva. La gurú del Desamor*

de *Ava Cleyton*



## ¿El Fin?

Cuando decidí montar mi propio bufete suspiré. Tenía por delante muchos meses de trabajo, interminables noches de insomnio, palpitaciones en el pecho y ¡a saber! Más de cien mil funcionarios con ganas de mandar mi sueño directamente a la mierda. Por no contar con la cara de preocupación que se le ponía a mi madre cada vez que lo mencionaba.

—Pero hija, ¿qué necesidad tienes de complicarte la vida?! Anda, no seas tonta, hazme caso. El año que viene cumples treinta y cinco años, llevas trabajando para *Midas y Asociados*, ¿cuánto?

— ¡Toda la vida, mamá, desde que salí de la facultad! ¡Estoy hasta el moño de expedientes laborales, despidos conflictivos, sindicatos de trabajadores, comités de empresas y su puta madre! Me aburro...

—¡Anda esta, pues claro! A ver si te pensabas que ibas a ser como la loca esa de la serie que veías en casa, *Ally Mcbeal*.

*(Ally Mcbeal, una serie de los 90 que a mi madre le encantaba, donde extraños hologramas de bebés que bailaban canciones antiguas avisaban a la protagonista, una abogada histérica e hiperflaca, de que su reloj biológico avanzaba hacia el abismo de la cuarentena o, dicho en castellano, que se le pasaba el arroz...).*

—¡No, claro! Pero ¡cómo decirte! La vida misma te va guiando, y creo que si no me voy ahora no lo haré jamás. Además, mamá, me sorprende que ahora, a la vejez viruela te vuelvas tan conservadora ¿Qué te ha pasado, guerrera?

—Lo mío fue distinto, hija. Sabes que no tuve más remedio que luchar. Pero las cosas han cambiado y ahora es todo más difícil. Cariño, quédate quietecita, que la situación no es la idónea para montar un negocio propio. No tienes más que poner las noticias, cada vez más paro, más crisis y menos dinero. Y tú, Alma Viva, aun soltera, sin novio y, claro, sin chispita de ganas de hacerme abuela... No seas cabezona, y céntrate en lo que debes hacer. Si me lo acabas de decir, ya no eres una cría.

Alma Viva, ese en mi nombre. Ni Alma María ni Alma a secas. Estoy convencida de que mi madre lo escogió cuando todavía estaba en su tripa, una tarde interminable de culebrones, o de teleseries, o de películas de sobremesa basadas en historias reales.

—¡Vale ya, no me agobies! Además, tienes tres hijas más que te darán nietos. Y no soy tan mayor, una «yogurina».

—A punto de caducar. Y a ti no te podemos cambiar la tapa...

—¡Dios mío, dame paciencia! —exclamaba de vuelta a casa, Sí, tal vez tenga razón, pero ¡qué narices! ¿Y por qué iba a salir mal?

La idea, por mucho que insistiera la mayoría de la gente que conocía, era fantástica, y como buena letrada hice los deberes. La tasa de divorcios y separaciones se había triplicado durante los años de crisis. Aquello de que cuando el dinero sale por la puerta el amor lo hace por la ventana es una realidad tan latente como las cifras del paro, la de la preocupante baja tasa de natalidad o la de los millones de seguidores de «El Rubius». Por lo tanto, público objetivo tenía para dar y tomar. La estrategia por seguir estaba clara. Divorcios *low cost*, sin más, nada de embrollos en casos millonarios de patrimonios sustanciosos donde los afectados se pelean por las mansiones repartidas por medio mundo. Para eso ya existe un buen puñado de abogadas que se las saben todas y que se han hecho con el monopolio de rupturas mediáticas y, en consecuencia, muy lucrativas. Pero no, a mí eso no me iba ni me va. ¡Qué coñazo! estar todo el día de plató en plató para terminar hablando de lo que menos tiene que ver con el caso. O para que te contraten de tertuliana en un *magazine* matutino ¡Uy, qué pereza! Tampoco me saqué la carrera para terminar de famosilla chismosa. Al fin y al cabo, me gusta mi trabajo, mejor dicho, me apasiona, y sinceramente, el postureo de las cámaras no me seduce.

Así fue como nació *¿El Fin? Agencia de abogados matrimonialistas*. ¿Abogados? A ver, tengo la esperanza de crear un equipo de juristas en breve. Y el nombre, con los signos de interrogación incluidos no ha sido idea mía. No soy tan creativa, de lo contrario me dedicaría a pintar o a modelar barro. *The End* existe. De hecho, es un bufete muy famoso de una colega norteamericana. Sencillamente le he añadido el interrogante porque estoy segura de que la persona que se anima a llamarme cuenta, al menos, con un primer atisbo de esperanza. Con *¿El Fin?* Estoy diciendo a mis clientes potenciales: «¿No será que ahora comienza lo bueno? ¿Has pensado que cuando firmes el divorcio empezarás a vivir sin el lastre de un hombre o de una mujer a tu

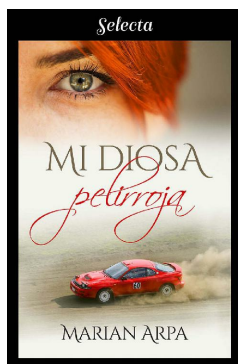
lado que sencillamente sobra, te machaca, te resta en vez de sumarte, en definitiva, te anula por completo?».

Vale, suena frío. Y no es que pretenda hacer apología del desamor, aunque de nuevo la cruda realidad me aplasta las gafas en la nariz. De alguna manera tenía que ser capaz de desdramatizar una situación que en principio era caótica, arrolladora, descoloca, hace sentir vértigos, pero que al igual que todo en la vida tiene su lado positivo. La manera en la que uno se lo toma es lo importante.

Y ahí estaba yo, Alma Viva, dichoso nombre el mío; sí, original un rato, también, más de poetisa que de abogada, para qué engañarnos; con un bufete propio abierto en pleno centro de Madrid en el que había invertido todo: mi tiempo, mi dinero, mi vida.

Era consciente de que el nombre elegido «El Fin» podría haber sido un hándicap. Pero aun así seguí hacia delante, sin pensar en el fracaso, para alumbrar el camino pedregoso, lleno de trampas y de baches, de pozos sin fondo y de sorpresas poco agradables, al sufrido ignorante recién divorciado que enfrentaba la nueva vida con más miedo que un gitano a las puertas de un cuartel.

**Ninguno de los dos quiere enamorarse, se autoconvencen de que lo único que necesitan es una buena maratón de sexo y el encaprichamiento pasara.**  
**¿SERÁ EL AMOR CAPAZ DE CURAR DOS CORAZONES HERIDOS?**



Mar había sufrido desengaños amorosos en un par de ocasiones. Sus relaciones no funcionaban por la pasión que sentía por el trabajo que realizaba, sus parejas nunca habían entendido que dedicara casi todo su tiempo a los ancianos... «esas personas que estaban a punto de abandonar este mundo», le decían. Y ella se sentía culpable por el fracaso de sus amoríos. Por esa razón se ha convencido a sí misma de que terminará sus días en un centro como en el que está trabajando, sola y sin familia.

Felipe tenía un secreto que ni sus más allegados conocían. Por él se había ido de su tierra y había empezado una nueva vida en el otro extremo del país. Su vida es satisfactoria, trabajaba en lo que le gustaba y sus relaciones con el sexo opuesto son placenteras... pero libres y sin compromisos.

Al conocer a Mar, Felipe queda cautivado por la pícara sonrisa que no se borraba de su boca y siente una necesidad imperiosa de relacionarse con ella. Sin embargo, ella no está por la labor y eso lo deja totalmente descolocado. La atracción que despierta en él, lo sorprende y le quita el sueño. Sobre todo, cuando se da cuenta de que con ella quiere más: lo quiere todo.

¿Conseguirá Felipe traspasar las barreras que Mar parece haber construido alrededor de su corazón?

**Marian Arpa** es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Marian Arpa

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-45-6

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Mi diosa pelirroja

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de autora](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Marian Arpa](#)

[Créditos](#)